

TAHEREH MAFI

# ENCIÉNDEME

SAGA DESTRÓZAME 3



se

Lectulandia

Juliette consigue sobrevivir tras el disparo de Anderson, el líder del Restablecimiento. Warner se ha quedado con ella mientras se recuperaba y es el encargado de explicarle el trágico final del Punto Omega y sus amigos, pero ella no cree ni una palabra. ¿Cómo podría hacerlo teniendo en cuenta quién es y cómo se ha comportado hasta ahora? Sin confiar ni un ápice en Warner, le exige volver al Punto Omega y ver con sus propios ojos qué es lo que ha ocurrido. Finalmente, cuando Juliette llega comprueba que todo está destrozado.

Con el Punto Omega destruido no sabe si los rebeldes, incluido Adam, están vivos. Ahora tiene incluso más motivos para destruir El Restablecimiento de una vez por todas. Deberá confiar en Warner, una persona a la que jamás pensó que confiaría su vida. Pero el chico ha prometido ayudarla a controlar sus poderes y a Juliette le será más fácil de lo que cree confiar en él.

Cuanto más tiempo trabajan juntos, Warner se da cuenta de que todo lo que creía saber sobre él o sobre sus habilidades, incluso lo que pensaba sobre Adam, era erróneo. Las apariencias engañan y todos tenemos un pasado que nos acompaña, un pasado que nos hace ser quienes somos. Juliette no quiere que Warner esté con ella solo para ayudarla a controlar sus poderes. Parece que, después de todo, el hijo del líder del gobierno no es el enemigo.

Tahereh Mafi

# **Enciéndeme**

**Destrózame - 3**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 19-02-2020

Título original: *Ignite Me*  
Tahereh Mafi, 2014  
Traducción: Andrea Romero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*Para mis lectores. Por su cariño y apoyo.  
Esto es para vosotros.*

## UNO

Soy un reloj de arena.

Mis diecisiete años se han derrumbado y me han sepultado. Noto las piernas llenas de arena y unidas como si fuesen una sola. Mi mente rebosa granos de indecisión, elecciones que no he tomado e impaciencia a medida que el tiempo huye de mi cuerpo. La manilla de un reloj me golpea ligeramente a la una y a las dos, a las tres y a las cuatro, y me susurra: hola, levántate, ponte en pie, es hora de despertar, despertar.

—Despierta —susurra él.

Tomo aire profundamente y abro los ojos, pero no me levanto. Estoy sorprendida, aunque no asustada. Por alguna razón, fijo la mirada en los verdes y ansiosos ojos que parecen saber demasiado y demasiado bien. Aaron Warner Anderson está inclinado sobre mí. Me examina con expresión preocupada y mantiene la mano suspendida en el aire como si hubiese estado a punto de tocarme.

Se echa hacia atrás y me mira sin pestañear, con el pecho agitado.

—Buenos días —doy por sentado.

Dudo de mi voz, de la hora y del día que es hoy, de las palabras que salen de mis labios y de este cuerpo que me contiene.

Lleva una camisa blanca medio por fuera de unos pantalones negros sorprendentemente pulcros. Las mangas de la camisa están dobladas por encima de los codos.

Sonríe como si le doliera hacerlo.

Me incorporo y Warner se acerca para ayudarme. Tengo que cerrar los ojos ante un mareo repentino y me obligo a permanecer inmóvil hasta que se me pasa esta sensación.

Me siento. Estoy cansada y débil por el hambre, pero, aparte de tener el cuerpo dolorido, parece que estoy bien. Sigo viva. Respiro, pestañeo y me siento humana, y sé perfectamente por qué.

Lo miro a los ojos.

—Me has salvado la vida.

Me dispararon en el pecho.

El padre de Warner me metió una bala en el cuerpo y todavía noto los ecos del disparo. Si me concentro, puedo revivir el momento exacto en que ocurrió; ese dolor tan intenso e insoportable. Jamás conseguiré olvidarlo.

Contengo la respiración sobresaltada.

Al fin me doy cuenta de lo extrañamente familiar que me resulta esta habitación y enseguida me invade el pánico al descubrir que no me he despertado donde me quedé dormida. Se me acelera el corazón y me aparto poco a poco de él, golpeándome la espalda contra el cabecero, aferrándome a las sábanas, tratando de no mirar hacia la lámpara de araña que recuerdo demasiado bien.

—No pasa nada —dice Warner—. Todo va bien.

—¿Qué hago aquí? —Pánico, pánico; el terror me nubla la consciencia—. ¿Por qué me has vuelto a traer aquí?

—Juliette, por favor, no te haré daño.

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí? —Mi voz empieza a fallar y lucho por mantenerla firme—. ¿Por qué me has vuelto a traer a este infierno?

—Tenía que esconderte. —Suspira y vuelve la vista hacia la pared.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nadie sabe que estás viva. —Se gira para mirarme—. Tuve que regresar a la base. Necesitaba fingir que todo había vuelto a la normalidad y *me estaba quedando sin tiempo*.

Me obligo a guardar el miedo bajo llave.

Analizo su rostro y su tono paciente y serio. Me acuerdo de él anoche. Tuvo que ser anoche. Recuerdo su rostro junto a mí en la oscuridad. Fue tierno, amable, gentil y me salvó la vida. Probablemente me llevó hasta la cama y me arropó. Tuvo que ser él.

Sin embargo, cuando miro mi cuerpo, veo que llevo ropa limpia, sin manchas de sangre ni agujeros ni nada en ninguna parte, y me pregunto quién me ha lavado, quién me ha cambiado. Me preocupa que también haya podido ser Warner.

—¿Tú me...? —Vacilo, toco el dobladillo de la blusa que llevo—. ¿Mi ropa?

Sonríe. Me mira fijamente hasta que me sonrojo y decido que lo odio un poco. Después niega con la cabeza y se mira las palmas de las manos.

—No —dice—. Las chicas se encargaron de eso. Yo solo te llevé hasta la cama.

—Las chicas —susurro, aturdida.

*Las chicas.*

Sonia y Sara. Ellas también estaban allí. Las gemelas sanadoras ayudaron a Warner. Lo ayudaron a que me salvara porque ahora él es el único que me puede tocar, la única persona del mundo que habría sido capaz de transferir de forma segura el poder de curación de las hermanas a mi cuerpo.

Mis pensamientos arden.

*¿Dónde están las chicas? ¿Qué les ha pasado? ¿Dónde está Anderson? ¿Y la guerra? Y, oh Dios, ¿qué les ha pasado a Adam y a Kenji? ¿Ya Castle? Tengo que levantarme, tengo que levantarme, tengo que levantarme y salir de la cama, ponerme en marcha, pero...*

Trato de moverme y Warner me detiene. Pierdo el equilibrio, la estabilidad y es como si mis piernas estuvieran ancladas a la cama. De repente no puedo respirar, veo manchas y me siento mareada. Tengo que levantarme. Tengo que salir.

No puedo.

—Warner. —Mis ojos lo miran frenéticos—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo va la batalla?

—Por favor —dice, agarrándome de los hombros—. Debes empezar poco a poco. Deberías comer algo...

—Dímelo.

—¿No prefieres comer primero? ¿O ducharte?

—No —me oigo decir—. Tengo que saberlo ahora.

Un momento, dos y tres.

Warner respira profundamente un millón de veces. Pone la mano derecha sobre la izquierda y hace girar el anillo de jade del dedo meñique una y otra vez.

—Ha terminado —dice.

—¿Qué?

Lo digo, pero mis labios no producen ningún sonido. Por alguna razón, me he quedado paralizada. Pestañeo y no veo nada.

—Ha terminado —repite.

—No.

Dejo escapar la palabra; dejo escapar la imposibilidad.

Warner asiente con la cabeza. No está de acuerdo conmigo.

—No —insisto.

—Juliette.

—No —digo—. No. No. No seas estúpido —añado—. No digas tonterías. No me mientas, por Dios. —Ahora mi voz es alta, frágil y temblorosa—. No



—repito, con voz entrecortada—. No, no, no...

De hecho, ahora sí me pongo en pie. Mis ojos se están llenando rápidamente de lágrimas y parpadeo y vuelvo a parpadear, pero el mundo es un caos y quiero reír, porque solo logro pensar en lo horrible y hermoso que resulta que nuestros ojos desdibujen la verdad cuando no podemos soportar verla.

El suelo está duro.

Estoy segura porque de repente lo noto contra mi cara y Warner intenta tocarme, pero creo que grito y aparto sus manos porque ya conozco la respuesta. Seguro que sé la respuesta, pues noto una repulsión que burbujea y perturba mi interior. De todos modos, lo pregunto. Estoy en posición horizontal, pero aun así sigo cayendo. Los agujeros de mi cabeza se están desgarrando y miro a un punto de la alfombra a menos de tres metros de distancia. Ni siquiera estoy segura de si sigo viva, pero tengo que escuchar cómo lo dice.

—¿Por qué? —pregunto.

No es más que una pregunta estúpida y simple.

—¿Por qué ha terminado la batalla? —pregunto.

No respiro. En realidad ni siquiera hablo, solo expulso letras por los labios.

Warner no me mira.

Observa la pared, el suelo, las sábanas y la forma de sus nudillos al apretar los puños, pero no, a mí no me mira. No tiene intención de mirarme y las palabras que pronuncia a continuación son muy, muy suaves.

—Porque están muertos, querida. Están todos muertos.

## DOS

Mi cuerpo se bloquea.

Se me congelan los huesos, la sangre y el cerebro, lo que genera una especie de parálisis repentina e incontrolable que se propaga por mi cuerpo tan rápidamente que parece que no pueda respirar. Jadeo profundamente, tensa, y las paredes no dejan de tambalearse frente a mí.

Warner me abraza.

—Suéltame —grito, pero, vaya, solo he hablado en mi imaginación, porque mis labios han dejado de funcionar, el corazón se me ha paralizado y la cabeza se ha ido al traste.

Mis ojos, mis ojos... creo que me sangran. Warner me susurra palabras de consuelo que no consigo oír y sus brazos me rodean por completo, tratando de mantenerme de una pieza con su fuerza, pero no sirve de nada.

No siento nada.

—Shhhhh.

Warner me hace callar, me mece en sus brazos, y entonces me doy cuenta de que estoy profiriendo un sonido insoportable y ensordecedor. La agonía puede conmigo. Quiero hablar, protestar, acusar a Warner, culparlo, llamarlo mentiroso, pero no puedo decir nada. No consigo pronunciar ninguna palabra, tan solo sonidos tan lamentables que casi me avergüenzo de mí misma. Me libero de sus brazos, jadeando y doblándome, abrazándome el estómago.

—Adam. —Me atraganto con su nombre.

—Juliette, por favor...

—Kenji. —Estoy hiperventilando sobre la alfombra.

—Por favor, querida, deja que te ayude.

—¿Qué le ha pasado a James? —me oigo decir—. Lo dejaron en el Punto Omega. No le dieron pe-permisso para ve-venir.

—Está todo destruido —dice Warner lentamente, en voz baja—. Todo. Torturaron a algunos de los vuestros para que revelaran la ubicación exacta del Punto Omega. Y luego lo bombardearon.

—Dios mío. —Me tapo la boca con una mano y me quedo mirando fijamente el techo sin pestañear.

—Lo siento mucho —dice—. No sabes cuánto lo siento.

—Mentiroso —murmuro, con voz envenenada. Me siento rabiosa y miserable, y no me importa lo más mínimo—. No lo sientes en absoluto.

Desvío mi mirada hacia Warner y un destello de dolor entra y sale de sus ojos. Se aclara la garganta.

—Lo siento —dice otra vez, tranquilo pero resuelto.

Coge la chaqueta de un estante cercano, donde estaba colgada, y se encoge de hombros sin decir palabra.

—¿A dónde vas? —pregunto, sintiéndome culpable por un momento.

—Necesitas tiempo para procesar todo esto y es evidente que mi compañía no te ayuda. Iré a hacer algunas gestiones hasta que estés preparada para hablar.

—Por favor, dime que estás equivocado —suplico con voz quebrada. Contengo la respiración—. Dime que existe alguna posibilidad de que estés equivocado.

Warner me mira durante un rato que se me hace eterno.

—Si hubiese la más mínima opción de evitarte este dolor —comenta finalmente—, la habría elegido. Sabes que no lo diría si no estuviese completamente seguro.

Y es esto, su sinceridad, lo que finalmente me parte en dos.

Porque la verdad es tan insoportable que desearía que me hubiese mentido.

No recuerdo cuándo se fue Warner.

Tampoco recuerdo cómo se fue o qué dijo. Lo único que sé es que llevo tiempo acurrucada aquí en el suelo. El suficiente para que mis lágrimas se hayan convertido en sal; el suficiente para que se me haya secado la garganta, se me hayan agrietado los labios y mi cabeza palpite tan fuerte como mi corazón.

Me incorporo lentamente y mi cerebro se aposenta en algún lugar del cráneo. Consigo subirme a la cama y *quedarme ahí sentada, aún entumecida, aunque ya no tanto, y doblo las rodillas contra el pecho.*

La vida sin Adam.

La vida sin Kenji, sin James, ni Castle, ni Sonia, ni Sara, ni Brendan, ni Winston, ni la gente del Punto Omega. Mis amigos, todos muertos tras accionar un botón.

*La vida sin Adam.*

Aguanto firmemente y rezo para que pase el dolor. No desaparece.

*Adam se ha ido.*

Mi primer amor. Mi primer amigo. Mi único amigo cuando no tenía ningún otro se ha ido y no sé cómo me siento. Extraña, sobre todo. Delirante, también. Me siento vacía, rota, engañada, culpable, enfurecida y desesperada. Desesperadamente triste.

Nos separamos al escapar al Punto Omega, pero fue por mi culpa. Él quería más de mí, pero yo deseaba que él viviera una larga vida. Quería protegerlo del dolor que le causaría. Traté de olvidarlo, de seguir adelante sin él, y prepararme para un futuro independiente y lejos de Adam.

Pensé que estar alejada de él lo mantendría con vida.

Idiota.

Ahora las lágrimas frescas caen rápidamente. Viajan en silencio por mis mejillas y se adentran en mi boca, jadeante. Los hombros no dejan de temblarme y mis puños se mantienen cerrados. Noto calambres por todo el cuerpo, mis rodillas chocan y las viejas costumbres se escapan fuera de mi piel: comienzo a contar los chasquidos, los colores, los sonidos y los escalofríos, y me balanceo hacia un lado y hacia el otro, hacia un lado y hacia el otro. Tengo que dejarlo ir. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo.

Cierro los ojos y respiro. Son respiraciones ásperas, fuertes y roncadas.

Inspiro.

Espiro.

Las cuento.

Ya he pasado por esto, me digo a mí misma. He estado más sola que ahora, más desanimada que ahora, más desesperada que ahora. Ya he pasado por esto y he sobrevivido. Puedo superarlo.

Pero jamás me habían robado tanto: amor y posibilidades, amistades y futuro, todo volatilizado. Tengo que empezar de nuevo, volver a enfrentarme al mundo, sola. Y debo realizar una última elección: rendirme o seguir adelante.

Así que me levanto.

La cabeza me da vueltas, los pensamientos colisionan unos contra otros, pero bloqueo las lágrimas. Aprieto los puños y trato de no gritar. Me guardo a mis amigos en el corazón y pienso que la *venganza* nunca me había parecido tan dulce como ahora.

## TRES

*Agárrate fuerte.*

*Resiste.*

*Mantén los ojos abiertos. Sé fuerte.*

*Agárrate y resiste.*

*Resiste fuerte.*

*Mantente en pie.*

*Quizás un día acabe.*

*Quizás un día...*

*Acabe liberándome.*

Warner no puede ocultar su sorpresa cuando vuelve a la habitación.

Alzo la mirada mientras cierro la libreta que tengo en las manos.

—Voy a quedarme con esto de nuevo —le digo.

Pestañea.

—Veo que estás mejor.

Asiento por encima del hombro.

—Mi libreta estaba justo aquí, en la mesilla de noche.

—Sí —confirma lentamente, con prudencia.

—Pues me la quedo.

—Lo comprendo. —Sigue junto a la puerta, paralizado, sin dejar de mirarme—. ¿A dónde...? —Menea la cabeza—. Lo siento, pero ¿vas a alguna parte?

Entonces me doy cuenta de que estoy a medio camino de la puerta.

—Tengo que salir de aquí.

Warner se queda callado. Avanza unos cuantos pasos cautelosamente, se quita la chaqueta y la deja sobre una silla despacio, como si no tuviera ninguna prisa. Saca tres pistolas de la funda que lleva atada a la espalda y se toma su tiempo para colocarlas sobre la mesilla, donde estaba mi libreta. Cuando finalmente alza la vista, una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

Manos en los bolsillos. Sonríe un poco más.

—¿A dónde vas, querida?

—Tengo que ocuparme de algunas cosas.

—¿Ah, sí? —Apoya un hombro contra la pared y se cruza de brazos. No puede dejar de sonreír.

—Sí. —Me estoy enfadando.

Warner espera. Me mira y asiente una vez, como diciendo «adelante».

—Tu padre...

—No está aquí.

—Ah.

Trato de ocultar mi sorpresa, pero es que no sé por qué estaba tan segura de que Anderson seguiría por aquí. Esto complica las cosas.

—¿De verdad pensabas que podrías salir de esta habitación —dice Warner—, llamar a la puerta de mi padre y acabar con él?

Sí.

—No.

—Embustera, embustera, te quemarás en la hoguera —dice Warner en voz baja.

Le lanzo una mirada asesina.

—Mi padre se ha ido —comenta Warner—. Ha vuelto a la capital y se ha llevado a Sonia y a Sara.

Jadeo, horrorizada.

—¡No!

Warner ha dejado de sonreír.

—¿Están... vivas?

—No lo sé. —Se encoge de hombros sin más—. Supongo que sí, ya que de otro modo no serían de utilidad para mi padre.

—¿Están... vivas? —El corazón me late tan rápido que puede que me dé un ataque al corazón—. Tengo que rescatarlas, tengo que encontrarlas, tengo que...

—¿Que tienes que qué? —Warner me observa de cerca—. ¿Cómo vas a encontrar a mi padre? ¿Cómo lucharás contra él?

—¡No lo sé! —Camino por la habitación—. Pero tengo que encontrarlas. Puede que sean las únicas amigas que me quedan y...

Me detengo.

Me giro de repente, con el corazón en la garganta.

—¿Y si hay otros? —susurro, con miedo a la esperanza.

Estamos en medio de la habitación.

—¿Y si hay otros supervivientes? —pregunto, con voz firme—. ¿Y si están escondidos en alguna parte?

—Creo que es poco probable.

—Pero existe alguna posibilidad, ¿no? —Estoy desesperada—. Si existiera la mínima posibilidad...

Warner suspira. Se pasa la mano por el pelo hasta la nuca.

—Si hubieras visto la devastación del modo en que la he visto yo, no dirías esas cosas. La esperanza te volverá a romper el corazón.

Las rodillas me empiezan a ceder. Me aferro a la estructura de la cama, respirando rápido, con manos temblorosas. Ya no sé nada. De hecho ni siquiera sé qué ocurrió en el Punto Omega. No sé dónde está la capital ni cómo llegar hasta allí. Ni siquiera sé si llegaría a tiempo de salvar a Sonia y a Sara. Pero no puedo quitarme esta repentina y estúpida esperanza de que algunos de mis amigos hayan conseguido sobrevivir. Porque son más fuertes que esto... más inteligentes.

—Llevaban mucho tiempo preparándose para la guerra —me oigo decir—. Seguro que tenían un plan B, un lugar donde ocultarse...

—Juliette...

—¡Maldita sea, Warner! Tengo que intentarlo. Tienes que dejar que lo vea.

—No es una buena idea. —No me mira a los ojos—. Es peligroso que pienses que existe alguna posibilidad de que alguien haya sobrevivido.

Observo su silueta fuerte y firme mientras se estudia las manos.

—Por favor —susurro.

Suspira.

—Tengo que ir a las instalaciones mañana o pasado, solo para supervisar mejor la reconstrucción de la zona. —Se pone tenso al hablar—. Hemos perdido a muchos civiles —añade—. Demasiados. El resto de ciudadanos, como es normal, están traumatizados y hundidos, lo que pretendía mi padre. Han perdido la última esperanza que tenían de rebelarse.

Respira intensamente.

—Y ahora todo tiene que volver a la normalidad rápidamente —dice—. Están retirando e incinerando los cuerpos. Las viviendas dañadas están siendo reemplazadas. Están obligando a los civiles a volver al trabajo, están trasladando a los huérfanos, y los niños que quedan son obligados a asistir a las escuelas de su sector. El Restablecimiento —concluye— no deja tiempo para que la gente llore.

Un silencio intenso nos rodea.

—Mientras esté supervisando las instalaciones —dice Warner—, puedo encontrar algún modo de llevarte al Punto Omega. Puedo enseñarte lo que ha

pasado y después, una vez hayas visto las pruebas, tendrás que elegir tú misma.

—¿Elegir el qué?

—Elegir qué hacer. Puedes quedarte conmigo —dice, vacilando— o, si lo prefieres, puedo arreglármelas para conseguir que vivas sin ser detectada en alguna zona no regulada. Pero será una vida solitaria —añade en voz baja—. No pueden descubrirte jamás.

—Ah.

Una pausa.

—Sí —dice.

Otra pausa.

—O bien —replico— me marchó, encuentro a tu padre, lo mato y me enfrento a las consecuencias yo sola.

Warner intenta sonreír sin éxito. Baja la vista y se ríe un poco antes de mirarme a los ojos. Niega con la cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Mi querida niña.

—¿Que?

—Llevo mucho tiempo esperando este momento.

—¿Qué quieres decir?

—Por fin estás lista —dice—. Por fin estás lista para luchar.

La estupefacción me deja paralizada.

—Por supuesto que lo estoy.

En un momento, los recuerdos del campo de batalla me invaden; el terror de morir de un disparo. No he olvidado a mis amigos ni mi renovada convicción: mi determinación de hacer las cosas de otra forma, marcar la diferencia y luchar de verdad esta vez, sin dudar. Pase lo que pase y descubra lo que descubra. Ya no hay vuelta atrás. No tengo alternativas. No he olvidado.

—O avanzo o muero.

Warner se ríe a carcajadas. Parece que vaya a echarse a llorar.

—Voy a matar a tu padre —le digo— y acabaré con el Restablecimiento. No deja de sonreír.

—Voy a hacerlo.

—Ya lo sé —dice.

—¿Y entonces por qué te ríes de mí?

—No me río —murmura—. Solo me preguntaba si querías que te ayudara.



## CUATRO

—¿Cómo? —Pestañeo rápido, incrédula.

—Siempre te he dicho —me dice Warner— que tú y yo formaríamos un gran equipo. Siempre he dicho que estaba esperando a que estuvieras preparada... para que reconocieras tu propia ira, tu propia fuerza. Llevo esperando esto desde el día en que te conocí.

—Pero tú querías usarme en favor del Restablecimiento. Quisiste que torturase a gente inocente.

—No es cierto.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices? Tú mismo me dijiste que...

—Te mentí. —Se encoge de hombros, dejándome boquiabierta.

—Hay tres cosas que debes saber sobre mí, querida. —Da un paso hacia adelante—. La primera —dice—, es que yo odio a mi padre más de lo que jamás podrás llegar a comprender. —Se aclara la garganta—. La segunda, es que soy una persona egoísta carente de remordimientos que, casi siempre, toma decisiones basadas exclusivamente en su propio interés. Y la tercera —se detiene bajando la vista y se ríe un poco—: nunca he tenido la intención de utilizarte como arma.

No me salen las palabras. Retrocedo hacia la cama y me siento. Estoy entumecida.

—Ese fue un plan muy elaborado que diseñé exclusivamente para mi padre —dice Warner—. Tuve que convencerlo de que sería buena idea invertir en alguien como tú, que podríamos utilizarte para obtener beneficios militares. Y para ser honesto, aún no sé cómo lo logré. Es una idea absurda. Gastar todo ese tiempo, dinero y energía en reformar a una niña que supuestamente está loca ¿solo para torturar? —Niega con la cabeza—. Desde el principio supe que sería un esfuerzo inútil, una absoluta pérdida de tiempo. Hay métodos mucho más eficaces para extraer información de quienes se resisten.

—¿Entonces para qué... para qué me querías?

Sus ojos brillan con sinceridad.

—Quería analizarte.

—¿Cómo? —digo con la voz entrecortada.

Se gira hacia mí.

—¿Sabías —dice, en voz tan baja que tengo que esforzarme para oírlo— que mi madre vive en esa casa? —Mira hacia la puerta cerrada—. Esa a la que te llevó mi padre. Donde te disparó. Ella estaba en su habitación, justo al final del pasillo que había donde te tenía retenida.

Al no responder, Warner se gira para mirarme.

—Sí —murmuro—. Tu padre mencionó algo sobre ella.

—¿Cómo? —Una señal de alarma revolotea por su rostro. Oculta la emoción apresuradamente—. ¿Y qué... —dice, haciendo un esfuerzo por parecer tranquilo— dijo de ella?

—Que está enferma —le digo, odiándome a mí misma por el temblor que recorre su cuerpo—. Que la tiene allí porque no se siente bien cuando está en las instalaciones.

Warner se inclina contra la pared, como si necesitase un apoyo. Respira con dificultad.

—Sí —dice finalmente—. Es cierto, está enferma. Enfermó de repente. —Sus ojos se centran en un punto distante de otro mundo—. Cuando yo era niño, parecía estar perfectamente —dice, girando sin parar el anillo de jade del dedo—, pero un día... se derrumbó. Llevo años enfrentándome a mi padre para buscar un tratamiento, para encontrar una cura, pero nunca se ha preocupado. Traté de encontrar alguien que la ayudase, pero, contactase con quien contactase, nunca había médicos disponibles para ella. Nadie —dice, casi sin respirar— sabía qué le pasaba. Vive en un estado de constante agonía —dice— y yo siempre he sido demasiado egoísta para dejarla morir.

Levanta la vista.

Y entonces oí hablar de ti. Había escuchado historias sobre ti, rumores —dice—. Y eso me dio esperanzas por primera vez. Quise llegar a ti; quería estudiarte. Quería conocerte y comprenderte de primera mano. Porque, en toda mi investigación, tú fuiste la única persona de la que oí hablar que podía ofrecerme alguna respuesta acerca de qué le sucedía a mi madre. Estaba desesperado —dice—. Quería probar lo que fuese.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. ¿Cómo podría alguien como yo ser capaz de ayudarte con tu madre?

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, irradiando angustia.

—Porque, querida, tú no puedes tocar a nadie. Y a ella —dice— nadie la puede tocar.

## CINCO

He perdido la capacidad de hablar.

—Por fin he logrado comprender su dolor —dice Warner—. Por fin entiendo lo que debe sentir. Gracias a ti. Porque vi lo que significaba, lo que te hacía sentir llevar esa carga, existir teniendo tanto poder y vivir rodeada de gente que no te comprende.

Apoya la cabeza contra la pared mientras se presiona los ojos con las palmas de las manos.

—Ella, como tú —dice— debe sentirse como si tuviese un monstruo en su interior. Pero, a diferencia de ti, su única víctima es ella misma. No puede vivir en su propia piel. Nadie puede tocarla, ni siquiera se puede tocar a si misma con sus manos. El pelo no puede rozarle la frente ni puede apretar los puños. Le da miedo hablar, mover las piernas, estirar los brazos, incluso cambiar de posición, por el simple hecho de que al rozarse siente un dolor insoportable.

Deja caer las manos.

—Parece —dice, tratando de mantener la voz firme— que hay algo en el calor del contacto humano que desencadena ese terrible poder destructivo y, como ella es tanto la emisora como la receptora del dolor, es incapaz de quitarse la vida. En lugar de eso, vive prisionera en sus propios huesos, incapaz de escapar de esta tortura autoinfligida.

Me escuecen los ojos. Pestañeo rápido.

Pasé muchos años pensando que mi vida era difícil; creía que entendía lo que significaba sufrir. Pero esto... esto es algo que ni siquiera puedo empezar a imaginarme. Nunca me había parado a pensar en que alguien pudiese estar peor que yo.

Me avergüenzo de haber sentido lástima de mí misma.

—Durante mucho tiempo —prosigue Warner— simplemente creí que... estaba enferma. Que había desarrollado algún tipo de enfermedad que atacaba su sistema inmune, algo que hacía que su piel fuera sensible y *dolorosa*. *Supuse que, con el tratamiento adecuado, finalmente se curaría. Mantuve la*

*esperanza —dice— hasta que me di cuenta de que habían pasado los años y nada había cambiado. Esa agonía constante empezó a destruir su estabilidad mental y, finalmente, renunció a la vida. Dejó que el dolor se apoderase de ella. Se negó a salir de la cama o a comer con regularidad; dejó de preocuparse por su higiene. Y la solución de mi padre fue drogársela.*

—La tiene encerrada en esa casa con una enfermera que le hace compañía. Se ha vuelto adicta a la morfina y ha perdido el juicio por completo. Ni siquiera me conoce. No me reconoce. Y las pocas veces que he intentado sacarla de las drogas —dice, hablando en voz baja—, ha tratado de matarme. —Se queda un momento en silencio, como si se le hubiese olvidado que sigo en la habitación—. Mi infancia fue soportable en algunos momentos gracias a ella —dice—. Y en lugar de cuidar de ella, mi padre la convirtió en un ser irreconocible.

Alza la vista, riendo.

—Siempre creí que podría arreglarlo —dice—. Pensaba que si lograba encontrar la raíz del problema, podría hacer algo... Creía que podría... —Se detiene. Se pasa una mano por la cara—. No sé —susurra. Se da la vuelta—, pero nunca tuve la intención de utilizarte contra tu voluntad. Nunca me pareció buena idea. Solo tenía que fingir que era así. Mi padre, como ya sabes, no aprueba que me preocupe por el bienestar de mi madre.

Intenta esbozar una extraña sonrisa. Desvía la mirada hacia la puerta y se ríe.

—Nunca quiso ayudarla. Para él, ella no es más que una carga. Se piensa que, por el hecho de mantenerla con vida, le está haciendo un gran favor, por el cual debo estarle agradecido. Se cree que esto debería ser suficiente para mí: ver cómo mi madre se convierte en una criatura salvaje, tan consumida por su propia agonía, que ha dejado de pensar. —Se pasa una mano temblorosa por el pelo y se agarra la nuca.

—Pero no —dice en voz baja—. No ha sido suficiente. Me obsesioné con tratar de ayudarla, con devolverla a la vida. Y quería sentirlo —me dice, mirándome fijamente a los ojos—. Quería saber qué significaba soportar un dolor así. Quería experimentar lo que ella vive todos los días.

—Nunca me dio miedo que me tocaras —dice—. De hecho, quería. Estaba segurísimo de que, finalmente, intentarías defenderte y me atacarías. Estaba deseando que llegara ese momento, pero nunca ocurrió. —Niega con la cabeza—. Todo lo que había leído de ti en los archivos decía que eras una criatura desatada y violenta. Esperaba que fueras un animal, alguien que iba a intentar matarme a mí y a mis hombres en cuanto se presentase la

oportunidad. Alguien que tenía que ser vigilado de cerca. Me decepcionaste por ser demasiado humana, demasiado encantadora. Terriblemente ingenua. No ibas a luchar contra mí.

Desenfoca los ojos al recordar cada momento.

—No reaccionaste ante mis amenazas ni respondías a las cosas importantes. Actuabas como una niña insolente —dice—. No te gustaba tu ropa, no comías tu apetitosa comida. —Se ríe a carcajadas y pone los ojos en blanco.

De repente se me olvida el sentimiento de compasión.

Quiero tirarle algo a la cabeza.

—¡Te ofendió tanto —dice— que te pidiera que te pusieras un vestido! —Y entonces me mira, con ojos divertidos—. Ahí estaba yo, preparado para defender mi vida contra un monstruo incontrolable que podría matar a un hombre con sus propias manos. —Reprime otra carcajada—. Y a ti te dio un berrinche por la ropa limpia y la comida caliente. ¡Ay! —dice, mirando hacia el techo—. ¡Qué divertido! Fuiste graciosísima. El día más divertido de mi vida. No sabría explicarte lo bien que lo pasé. Me encantó hacerte enfadar —me dice, con ojos malvados—. Me encanta hacerte enfadar.

Estoy cogiendo una de sus almohadas con tanta fuerza que podría romperla. Le lanzo una mirada asesina.

El se ríe de mí.

—Estaba distraído —reconoce, sonriendo—. Quería pasar todo el tiempo contigo. Fingía planes para tu supuesto futuro en el Restablecimiento. Eras inofensiva y hermosa, y siempre me gritabas —dice, con una gran sonrisa—. Dios, me gritabas por las tonterías más absurdas —recuerda, haciendo memoria—, pero nunca me pusiste una mano encima. Ni una sola vez, ni siquiera para salvar tu propia vida.

Su sonrisa se desvanece.

—Eso me preocupaba. Me asustaba pensar que estabas dispuesta a sacrificarte antes que utilizar tus habilidades para defenderte. —Suspira—. Así que cambié de táctica. Traté de amenazarte para que me tocaras.

Me estremezco al recordar perfectamente ese día en la habitación azul. Cuando se burló de mí, me manipuló y estuve a punto de hacerle daño. Por fin había logrado encontrar lo que me hacía tanto daño que me daban ganas de devolvérselo.

Casi lo hice.

Inclina la cabeza y respira profundamente, derrotado.

—Pero eso tampoco funcionó. Y rápidamente empecé a perder de vista mi objetivo original. Me había implicado tanto que me había olvidado del motivo por el que te traje a la base. Me frustraba que no te rindieras, que te negaras a atacar incluso sabiendo que querías hacerlo. Pero cada vez que iba a darme por vencido, tenías momentos como ese —dice, moviendo la cabeza—. Tenías momentos increíbles en los que al fin mostrabas atisbos de fuerza pura y desenfrenada. Era increíble. —Se detiene. Apoya la espalda contra la pared—. Pero siempre dabas marcha atrás. Como si te sintieras avergonzada; como si no quisieras reconocer que tenías esos sentimientos. Así que volví a cambiar de táctica. Intenté otra cosa, algo que sabía con certeza que sobrepasaría tus límites. Y tengo que decir que realmente funcionó como esperaba. —Sonríe—. Parecías realmente viva por primera vez.

De repente se me han quedado las manos heladas.

—La sala de torturas —digo con la voz entrecortada.

## SEIS

—Supongo que puede llamarse así. —Warner se encoge de hombros—. Nosotros la llamamos cámara de simulación.

—Me hiciste torturar a ese niño —le digo, mientras una ira y una rabia como la de aquel día empieza a aflorar en mí. ¿Cómo podría olvidarme de lo que hizo? ¿De lo que me hizo hacer? ¿De los recuerdos horribles que me obligaba a revivir por simple diversión?

—Nunca te perdonaré por eso —le espeto, con voz ácida—. Nunca te perdonaré por lo que le hiciste a ese niño. ¡Por lo que me obligaste a hacerle!

Warner frunce el ceño.

—Perdona... ¿qué?

—¡Ibas a sacrificar a ese niño! —Me tiembla la voz—. ¡Por tus estúpidos juegos! ¿Cómo pudiste hacer algo tan despreciable? —Le tiro la almohada—. ¡Eres un monstruo enfermo y desalmado!

Cuando la almohada le golpea el pecho, Warner la coge y me mira como si nunca me hubiese visto antes. Pero entonces parece comprender algo y la almohada resbala de sus manos. Se cae al suelo.

—¡Vaya! —dice, lentamente. Cierra los ojos con fuerza, aguantándose la risa—. Vaya, ¡me vas a matar! —dice, riéndose ya a carcajadas—. No creo que pueda con esto...

—¿Pero qué dices? ¿Qué pasa? —le exijo.

—Dime, querida. Explícame qué sucedió exactamente aquel día —me pregunta mientras continua sonriendo.

Aprieto los puños, ofendida ante su frivolidad y agitándome con una furia renovada.

—¡Hiciste que me pusiera una ropa horrible y demasiado pequeña! Y luego me llevaste a la parte más baja del Sector 45 y me encerraste en una habitación vieja y sucia. Lo recuerdo perfectamente —le digo, tratando de mantener la calma—. Tenía unas paredes amarillas asquerosas, una alfombra verde y raída, y un espejo polarizado enorme.

Warner levanta las cejas y me hace señas para que prosiga.

—Entonces, pulsaste una especie de interruptor —continúo, obligándome a seguir hablando. No sé por qué estoy empezando a dudar de mí misma— y empezaron a salir del suelo esos pinchos metálicos enormes. Y luego — vacilo, poniéndome firme— entró un niño pequeño. Tenía los ojos vendados y dijiste que era tu sustituto. Dijiste que, si yo no lo salvaba, tú tampoco lo harías.

Warner me mira de cerca, examinándome los ojos.

—¿Estás segura de que yo dije eso?

—Sí.

—¿Sí? —Inclina la cabeza—. Sí, ¿me viste decir eso con tus propios ojos?

—N-no —le digo rápidamente, a la defensiva—, pero había altavoces. Podía oír tu voz...

Respira profundamente.

—Claro, por supuesto.

—Lo oí —protesto.

—Y entonces, después de oírme decir eso, ¿qué pasó?

Trago saliva.

—Tenía que salvar al niño. Iba a morir. No podía ver adónde iba y esos pinchos lo atravesarían. Tuve que subirlo en brazos y tratar de encontrar una forma de cogerlo sin matarlo.

Un momento de silencio.

—¿Y lo lograste? —me pregunta Warner.

—Sí —le susurro, incapaz de comprender por qué me lo pregunta si vio todo lo que estaba pasando—, pero el niño se quedó sin fuerzas —le digo—. Se quedó un rato paralizado a mis brazos. Luego le diste a otro interruptor y los pinchos desaparecieron. Lo dejé en el suelo y entonces... entonces se echó a llorar de nuevo y tropezó con mis piernas desnudas. Y se puso a gritar. Y yo... ¡Me enfadé tanto contigo!

—Que atravesaste el muro de hormigón —afirma Warner, con una leve sonrisa en los labios—. Atravesaste una pared de hormigón solo para intentar estrangularme.

—Te lo merecías —me oigo decir—. Te merecías algo peor.

—Bueno —suspira—, si en realidad hice lo que dices que hice, realmente parece que me lo mereciera.

—¿Qué quieres decir con *si lo hiciste? Sé que lo hiciste*.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto!



—Pues entonces dime, querida, ¿qué pasó con el niño?

—¿Qué? —Me quedo congelada, mis brazos se llenan de carámbanos.

—¿Qué le pasó —pregunta— a ese niño? Dices que lo dejaste en el suelo, pero luego atravesaste un muro de hormigón equipado con un grueso espejo de dos metros, sin prestar mucha atención al niño que dices que vagaba por la habitación. ¿No crees que el pobre niño se habría hecho daño en un lugar tan inhóspito y peligroso? Mis soldados se hicieron daño. Derribaste una pared de hormigón, querida. Destrozaste una pieza de vidrio enorme. No te paraste a comprobar donde habían caído los trozos o los pedazos hechos añicos ni si habían herido a alguien en ese momento. —Se detiene y me mira—. ¿O sí?

—No —digo con la voz entrecortada, perdiendo la sangre de mi cuerpo.

—¿Y entonces qué pasó cuando te fuiste? —pregunta—. ¿O no recuerdas esa parte? Te diste la vuelta y te fuiste, justo después de destruir la sala, herir a mis hombres y arrojarme al suelo. Te diste la vuelta —dice— y te largaste.

Me quedo paralizada al recordarlo. Es cierto, fue así. No pensé en nada, solo sabía que tenía que salir de allí lo más rápido posible, que necesitaba escapar para despejarme.

—¿Y qué pasó con el chico? —insiste Warner—. ¿Dónde estaba cuando te fuiste? ¿Lo viste? —Levanta las cejas—. ¿Y que hay de los pinchos? —dice—. ¿Te molestaste en inspeccionar el suelo para ver de dónde habían salido? ¿O pensaste como puede ser que perforaran un suelo alfombrado sin causarle ningún daño? ¿Notaste que la superficie que pisabas estuviese cortada o fuese irregular?

Respiro con dificultad, luchando por mantener la calma. No puedo apartar la mirada de él.

—Juliette, querida —dice en voz baja—, no había altavoces en esa sala. Está completamente insonorizada, solo está equipada con sensores y cámaras. Es una cámara de simulación.

—No —susurro, negándome a creerlo. No quiero aceptar que me equivoqué, que Warner no es el monstruo que pensé que era. Ahora no puede cambiarlo todo. No puede confundirme así. Se supone que las cosas no funcionan así—. No puede ser...

—Tengo la culpa —dice— de someterte a una simulación tan cruel. Acepto ser culpable de eso y ya me he disculpado por mis acciones. Solo quise hacer que reaccionaras y sabía que ese tipo de recreación encendería algo dentro de ti rápidamente. Pero, por el amor de Dios, querida —agita la cabeza—, debes de tener una pésima opinión de mí si piensas que raptaría al hijo de alguien con la única intención de ver cómo lo torturas.

—¿No fue real? —No reconozco ni mi propia voz, áspera e histérica—. ¿No fue real?

Me ofrece una sonrisa compasiva.

—Diseñé los elementos básicos de la simulación, pero lo mejor del programa es que evoluciona y se va adaptando a medida que procesa las respuestas más viscerales del soldado. Lo usamos para entrenar a quienes deben superar miedos específicos o prepararse para una misión particularmente delicada. Podemos recrear casi cualquier ambiente —dice—, incluso los soldados que saben dónde se están metiendo olvidan que están en una simulación. —Aparta la mirada—. Sabía que iba a ser horrible para ti, pero de todas formas lo hice. Y me arrepiento de haberte hecho daño, pero no —dice en voz baja, mirándose a los ojos de nuevo—, nada de eso era real. Tú te imaginaste mi voz en esa sala. Te imaginaste el dolor, los sonidos, los olores. Todo estaba en tu cabeza.

—No quiero creerte —le digo, con un hilo de voz.

El trata de sonreír.

—¿Por qué crees que te di esa ropa? —pregunta—. La tela de ese traje estaba forrada con un producto químico diseñado para que reaccionara a los sensores de la sala. Y cuanto menos ropa lleves, más fácilmente pueden seguir las cámaras el calor de tu cuerpo, tus movimientos. —Niega con la cabeza—. No tuve la oportunidad de explicarte lo que había pasado. Quise seguirte, pero pensé que debía darte tiempo para que te recompusieras. Fue una decisión estúpida por mi parte. —Su mandíbula se tensa—. Esperé y no debí haberlo hecho, porque cuando te encontré, ya era demasiado tarde. Estabas lista para saltar por la ventana con la intención de alejarte de mí.

—Tenía muchas razones para ello —le suelto.

Levanta las manos en señal de rendición.

—¡Eres un ser horrible! —exploto, arrojándole las demás almohadas a la cara, enojada, horrorizada y humillada a la vez—. ¿Por qué me hiciste pasar por algo así sabiendo lo que había sufrido? Eres un estúpido arrogante...

—Juliette, por favor —dice, dando un paso adelante, esquivando una almohada para cogerme de los brazos—. Siento mucho haberte hecho daño, pero de verdad creo que valió la pe...

—¡No me toques! —Me aparto, lanzándole una mirada asesina, agarrándome a los pies de la cama como si pudiesen servirme de arma—. ¡Debería volver a dispararte por haberme hecho eso! Debería... debería...

—¿Qué? —Se ríe—. ¿Vas a tirarme otra almohada?

Le doy un fuerte empujón y cuando deja de moverse empiezo a propinarle golpes. Le golpeo el pecho, los brazos, el estómago, las piernas... todo lo que alcanzo. Deseo más que nunca que no sea capaz de absorber mi poder, poder aplastarle todos los huesos del cuerpo y hacer que se retuerza de dolor en mis manos.

—¡Eres... un monstruo... egoísta! —Sigo dándole golpes sin mucha puntería, sin darme cuenta de lo mucho que me agota este esfuerzo, sin percatarme de lo rápido que mi ira se transforma en dolor. De repente, solo quiero llorar. Mi cuerpo tiembla de alivio y terror, liberada al fin del miedo a haber causado algún daño irreparable a un niño inocente, y aterrorizada al mismo tiempo de que Warner me hiciese algo tan terrible... para ayudarme.

Lo siento mucho —dice, dando un paso hacia mí—. Es verdad. Entonces no te conocía. No como ahora. Ahora, jamás te haría algo así.

—Tú no me conoces —murmuro, secándome las lágrimas—. Crees que me conoces solo porque has leído mi diario. ¡Eres un cabrón estúpido, entrometido y ladrón de vidas privadas!

—Bueno, hablando de eso... —Sonríe, cogiendo con una mano rápida la libreta de mi bolsillo y dirigiéndose hacia la puerta—. Me temo que no había terminado de leerlo.

—¡Oye! —protesto, pegándole mientras se aleja—. ¡Me dijiste que me la ibas a devolver!

—Yo no dije tal cosa —dice sumiso, poniendo la libreta en el bolsillo del pantalón—. Por favor, espera aquí un momento. Voy a buscarte algo de comer.

Sigo gritándole cuando cierra la puerta tras él.

## SIETE

Caigo de espaldas sobre la cama.

En mi garganta se forma un profundo sonido de enfado. Lanzo una almohada contra la pared.

Tengo que hacer algo.

Tengo que empezarme a mover.

Tengo que organizar un plan.

Llevo ya tanto tiempo a la defensiva y huyendo, que a menudo he elaborado en mi mente fantasías complejas e imposibles sobre derrocar al Restablecimiento. Me pasé la mayor parte de los doscientos sesenta y cuatro días en esa celda fantaseando con precisión sobre un momento que no iba a llegar: el día en que sería capaz de escupir en la cara de los que me habían oprimido y de todos aquellos que estaban más allá de mi ventana. Y aunque había ideado un millón de situaciones diferentes en las que me alzaba y me defendía, en realidad nunca había pensado que tendría la oportunidad de hacerlo realidad. Nunca había pensado que tendría el poder, la ocasión o el coraje de hacerlo.

Pero, ¿y ahora?

Todos han muerto.

Puede que sea la única que queda.

En el Punto Omega me gustaba dejar que Castle llevara el mando. No sabía casi nada y todavía estaba demasiado asustada para hacer algo. Castle estaba a cargo de todo y ya tenía un plan, así que confié en que él sabía más, en que sabía hacerlo mejor.

Fue un error.

Siempre he sabido, en el fondo, quién debía liderar la resistencia. Hace tiempo que lo sé en silencio, temiendo siempre que las palabras salieran de mi boca. Alguien que no tenga nada que perder y mucho que ganar. Alguien que ya no tema a nadie.

Ni Castle, ni Kenji, ni Adam. Ni siquiera Warner. Debería ser yo.

Me fijo en mi vestimenta por primera vez y me doy cuenta de que debo de llevar ropa vieja de Warner. Estoy sumergida en una camiseta naranja descolorida y un pantalón de chándal gris que casi se me cae cada vez que me pongo recta. Tardo un momento en recuperar el equilibrio, al tiempo que apoyo todo mi peso sobre la gruesa alfombra de felpa que tengo bajo los pies descalzos. Enrollo la cinturilla del pantalón varias veces hasta que me queda ceñida a las caderas y luego cojo la tela sobrante de la camiseta y me la anudo a la espalda. Seguramente esté haciendo el ridículo, pero ajustarme la ropa me genera un mínimo control sobre mí misma y me aferro a él. Me hace sentir un poco más despierta, un poco más al mando de la situación. Ahora solo necesito una goma de pelo. Lo noto demasiado denso; siento como si me asfixiara y necesito apartármelo de la nuca. De hecho, daría lo que fuera por una ducha.

Me doy la vuelta al oír la puerta. Me han pillado en mitad de mis reflexiones, agarrándome el pelo con las manos como si llevara una coleta y, de repente, me doy cuenta de que no llevo ropa interior.

Warner sostiene una bandeja. Me mira fijamente, sin pestañear. Recorre mi rostro, cuello y brazos con la mirada. Se detiene en mi cintura. Sigo sus ojos y me percató de que con el movimiento se me ha levantado la camiseta y tengo el vientre al descubierto. Y entonces comprendo por qué me mira.

Recuerdo que me besaba por todo el torso; que sus manos exploraban mi espalda, mis piernas desnudas, la parte de atrás de mis muslos; que sus dedos jugueteaban con la banda elástica de mi ropa interior...

*¡¡Uff!!*

Suelto el cabello, y las ondas marrones caen rígidas y veloces por los hombros y la espalda, y llegan a mi cintura. Me arde la cara.

De repente Warner se queda pasmado mirando hacia un punto sobre mi cabeza.

—Creo que debería cortarme el pelo —digo sin dirigirme a nadie en particular, sin ni siquiera entender por qué lo he dicho. No quiero cortarme el pelo. Quiero encerrarme en el baño.

El no responde. Acerca la bandeja a la cama, pero no me doy cuenta de lo hambrienta que estoy hasta que no veo los vasos de agua y los platos de comida. No recuerdo cuando comí por última vez. He sobrevivido gracias a la recarga de energía que recibí cuando me curaron la herida.

—Siéntate —dice sin mirarme a los ojos. Señala hacia el suelo con la cabeza y se sienta sobre la alfombra. Me siento frente a él y me acerca la bandeja.

—Gracias —le digo, con los ojos fijos en la comida—. Parece buenísimo.

Hay ensalada variada y arroz aromático y colorido. Dados de patata sazonados y una pequeña ración de verduras al vapor. Una tacita de pudín de chocolate. Un bol de fruta recién cortada y dos vasos de agua.

Cuando llegué por primera vez, me burlé de esta comida. Si hubiese sabido entonces lo que ahora sé, me habría aprovechado de todas las oportunidades que me dio Warner. Habría comido y me habría quedado la ropa. Me habría fortalecido y habría prestado más atención cuando me llevó por la base. Habría buscado vías de escape y excusas para recorrer las instalaciones. Y luego habría escapado. Habría encontrado una forma de sobrevivir por mi cuenta y nunca hubiese arrastrado a Adam conmigo. Jamás me hubiese metido en este lío, ni hubiese metido a tantos otros.

Ojalá hubiese comido.

Era una niña asustada y destrozada que luchaba de la única manera que sabía. No es extraño que fracasara. No estaba en mis cabales. Estaba débil, aterrada y ciega ante cualquier posibilidad. No sabía ser cautelosa ni manipuladora. Apenas comprendía cómo interactuar con gente; me costaba entender las palabras que tenía en la cabeza.

Me sorprende pensar en lo mucho que he cambiado en estos últimos meses. Me siento una persona completamente diferente. Más avispada, por así decirlo. Más fuerte, por supuesto. Y dispuesta a admitir que estoy enfadada por primera vez en la vida.

Resulta liberador.

De repente levanto la vista, notando el peso de la mirada de Warner. Me mira como si estuviera intrigado, fascinado.

—¿En qué piensas? —pregunta.

Pincho un trozo de patata con el tenedor.

—Pensaba en lo tonta que fui al rechazar un plato de comida caliente.

Levanta una ceja.

—No diré que no esté de acuerdo contigo.

Le lanzo una mirada asesina.

—Estabas tan destrozada cuando llegaste... —dice, respirando profundamente—. Me confundías. Esperé y esperé a que te volvieras loca, a que saltaras sobre la mesa durante la cena y empezaras a pegar a mis soldados. Estaba seguro de que intentarías matarnos a todos y, en lugar de eso, vi que eras terca y malhumorada, negándote a quitarte la ropa sucia y quejándote de comer verdura.

Me sonrojo.

—Al principio —dice riendo—, pensé que tramabas algo. Pensé que fingías ser complaciente para distraerme de un objetivo más importante. Pensé que tu ira hacia esas cosas tan insignificantes era una estratagema —dice, con ojos burlones—. No podía creer que fuese de otra forma.

Me cruzo de brazos.

—Me repugnaba toda esa extravagancia. Mientras otras personas morían de hambre, se desperdiciaba todo ese dinero en el ejército.

Warner agita las manos, moviendo la cabeza.

—No te vayas por las ramas. El tema —dice— es que no te di nada de eso por ninguna razón planeada o para engañarte. No era ninguna prueba —se ríe—. No intentaba desafiarte ni a ti ni a tus escrúpulos. Creí que te estaba haciendo un favor. Venías de ese agujero repugnante y horrible y solo quería que tuvieras un colchón de verdad, que pudieras ducharte en paz y que tuvieras ropa bonita y nueva. Y debías comer —dice—. Estabas a punto de morir de hambre.

Me pongo rígida, un poco más calmada.

—Puede —le digo—, pero estabas loco. Eras un maníaco controlador. Ni siquiera me dejabas hablar con los demás soldados.

—Porque son unos animales —responde, con una voz inesperadamente ácida.

Levanto la mirada, sorprendida, y me encuentro con sus enojados y brillantes ojos verdes.

—Tú, que te has pasado la mayor parte de tu vida encerrada —dice—, no has tenido la oportunidad de comprender lo hermosa que eres, ni el efecto que puede tener esto en una persona. Me preocupaba tu seguridad —dice—. Eras tímida y débil, y vivías en una base militar llena de soldados solitarios, armados y zoquetes tres veces más grandes que tú. No quería que te acosaran. Monté el espectáculo de tu exhibición con Jenkins porque quería que tuvieran pruebas de tus habilidades. Necesitaba que vieran que eras un oponente temible, alguien de quien es mejor mantenerse alejado. Intentaba protegerte.

No puedo apartar la vista de sus intensos ojos.

—¡Qué mal debes pensar de mí! —Mueve la cabeza impactado—. No tenía ni idea de que me odiaras tanto. De que lodo lo que intenté hacer para ayudarte hubiese sido objeto ríe un examen tan duro.

—¿Cómo puede sorprenderte? ¿Qué otra cosa podía hacer sino esperar lo peor de ti? Eras arrogante y grosero, y me databas como si fuese de tu propiedad.

—¡Porque tenía que hacerlo! —me interrumpe—. Excepto cuando estoy en mis aposentos, todos mis movimientos y palabras son monitorizados. Mi vida depende de aparentar un tipo de personalidad concreto.

—¿Y qué hay de ese soldado a quien disparaste en la frente? Seamus Fletcher —digo desafiante, enfadada una vez más. Ahora que he dejado que entre en mi vida, me doy cuenta de que la ira aparece con demasiada facilidad—. ¿Eso también formaba parte de tu plan? No, espera, no me lo digas —levanto una mano—. Solo fue una simulación, ¿verdad?

Warner se pone rígido.

Se sienta de nuevo y su mandíbula se crispa. Me mira con una mezcla de tristeza y rabia en los ojos.

—No —dice finalmente, con una voz terriblemente baja—. No fue una simulación.

—¿Y esto no te preocupa lo más mínimo? —le pregunto—. ¿No te arrepientes de haber matado a un hombre por robar un poco de comida? ¿Para intentar sobrevivir, como tú?

Warner se muerde el labio inferior un segundo y entrecruza las manos sobre su regazo.

—¡Vaya! —dice—. ¡Qué rápido sales en su defensa!

—Era un hombre inocente —le digo—. No merecía morir. No por eso. Ni de esa forma.

—Seamus Fletcher —dice Warner con calma, mirándose fijamente las palmas de las manos— era un puto borracho que pegaba a su esposa y a sus hijos. Llevaba dos semanas sin darles de comer. Pegó a su hija de nueve años en la boca, le partió los dos incisivos y le fracturó la mandíbula. Golpeó a su esposa embarazada tan fuerte que perdió el niño. También tenía otros dos hijos —dice—: un niño de siete años y una niña de cinco. —Se detiene—. Les rompió los brazos a los dos.

Me he olvidado de la comida.

—Controlo la vida de nuestros ciudadanos minuciosamente —dice Warner—. Me gusta saber quiénes son y cómo prosperan. —Se encoge de hombros—. Seguramente no debería preocuparme de estas cosas —dice—, pero sí que me preocupan.

Creo que jamás volveré a abrir la boca.

—Nunca he dicho que mi vida gire en torno a unos principios —me dice—. Nunca he dicho que mis acciones hayan sido correctas, buenas, ni siquiera justificadas. La verdad es que no me importa. Me he visto obligado a hacer cosas horribles en esta vida, querida, y no busco ni tu perdón ni tu aprobación.



Porque no me permito el lujo de filosofar sobre escrúpulos cuando me veo obligado a actuar por instinto todos los días.

Me mira a los ojos.

—Júzgame como quieras, pero no soy nada tolerante —dice bruscamente — con un hombre que pega a su esposa. No soy tolerante —me explica— con un hombre que pega a sus hijos —respira con fuerza—. Seamus Fletcher estaba matando a su familia. Y puedes llamarlo como demonios quieras, pero jamás me arrepentiré de haber matado a un hombre que destrozó la cara de su mujer contra una pared. Jamás me arrepentiré de haber matado a un hombre que golpeó en la boca a su hija de nueve años. No me arrepiento —sentencia—. Y no voy a pedir disculpas, porque un niño está mejor sin padre y una esposa está mejor sin marido, que teniendo uno como ese. —Veo el severo movimiento de su garganta—. Es así.

—Lo siento, Warner, yo...

Levanta una mano para detenerme. Se mantiene firme, con los ojos centrados en los platos de comida sin tocar.

—Ya lo he dicho antes, querida, y siento tenértelo que decir de nuevo, pero no entiendes las decisiones que tengo que tomar. No sabes las cosas que he visto ni lo que me veo obligado a presenciar todos los días —vacila—. Y no me gustaría que lo hicieras. Pero no intentes entender mis actos —dice, mirándome a los ojos al fin—, porque si lo haces, te puedo asegurar que solo lograrás decepcionarte. Y si insistes en seguir haciendo suposiciones sobre mi carácter, solo te aconsejo una cosa, da por hecho que siempre te equivocarás.

Se levanta con una elegancia innata que me asusta. Se alisa los pantalones y se vuelve a subir las mangas.

He puesto las cosas de tu armario en el mío —me da el—. Tienes ropa para cambiarte, si quieres. La cama y el baño están a tu disposición. Yo tengo cosas que hacer. Esta noche dormiré en mi despacho.

Y con eso, abre la puerta contigua y se encierra en el despacho.

## OCHO

La comida está fría. Pincho las patatas y me obligo a mí misma a terminar el plato a pesar de que haya perdido el apetito. No puedo evitar preguntarme si he presionado demasiado a Warner.

Pensaba que, por hoy, ya habían terminado las revelaciones, pero me volví a equivocar. Y eso me hace pensar en lo que queda, en cuánto voy a aprender sobre Warner en los próximos días. O meses.

Y eso me asusta, porque cuantas más cosas descubro sobre él, menos excusas me quedan para rechazarlo. Se está liberando ante mí, convirtiéndose en algo totalmente distinto, lo cual me aterra de una manera que no había imaginado.

Y solo pienso que ahora no es el momento. Aquí no. No cuando hay tantas incertidumbres. Ojalá mis emociones entendieran la importancia de encontrar el momento oportuno.

Nunca me había dado cuenta de que Warner desconocía lo mucho que lo había odiado. Supongo que ahora puedo entender mejor cómo se veía a sí mismo; por qué nunca se había visto como culpable o criminal por sus acciones. Tal vez pensaba que yo le había dado el beneficio de la duda, que habría sido capaz de analizarlo tan fácilmente como él a mí.

Pero no pude. No lo hice y ahora no puedo evitar preguntarme si de alguna forma lo he decepcionado.

No sé por qué sigue importándome.

Me pongo de pie mientras suspiro, odiando mis dudas. Porque, si bien es posible que no pueda negar la atracción física que siento hacia él, sigo sin poder olvidarme de la primera impresión que me causó. No es fácil cambiar tan de repente ni dejar de verlo como algo más que una especie de monstruo manipulador.

Necesito tiempo para adaptarme a la idea de Warner como una persona normal, pero estoy cansada de pensar y, en estos momentos, lo único que quiero es ducharme.

Me arrastro hacia la puerta abierta del baño y recuerdo lo que me dijo sobre mi ropa. Que la había cambiado de mi armario al suyo. Miro a mi alrededor en busca de otra puerta, pero solo encuentro la entrada cerrada de su despacho. Casi caigo en la tentación de llamar y preguntárselo directamente, pero decido no hacerlo. En lugar de eso, presto atención a las paredes, preguntándome si Warner no me habría dado instrucciones si su armario fuese difícil de encontrar. Pero entonces lo veo.

Un interruptor.

En realidad es más bien un botón, está empotrado a la pared. Sería casi imposible de detectar si no lo buscas.

Lo aprieto y aparece un panel en la pared. Al cruzar el umbral, la habitación se ilumina por sí sola.

Este armario es más grande que toda la habitación.

Las paredes y el techo son de baldosas de piedra blanca que brillan bajo la iluminación fluorescente; el suelo está cubierto con gruesas alfombras orientales. Hay un pequeño sola de ante de color verde jade en el centro de la habitación, pero es un sofá extraño: no tiene respaldo. Parece un gran sola otomano. Y lo más extraño de todo: no hay ni un solo espejo. Me doy la vuelta, mis ojos lo buscan, seguros de que debo de haber pasado por alto un elemento tan básico y los detalles de este espacio me cautivan tanto que por poco me olvido de la ropa.

La ropa.

Hay por todas partes, expuesta como si se tratara de obras de arte. En las paredes hay módulos de madera oscura y brillante, estantes llenos de filas y filas de zapatos. El resto del espacio del armario está lleno de colgadores y en cada pared hay diferentes tipos de ropa.

Todos los colores combinan.

Warner tiene más abrigos, zapatos, pantalones y camisas de los que he visto en mi vida. Corbatas y pajaritas, cinturones, bufandas, guantes y gemelos. Telas bonitas y valiosas: mezclas de seda y algodón almidonado, lana suave y cachemir. Zapatos de vestir y botas de cuero engrasadas, abrillantadas y pulidas a la perfección. Un chaquetón de un tono naranja oscuro y una gabardina de un azul marino profundo. Una chaqueta abotonada de invierno de un tono ciruela intenso y deslumbrante. Me atrevo a pasar los dedos por las distintas telas, preguntándome cuántas de estas piezas debe de haber usado Warner.

Estoy sorprendida.

Siempre ha sido evidente que Warner se enorgullece de su físico: sus trajes son impecables y la ropa le queda como si estuviera hecha a medida. Pero ahora entiendo por qué se preocupó tanto por mi armario.

No trataba de ser condescendiente. Se estaba divirtiendo.

Aaron Warner Anderson, comandante en jefe y regente del Sector 45, hijo del comandante supremo del Restablecimiento, siente debilidad por la moda.

Después de mi estupefacción inicial, encuentro fácilmente mi antiguo armario. Lo han colocado sin miramientos en un rincón de la habitación y siento pena por él. Desentona enormemente con el resto del espacio.

Revuelvo cajones rápidamente, sintiéndome por primera vez agradecida de tener algo limpio que ponerme. Warner previó todo lo que iba a necesitar antes de llegar a la base. El armario está lleno de vestidos, camisas y pantalones, pero también lo han provisto de calcetines, sujetadores y braguitas. Y aunque sé que esto debería hacerme sentir incómoda, por alguna razón no me siento así. La ropa interior es sencilla y discreta. Prendas básicas de algodón totalmente normales y funcionales. Compró todo esto antes de conocerme y, saber que lo hizo sin ningún grado de intimidad, me hace sentir menos cohibida.

Cojo una camiseta, un pantalón de pijama de algodón y mi ropa interior nueva y salgo de la habitación. Las luces se apagan de inmediato cuando llego al dormitorio y pulso el botón para cerrar el panel.

Observo su habitación con nuevos ojos, readaptándome a este espacio más pequeño y corriente. El dormitorio de Warner es casi idéntico al que ocupé mientras estaba en la base y siempre me pregunté por qué. No hay objetos personales: ni fotos ni chismes raros.

Y de repente todo cobra sentido.

Su dormitorio no significa nada para él. Es poco más que un sitio en el que dormir, pero el armario... es de su estilo y diseño. Seguramente sea el único espacio que le importa de la habitación.

Esto me hace preguntarme cómo debe de ser su despacho por dentro y, antes de recordar que está allí encerrado, mi ojos se dirigen hacia la puerta.

Reprimo un suspiro y me dirijo al baño, con la idea de darme una ducha, cambiarme y quedarme dormida de inmediato. Parece que el día haya durado varios años y estoy preparada para darlo por terminado. Espero que mañana podamos regresar al Punto Omega y hacer finalmente algún progreso.

Pero, independientemente de lo que vaya a suceder y de lo que descubramos, estoy decidida a encontrar a Anderson, aunque tenga que hacerlo sola.

## NUEVE

No puedo gritar.

Mis pulmones no se abren y mi respiración sigue siendo entrecortada. Tengo el pecho tenso y se me cierra la garganta. Intento gritar, pero no puedo dejar de jadear, de destrozarme los brazos y de intentar respirar desesperadamente. Pero el esfuerzo es inútil. Nadie puede oírme. Nadie sabrá que me estoy muriendo, que tengo un agujero en el pecho que se está llenando de sangre, dolor y una agonía insoportable, y hay tanta, tantísima sangre caliente formando un charco a mí alrededor y no puedo, no puedo, no puedo respirar.

—Juliette. Juliette, querida, despierta. Despierta.

Me levanto tan de golpe que me quedo doblada. Respiro profundamente, abrumada. Estoy tan aliviada por poder hacer llegar oxígeno a mis pulmones, que no puedo hablar, no puedo hacer otra cosa que inhalar tantas veces como me sea posible. Me tiembla todo el cuerpo y tengo la piel fría y húmeda por haber pasado del calor al frío con demasiada rapidez. No puedo estabilizarme, no puedo frenar las lágrimas silenciosas, no puedo sacar la pesadilla ni los recuerdos de mi memoria.

No puedo dejar de respirar bruscamente.

Warner me coge la cara con las manos. Por alguna razón, el calor de su piel me ayuda a calmarme y, por fin, noto que el corazón me empieza a desacelerarse.

—Mírame —dice.

Me obligo a mirarlo a los ojos, temblando al recuperar el aliento.

—No pasa nada —susurra, apretándome aún las mejillas—. Solo era una pesadilla. Intenta cerrar la boca —sugiere— y respirar por la nariz. Muy bien. Así de fácil. Todo va bien. —Su voz es suave, melódica e inexplicablemente tierna.

No puedo apartar la mirada de sus ojos. Tengo miedo de pestañear, de volver a mi pesadilla.

—No me iré hasta que estés bien —me tranquiliza—. No te preocupes. Tómate tu tiempo.

Cierro los ojos y noto cómo el corazón vuelve a un ritmo normal. Mis músculos se empiezan a destensar, las manos dejan de temblar. Y aunque no estoy llorando enérgicamente, no logro contener las lágrimas que corren por mi cara. Pero entonces alguna parte de mi cuerpo se quiebra, se desmorona desde dentro, y, de repente, estoy tan cansada, que no puedo mantenerme en pie.

Por alguna razón, parece que Warner lo entiende.

Me ayuda a sentarme en la cama y, a continuación, me tapa con la manta hasta los hombros. Estoy temblando, enjugándome las últimas lágrimas. Warner me pasa una mano por el pelo.

—No pasa nada —dice en voz baja—. Todo va bien.

—¿Y tú no te vas a dormir también? —tartamudeo, preguntándome qué hora debe de ser. Observo que él sigue totalmente vestido.

—Eh... sí —dice. A pesar de la tenue luz puedo ver la sorpresa en sus ojos—. Luego. No suelo irme a la cama tan temprano.

—¡Vaya! —Pestañeo, respirando ya con más facilidad—. ¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana.

Ahora soy yo la sorprendida.

—¿No tenemos que levantarnos en pocas horas?

—Sí. —La sombra de una sonrisa roza sus labios—. Pero casi nunca logro conciliar el sueño cuando debería. Es como si no pudiera desconectar la mente —dice, sonriéndome un momento antes de darse la vuelta para irse.

—Quédate.

Se me escapa la palabra de los labios incluso antes de poder pensar en ello. No sé por qué lo he dicho. Quizás porque ya es tarde y sigo temblando, y puede que tenerlo cerca haga desaparecer mis pesadillas. O tal vez sea porque me noto débil y afligida, y en estos momentos necesite un amigo. No estoy segura, pero hay algo en la oscuridad, en el silencio de esta hora, que crea un lenguaje propio. La oscuridad genera una extraña libertad, una vulnerabilidad aterradora que nos permitimos justo en el momento equivocado, engañados por la oscuridad al pensar que guardará nuestros secretos. Nos olvidamos de que la oscuridad no es una manta; nos olvidamos de que el sol saldrá pronto. Pero, al menos en ese momento, nos sentimos lo bastante valientes para decir cosas que nunca diríamos a la luz del día.

Excepto Warner, que no dice nada.

De hecho, durante una fracción de segundo parece preocupado. Me mira en silencio asustado, demasiado asombrado para hablar y, cuando estoy a punto de retractarme de todo y de esconderme bajo las sábanas, me coge del brazo.

Me quedo inmóvil.

Tira de mí hacia adelante hasta que me quedo acurrucada contra su pecho. Me abraza cuidadosamente, como si me estuviera diciendo que puedo apartarme, que lo entenderá, que es mi elección. Pero me siento tan segura, tan calentita, tan tremendamente satisfecha, que creo que no se me puede ocurrir ni un solo motivo para no disfrutar del momento. Me arrimo más, ocultando la cara en los suaves pliegues de su camisa y él me abraza con más fuerza, con el pecho agitado. Apoyo las manos en su estómago, sintiendo los firmes músculos tensos al tocarlos. Deslizo la mano izquierda alrededor de sus costillas, por su espalda, y Warner se queda congelado, con el corazón acelerado bajo mi oído. Se me cierran los ojos justo cuando noto que intenta respirar.

—¡Dios mío! —dice con la voz entrecortada, al tiempo que se aparta—. No puedo hacerlo. No sobreviviría.

—¿Cómo?

Ya está en pie y *solo consigo vislumbrar en su silueta que está temblando*.

—No puedo seguir haciéndolo.

—Warner...

—La última vez pensé que podría apartarme —dice—. Pensé que podría dejarte ir y te odio por ello, pero no pude. Porque me lo pones muy difícil —dice con voz temblorosa—. Porque no juegas limpio. Vas y haces algo como que te disparen —dice— y me *derrotas en el proceso*.

Trato de permanecer totalmente inmóvil.

Intento no hacer ruido.

Pero mi mente no para y mi corazón no deja de palpar, y con solo unas pocas palabras ha conseguido desmontar mis enormes esfuerzos para olvidar lo que le hice.

No sé qué hacer.

Por fin me acostumbro a la oscuridad y, al pestañear, lo encuentro mirándome a los ojos como si pudiera verme el alma.

No estoy preparada para esto. Todavía no. Todavía no. Así no. Pero estoy recuperando los sentimientos y las imágenes de sus manos, sus brazos y sus labios, y lo intento pero no consigo apartar los pensamientos, no puedo ignorar el olor de su piel ni la extraña familiaridad de su cuerpo. Oigo que su

corazón tamborilea en su pecho, que la mandíbula se le tensa, noto el poder contenido silenciosamente en su interior.

Y de repente le cambia la cara. Se preocupa.

—¿Tienes miedo? —me pregunta.

Me sobresalto y respiro más rápido, agradeciendo que solo sea capaz de detectar el rumbo aproximado de mis sentimientos y nada más que eso. Por un momento me gustaría decir que no. No, no tengo miedo.

Estoy petrificada.

Estar tan cerca de ti me hace sentir cosas. Cosas extrañas, cosas irracionales y cosas que revolotean en mi pecho y me trenzan los huesos. Quiero respuestas, claridad y libros de revelación. Quiero un bolsillo lleno de signos de puntuación para terminar con los pensamientos que me ha obligado a tener.

Pero no digo nada de eso.

En lugar de eso, le hago una pregunta cuya respuesta ya conozco.

—¿Por qué debería tener miedo?

—Estás temblando —dice.

—¡Oh!

Estas dos letras y su pequeño y sorprendido sonido escupan de mi boca para encontrar algún refugio lejano. Sigo deseando poder tener fuerzas para apartar la mirada en momentos como este. Sigo deseando que las mejillas no se me enciendan tan fácilmente. Sigo desperdiciando deseos en cosas estúpidas, creo.

—No, no tengo miedo —digo finalmente. Es imprescindible que se aleje de mí. Es necesario que me haga este favor—. Estoy sorprendida.

Se queda callado, con unos ojos que me piden alguna explicación. En muy poco tiempo, se ha convertido en alguien cercano y desconocido a la vez. Exactamente como creía que sería y a la vez no se parece en nada.

—Permites que el mundo crea que eres un asesino desalmado —le digo—. Y no lo eres.

Se ríe una vez y *levanta las cejas con sorpresa*.

—No —dice—. Me temo que solo soy un asesino de los corrientes.

—¿Pero por qué... por qué finges ser tan cruel? —le pregunto—. ¿Por qué dejas que la gente te trate de esa manera?

Suspira. Se vuelve a subir las mangas enrolladas de la camisa por encima de los codos. No puedo evitar seguir el movimiento y mis ojos se detienen en sus antebrazos. Por primera vez me doy cuenta de que no lleva tatuajes militares como todos los demás. Me pregunto por qué.



—¿Y eso qué más da? —dice—. La gente puede pensar lo que quiera. No busco su aprobación.

—¿Así que no te importa —le pregunto— que la gente te juzgue tan duramente?

—No tengo a nadie a quien impresionar —dice—. Nadie que se preocupe por lo que me pasa. No me dedico a hacer amigos, querida. Mi trabajo consiste en dirigir un ejército y eso es lo único que se me da bien. Nadie —explica— estaría orgulloso de las cosas que he logrado. Mi madre ni siquiera me reconoce. Mi padre cree que soy débil y patético. Mis soldados quieren verme muerto. El mundo se va a la mierda. Y estas conversaciones que tengo contigo son las más largas que he tenido en la vida.

—¿En serio? —le pregunto, con ojos como platos.

—En serio.

—¿Y tú confías en mí al darme toda esta información? —Estoy sorprendida—. ¿Por qué compartes tus secretos conmigo?

Sus ojos se oscurecen, se calman de repente. Mira hacia la pared.

—No hagas eso —dice—. No me hagas preguntas de las cuales ya conoces la respuesta. Me he desnudado ante ti dos veces y lo único que he conseguido ha sido una herida de bala y un corazón roto. No me tortures —dice, mirándome a los ojos de nuevo—. Es cruel hacer eso, incluso a alguien como yo.

—Warner...

—¡No lo entiendo! —Finalmente pierde la compostura, alzando el tono de voz—. ¿Qué podría hacer Kent por ti? —dice, escupiéndolo el nombre.

Así que respiro profundamente y trato de encontrar las palabras adecuadas, la manera correcta de explicar que me preocupan temas mucho más importantes y serios, pero cuando levanto la mirada veo que Warner sigue mirándome y me doy cuenta de que espera una respuesta a una pregunta que ha estado intentando quitarse de la cabeza. Algo que debe estar carcomiéndole.

Y supongo que se merece una respuesta, sobre todo después de lo que le he hecho.

Así que respiro profundamente.

—No sé cómo explicarlo —le digo—. El es... No sé. —Me miro las manos—. Fue mi primer amigo. La primera persona que me trató con respeto, que me quiso. —Me quedo callada un momento—. Siempre ha sido muy bueno conmigo.

Warner se estremece ante la sorpresa, la cual le invade el rostro.

—¿Que siempre ha sido muy bueno contigo?

—Sí —murmuro.

Warner se ríe de forma dura y falsa.

—Esto es increíble —dice, mirando a la puerta, con una mano atrapada en el pelo—. Esta pregunta me ha estado consumiendo durante los tres últimos días, he tratado desesperadamente de entender por qué te entregaste a mí de tan buena gana para romperme el corazón en el último momento por mi... un autómatasoso y completamente reemplazable. No dejaba de pensar que tenía que haber alguna buena razón, algo que había pasado por alto, algo que no podía entender.

»Y estaba dispuesto a aceptarlo —prosigue—. Me había obligado a aceptarlo porque pensaba que tenías unas razones profundas y fuera de mi alcance. Estaba dispuesto a dejarte escapar si habías encontrado algo extraordinario, alguien que pudiera conocerte de formas que yo nunca podría llegar a comprender. Porque tú te mereces eso —dice—. Me dije a mí mismo que merecías algo mejor que yo, algo más que mis lamentables proposiciones. —Niega con la cabeza y deja caer las manos—. Pero, ¿esto? —añade, paralizado—. ¿Estas palabras? ¿Esta explicación? ¿Lo elegiste porque es bueno contigo? ¿Porque te ha ofrecido caridad básica?

De repente me siento enfadada y avergonzada.

Me indigna que Warner se haya concedido el permiso de juzgar mi vida, creyéndose generoso por apartarse de ella. Entrecierro los ojos y aprieto los puños.

—No es caridad —contesto—. El se preocupa por mí... ¡y yo por él!

Warner asiente, poco convencido.

—Deberías tener un perro, querida. He oído que tienen cualidades muy parecidas.

—¡Eres alucinante! —Me impulso hacia arriba, moviendo rápido los pies y arrepintiéndome de ello. Tengo que aferrarme a la estructura de la cama para no perder el equilibrio—. ¡Mi relación con Adam no es asunto tuyo!

—¿Tú relación? —Warner se ríe, en voz alta. Se mueve con agilidad para mirarme desde el otro lado de la cama, poniendo distancia entre nosotros—. ¿Qué relación? ¿Acaso sabe algo sobre ti? ¿Te entiende? ¿Conoce tus deseos, tus miedos, la verdad que ocultas en el corazón?

—Ah, ¿y qué? ¿Tú sí?

—¡Sabes muy bien que yo sí! —grita, señalándome con un dedo acusador—. Y estaría dispuesto a apostar mi vida a que no tiene ni idea de cómo eres realmente. Andas con pies de plomo ante sus sentimientos, pretendes ser una

niña buena, ¿no? Tienes miedo de asustarlo. Tienes miedo de decirle demasiado.

—¡No tienes ni idea de nada!

—Oh, ya lo sé —dice, avanzando—. Lo entiendo perfectamente. El está enamorado de su tranquilo y tímido caparazón. De lo que fuiste. No tiene idea de lo que eres capaz, de lo que podrías hacer si te presionan demasiado.

Desliza la mano por detrás de mi cuello; se inclina hasta que nuestros labios están a pocos centímetros de distancia.

¿Qué les pasa a mis pulmones?

—Eres una cobarde —susurra—. Quieres estar conmigo y eso te aterra. Y te avergüenza —afirma—. Te avergüenza poder querer a alguien como yo. ¿No es cierto? —Baja la mirada y su nariz roza la mía.

Casi puedo contar los milímetros que separan nuestros labios. Lucho por concentrarme, intentando recordar que estoy enfadada con él, enfadada por algo, pero su boca está justo en frente de la mía y no puedo dejar de pensar en encontrar la forma de acabar con el espacio que nos separa.

—Tú me quieres —declara en voz baja, moviendo las manos por mi espalda— y eso te está matando.

Me echo hacia atrás, alejándome, odiando mi cuerpo por reaccionar así ante él, por venirse abajo de esta forma. Noto que mis articulaciones se han vuelto endebles y mis piernas se han quedado sin huesos. Necesito oxígeno, necesito un cerebro, necesito encontrar mis pulmones...

—Tú te mereces mucho más que caridad —dice, con el pecho agitado—. Te mereces vivir. Te mereces estar viva. —Me mira fijamente, sin pestañear—. Vuelve a la vida, querida. Yo estaré aquí cuando despiertes.

## DIEZ

Me despierto boca abajo.

Tengo la cara enterrada entre almohadas y abrazo los suaves contornos. Pestaño sin cesar, divisando mi entorno con ojos legañosos, tratando de recordar dónde estoy. Entrecierro los ojos ante la claridad del día. Se me cae el cabello a la cara al levantar la cabeza para mirar a mi alrededor.

—Buenos días.

Me sobresalto sin motivo, me siento demasiado rápido y agarro una almohada contra el pecho por un motivo igualmente inexplicable. Warner está de pie a los pies de la cama, completamente vestido. Lleva un pantalón negro y un jersey de color verde pizarra que se ciñe a la forma de su cuerpo, con las mangas subidas hasta los antebrazos. El pelo, perfecto. Los ojos, alerta, despiertos, tremendamente iluminados por el verde de la camisa. Y lleva una taza humeante en la mano. Me sonrío.

Lo saludo con la mano débilmente.

—¿Café? —me pregunta, ofreciéndome la taza.

Me quedo mirándola mientras dudo.

—Nunca he tomado café.

—No es tan horrible —dice encogiéndose de hombros—. A Delalieu le obsesiona. ¿No es cierto, Delalieu?

Me echo hacia atrás en la cama y casi me golpeó la cabeza contra la pared.

Un hombre mayor, de aspecto bondadoso, me sonrío desde la esquina de la habitación. Ese fino cabello castaño y ese bigote inquieto me resultan vagamente familiares, como si los hubiera visto en la base. Me doy cuenta de que está de pie junto a un carrito de desayuno.

—Es un placer conocerla oficialmente, señorita Ferrars —dice.

Le tiembla un poco la voz, pero no resulta intimidante ni me pone unos ojos sorprendentemente sinceros.

—El café es muy bueno —continúa—. Yo lo tomo todos los días, aunque siempre con...

—Nata y azúcar —le corta Warner con una sonrisa irónica y los ojos sonrientes como si se tratara de alguna broma privada—. Sí. Aunque creo que el azúcar me sobra. Me parece que prefiero lo amargo. —Me mira de nuevo—. La decisión es tuya.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto.

—El desayuno —dice Warner. Sus ojos no revelan nada—. Pensé que quizás tendrías hambre.

—¿Pasa algo por que él esté aquí? —susurro, sabiendo de sobras que Delalieu puede oírme—. ¿Es seguro que sepa que estoy aquí?

Warner asiente. No me da ninguna otra explicación.

—Vale —le digo—. Probaré el café.

Me arrastro sobre la cama para coger la taza y Warner sigue mis movimientos con la mirada: recorre mi cara y todo mi cuerpo hasta llegar a las almohadas y sábanas arrugadas bajo mis manos y rodillas. Cuando finalmente se encuentra con mis ojos, aparta la mirada con demasiada rapidez, me da la taza y pone una habitación entera de distancia entre nosotros.

—Y entonces, ¿cuánto sabe Delalieu? —pregunto, mirando al señor mayor.

—¿Qué quieres decir? —Warner levanta una ceja.

—Bueno, ¿sabe que me voy a ir? —Yo también levanto una ceja. Warner se queda mirándome—. Me prometiste que me sacarías de la base —le recuerdo— y espero que Delalieu esté aquí para ayudarte con eso. Aunque si es demasiada molestia, siempre estoy dispuesta a usar la ventana. —Inclino la cabeza—. La última vez funcionó.

Warner entorna los ojos y sus labios forman una fina línea. Sigue mirándome cuando señala con la cabeza el carrito del desayuno situado junto a él.

—Así es como te vamos a sacar hoy de aquí.

Su respuesta hace que me atragante con el primer sorbo.

—¿Cómo?

—Es la solución más fácil y eficiente —dice Warner—. Eres pequeña y ligera, puedes encajar fácilmente en un espacio reducido y las telas te mantendrán oculta. Yo suelo trabajar en mi habitación —dice—. Delalieu me trae la bandeja del desayuno de vez en cuando. Nadie sospechará que pase nada.

Miro a Delalieu esperando algún tipo de confirmación.

El asiente con entusiasmo.

—¿Cómo me trajiste aquí al principio? —pregunto—. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo y ya está?

Warner examina uno de los platos del desayuno.

—Me temo que esa opción ya no nos sirve.

—¿Qué quieres decir? —Una ansiedad repentina se apodera de mí—. ¿Cómo me metiste aquí?

—No estabas del todo consciente —dice—. Tuvimos que ser un poco más... creativos.

—Delalieu.

El hombre mayor dirige la mirada hacia el sonido de mi voz, claramente sorprendido al ser abordado de forma tan directa.

—¿Sí, señorita?

—¿Cómo me metisteis en el edificio?

Delalieu mira a Warner, que ahora observa la pared fijamente. Delalieu vuelve sus ojos a mí y me ofrece una sonrisa de disculpa.

—Nosotros... bueno, la llevamos a rastras —responde.

—¿Cómo?

—Señor —dice Delalieu de repente, sus ojos imploran a Warner que le diga cómo seguir.

—Te metimos —interviene Warner, ahogando un suspiro— en una bolsa para cadáveres.

Se me tensan las extremidades por el miedo.

—¿Que hicisteis qué?

—Estabas inconsciente, querida. No teníamos muchas alternativas. No podía llevarte a la base en brazos. —Me lanza una mirada—. Hubo muchas bajas en la batalla —explica—. De ambos bandos. Una bolsa para cadáveres podía pasar desapercibida fácilmente.

Lo miro boquiabierto.

—No te preocupes. —Sonríe—. Le hice algunos agujeros.

—¡Qué considerado! —espeto.

—Lo fue —oigo decir a Delalieu. Lo miro y veo que me mira conmovido, claramente consternado ante mi comportamiento—. Nuestro comandante le estaba salvando la vida.

Me estremezco y observo la taza de café mientras el calor me sonroja las mejillas. Mis conversaciones con Warner nunca habían tenido audiencia. Me pregunto cómo deben verse nuestras interacciones a ojos de un observador externo.

—Está bien, teniente —dice Warner—. Normalmente se enfada cuando tiene miedo. No es más que un mecanismo de defensa. Seguramente la idea de meterse en un espacio tan pequeño haya disparado sus tendencias claustrofóbicas.

Alzo la vista de repente. Warner me está mirando directamente, sus ojos desprenden una comprensión tácita. Siempre se me olvida que Warner es capaz de notar las emociones, que siempre sabe lo que realmente siento y me conoce lo suficientemente bien como para poder contextualizarlo todo. Soy totalmente transparente para él y, de alguna manera, al menos ahora, lo agradezco.

—Por supuesto, señor —dice Delalieu—. Mis disculpas.

—Dúchate y cámbiate, si quieres —me dice Warner—. Te he dejado algunas cosas en el baño. Vestidos no —dice, luchando por contener una sonrisa—. Nosotros te esperaremos aquí. Delalieu y yo tenemos algunas cosas de las que hablar.

Asiento, desenredándome las sábanas y tropezando. Tiro del dobladillo de la camiseta, consciente repentinamente de que estoy despeinada y desaliñada ante estos dos militares.

Me quedo un momento mirándolos. Warner señala la puerta del baño.

Me llevo el café alirme, sin dejar de preguntarme quién será Delalieu y por qué Warner parece confiar en él. Pensaba que decía que todos sus soldados querían verlo muerto. Ojalá pudiera escuchar su conversación, pero ambos se cuidan de no decir nada hasta que cierro la puerta del baño.

## ONCE

Tomo una ducha rápida con cuidado de que el agua no me moje el pelo. Ya me lo lavé anoche y esta mañana hace un poco de frío. Si nos vamos, no quiero arriesgarme a coger un resfriado, pero es difícil evitar la tentación de tomar una larga ducha —con agua caliente— en el baño de Warner.

Me pongo rápidamente la ropa doblada que me ha dejado en un estante: pantalones vaqueros oscuros y un jersey suave de color azul marino; calcetines y ropa interior limpios, junto con unas zapatillas nuevas. Las tallas son perfectas, por supuesto.

Hace tantos años que no llevo vaqueros que al principio la tela se me hace extraña. Me quedan muy ceñidos y ajustados; tengo que doblar las rodillas para dar un poco de sí la ropa. Pero cuando me meto el jersey por la cabeza me siento cómoda al fin. Y, aunque echo de menos mi traje, hay algo bueno en llevar ropa de verdad. Ni disfraces, ni pantalones de camuflaje, ni licra. Simplemente unos vaqueros y un jersey, como una persona normal. Es una realidad extraña.

Me miro en el espejo un momento y pestañeo al ver mi reflejo. Ojalá tuviera algo para atarme el pelo; en el Punto Omega me acostumbré a tenerlo apartado de la cara. Desvío la mirada con un suspiro de resignación, con la esperanza de empezar el día tan pronto como sea posible. Pero justo al abrir la puerta del baño oigo voces.

Me quedo quieta. Escuchando.

—¿... seguro que no hay peligro, señor?

Es Delalieu.

—Perdóneme —dice el hombre mayor rápidamente—. No quiero parecer impertinente, pero no puedo evitar estar preocupado.

—Todo irá bien. Únicamente asegúrese de que nuestras tropas no están patrullando la zona. Solo deberíamos desaparecer unas horas como máximo.

—Sí, señor.

Silencio.

Entonces...



—Juliette —dice Warner, y casi me caigo en el inodoro—. Ven aquí, querida. Es de mala educación escuchar a escondidas.

Salgo del baño lentamente, con la cara enrojecida por el calor de la ducha y la vergüenza de haber sido descubierta con un comportamiento tan infantil. De repente no sé qué hacer con las manos.

Warner está disfrutando de mi vergüenza.

—¿Lista para irte?

No. No, no lo estoy.

La esperanza y el miedo me estrangulan y tengo que recordarme a mí misma que debo respirar. No estoy preparada para enfrentarme a la muerte y la destrucción de todos mis amigos. Claro que no lo estoy.

Sin embargo, lo que digo en voy alta es un «Sí, por supuesto». Me estoy preparando para la verdad, sea cual sea.

## DOCE

Warner tenía razón.

Llevarme por el Sector 45 era mucho más fácil de lo que esperaba. Nadie se dio cuenta de nada y la zona vacía debajo del carrito era lo bastante espaciosa como para poder sentarme cómodamente.

Cuando Delalieu abre uno de los paneles de tela, me doy cuenta de dónde estamos. Echo un vistazo rápido a mi alrededor y observo todos los tanques militares estacionados en este amplio espacio.

—Rápido —susurra Delalieu. Señala el tanque que está aparcado más cerca de nosotros. Veo que se abre la puerta desde el interior—. Dese prisa, señorita. No pueden verla.

Me apresuro.

Salto de debajo del carro y salgo disparada hacia la puerta abierta del tanque, trepando hacia el asiento. La puerta se cierra tras de mí y, al girarme, veo que Delalieu nos observa con ojos llorosos contraídos de preocupación. El vehículo empieza a moverse.

Casi me caigo hacia delante.

—Mantén la calma y abróchate el cinturón de seguridad, querida. Estos tanques no están hechos para ser cómodos.

Warner sonríe mientras mira fijamente hacia adelante, con las manos enfundadas en guantes de cuero negro y el cuerpo envuelto en un abrigo gris acero. Yo me siento y busco a tientas las correas para abrocharme lo mejor que pueda.

—¿Entonces sabes cómo llegar allí? —le pregunto.

—Claro.

—Pero tu padre dijo que no recordabas nada del Punto Omega.

Warner me mira con ojos sonrientes.

—¡Qué bien nos va que haya recuperado la memoria!

—Eh... ¿Y cómo pudiste salir de allí? —le pregunto—. ¿Cómo sorteaste a los guardias?

Se encoge de hombros.

—Les dije que tenía permiso para salir de mi habitación.

Me quedo boquiabierta.

—No hablas en serio.

—Muy en serio.

—Pero ¿cómo encontraste la salida? —pregunto—. Esquivaste a los guardias, vale, pero ese lugar es como un laberinto. Yo no era capaz de orientarme ni después de llevar un mes viviendo allí.

Warner se fija en una pantalla del tablero de mandos y toca un par de botones con funciones que no entiendo.

—No estaba del todo inconsciente cuando me llevaron —dice—. Me obligué a fijarme en la entrada. Hice un gran esfuerzo para memorizar puntos de referencia. También calculé el tiempo que tardaron en llevarme de la entrada al ala médica, y luego desde el ala médica hasta mi habitación. Y cada vez que Castle me llevaba al baño —explica—, examinaba mi entorno para intentar medir a cuánto estaba de la salida.

—Pero... —Frunzo el ceño—. Podrías haberte defendido de los guardias y haber tratado de escapar mucho antes. ¿Por qué no lo hiciste?

—Ya te lo dije. Me parecía un extraño lujo estar encerrado allí. Tuve la oportunidad de recuperar semanas de sueño acumuladas. No tenía que trabajar ni hacer frente a ningún asunto militar. Pero la respuesta más obvia —dice, exhalando— es que me quedé porque podía verte cada día.

—¡Vaya!

Warner se ríe y cierra un momento los ojos.

—Tú nunca quisiste estar allí realmente, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Mueve la cabeza.

—Si quieres sobrevivir —me regaña—, debes prestar atención a tu entorno. No puedes depender de que otros cuiden de ti ni presuponer que otra persona hará lo correcto.

—¿A qué te refieres?

No te importaba —afirma—. Tú estabas ahí, llevabas mas de un mes bajo tierra, junto a esos rebeldes con poderes sobrenaturales que charlaban sobre grandes y nobles ideales de salvar el mundo y dices que ni siquiera podías orientarte. Eso es porque no te importaba —dice—. No querías participar en ello. Si hubieses querido, habrías tomado la iniciativa para aprender tanto como te fuera posible sobre tu nuevo hogar. No cabrías en ti misma de la emoción. En lugar de eso, estabas apática e indiferente.

Abro la boca para protestar, pero no tengo oportunidad de hacerlo.

—No te culpo —me aclara—. Sus ideales eran poco realistas. No me importa lo flexibles que sean tus miembros ni cuántos objetos puedas mover con la mente. Si no entiendes a tu oponente, o peor aún, si lo subestimas, vas a perder. —Su mandíbula se tensa—. Yo no paré de repetirte que Castle iba a llevar a tu grupo a una masacre. Era demasiado optimista para ser un buen líder, demasiado positivo para tener en cuenta las opciones lógicas que iban en su contra y demasiado ignorante para entender realmente cómo hace frente el Restablecimiento a las voces de la oposición.

»Al Restablecimiento —continúa Warner— no le interesa mantener una apariencia de amabilidad. Bajo su punto de vista los civiles no son más que peones. Ellos quieren poder —me dice— y quieren estar entretenidos. No les interesa arreglar nuestros problemas. Solo quieren asegurarse de que están lo más cómodos posible mientras nosotros cavamos nuestra propia tumba.

—No.

—Sí —dice—. Es así de simple. Todo lo demás solo es una broma para ellos. Los textos, los artefactos, las lenguas... Solo quieren asustar a la gente para mantenerlos sumisos y despojarlos de su individualidad. De esta forma, les es posible conducirlos en manada para que tengan una única mentalidad que solo sirva a sus objetivos. Es por eso que pueden y van a destruir todos los movimientos rebeldes. Y eso es algo que tus amigos no llegaban a entender del todo. Y ahora han sufrido por su ignorancia.

Detiene el tanque, apaga el motor y, después, desbloquea la puerta.

Sigo sin estar preparada para afrontarlo.

## TRECE

Ahora cualquiera sería capaz de encontrar el Punto Omega. Cualquier ciudadano, cualquier civil, cualquier persona con capacidad de ver podría decir dónde se encuentra el gran cráter del Sector 45.

Warner tenía razón.

Me desabrocho lentamente el cinturón, llegando a ciegas a la manilla de la puerta. Siento como si me moviera en medio de la niebla, como si tuviera las piernas hechas de arcilla fresca. No me doy cuenta de lo alto que es el tanque y tropiezo al salir.

Esto es todo.

El trozo de tierra vacío y estéril que había llegado a reconocer como la zona que rodeaba el Punto Omega; la tierra que Castle nos dijo que una vez fue rica en follaje y vegetación. Nos dijo que había sido el escondite ideal para el Punto Omega, pero esto fue antes de que las cosas empezaran a cambiar. Antes de que el tiempo empeorara y las plantas lucharan para florecer. Ahora es un cementerio ocupado por árboles esqueléticos y vientos huracanados, además de una fina capa de nieve esparcida por la fría y apisonada tierra.

El Punto Omega ha desaparecido.

No es más que un enorme y gigantesco agujero en el suelo de un kilómetro y medio de ancho y unos 15 metros de profundidad. Es un cuenco lleno de vísceras, de muerte y destrucción, silencioso tras la tragedia. Años de esfuerzo, tanto tiempo y energía gastados con un único objetivo, un propósito: un plan para salvar a la humanidad.

Un plan arrasado en una sola noche.

Una ráfaga de viento se mete entre mi ropa y después me envuelve los huesos. Unos dedos helados suben de puntillas por mis piernas, me aprietan las rodillas y tiran de ellas. No sé ni cómo sigo en pie. Noto mi sangre helada, quebradiza. Las manos me tapan la boca y ni siquiera sé quién las ha puesto ahí.

Algo pesado cae sobre mis hombros. Un abrigo. Miro hacia atrás y veo que Warner me observa. Me da un par de guantes.

Los cojo y me los pongo en los dedos congelados, y me pregunto cómo es posible que todavía no me haya despertado, por qué nadie se ha acercado para decirme que las cosas van perfectamente, que solo es una pesadilla, que todo saldrá bien.

Me siento como si me hubieran vaciado desde dentro, como si alguien me hubiese sacado todos los órganos que necesito para vivir y no me quedara nada, solo un vacío, una completa y absoluta incredulidad. Porque esto es imposible.

El Punto Omega. Desaparecido. Completamente destruido.

—JULIETTE, ¡ABAJO!

## CATORCE

Warner me derriba al suelo justo cuando el aire se llena de sonidos de disparos.

Sus brazos están debajo de mí, rodeándome, me sujeta contra su pecho, protegiéndome con su cuerpo del inminente desastre en el que nos hemos metido. El corazón me late tan fuerte que apenas puedo oír lo que Warner me dice al oído.

—¿Estás bien? —susurra, arrimándome más a él.

Trato de asentir.

—Quédate agachada —ordena—. No te muevas.

No pensaba hacerlo, me abstengo de decirle.

—¡ALÉJATE DE ELLA, CABRÓN DE MIERDA!

Mi cuerpo se queda paralizado. Esa voz... la conozco.

Oigo pasos que se acercan, que crujen en la nieve, el hielo y la suciedad. Warner me va soltando y me doy cuenta de que va a coger su arma.

—Kenji, no... —trato de gritar, con la voz amortiguada por la nieve.

—¡LEVANTATE! —ruge Kenji, acercándose más—. ¡Levántate, cobarde de mierda!

Empiezo a entrar en pánico oficialmente.

Los labios de Warner me rozan el oído.

—Ahora vuelvo —susurra.

Y en cuanto me doy la vuelta para protestar, el peso de Warner se eleva. Su cuerpo se esfuma. Ha desaparecido por completo. Me pongo de pie, girando sobre mí misma.

Detengo los ojos sobre Kenji.

Está inmóvil, confuso y explora la zona, y estoy tan contenta de verlo que en estos momentos no puedo preocuparme por Warner. Estoy casi a punto de llorar. Grito el nombre de Kenji, que clava los ojos en los míos.

Corre hacia adelante, acortando el espacio que nos separa y me aborda con un abrazo tan feroz que casi me corta la circulación.

—Joder, cuánto me alegro de verte —dice sin aliento, apretándome más fuerte.

Me aferro a él, tan aliviada y estupefacta, que ni siquiera sé qué decir. Cierro los ojos con fuerza, sin poder contener las lágrimas.

Kenji se separa y me mira a los ojos, con el rostro iluminado por el dolor y la alegría.

—¿Qué demonios haces aquí? Pensaba que estabas muerta.

—¡Y yo pensaba que tú estabas muerto!

Entonces se detiene. La sonrisa desaparece de su rostro.

—¿Dónde diablos ha ido Warner? —dice, inspeccionando el entorno—. Estabas con él, ¿no? No me estoy volviendo loco, ¿verdad?

—Sí... escucha... Warner me ha traído hasta aquí —le cuento, tratando de hablar con calma, esperando enfriar la ira de sus ojos—. Pero él no quiere luchar. Cuando me explicó lo que había pasado con el Punto Omega, yo no le creí, así que le pedí que me enseñara pruebas.

—¿Cómo? —dice Kenji, dejando ver un odio en sus ojos que jamás había visto en él—. ¿Ha venido para alardear de lo que han hecho? ¿Para enseñarte a cuántas personas ha matado? —Kenji se separa de mí, temblando con una furia que no sabía que pudiera llegar a generar—. ¿Te explicó cuántos niños había dentro? ¿Te contó cuántos de nuestros hombres *y mujeres fueron asesinados por su culpa*? —Se detiene, jadeando—. ¿Eso te lo explicó? —me repite, gritando al aire—, ¡VUELVE AQUÍ, PEDAZO DE CABRÓN!

—Kenji, no...

Pero Kenji ya se ha ido. Ha salido disparado tan rápidamente que ya solo es un punto en la distancia. Sé que intenta encontrar a Warner en este amplio espacio y tengo que hacer algo, tengo que detenerlo pero no sé cómo hacerlo.

—No te muevas.

Warner me susurra al oído y me coge firmemente de los hombros. Trato de girarme pero él me inmoviliza.

—Te he dicho que no te muevas.

—¿Qué estás hac...?

—Shhhh —dice en voz baja—. Nadie puede verme.

—¿Qué? —digo con la voz entrecortada. Estiro el cuello hacia atrás para tratar de mirar a mis espaldas, pero me golpeo la cabeza con la barbilla de Warner. Su barbilla invisible.

—No puede ser —me oigo decir—. Pero si no lo estás tocando.

—Mira hacia delante —susurra—. No jugará a nuestro favor que te pillen hablando con gente invisible.



Giro la cabeza hacia delante. Kenji ya no está a la vista.

—¿Cómo? —le pido a Warner—. ¿Cómo has...?

Warner se encoge de hombros detrás de mí.

—Desde que hicimos ese experimento con tu poder me siento diferente. Ahora que sé lo que se siente exactamente al apoderarse de otra habilidad me resulta más fácil hacerlo. Como ahora —dice—. Me siento como si pudiera, literalmente, tirar hacia delante y apoderarme de tu energía. Y fue así de simple con Kenji —dice—. Estaba ahí de pie. Mi instinto de supervivencia se encargará de todo.

Y aunque este sea un momento pésimo para pensar en estas cosas, no puedo evitar entrar en pánico por el hecho de que Warner pueda proyectar tan fácilmente sus poderes. Sin entrenamiento. Sin práctica.

Puede aprovechar mis habilidades y usarlas como le plazca. Esto no puede ser bueno.

Warner me aprieta los hombros con las manos.

—¿Qué haces? —susurro.

—Intento ver si puedo pasarte el poder a ti; ver si puedo volverlo a transferir de alguna forma para hacernos invisibles los dos, pero creo que no puedo. Cuando cojo la energía de otra persona puedo usarla, pero parece ser que no puedo compartirla. Tras liberar la energía, solo puedo devolvérsela a su propietario.

—¿Cómo es que ya sabes tanto sobre eso? —le pregunto, asombrada—. Te enteraste de tu poder hace solo unos días.

—He estado practicando —dice.

—¿Pero cómo? ¿Con quién? —Hago una pausa—. ¡Ah!

—Sí —dice—. Ha sido increíble tenerte conmigo. Por muchas razones. —Sus manos caen sobre mis hombros—. Me preocupaba que pudiera hacerte daño con tu propio poder. No estaba seguro de poderlo absorber sin usarlo en tu contra accidentalmente. Pero parece que nos anulamos el uno al otro —dice—. Cuando te lo quito, solo puedo devolvértelo.

No respiro.

—Vamos —dice Warner—. Kenji está saliendo de los límites y no voy a poder conservar su energía durante mucho tiempo. Tenemos que salir de aquí.

—No puedo irme —le digo—. No puedo abandonar a Kenji, no puedo dejarlo así.

—Intentaré matarme, querida. Y aunque haya hecho una excepción contigo, puedo asegurarte que normalmente soy incapaz de quedarme quieto mientras alguien intenta atentar contra mi vida. Así que a menos que quieras

ver cómo le disparo primero, te sugiero que nos vayamos de aquí cuanto antes. Noto que está volviendo.

—No. Vete tú. Deberías irte. Yo me quedo aquí.

Warner se queda inmóvil detrás de mí.

—¿Qué?

—Vete —le digo—. Tienes que ir a las instalaciones; tienes cosas que hacer. Deberías marcharte. Yo tengo que quedarme aquí. Tengo que saber qué les ha pasado a los demás y avanzar desde ahí.

—¿Me estás pidiendo que te deje aquí? —dice, sin intentar ocultar la sorpresa—. ¿Indefinidamente?

—No lo sé —le digo—. Pero no me voy a ir hasta que no consiga algunas respuestas. Y tienes razón —le digo—. Seguro que Kenji va a disparar primero y a preguntar después, así que es mejor que te vayas. Yo hablaré con él, intentaré explicarle lo que ha pasado. Quizás podríamos trabajar todos juntos.

—No solo tenemos que ser tú y yo —le digo—. Me dijiste que querías ayudarme a matar a tu padre y a acabar con el Restablecimiento, ¿verdad?

Asiente lentamente contra la parte posterior de mi cabeza.

—Vale. Pues... —Respiro profundamente—. Acepto tu propuesta.

Warner se pone rígido.

—Aceptas mi propuesta.

—Sí.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—No lo diría si no fuera en serio. No estoy segura de poder hacerlo sin ti.

Noto que respira con dificultad, que el corazón le late con fuerza contra mi espalda.

—Pero necesito saber quién sigue vivo —insisto—. Y podemos trabajar juntos. Así seremos más fuertes y todos lucharemos con un mismo objetivo.

—No.

—Es la única manera.

—Me tengo que ir —dice, dándose la vuelta—. Kenji ya casi ha llegado.

—Me pone un objeto de plástico duro en la mano—. Activa este busca cuando estés lista. Llévalo contigo y sabré dónde encontrarte.

—Pero...

—Tienes cuatro horas —dice—. Si no sé de ti antes, supondré que estás en peligro e iré a buscarte. —Sigue cogiéndome la mano y el busca me presiona la palma. Que te toque alguien a quien no puedes ver es la sensación más disparatada que existe—. ¿Queda claro? —me susurra.

Asiento con la cabeza una vez. No sé hacia dónde mirar.

Y entonces me quedo paralizada. Cada centímetro de mi ser se vuelve caliente y frío a la vez cuando presiona sus labios contra la parte posterior de mis dedos en un instante suave y tierno y, cuando se aparta, me tambaleo, embriagada, temblorosa. Pero justo al recuperar el equilibrio oigo el sonido familiar de un repiqueteo eléctrico y me doy cuenta de que Warner ya se aleja conduciendo.

Y me quedo preguntándome qué diablos acabo de aceptar.

## QUINCE

Kenji viene hacia mí dando fuertes pisotones, con los ojos en llamas.

—¿Dónde diablos ha ido? ¿Has visto a dónde ha ido?

Niego con la cabeza al tirar hacia delante y, a continuación, le cojo de los brazos en un intento de centrar su mirada.

—Háblame, Kenji. Dime qué ha pasado. ¿Dónde están todos?

—¡No existe un todos! —grita, apartándose—. El Punto Omega ha desaparecido. Todo. Todo ha desaparecido. —Se arrodilla jadeando, con la frente hundida en la nieve—. Pensaba que tú también habías muerto, pensaba...

—No —digo con la respiración entrecortada—. No, Kenji. No pueden haber muerto todos. Todos no...

Adam no.

Adam no.

Por favor, por favor, por favor, Adam no.

Hablo, estoy bastante segura de estar hablando, pero parece que el mundo entero esté sangrando por los bordes.

Fui demasiado optimista sobre lo que pasaría hoy. Me mentí a mí misma. En realidad no creí a Warner. No pensaba que pudiera ser así de horrible. Pero ahora, al verlo y escuchar la agonía de Kenji, la realidad de todo lo que ha sucedido me golpea tan fuerte que siento como si me cayera hacia atrás en mi propia tumba.

Mis rodillas chocan contra el suelo.

—Por favor —le digo—, por favor, dime que hay otros. Adam tiene que estar vivo.

—Yo crecí aquí —dice Kenji. No me escucha y no reconozco su cruda y pesarosa voz. Quiero recuperar al viejo Kenji, al que sabía cómo hacerse cargo de las cosas, cómo tomar el control. Y este no es él.

Este Kenji me aterra.

—Era toda mi vida —dice, mirando hacia el cráter donde estaba el Punto Omega—. El único lugar... Toda esa gente... —se atraganta—. Eran mi

familia. Mi única familia.

—Kenji, por favor...

Intento sacudirlo. Necesito que se recupere del dolor antes de que yo también sucumba a él. Tenemos que apartarnos de la vista de todos y ahora empiezo a darme cuenta de que a Kenji no le importa. Quiere ponerse en peligro. Quiere luchar. Quiere morir.

No puedo dejar que eso suceda.

Alguien tiene que tomar el control de la situación en este momento y ahora mismo puede que yo sea la única capaz de hacerlo.

—Levántate —grito, con una voz más dura de lo que pretendía—. Tienes que levantarte y tienes que dejar de actuar de forma imprudente. Sabes que aquí no estamos a salvo. Tenemos que movernos. ¿Dónde vives ahora? —Le agarro el brazo y tiro de él, pero él no cede—. ¡Levántate! —le grito de nuevo—. Lev...

Y entonces, de repente, recuerdo que soy mucho más Inerte de lo que Kenji va a ser jamás. Y eso casi me hace sonreír.

Cierro los ojos y me concentro, tratando de recordar todo lo que él me ha enseñado, todo lo que he aprendido sobre cómo controlar mi fuerza, cómo aprovecharla cuando la necesito. He pasado tantos años reprimiéndola y apartándola, fuera de la vista, fuera de mi mente, que aún me cuesta un poco recordar que está ahí, esperando a que yo la utilice. Pero en cuanto le doy la bienvenida, siento que se precipita en mí. Es un poder puro, tan potente que me hace sentir invencible.

Y entonces, tiro de Kenji hacia arriba y me lo pongo encima del hombro.

Yo.

Hago eso.

Kenji, como es de esperar, suelta una lista de los improperios más terribles que he escuchado. Me da patadas, pero casi ni lo noto. Lo rodeo con los brazos holgadamente, controlando mi fuerza para no aplastarlo. Está enfadado, pero vuelve a decir palabrotas, lo cual es propio de él.

Lo corto a mitad de alguna palabrota.

—Dime dónde vives ahora y cálmate —le digo—. Ahora no puedes librarte de mí.

Kenji se queda un momento en silencio.

—Oye, siento molestarte, pero estoy buscando a una amiga mía —dice—. ¿La has visto? Es poca cosa, llora mucho, se pasa el día con los sentimientos a flor de piel...

—Cállate, Kenji.

—¡Oh, espera! —dice—. ¡Eres tú!

—¿A dónde vamos?

—¿Cuando vas a bajarme? —replica, enfadado otra vez—. A ver, desde aquí tengo unas excelentes vistas de tu culo, si no te importa que mire...

Lo dejo caer sin pensar.

—Joder, Juliette, ¿*qué cojones...*?

—¿Qué tal las vistas desde ahí abajo? —Observo su cuerpo extendido, de brazos cruzados.

—Te odio.

—Levántate, por favor.

—¿Cuándo has aprendido a hacer eso? —se queja, tropezando con sus propios pies y frotándose la espalda.

Pongo los ojos en blanco, después los entorno a lo lejos. Nada ni nadie a la vista, por el momento.

—Nunca.

—Ah, vaya —dice—. Tiene sentido. Porque echarte a un tío inmenso a los hombros es así de fácil. Puedes hacerlo de forma natural.

Me encojo de hombros.

Kenji deja escapar un silbido.

—Y orgullosa de cojones.

—Sí. —Me pongo la mano a modo de visera para protegerme de la luz del sol—. Creo que la cagué pasando todo ese tiempo contigo.

—¡Bueno, bueno! —dice aplaudiendo, enfadado—. Álzate, princesa. Eres muy graciosa.

—Ya estoy de pie.

—Era broma, listilla.

—¿A dónde vamos? —le pregunto de nuevo. Empiezo a caminar sin rumbo—. Necesito saber hacia dónde nos dirigimos.

—Territorio no regulado. —Se pone a mi altura, cogiéndome de la mano para guiar el camino. Nos volvemos invisibles de inmediato—. Es el único sitio que se nos ocurrió.

—¿Nos?

—Sí. La antigua casa de Adam, ¿recuerdas? Es donde por primera vez...

Dejo de andar, con el pecho agitado. Estoy aplastando la mano de Kenji y él me suelta, soltando improperios y volviéndonos visibles otra vez.

—¿Adam sigue vivo? —pregunto, buscando sus ojos.

—Claro que está vivo. —Kenji me lanza una mirada asesina mientras se frota la mano—. ¿No has oído nada de lo que te he estado diciendo?

—Dijiste que todo el mundo había muerto —digo con la respiración entrecortada—. Dijiste...

—Todos han muerto —me corta Kenji, entristeciéndose otra vez—. Éramos más de cien en el Punto Omega. Ahora solo quedamos ocho.

## DIECISÉIS

—¿Quiénes? —pregunto, con el corazón en un puño—. ¿Quiénes han sobrevivido? ¿Cómo?

Kenji deja escapar un largo suspiro, pasándose las manos por el pelo mientras fija la mirada en un punto detrás de mí.

—¿Lo único que quieres es un listado? —pregunta—. ¿O quieres saber cómo sucedió todo?

—Quiero saberlo todo.

Él asiente con la cabeza. Mira hacia abajo y da una patada sobre una montañita de nieve. Me vuelve a dar la mano y empezamos a caminar, como dos niños invisibles en medio de la nada.

—Supongo —dice Kenji— que en parte tenemos que darte las gracias por seguir con vida. Porque si no hubiésemos ido a buscarte, seguramente habríamos muerto en el campo de batalla con el resto.

Vacila.

—Adam y yo nos dimos cuenta de que no habías desaparecido muy rápido, pero cuando regresamos al frente ya era demasiado tarde. Estábamos a unos seis metros y solo pudimos ver cómo te arrastraban hacia el tanque. —Niega con la cabeza—. No podíamos correr detrás de ti —dice—. Estábamos intentando evitar que nos dispararan.

Su voz se va haciendo más profunda y sombría a medida que cuenta la historia.

—Decidimos ir por una vía alternativa, evitando las carreteras principales, para intentar seguirte hasta la base, porque pensamos que te llevaban ahí. Pero justo al llegar allí nos encontramos a Castle, Lily, Ian, y Alia, que estaban saliendo. Habían logrado completar su misión con éxito: irrumpieron en el Sector 45 y recuperaron a Winston y a Brendan. Estaban medio muertos cuando Castle los encontró —relata Kenji en voz baja.

Respira fuertemente.

—Y entonces Castle nos contó lo que habían oído mientras estaban en la base: que las tropas se estaban movilizando para hacer un asalto aéreo en el



Punto Omega. Iban a tirar bombas por toda la zona, con la esperanza de poder lanzarlas con la potencia suficiente como para que todo lo que hubiese bajo tierra se derrumbara. No habría escapatoria para nadie que estuviera dentro y todo lo que habíamos construido sería destruido.

Noto que se pone tenso a mi lado.

Nos detenemos un momento y Kenji tira de mi mano. Me encorvo protegiéndome del frío y el viento, preparándome para el mal tiempo y para sus palabras.

—Al parecer habían torturado a algunos de los nuestros en el campo de batalla hasta descubrir la localización —dice—. Y luego los mataron. —Niega con la cabeza—. Sabíamos que no teníamos mucho tiempo, pero estábamos bastante cerca de la base, así que me las arreglé para conducir uno de los tanques del ejército. Lo cargamos y nos dirigimos directamente hacia el Punto, con la esperanza de sacarlos a todos a tiempo. Pero creo que, en el fondo —dice—, sabíamos que no iba a salir bien. Teníamos aviones encima. Ya en camino.

De repente se ríe y eso parece causarle dolor.

—Y por pura potra interceptamos a James a un kilómetro y medio de allí. Había logrado escaparse y se dirigía al campo de batalla. El pobre se había hecho pis en los pantalones del miedo, pero dijo que estaba harto de que siempre nos fuéramos sin él. Dijo que quería luchar con su hermano. —Kenji habla con voz tensa.

»Y lo más jodido —continúa —es que si James se hubiese quedado en el Punto, como le dijimos que hiciera, pensando que allí estaría a salvo, habría muerto con todos los demás Kenji vuelve a reírse—. Y eso fue todo. No podíamos hacer nada. Solo quedarnos ahí de pie, viendo como tiraban bombas sobre treinta años de trabajo, mataban a todos los que eran demasiado jóvenes o viejos para defenderse y macerando luego al resto del equipo en el campo de batalla Me aprieta la mano—. Vuelvo aquí cada día con la esperanza de que aparezca alguien; con la esperanza de recuperar algo. —Y entonces se detiene, con voz emocionada—. Y aquí estás. Joder, no me lo puedo creer.

Le aprieto los dedos, esta vez suavemente y me acerco más a él.

—Todo irá bien, Kenji. Te lo prometo. Nos mantendremos unidos. Saldremos de esta.

Kenji me suelta la mano y me la pasa por el hombro, abrazándome con fuerza. Me habla con voz suave.

—¿Y qué ha pasado contigo, princesa? Pareces otra.

—¿Para mal?

—Para bien —dice—. Como si te hubieses convertido en una mujer de verdad por fin.

Estallo en carcajadas.

—Lo digo en serio —afirma serio.

—Bueno. —Hago una pausa—. A veces lo diferente es mejor, ¿no?

—Sí —dice Kenji—. Sí, supongo que sí —vacila—. Y entonces... ¿vas a explicarme qué pasó? Porque la última vez que te vi te estaban metiéndote en el asiento trasero de un tanque y esta mañana te has presentado recién duchada, con unas zapatillas blancas y brillantes y andando con Warner. Y, joder, no hace falta ser un genio para ver que esto no tiene sentido.

Respiro profundamente para calmarme. Es raro no poder ver a Kenji ahora mismo. Parece como si estuviera confesándose con el viento.

—Anderson me disparó —le digo.

Kenji se queda inmóvil a mi lado. Oigo que respira con fuerza.

—¿Qué?

Asiento con la cabeza, aunque no pueda verme.

—No me llevaron a la base. Los soldados me entregaron a Anderson, que estaba esperando en una de las casas del territorio no regulado. Creo que quería privacidad —le digo a Kenji, omitiendo con cuidado toda la información relativa a la madre de Warner. Son secretos demasiado privados y no debo ser yo quien los comparta—. Anderson pretendía vengarse —digo en lugar de eso— por lo que le hice en las piernas. Está tullido; cuando lo vi llevaba bastón. Pero antes de que pudiera averiguar lo que estaba pasando, sacó un arma y me disparó. En el pecho.

—¡Joder! —suelta Kenji.

—Lo recuerdo perfectamente —vacilo—. Me estaba muriendo. Es lo más doloroso que he experimentado. No podía gritar porque tenía los pulmones destrozados o llenos de sangre. No lo sé. Solo podía estar allí tirada, tratando de respirar, deseando morir lo más rápido posible. Y me pasé todo el rato —le confieso—, todo el rato pensando en cómo me había pasado la vida siendo una cobarde, sin que eso me llevara a ninguna parte. Y sabía que si pudiera tener la oportunidad de volver atrás, lo haría de otra forma. Me prometí a mí misma que dejaría de tener miedo.

—Bueno, todo eso es muy conmovedor —dice Kenji—, ¿pero cómo diantres pudiste sobrevivir a que te dispararan en el pecho? —exige—. Ahora mismo deberías de estar muerta.

—Ya. —Me aclaro la garganta—. Sí, bueno... Warner me salvó la vida.

—No digas tonterías.

Intento no reírme.

—Lo digo en serio —le replico, tomándome un minuto para explicarle que las chicas estaban allí y que Warner utilizó su poder para salvarme. Y que Anderson me dejó morir y Warner me llevó de vuelta a la base con él, me escondió y me ayudó a recuperarme—. Y, por cierto —le digo a Kenji—, estoy casi segura de que Sonia y Sara están vivas. Anderson se las llevó a la capital. Quiere obligarlas a ser sus sanadoras personales. Probablemente las quiera para que le curen las piernas.

—Bueno, a ver. —Kenji deja de caminar y me coge de los hombros—. Deberías volver al principio, ¿vale? Porque me estás dando demasiada información a la vez y necesito que empieces de nuevo, que me lo expliques todo —dice, alzando el tono de voz—. ¿Qué coño está pasando aquí? ¿Las chicas están vivas? ¿Y qué quieres decir con que Warner te transfirió sus poderes? ¿Cómo coño puede hacer eso?

Y se lo explico.

Finalmente, le explico lo que siempre había querido confesar. Le cuento la verdad sobre la habilidad de Warner y sobre cómo hirieron a Kenji fuera del comedor aquella noche. Le explico que Warner no sabía de qué era capaz y cómo dejé que practicara conmigo cuando todos los demás estaban en el ala médica. Cómo rompimos el suelo entre los dos.

—¡Joder! —susurra Kenji—. Así que ese cabrón trató de matarme.

—No lo hizo a propósito —señalo.

Kenji murmura algo feo en voz baja. Y aunque no le digo nada sobre la inesperada visita de Warner en mi habitación más tarde esa noche, sí que le explico cómo escapó Warner y que Anderson estaba esperando a que el joven apareciera antes de dispararme. Porque el general sabía lo que su hijo sentía por mí y quería castigarlo por ello.

—Espera —me interrumpe Kenji—. ¿Qué quieres decir con que sabía lo que Warner sentía por ti? Todos sabemos lo que sentía por ti. Quería utilizarte como arma —dice Kenji—. Eso no debería haber sido ninguna revelación. Pensaba que su padre estaba de acuerdo con eso.

Me pongo tensa.

Me había olvidado de que esa parte seguía siendo un secreto. Que nunca había dicho la verdad sobre mi conexión con Warner. Porque, aunque Adam podría haber sospechado que Warner tenía algo más que interés profesional en mí, nunca había hablado con nadie sobre mis momentos íntimos con Warner. Ni sobre las cosas que me había dicho.

Trago saliva con dificultad.

—Juliette —dice Kenji, con voz alarmada—. No puedes seguir guardándote estas cosas, joder. Tienes que explicarme lo que está pasando.

Noto que me tambaleo.

—Juliette...

—Él está enamorado de mí —le susurro.

Nunca lo había admitido en voz alta, ni siquiera a mí misma. Creo que esperaba poder ignorarlo, esconderlo, hacer que desapareciera para que Adam no se enterara jamás.

—¿Que está...? Espera... ¿qué?

Respiro profundamente. De repente, me siento agotada.

—Por favor, dime que es una broma —dice Kenji.

Niego con la cabeza, olvidándome de que no puede verme.

—¡Guau!

—Kenji, yo...

—Esto es muuuuy raro. Porque yo siempre había pensado que Warner estaba loco, ¿sabes? —Kenji se ríe—. Pero ahora, a ver, ahora no cabe duda.

Abro los ojos como platos y me echo a reír. Le doy un golpe fuerte en su hombro invisible.

Kenji se ríe de nuevo, medio animado, medio incrédulo. Respira profundamente.

—Bueno, a ver, un momento, ¿cómo sabes que está enamorado de ti?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, pues... ¿tuvisteis una cita o algo por parecido? ¿Te compró chocolate y te escribió alguna poesía de mierda? Warner no parece exactamente un tipo cariñoso, ¿no crees?

—Bueno. —Me muerdo el interior de la mejilla—. No, no hizo nada de eso.

—¿Entonces?

—Pues... me lo dijo y ya está.

Kenji deja de andar tan repentinamente que casi me caigo.

—No es posible.

No sé cómo responder a eso.

—¿Lo dijo en serio? ¿En tu cara? Quiero decir, ¿te lo dijo a la cara?

—Sí.

—Y entonces... entonces te dice que te quiere... ¿y tú qué le dices? —pregunta Kenji, estupefacto—. ¿Gracias?

—No. —Intento no acobardarme, recordando muy bien que en realidad la primera vez lo disparé—. Quiero decir que... es que... no lo sé, Kenji, para

mí ahora mismo todo esto es muy raro. Todavía no he encontrado la forma de enfrentarme a ello. —Mi voz se convierte en un susurro—. Warner es muy... apasionado —le digo, y me viene una avalancha de recuerdos a la cabeza, haciendo que mis sentimientos se revuelvan en una mezcla confusa.

Sus besos por mi cuerpo. Mis pantalones en el suelo. Sus confesiones desesperadas que me volvían loca. Cierro los ojos con fuerza y, de repente, me siento demasiado caliente e inestable.

—Es una manera de decirlo —murmura Kenji, sacándome de mi ensoñación. Lo oigo suspirar—. ¿Entonces Warner todavía no sabe que él y Kent son hermanos?

—No —le digo, recuperando la seriedad de inmediato.

Hermanos.

Hermanos que se odian. Hermanos que quieren matarse. Y yo estoy atrapada en medio. Dios mío, ¿qué pasa con mi vida?

—¿Y los dos pueden tocarte?

—Sí. Aunque, bueno, en realidad no —intento explicarme—. Adam... en realidad él no puede tocarme. Quiero decir, puede hacer algo parecido, ¿no? —Voy bajando la voz—. Es complicado. Tiene que trabajar mucho y entrenar para contrarrestar mi energía con la suya. Pero con Warner... —Niego con la cabeza, mirándome los pies invisibles mientras camino—. Warner me puede tocar sin ninguna consecuencia. No le hace nada. Simplemente lo absorbe.

—Joder —dice Kenji después de un momento—. Joder, joder, joder. Esto es de locos.

—Ya.

—Vale. A ver... ¿me estás diciendo que Warner te ha salvado la vida? ¿Que les pidió a las chicas que lo ayudaran a curarte? ¿Y que después te escondió en su propia habitación y cuidó de ti? ¿Que te dio comida y ropa y todo eso, y te dejó dormir en su cama?

—Sí.

—Sí. Vale. Me resulta muy difícil de creer.

—Ya —le vuelvo a decir, dejando escapar un suspiro de exasperación—. Pero, en realidad, no es como vosotros creéis. Sé que parece que esté loco, pero en realidad es muy...

—¡Para! Un momento... ¿lo estás defendiendo? —dice escandalizado—. Estamos hablando del mismo tío que te encerró y trató de convertirte en su esclava militar, ¿no?

Sacudo la cabeza, deseando poder explicar todo lo que me dijo Warner sin parecer una tonta ingenua que se lo cree todo.

—Bueno él no... —Suspiro—. En realidad no quería usarme de esa forma —trato de decir.

Kenji suelta una carcajada.

—¡Dios mío! —dice—. Lo crees de verdad, ¿no? Te has tragado toda esa mierda que te ha contado.

—Tú no lo conoces, Kenji. Eso no es justo.

—¡Por Dios! —suelta, riéndose de nuevo—. ¿De verdad vas a decirme que no conozco al hombre que me llevaba a combatir? Era mi puto comandante —me dice Kenji—. Sé exactamente cómo es.

—No quiero discutir contigo, ¿vale? No espero que lo entiendas.

—Me parto de risa —dice Kenji, ahogándose con otra carcajada—. Tú no lo entiendes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Joder —dice de repente—. A Kent le va a sentar como una patada —dice, arrastrando la última palabra con regocijo. Se ríe tontamente.

—Espera... ¿qué? ¿Qué tiene que ver Adam con esto?

—Te das cuenta de que no me has hecho una sola pregunta sobre él, ¿verdad? —Se detiene—. Es decir, acabo de explicarte la saga entera de todas las putadas que nos han pasado y tú has reaccionado con un «Ah, está bien, mola la historia, tío, gracias por explicármela». Ni has flipado ni has preguntado si Adam está bien. Ni me has preguntado qué le pasó ni cómo lo está llevando, especialmente ahora que piensa que has muerto y eso.

De repente me siento mal. Me detengo en seco sintiéndome avergonzada y culpable, culpable, culpable.

—Y ahora estás aquí defendiendo a Warner —continúa Kenji—. El mismo hombre que intentó matar a Adam. Y tú actúas como si fuese amigo tuyo o algo así. Como si solo fuese un tío normal un poco incomprendido. Como si el resto de personas del planeta estuvieran equivocadas, seguramente porque solo somos un montón de cabrones sentenciosos y celosos que lo odian por tener una cara tan bonita.

La vergüenza me quema la piel.

—No soy idiota, Kenji. Tengo razones para justificar lo que digo.

—Sí, *y yo solo digo que no tienes idea de lo que dices.*

—A la mierda.

—No me hables así.

—A la mierda —repito.

—¡Por el amor de Dios! —dice Kenji sin dirigirse a nadie en concreto—. Creo que esta chica quiere que le den un azote en el culo.

—No podrías darme en el culo ni aunque tuviera diez.

Kenji se ríe a carcajadas.

—¿Me estás retando?

—Es una advertencia —le digo.

—¡Oye! ¿Me estás amenazando? ¿El bebé llorón ha aprendido a amenazar?

—Cállate, Kenji.

—Cállate, Kenji —repite con voz repipi, burlándose de mí.

—¿Cuánto falta? —pregunto en voz muy alta e irritada, para tratar de cambiar de tema.

—Ya casi hemos llegado —replica, con palabras entrecortadas.

Nos quedamos callados durante unos minutos. Después, me asalta una duda.

—Pero... ¿por qué has ido andando? —le pregunto—. ¿No dijiste que tenías un tanque?

—Sí —dice Kenji con un suspiro, olvidando momentáneamente nuestra discusión—. De hecho tenemos dos. Kent nos contó que robó uno cuando escapasteis por primera vez y sigue aparcado en el garaje.

Claro. ¿Cómo iba a olvidarme de eso?

—Pero me gusta caminar —prosigue—. No tengo que preocuparme de que nadie me vea y siempre tengo la esperanza de que, tal vez, si voy andando, me fije en cosas que de otra forma no vería. Sigo teniendo la esperanza —dice, con voz tensa otra vez— de que encontraremos a más de los nuestros escondidos en alguna parte.

Vuelvo a apretarle la mano, aferrándome más a él.

—Yo también —le susurro.

## DIECISIETE

La antigua casa de Adam es exactamente como la recordaba.

Kenji y yo entramos desde el garaje subterráneo y subimos unos Cuantos tramos de escalera hasta los pisos superiores. De repente, me siento tan nerviosa que apenas puedo hablar. Ya he llorado la pérdida de mis amigos dos veces y una parte de mí cree que esto no puede estar ocurriendo. Pero debe ser verdad. Tiene que serlo.

Voy a ver a Adam. Voy a ver el rostro de Adam.

Y será de verdad.

—Derribaron la puerta la primera vez que nos buscaron —va contándome Kenji—, así que está bastante atascada. Habíamos ido acumulando un montón de muebles por detrás para mantenerla cerrada, pero después se quedó atascada por el otro lado, así que puede que les cueste un poco abrirla. Pero aparte de eso, esta casita nos ha ido bien. Kent aún tiene un montón de comida almacenada y las tuberías siguen funcionando porque lo tenía todo pagado hasta finales de año. En definitiva, tenemos mucha suerte —me dice.

Asiento con la cabeza, demasiado asustada como para abrir la boca. Parece que, de repente, el café de esta mañana no me haya sentado demasiado bien y estoy nerviosa como un flan.

Adam.

Estoy a punto de ver a Adam.

Kenji golpea la puerta.

—Abrid —grita—. Soy yo.

Por un momento, solo oigo el sonido de unos movimientos lentos, de madera y metal chirriantes, y unos cuantos golpes. Veo que el marco de la puerta se mueve; alguien está tirando de ella, tratando de desatascarla.

Y entonces se abre. Lentamente. Me agarro las manos para mantenerme firme.

Winston aparece tras la puerta y me mira boquiabierto.

—¡Dios mío! —dice. Se quita las gafas y me doy cuenta de que las han pegado. Pestañea. Tiene la cara amoratada y magullada, y el labio inferior



hinchado y partido. Lleva la mano izquierda vendada con una gasa envuelta varias veces alrededor de la palma.

Le sonrío tímidamente.

Winston agarra de la camisa a Kenji y le da un tirón, con los ojos clavados en mí. —¿Estoy teniendo alucinaciones otra vez? —le pregunta—. Porque si vuelvo a tenerlas, me voy a cabrear. Joder —dice, sin esperar la respuesta de Kenji—. Si hubiese sabido lo jodido que es tener una contusión cerebral, me habría pegado un tiro en la cara de haber podido.

—No estás teniendo alucinaciones —lo interrumpe Kenji con una carcajada—. Y ahora déjanos entrar.

Winston sigue mirándome perplejo, con los ojos muy abiertos mientras se separa para dejarnos entrar. Pero, al cruzar el umbral, me sumerjo en otro mundo, en otros recuerdos muy diferentes. Este es el hogar de Adam. El primer lugar en el que me refugié. El primer lugar en el que me sentí segura.

Y ahora está repleto de gente. Es un espacio demasiado pequeño como para albergar a tanta gente. Castle, Brendan, Lily, Ian, Alia y James, todos se quedan paralizados. Me miran incrédulos y, cuando estoy a punto de decir algo, a punto de encontrar algo aceptable que decir a mí único grupo de amigos, que están todos maltratados y destrozados, Adam sale de la pequeña habitación que pertenecía a James. Lleva algo en las manos, anda distraído, sin notar el brusco cambio en el ambiente.

Y entonces levanta la vista.

Separa los labios como para hablar y lo que sea que llevara en las manos golpea el suelo y se parte haciendo tanto ruido que todos los demás vuelven a la vida.

Adam me mira, con los ojos clavados en mi rostro, el pecho agitado y luchando contra múltiples emociones. Parece medio aterrorizado y medio ilusionado. O quizás aterrorizado de sentirse ilusionado. Y aunque sé que probablemente debería ser la primera en hablar, no tengo la menor idea de qué decir.

Kenji se detiene a mi lado, con una enorme sonrisa en la cara. Me pasa un brazo por el hombro y lo aprieta.

—Mirad lo que me he encontrado —dice.

Adam empieza a moverse por la habitación, pero se me hace raro, es como si todo hubiese empezado a ir más lento, como si por alguna razón esto no fuera real. El dolor le inunda los ojos.

Noto como si me hubieran golpeado en el estómago.

Y aquí está, justo en frente de mí, buscando mi cuerpo con las manos como para asegurarse de que soy de verdad, que sigo intacta. Me examina el rostro, las facciones, me pasa los dedos por el pelo. Y entonces, de repente, parece asumir que no soy un fantasma, ni una pesadilla y me abraza tan rápidamente que solo puedo responderle con un grito ahogado.

—Juliette —susurra.

El corazón le late veloz en mi oído. Me abraza con fuerza y yo me derrito en sus brazos, disfrutando del cálido confort, de la familiaridad de su cuerpo, de su olor, de su piel. Lo rodeo con las manos, me deslizo por su espalda y lo agarro con fuerza, y no me doy cuenta de que me caen lágrimas silenciosas por la cara hasta que se aparta para mirarme a los ojos. Me dice que no llore, que no pasa nada, que todo va a ir bien, y sé que todo es mentira, pero me gusta oírlo.

Me examina el rostro, me coge cuidadosamente por la parte de atrás de la cabeza, asegurándose de no tocarme la piel. Este recordatorio me hace sentir un fuerte dolor en el corazón.

—No puedo creerme que estés aquí de verdad —dice, con la voz quebrada—. No puedo creerme que esto esté ocurriendo.

Kenji se aclara la garganta.

—Eh... ¿chicos? Vuestra pasión visceral está dando asco a los más pequeños.

—Yo no soy pequeño —dice James, claramente ofendido—. Y no creo que dé asco.

Kenji se da la vuelta.

—¿No te molestan estas respiraciones entrecortadas que hay por aquí? —Hace un gesto descuidado hacia nosotros.

Me aparto de Adam instintivamente.

—No —responde James, cruzándose de brazos—. ¿Y a ti?

—Pues el asco ha sido mi principal reacción, sí.

—Seguro que no pensarías que da asco si fueses tú.

Se produce un largo silencio.

—Bien visto —dice Kenji finalmente—. Quizás deberías buscarme una chica en este sector de mierda. Me sirve cualquier chica de entre dieciocho y treinta y cinco años —le dice a James—. A ver cómo te las arreglas, gracias.

James parece tomarse el reto muy en serio y asiente con la cabeza varias veces.

—Vale —dice—. ¿Qué te parece Alia? ¿O Lily? —dice, señalando de inmediato a las únicas mujeres que hay en la habitación.

Kenji abre y cierra la boca varias veces antes de contestar.

—Vale, no gracias, chico. Ellas son como mis hermanas.

—¡Qué romántico! —le dice Lily a Kenji, y me doy cuenta de que es la primera vez que la oigo hablar—. Seguro que te ganas a todas las mujeres disponibles diciéndoles que son como hermanas para ti. Evidentemente, las chicas hacen cola para saltar en tu cama con tu asqueroso culo.

—Grosera. —Kenji se cruza de brazos.

James se está riendo.

—¿Ves qué cosas tengo que aguantar? —le pregunta Kenji—. No existe el amor para Kenji. Yo doy y doy y doy, y no recibo nada a cambio. Necesito una mujer que aprecie esto —dice, señalándose el cuerpo.

Está sobreactuando claramente, con la esperanza de divertir a James con sus payasadas, y su esfuerzo es de agradecer. Es probable que Kenji sea la única oportunidad que tengan de desahogarse con humor en este reducido espacio y eso me hace pensar que quizás es por eso por lo que cada día se vaya solo. Quizás necesite tiempo para llorar en silencio en algún lugar donde nadie espere que sea el gracioso del grupo.

Mi corazón late y se detiene mientras yo vacilo, preguntándome lo difícil que debe ser para Kenji mantenerse de una pieza, incluso cuando lo que quiere es derrumbarse. Consigo ver esa parte de él hoy por primera vez y me sorprende más de lo que debería.

Adam me aprieta el hombro *y me giro hacia él. Me sonrío de forma tierna y atormentada, con unos ojos llenos de dolor y alegría.*

Y de todo lo que podría sentir en estos momentos, la culpa es lo que me golpea más fuerte.

Parece que todas las personas de esta sala lleven cargas muy pesadas. Breves momentos de frivolidad apartan la tristeza generalizada que envuelve este espacio, pero en cuanto se acaban los chistes, el dolor regresa. Y aunque sé que debería llorar por las vidas que se han perdido, no sé cómo hacerlo. Para mí todos ellos eran desconocidos. Estaba empezando a relacionarme con Sonia y Sara.

Pero cuando miro a mí alrededor, veo que solo yo me siento así. Veo sus rostros arrugados por las pérdidas. Veo tristeza escondida entre sus ropas, aposentada sobre sus cejas fruncidas. Y algo en lo más profundo de mí misma me molesta, se siente decepcionado y me dice que yo debería ser uno de ellos, que debería sentirme tan derrotada como ellos.

Pero no es así. Ya no puedo volver a ser esa chica.

Llevo muchos años viviendo con miedo a mí misma. La duda se había casado con mi miedo y se había trasladado a mi mente, donde construyó castillos, gobernó reinos y rigió sobre mí, dirigiendo mi voluntad en susurros hasta que me convertí en poco más que un peón sometido que tenía demasiado miedo a desobedecer, a llevar la contraria.

Había estado encadenada, prisionera en mi propia mente. Pero por fin he aprendido a liberarme.

Nuestras pérdidas me hacen enfadar. Me horrorizan. Pero también me siento ansiosa e inquieta. Sonia y Sara siguen vivas y están a merced de Anderson. Aún necesitan nuestra ayuda. Así que no sé cómo estar triste cuando lo que siento es una determinación implacable de hacer algo.

Ya no me asusta el miedo y no voy a dejar que me gobierne. El miedo aprenderá a temerme.

## DIECIOCHO

Adam empieza a llevarme hacia el sofá, pero Kenji nos intercepta.

—Ya tendréis vuestro momento, os lo prometo —dice—, pero ahora todos tenemos que ponernos al día, saludarnos y decirnos cómo estamos y bla bla bla, y tenemos que hacerlo rápido. Juliette tiene información que todo el mundo debe oír.

Adam mira a Kenji y después a mí.

—¿Qué pasa aquí?

Me giro hacia Kenji.

—¿A qué te refieres?

Pone los ojos en blanco.

—Siéntate, Kent —ordena, al tiempo que mira hacia otro lado.

Adam se aparta solo unos centímetros. Por un momento, le gana la curiosidad. Kenji me empuja hacia adelante, así que me quedo en medio de esta pequeña sala. Todos me miran como si tuviera monos en la cara.

—Kenji, ¿qué...?

—Alia, recuerdas a Juliette —dice Kenji, señalando con la cabeza a una chica rubia y delgada sentada en una esquina de la parte trasera de la sala.

Ella me sonrío brevemente y aparta la mirada, sonrojándose sin razón aparente. La recuerdo: ella es quien diseñó el refuerzo hecho a medida para mis nudillos, esas complicadas piezas que me puse encima de los guantes las dos veces que fuimos a combatir. Nunca me había fijado demasiado en ella y ahora me doy cuenta de que es porque intenta pasar desapercibida. Es una chica delicada y dulce con amables ojos marrones, que también resulta ser una diseñadora excepcional. Me pregunto cómo desarrolló su habilidad.

—Lily, seguro que recuerdas a Juliette. Asaltamos los almacenes juntos. —Me mira—. ¿La recuerdas, no?

Asiento. Sonrío a Lily. Realmente no la conozco, pero me gusta su energía. Me saluda, sonriendo ampliamente mientras sus ligeros y castaños rizos le caen por la cara.

—Me alegro de volver a verte —dice—. Y gracias por seguir viva. Es una mierda ser la única chica.

La cabeza rubia de Alia aparece un segundo y después se esconde aún más en la esquina.

—Lo siento —dice Lily, con un ligero remordimiento—. Me refería a ser la única chica que habla. Por favor, dime que hablas —me dice.

—Ah, sí que habla —responde Kenji por mí, lanzándome una mirada—. Y también insulta como un marinero.

—Yo no insulto como un...

—Brendan, Winston —me interrumpe, señalando a los dos chicos sentados en el sofá—. Seguro que este par no necesita una presentación, pero, como puedes ver —dice—, ahora están un poco distintos. ¡He aquí el poder de transformación que sufres cuando un grupo de sádicos hijos de puta te toman como rehén! —Hace una floritura en dirección a ellos, acompañando el sarcasmo con una frágil sonrisa—. Ahora parecen un par de niños. Pero, ya sabes, en comparación, yo estoy buenísimo. Así que es una buena noticia.

Winston me señala. Tiene los ojos ligeramente desenfocados y tiene que pestañear varias veces antes de hablarme.

—Me caes bien. ¡Qué bien que no hayas muerto!

—Tienes toda la razón, tío. —Brendan le da un golpecito a Winston en el hombro, pero me sonrío.

Sus ojos siguen siendo de color azul clarísimo y su pelo de un rubio casi blanco. Pero tiene una herida enorme que va desde la sien derecha hasta la mandíbula y parece que se le esté empezando a formar la costra. No me puedo imaginar dónde más debe de estar herido. Ni lo que Anderson les debe de haber hecho a ambos. Se me hace un nudo en el estómago que no se pasa hasta que cierro los ojos con fuerza.

—¡Me alegro tanto de volver a verte! —me saluda Brendan, con un acento británico que siempre me sorprende—. Siento que no podamos estar un poco más presentables.

Les sonrío.

—Estoy muy contenta de que estéis bien.

—Ian —dice Kenji, señalando al chico alto y desgarbado sentado en el brazo del sofá.

Ian Sánchez. Recuerdo que era uno de los chicos de mi cadena de montaje cuando asaltamos el recinto de almacenamiento, pero, aún más importante, es uno de los cuatro chicos que fueron secuestrados por los hombres de Anderson. El, Winston, Brendan y otro chico llamado Emory.

Conseguimos recuperar a Ian y a Emory, pero no a Brendan ni a Winston. Recuerdo a Kenji diciéndome que Ian y Emory estaban tan mal cuando los encontraron, que habían tardado un tiempo en recuperarse aun contando con la ayuda de las chicas para curarlos. Ahora veo que Ian está bien, pero también debe de haber pasado por cosas horribles. Y es evidente que Emory no está aquí.

Trago con dificultad y *le ofrezco a Ian un gesto que espero que sea una gran sonrisa.*

Él no me la devuelve.

—¿Cómo es que sigues viva? —me pide, sin preámbulos—. No parece que nadie te haya pegado una paliza así que, bueno, sin ánimo de ofender, pero no confío en ti.

—Ya llegaremos a esa parte —dice Kenji, cortando a Adam justo cuando empieza a defenderme—. Tiene una buena explicación, lo prometo. Yo ya la conozco con pelos y señales. —Le lanza una mirada penetrante a Ian, pero él no parece percatarse.

Sigue mirándome fijamente, con una ceja desafiante levantada.

Giro la cabeza hacia él y lo miro detenidamente.

Kenji chasquea los dedos frente a mi cara.

—Concentración, princesa, que ya empiezo a aburrirme. —Echa un vistazo por la habitación en busca de alguien a quien nos podamos haber olvidado en estas segundas presentaciones—. James —dice, posando la vista en la cara levantada de mi único amigo de diez años—. ¿Hay algo que quieras decirle a Juliette antes de empezar?

James me mira, con los ojos brillantes y azules debajo de su pelo rubio color arena. Se encoge de hombros.

—Yo nunca pensé que hubieras muerto —dice simplemente.

—¿De verdad? —pregunta Kenji con una carcajada.

James asiente.

—Tenía esa sensación —responde, golpeándose la cabeza. Kenji sonrío.

—Está bien. Bueno, eso es todo. Empecemos.

—¿Qué hay de Ca...? —empiezo a decir, pero me detengo ante las señales de alarma que aparecen en el rostro de Kenji.

Detengo la mirada en Castle, examinando su rostro de una forma que no había hecho al llegar.

Tiene los ojos desenfocados, las cejas fruncidas como si estuviera atrapado en una conversación infinita y frustrante consigo mismo, y las manos juntas sobre el regazo. Sus cabellos se han ido soltando de su siempre

perfecta coleta baja y en su rostro ha aparecido un miedo que se ha adueñado de sus ojos. Está sin afeitarse, como si lo hubiesen arrastrado por el barro, se hubiese sentado en esa silla al llegar y no se hubiera levantado desde entonces.

Y me doy cuenta de que, de todos nosotros, él es el que está más afectado.

El Punto Omega era su vida. Sus sueños estaban depositados en cada uno de los ladrillos y ecos de ese espacio. Y en una noche lo perdió todo: sus esperanzas, su visión de futuro y toda la comunidad que se esforzó en construir. Su única familia.

Todo desaparecido.

—Lo está pasando muy mal —me susurra Adam, y su cercanía me sobresalta porque no me había dado cuenta de que volvía a estar a mi lado—. Lleva un tiempo así.

Se me parte el alma.

Intento buscar los ojos de Kenji, pedirle disculpas sin decir nada, decirle que lo entiendo. Pero él no me mira. Tarda un rato en serenarse y entonces me doy cuenta de lo difícil que debe ser todo esto para él. No se trata solo del Punto ()mega. No es solo la gente que ha perdido, ni todo el trábalo que se ha echado a perder.

Es Castle. Castle, que ha sido como un padre para él, su confidente más cercano, su mejor amigo, se ha convertido en una sombra de lo que era.

Me siento abrumada por el gran dolor de Kenji. Ojalá pudiera hacer algo para ayudarlo, para arreglar las cosas. Y entonces me prometo a mí misma que lo haré.

Voy a hacer todo lo que pueda.

—Está bien. —Kenji junta las manos, asiente un par de veces y respira profundamente—. ¿Estáis todos cómodos y listos? ¿Sí? Bien. —Asiente de nuevo—. Ahora dejadme que os cuente la historia de cómo dispararon a nuestra amiga Juliette en el pecho.



## DIECINUEVE

Todos me miran boquiabiertos.

Kenji acaba de terminar de darles todos los detalles que compartí con él, procurando omitir las partes en las que Warner me dice que me ama, lo cual le agradezco silenciosamente. Aunque le haya dicho a Adam que no deberíamos volver a estar juntos, todo lo que ha habido entre nosotros está demasiado reciente y aún por resolver. He intentado seguir adelante, distanciarme de él para protegerlo, y he tenido que llorar por su pérdida de formas tan diversas que ya ni siquiera sé cómo me siento.

No sé lo que él piensa de mí.

Adam y yo tenemos que hablar de infinidad de cosas y no quiero que Warner sea una de ellas. Warner siempre ha sido un tema complicado entre nosotros, sobre todo ahora que Adam sabe que son hermanos y no estoy de humor para discutir, especialmente el día de mi regreso.

Pero parece que no voy a librarme de ello tan fácilmente.

—¿Warner te salvó la vida? —pregunta Lily, sin molestarse en ocultar su sorpresa ni su repulsión. Incluso Alia se ha incorporado y presta atención, con los ojos clavados en mí—. ¿Por qué diantres iba a hacer eso?

—¿Qué más da eso, tía? —interviene Ian—. ¿Qué haremos si Warner nos puede robar los poderes y todo eso?

—Tú no tienes ningún poder —le contesta Winston—. Así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Ya sabes qué quiero decir —grita Ian, ruborizándose desde el cuello—. No es bueno que un psicópata como él tenga ese tipo de habilidad. Me da un miedo que te cagas.

—No es un psicó... —trato de decir, pero la sala estalla en una cacofonía de voces que compiten unas con otras para que se las escuche.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿... peligroso?

—Entonces Sonia y Sara siguen vivas...

—¿... vio a Anderson de verdad? ¿Cómo era?

—¿Y por qué iba a...?

—... bueno, pero eso no...

—UN MOMENTO —los corta Adam—. ¿Y dónde diantres está ahora? —Se gira y me mira fijamente—. Has dicho que Warner te trajo hasta aquí para enseñarte lo que pasó en el Punto Omega, pero justo cuando Kenji llega, él desaparece. —Se detiene—. ¿No es cierto?

Asiento con la cabeza.

—¿Y entonces qué? —dice—. ¿Ya está? ¿Se va y ya está? —Adam se da la vuelta y nos mira a todos—. Chicos, ¡él sabe que por lo menos uno de nosotros sigue vivo! Seguramente haya ido a buscar refuerzos para encontrar la manera de matarnos a todos los demás. —Se detiene y sacude la cabeza con fuerza—. Mierda —dice en voz baja—. MIERDA.

Todos se quedan paralizados a la vez. Horrorizados.

—No —le digo rápidamente, levantando ambas manos—. No, él no hará nada de eso.

Ocho pares de ojos se giran hacia mí.

—Él no intenta mataros. Ni siquiera le gusta el Restablecimiento. Y odia a su padre.

—¿Qué estás diciendo? —me interrumpe Adam, alarmado—. Warner es un animal.

Respiro para tranquilizarme. Es necesario que recuerde lo poco que saben de Warner, lo poco que han oído desde su punto de vista; tengo que recordarme a mí misma lo que yo pensaba de él hace apenas unos días.

Las revelaciones de Warner son demasiado recientes. No sé cómo defenderlo correctamente ni cómo conciliar estas impresiones opuestas sobre él y, por un momento, me siento furiosa con él y con sus estúpidas pretensiones, por haberme metido en este embrollo. Si no hubiese dado esta impresión de ser un psicópata enfermo y retorcido, ahora mismo no tendría que defenderlo.

—Él quiere acabar con el Restablecimiento —trato de explicar—. Y también quiere matar a Anderson.

La sala estalla en más discusiones. Gritos y epítetos que se reducen a que nadie me cree. Todos piensan que me he vuelto loca y que Warner me ha lavado el cerebro. Crean que es un asesino que me encerró y trató de utilizarme para torturar a gente.

Y no están equivocados. Aunque sí lo estén.

Siento la necesidad de decirles que no lo entienden.

Ninguno de ellos sabe la verdad y no me están dando la oportunidad de explicarme. Pero justo cuando voy a decir algo más en defensa propia, miro a Ian por el rabillo del ojo.

Se está riendo de mí.

En voz alta, dándose palmadas en las rodillas, con la cabeza hacia atrás, gritando de alegría por mi estupidez, y por un momento empiezo a dudar seriamente de mí misma y de todo lo que me dijo Warner.

Cierro los ojos con fuerza.

¿Cómo voy a saber realmente si puedo confiar en él? ¿Cómo sé que no me mentía como siempre, como dice que ha hecho desde el principio?

Estoy harta de esta incertidumbre. Harta y cansada.

Pero, al pestañear, veo que me alejan de la multitud, que me llevan hacia la puerta del dormitorio de James; hacia el trastero que antes era su habitación. Adam me mete dentro y cierra la puerta a la locura que hay detrás de nosotros. Me lleva en brazos, me mira a los ojos con una extraña y ardiente intensidad que me sobresalta.

Estoy atrapada.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta—. ¿Por qué defiendes a Warner? Después de todo lo que te hizo deberías odiarlo, deberías estar furiosa.

—No puedo, Adam, no...

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Pues que... no es tan fácil como antes. —Niego con la cabeza, tratando de explicar lo inexplicable—. Ahora no sé qué pensar de él. Hay muchas cosas que no había entendido bien. Cosas que no podía comprender. —Bajo los ojos—. Él es muy... —titubeo, contradiciéndome.

No sé cómo decir la verdad sin parecer una mentirosa.

—No lo sé —le digo, finalmente, mirándome las manos—. No lo sé. Es solo que... no es tan malo como creía.

—¡Vaya! —dice Adam, conmovido—. No es tan malo como creías. ¿Que no es tan malo como creías? ¿Y cómo puede ser mejor de lo que creías, eh?

—Adam...

—¿Pero en qué estás pensando, Juliette?

Miro hacia arriba. No puede ocultar una mirada de asco.

Me entra el pánico.

Tengo que encontrar una forma de explicarme, de presentar un ejemplo irrefutable, una prueba de que Warner no es quien yo pensaba que era, pero

veo que Adam ha perdido su confianza en mí, que ya no confía ni cree en mí, y me quedo sin palabras.

Él abre la boca para hablar, pero me adelanto.

—¿Recuerdas aquel día en que me encontraste llorando en la ducha? ¿Después de que Warner me obligara a torturar a aquel niño?

Adam vacila y asiente lentamente, a regañadientes.

—Esa fue una de las razones por las que lo odiaba tanto. Pensé que había puesto a un niño en la sala, que había raptado al hijo de alguien y quería ver cómo yo lo torturaba. Fue un acto vil —le digo—. Asqueroso, horrible. Pensé que era inhumano. Que era el demonio. Pero... no fue de verdad —susurro.

Adam parece confuso.

—Solo fue una simulación —trato de explicar—. Warner me dijo que era una cámara de simulación, no una sala de torturas. Me dijo que todo ocurrió en mi imaginación.

—Juliette —dice Adam. Suspira. Mira hacia otro lado y vuelve a centrar sus ojos en mí—. ¿De qué estás hablando? ¡Claro que fue una simulación!

—¿Cómo?

Adam se ríe, confuso.

—¿Tú sabías que no era de verdad? —le pregunto.

Él me mira fijamente.

—Pero cuando me encontraste, me dijiste que no era culpa mía... me dijiste que habías oído lo que pasó y que no era culpa mía.

Adam se pasa la mano por el pelo por detrás del cuello.

—Pensé que estabas así por romper el muro —dice—. Es decir, yo sabía que la simulación probablemente había sido horrible, pero pensé que Warner te habría contado en qué consistía. No sabía que te habías enfrentado a algo así pensando que iba a ser de verdad. —Cierra los ojos con fuerza un momento—. Pensé que estabas molesta por descubrir que tenías esta nueva y extraña habilidad. Y por los soldados que habían resultado heridos como consecuencia de ello.

Pestañeo atónita.

Durante todo este tiempo, una pequeña parte de mí seguía aferrándose a la duda, a la creencia de que, tal vez, la cámara de tortura fuese de verdad y que Warner me estuviera mintiendo. Otra vez.

Pero ahora tengo la confirmación del propio Adam. Estoy por los suelos.

Adam agita la cabeza.

—Vaya hijo de puta —dice—. No me puedo creer que te hiciera algo así. Yo bajo la mirada.

—Warner ha hecho un montón de cosas horribles —le digo—, pero él creía firmemente que me estaba ayudando.

—Pero no lo hacía —dice Adam, enfadado otra vez—. Te estaba torturando.

—No. No es verdad. —Me concentro en una grieta de la pared—. De alguna forma, me ayudó —titubeo antes de mirarlo a los ojos—. Ese rato en la cámara de simulación fue la primera vez que me permití enfadarme. Hasta ese momento nunca había sabido hasta dónde podía llegar... ni que podía ser tan fuerte.

Aparto la mirada. Junto y suelto las manos.

—Warner se pone esa máscara —le cuento—. Actúa como si fuera un monstruo loco y sin corazón, pero es... no lo sé —murmuro, con los ojos fijos en algo que no veo bien. Un recuerdo, quizás. De Warner sonriendo, de sus suaves manos enjugándome las lágrimas. No pasa nada, todo va bien, me había dicho—. Él es muy...

—No, es... —Adam se aparta, soltando un extraño y tembloroso suspiro—. No sé cómo se supone que debo entender algo así —dice, inseguro—. Ahora... ¿qué? ¿Ahora te cae bien? ¿Eres su amiga? ¿Del mismo tío que intentó matarme? —No es capaz de ocultar el dolor en su voz—. Me tuvo colgado de una cinta transportadora en un matadero, Juliette. ¿O ya te has olvidado de eso?

Me estremezco y bajo la cabeza avergonzada. Se me había olvidado.

Me había olvidado de que Warner casi mata a Adam, de que lo disparó delante de mí. Vio a Adam como un traidor, como un soldado que le puso una pistola en la cabeza. Lo desafió y me llevó con él.

Siento náuseas.

—Estoy... Estoy hecha un lío —logro decir finalmente—. Me gustaría odiarlo, pero ya no sé cómo conseguirlo.

Adam me mira como si no me conociera. Tengo que hablar de otra cosa.

—¿Y qué le pasa a Castle? —pregunto—. ¿Está enfermo?

Adam vacila antes de responder, al darse cuenta de que intento cambiar de tema. Finalmente, cede. Suspira.

—Está mal —me dice—. Le ha afectado mucho más que a los demás. Y el hecho de que Castle lo lleve tan mal, está empezando a afectar a Kenji.

Examino el rostro de Adam mientras habla, sin poder dejar de buscar similitudes con Anderson y Warner.

—De hecho no se levanta de esa silla —explica Adam—. Se sienta allí todo el día hasta que se derrumba por el cansancio e, incluso entonces, se

queda dormido sentado ahí. Y se despierta a la mañana siguiente y hace lo mismo otra vez, durante todo el día. Solo come cuando le obligamos y *solo se mueve para ir al baño*. —Adam niega con la cabeza—. *Esperamos que se recupere pronto, pero ha sido muy raro perder a un líder de esta forma. Castle se ocupaba de todo y ahora nada parece importarle.*

—Es probable que todavía esté conmocionado —le digo, recordando que solo han pasado tres días desde la batalla—. Esperemos que con el tiempo vuelva a la normalidad.

—Sí —asiente Adam. Asiente y después se examina las manos—, pero tenemos que pensar en lo que vamos a hacer. No sé cuánto tiempo podremos vivir así. En un par de semanas, como mucho, vamos a quedarnos sin comida —dice—. Ahora tenemos que alimentar casi a diez personas. Además, Brendan y Winston siguen heridos. He hecho cuanto he podido por ellos utilizando los escasos suministros de que dispongo, pero necesitan atención médica de verdad y medicamentos contra el dolor, si podemos pagarlos. —Se detiene—. No sé lo que te habrá contado Kenji, pero cuando los trajimos aquí estaban muy mal. La hinchazón de Winston apenas ha bajado. No podemos quedarnos aquí mucho más. Necesitamos un plan.

—Sí. —Me alivia pensar que está listo para hacer algo—. Sí. Sí. Necesitamos un plan. ¿Has pensado en algo? ¿Ya tienes algo en mente?

Adam niega con la cabeza.

—No lo sé —admite—. Tal vez podríamos seguir entrando en los recintos de almacenamiento como solíamos hacer, robar suministros de vez en cuando y buscar un lugar más espacioso en territorio no regulado. Pero nunca podremos poner un pie en las instalaciones —dice—. Es demasiado arriesgado. Nos pegarían un tiro en el acto si nos pillaran. Así que... No sé —dice. Parece tímido al reír—. Espero no ser el único que tenga alguna idea.

—Pero... —titubeo, confusa—. ¿Eso es todo? ¿No crees que podemos luchar otra vez? ¿Crees que deberíamos limitarnos a encontrar una forma de vivir... así? —Señalo hacia la puerta, hacia lo que hay fuera.

Adam me mira, sorprendido ante mi reacción.

—No es que quiera esto —me responde—, pero no veo cómo podemos luchar sin que nos maten. Intento ser práctico. —Se pasa una mano nerviosa por el pelo—. Tuve una oportunidad —dice, bajando la voz—. Intenté luchar y nos masacraron. No debería estar vivo en este momento pero, por alguna extraña razón, lo estoy y James también y, madre mía, tú también, Juliette.

»Y no sé —continúa, moviendo la cabeza, mirando hacia otro lado—. Siento como si me hubieran dado la oportunidad de vivir mi vida. Tendré que

pensar en nuevas formas de encontrar comida y de encontrar un techo que me cubra. No gano dinero, nunca más podré volver a alistarme en este sector y no soy un ciudadano registrado, por lo que nunca voy a poder trabajar. Ahora solo me preocupa saber cómo voy a alimentar a mis familiares y amigos en las próximas semanas—. Tensa la mandíbula—. Quizás algún día otro grupo sea más inteligente, más fuerte, pero no creo que vayamos a ser nosotros. No creo que vayamos a tener la oportunidad.

Pestañeo, atónita.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—Que te estés rindiendo. —Oigo mi voz acusadora pero no intento ocultarla—. Te rindes.

—¿Qué opción me queda? —pregunta, con ojos heridos, enfadados—. No intento ser ningún mártir —dice—. Lo intentamos. Intentamos luchar y todo se fue a la mierda. Toda la gente que conocemos está muerta y lo único que nos queda de nuestra resistencia es ese grupo maltrecho de gente que viste ahí afuera. ¿Cómo vamos a luchar nosotros nueve contra el mundo? —señala—. No es una lucha justa, Juliette.

Asiento. Me miro las manos fijamente e intento ocultar mi sorpresa sin conseguirlo.

—No soy un cobarde —dice, tratando de moderar la voz—. Solo quiero proteger a mi familia. No quiero que James tenga que preocuparse cada día de si voy a aparecer muerto. El necesita que yo sea racional.

—Pero vivir así... —le digo—. ¿Como fugitivos? ¿Robando para sobrevivir y escondiéndonos del mundo? ¿Cómo puede ser mejor eso? Estarás preocupado todos los días, tendrás que mirar constantemente por encima de tu hombro, te horrorizará tener que dejar solo a James. Serás muy desgraciado.

—Pero estaré vivo.

—Eso no es estar vivo —le digo—. Eso no es vivir.

—¿Cómo lo sabes? —grita. Su cambio de humor es tan repentino que me quedo pasmada en silencio—. ¿Qué sabes tú sobre estar vivo? —me pregunta—. Cuando te encontré no abrías la boca. Tenías miedo hasta de tu sombra. Estabas tan consumida por el dolor y la culpa que casi te habías vuelto loca. Vivías tan metida en tu mente que no sabías qué había pasado con el mundo en tu ausencia.

Me estremezco, picada por el veneno de su voz. Nunca había visto un Adam tan resentido o cruel. Este no es el Adam que conozco. Quiero que pare, que rebobine, que pida disculpas y borre las cosas que acaba de decir.

Pero no lo hace.

—Tú crees que lo has pasado mal —me dice—. Crees que era difícil vivir en el ala de psiquiatría y ser arrojada a la cárcel, pero no te das cuenta de que siempre has tenido un techo sobre la cabeza, ni de que te han ido dando comida regularmente. —Abre y cierra las manos—. Y eso es más de lo que la mayor parte de la gente tiene. No tienes ni idea de lo que significa realmente vivir aquí, de lo que se siente al morir de hambre y ver que tu familia muere en frente de ti. No tienes ni idea —me acusa— de lo que significa sufrir de verdad. A veces creo que vives en un mundo de fantasía donde todo el mundo sobrevive gracias al optimismo, pero aquí eso no funciona. En este mundo o estás vivo, o a punto de morir, o muerto. No hay fantasías. Ni ilusiones. Así que no finjas saber lo que significa estar vivo ahora, hoy en día, porque no lo sabes.

Las palabras, en mi opinión, son criaturas imprevisibles. Ninguna pistola, ninguna espada, ningún ejército ni ningún rey podrá tener más poder que una frase. Las espadas pueden cortar y matar, pero las palabras te apuñalan y se quedan ahí, se hunden en nuestros huesos y se convierten en cadáveres que arrastramos en el futuro, que no paran de escarbar y cuyo esqueleto jamás lograremos arrancar de nuestra carne.

Trago con dificultad.

Uno.

Dos.

Tres.

Y me tranquilizo para responder en voz baja. Con prudencia.

Está disgustado, me digo a mí misma. Solo está asustado, preocupado y estresado, y, en realidad, no quiere decir nada de eso, sigo diciéndome a mí misma.

Está disgustado.

No quería decir eso.

—Puede —le digo—, puede que tengas razón. Quizás no sepa lo que es vivir. Quizás aún no sea lo suficientemente humana como para saber algo más que lo que tengo justo enfrente de mí. —Lo miro fijamente a los ojos—. Pero sé lo que se siente al ocultarse al mundo. Sé lo que significa vivir como si no existiera, enjaulada y aislada de la sociedad. ¡Y no me volverá a pasar! —le digo—. No puedo. Por fin he llegado a un punto de mi vida en el que no me asusta hablar. En el que mi sombra ya no me obsesiona. Y no quiero perder esta libertad... otra vez. No puedo ir hacia atrás. Prefiero que me maten pidiendo justicia, a morir sola en una prisión que yo misma he creado.



Adam mira hacia la pared, se ríe y me vuelve a mirar.

—¿Pero te estás escuchando? —pregunta—. ¿Me estás diciendo que quieres saltar en frente de un grupo de soldados y decirles lo mucho que odias al Restablecimiento solo para demostrar que tienes razón? ¿Para que te maten antes de cumplir los dieciocho? Esto no tiene ningún sentido. No sirve de nada. Y no pareces tú —dice, negando con la cabeza—. Yo creía que querías vivir por ti misma. Nunca quisiste vivir una guerra. Solo querías liberarte de Warner, del manicomio y de los locos de tus padres. Pensé que te alegraría acabar con la lucha.

—¿De qué estás hablando? —le digo—. Siempre he dicho que quería luchar. Lo he dicho desde el principio, desde el momento en que te dije que quería escapar cuando estábamos en la base. Yo soy así —insisto—. Así es cómo me siento y siempre me he sentido así.

—No —dice—. No, no huimos de la base para iniciar una guerra. Nos fuimos para huir del Restablecimiento, para resistir a nuestra manera, pero sobre todo para empezar una vida juntos. Pero entonces apareció Kenji y nos llevó al Punto Omega y todo cambió, y decidimos luchar. Porque parecía que podría funcionar, porque parecía que íbamos a tener una oportunidad. Pero ahora... —Mira alrededor de la habitación, hacia la puerta cerrada—. ¿Qué nos queda? Es tamos todos medio muertos —me recuerda—. Somos ocho hombres y mujeres mal armados y un niño de diez años, que intentan luchar contra ejércitos enteros. No es factible. Y, si voy a morir, no quiero que sea por una razón estúpida. Si voy a la guerra, si arriesgo mi vida, va a ser porque las probabilidades están a mi favor. De otro modo, no.

—No creo que sea estúpido luchar por la humanidad.

—No tienes ni idea de lo que dices —grita, tensando la mandíbula—. Ahora no hay nada que podamos hacer.

—Siempre hay algo, Adam. Tiene que haberlo, porque yo no voy a volver a vivir así. Nunca más.

—Juliette, por favor —dice con palabras desesperadas, angustiadas—. No quiero que te maten. No quiero perderte nuevo.

—No se trata de ti, Adam. —Me siento muy mal al decirlo, pero tiene que entenderlo—. Eres muy importante para mí. Me has querido y has estado ahí cuando nadie más lo estaba. No quiero que pienses que no me importas, porque no es cierto. Pero esta decisión no tiene nada que ver contigo. Se trata de mí. Y esta vida. —Señalo hacia la puerta—, la vida que hay al otro lado de esta pared. Eso no es lo que yo quiero.

Mis palabras parecen alterarlo aún más.

—¿Entonces prefieres morir? —me pregunta, enfadado otra vez—. ¿Eso quieres decir? ¿Prefieres morir antes que intentar construir una vida aquí conmigo?

—Preferiría morir —le digo, apartándome un poco de su mano extendida — antes que volver a estar en silencio y sentirme asfixiada.

Y cuando Adam está a punto de responder, oímos gritos caóticos al otro lado de la pared. Intercambiamos una mirada de pánico y abrimos la puerta de la habitación para salir disparados hacia la sala de estar.

Se me para el corazón. Vuelve a funcionar. Se para de nuevo.

Warner está aquí.

## VEINTE

Está en la puerta principal, con las manos en los bolsillos como si nada y seis armas apuntándole. Mi mente funciona deprisa para intentar procesar qué hacer a continuación y cuál es la mejor forma de actuar. Pero el rostro de Warner cambia radicalmente cuando entro en la habitación: la fría línea de su boca se convierte en una sonrisa brillante. Al sonreírme le brillan los ojos, sin que parezca importarle, o ni siquiera darse cuenta, de las múltiples armas que lo apuntan.

No puedo evitar preguntarme cómo me ha encontrado.

Empiezo a andar, pero Adam me agarra del brazo. Me doy la vuelta, preguntándome por mi repentina irritación contra él. Me enfado conmigo misma por estar enfadada con él. No me imaginaba que volver a ver a Adam sería así. No quiero que sea así. Quiero volver a empezar.

—¿Qué haces? —me pregunta Adam—. No te acerques a él.

Me quedo observando su mano en mi brazo. Levanto la cabeza para mirarlo.

Adam no se mueve.

—Suéltame —le digo.

Su rostro se serena repentinamente, como si estuviera sorprendido. Se mira la mano y me suelta sin decir palabra.

Me separo de él todo lo que puedo, buscando a Kenji sin parar. Inmediatamente me cruza con sus agudos ojos negros y levanta una ceja. Tiene la cabeza inclinada, sus labios contraídos me dicen que el siguiente movimiento es mío y que será mejor que haga algo importante con él. Suspiro y me abro camino entre mis amigos hasta llegar delante de Warner, y hago un pobre intento de protegerlo con mi pequeño cuerpo poco imponente, enfrentándome a mis amigos y a sus armas, esperando que no me disparen.

Me esfuerzo por parecer relajada.

—Por favor —digo—. No le disparéis.

—¿Y por qué no? —exige Ian, agarrando el arma con fuerza.

—Juliette, querida —dice Warner, inclinándose a mi oído. Mantiene una voz lo bastante fuerte como para que todos lo oigan—. Aprecio que me defiendas, pero en realidad puedo manejar la situación yo mismo.

—Son ocho contra uno —le digo, olvidándome del temor que siento al intentar poner los ojos en blanco—. Todos te están apuntando a la cara. Creo que sí que necesitas que intervenga.

Lo oigo soltar una carcajada detrás de mí, justo antes de que todas las armas de la sala se suelten de las manos y sean arrojadas contra el techo. Me doy la vuelta sorprendida y puedo ver la absoluta sorpresa que desprenden los rostros que hay detrás de mí.

—¿Por qué siempre dudáis? —pide Warner, moviendo la cabeza mientras mira alrededor de la habitación—. Disparad si queréis hacerlo. No me hagáis perder el tiempo con tanto teatro.

—¿Cómo coño has hecho eso? —exige Ian.

Warner no dice nada. Se quita los guantes con cuidado, mirando de cada dedo antes de dejarlos caer sobre sus manos. Parece estar considerando algo.

—No pasa nada —le digo—. Ya lo saben.

Warner levanta la mirada y alza una ceja. Sonríe ligeramente.

—¿De verdad?

—Sí. Se lo conté.

La sonrisa de Warner se vuelve mordaz al darse la vuelta y contempla el techo con ojos risueños. Finalmente saluda a Castle con la cabeza, que observa el alboroto con una expresión de ligero descontento.

—Lo he cogido prestado de los aquí presentes —le dice Warner a Ian.

—¡La madre que te parió! —suelta Ian.

—¿Qué quieres? —le pregunta Lily, desafiante, con los puños cerrados, desde una esquina de la habitación.

—De vosotros, nada —le dice Warner—. He venido a buscar a Juliette. No tengo ninguna intención de interrumpir vuestra... fiesta del pijama —dice, observando las almohadas y mantas apiladas en el suelo del salón.

Adam se tensa alarmado.

—¿Pero de qué hablas? —exige—. Ella no irá a ninguna parte contigo.

Warner se rasca la parte posterior de la cabeza.

—¿Nunca te cansas de ser insoportable? Tienes tanto carisma como las tripas de un animal atropellado y sin nombre.

Oigo un jadeo brusco, un ruido de risas sofocadas y me giro.

Kenji se muerde una mano, tratando desesperadamente de contener la risa. Mueve la cabeza, y levanta una mano a modo de disculpa. Y entonces se echa

a reír a carcajadas, respirando por la nariz para intentar sofocar el sonido.

—Lo siento —dice apretando los labios, moviendo la cabeza de nuevo—. No es momento para reírse. No. No me estoy riendo.

Parece que Adam vaya a pegarle un puñetazo en la cara.

—¿Entonces no quieres matarnos? —Winston rompe el silencio—. Porque, si no vas a matarnos, deberías salir pitando antes de que te matemos nosotros a ti.

—No —dice Warner con calma—. No voy a mataros. Y aunque no me importaría deshacerme de estos dos. —Señala a Adam y a Kenji—, me parece una idea agotadora. Ya no me interesan vuestras patéticas y tristes vidas. Solo he venido para acompañar y llevar a Juliette a casa, a salvo. Ella y yo tenemos asuntos urgentes que atender.

—No —oigo a James de repente. Se pone en pie, mira a Warner directamente a los ojos—. Ahora esta es su casa. No te la puedes llevar. No quiero que nadie le haga daño.

Warner levanta las cejas sorprendido. Parece verdaderamente asombrado, como si acabara de descubrir al niño de diez años. En realidad, Warner y James nunca se habían visto. Ninguno de ellos sabe que son hermanos.

Miro a Kenji. Él me mira. Es un momento importante.

Warner examina el rostro de James con una gran fascinación y se inclina sobre una rodilla para mirar a James al mismo nivel.

—¿Y tú quién eres? —pregunta.

Todo el mundo observa en silencio.

James pestañea sin parar y no responde de inmediato, finalmente, se mete las manos en los bolsillos y se dispone a contestar.

—Soy James, el hermano de Adam. ¿Quién eres tú?

Warner inclina un poco la cabeza.

—Nadie importante —dice. Trata de sonreír—. Pero me alegro de conocerte, James. Me gusta ver que te preocupas por la seguridad de Juliette, pero debes saber que no tengo ninguna intención de hacerle daño. No obstante, ella me hizo una promesa y quiero que la cumpla.

—¿Qué tipo de promesa? —pregunta James.

—Exacto, ¿qué tipo de promesa? —interrumpe Kenji, con una voz repentinamente fuerte y enojada.

Levanto la vista y miro a mi alrededor. Todos me miran, esperando a que responda. Adam abre los ojos con horror e incredulidad.

Miro a Warner a los ojos.

—No me voy a ir —le digo—. Yo no prometí que volvería contigo a la base.

Mi respuesta le hace fruncir el ceño.

—¿Prefieres quedarte aquí? —pregunta—. ¿Por qué?

—Necesito a mis amigos —le digo—. Y ellos a mí. Además, tendremos que trabajar todos juntos, así que podemos empezar ahora mismo. Es más, no quiero entrar y salir de la base a escondidas —añado—. Puedes venir a verme aquí.

—Un momento. Espera... ¿Qué significa que podemos trabajar todos juntos? —interrumpe Ian—. ¿Y por qué lo invitas a que vuelva? ¿De qué cojones habláis?

—¿Qué tipo de promesa le hiciste, Juliette? —Adam habla con voz fuerte y acusadora.

Me giro hacia el grupo. Yo, ahí de pie junto a Warner, frente a los ojos furiosos de Adam y los rostros confusos y a punto de estallar de mis amigos.

¡Qué raro se ha vuelto todo en tan poco rato!

Respiro de forma tensa y vigorizante.

—Estoy lista para combatir —digo dirigiéndome a todo el grupo—. Sé que algunos de vosotros os sentís derrotados, que pensáis que ya no hay esperanza, sobre todo después de lo que pasó en el Punto Omega. Pero Sonia y Sara siguen ahí fuera y necesitan nuestra ayuda. Y el resto del mundo también. No he llegado hasta aquí para dar marcha atrás. Estoy lista para actuar y Warner se ha ofrecido a ayudarme.

Miro a Kenji directamente.

—He aceptado su propuesta. Me he comprometido a ser su aliada, a luchar con él para matar a Anderson y acabar con el Restablecimiento.

Kenji achina los ojos y no sé decir si está enfadado o si está enfadadísimo.

Miro al resto de mis amigos.

—Pero podemos trabajar todos juntos —prosigo—. He pensado mucho en esto y creo que aún tenemos alguna oportunidad, sobre todo si unimos nuestras fuerzas con las de Warner. Él sabe cosas sobre el Restablecimiento y sobre su padre que nosotros jamás podríamos llegar a conocer.

Trago saliva mientras observo los rostros de asombro y horror que me rodean.

—Pero —me apresuro a añadir— si ya no queréis luchar, lo entiendo perfectamente. Y si preferís que no me quede con vosotros, respetaré lo que prefiráis. Sea como sea, yo ya he tomado una decisión —les digo—. Tanto si

decidís uniros a mí como si no, yo he decidido luchar. Voy a acabar con el Restablecimiento o moriré en el intento. No tengo nada que perder.

## VEINTIUNO

La sala se queda en silencio y yo he bajado la mirada, demasiado temerosa de ver la expresión de sus rostros.

Alia es la primera en hablar.

—Yo lucharé contigo —dice, con una voz suave que suena fuerte y confiada en medio del silencio. Levanto la vista para mirarla y me sonrío, con las mejillas sonrojadas.

Pero antes de tener la oportunidad de responder, Winston interviene.

—Yo también. En cuanto me deje de doler la cabeza, pero sí, me apunto. No tengo nada que perder —dice encogiéndose de hombros—. Y estoy dispuesto a pegar alguna paliza para recuperar a las chicas, aunque no podamos salvar al resto del mundo.

—Yo igual —dice Brendan, asintiendo con la cabeza—. También me apunto.

Ian meneaba la cabeza, sin dejar de mirarme, como si fuera la persona más idiota que hubiera conocido.

—¿Y cómo coño podemos confiar en este tío? —pregunta—. ¿Cómo sabemos que no la va a liar?

—Cierto —manifiesta Lily—. No acabo de verlo. —Clavó los ojos en Warner—. ¿Por qué querías ayudarnos? —le pregunta—. ¿Desde cuándo eres alguien digno de confianza?

Warner se pasa una mano por el pelo. Sonríe con poca amabilidad y me mira.

No se lo está pasando muy bien.

—Yo no soy digno de confianza —afirma Warner finalmente, levantando los ojos para mirar a Lily— y no tengo ningún interés en ayudaros. De hecho, creo que he sido muy claro hace un momento cuando os he dicho que estaba aquí por Juliette. No firmé para ayudar a sus amigos y os daré cero garantías de que sobreviváis o estéis seguros. Así que, si lo que buscáis es tranquilidad —dice—, ni puedo, ni voy a ofreceros ninguna.



Sorprendentemente, Ian sonríe. Lily parece un poco más tranquila. Kenji menea la cabeza.

—Está bien —Ian asiente—. Guay. ¿Y cuál es el plan?

—¿Os habéis vuelto todos locos? —estalla Adam—. Os estáis olvidando de con quién estáis hablando, ¿no? ¿Nos derriba la puerta exigiendo llevarse a Juliette y vosotros queréis ponerlos de su parte y luchar con él? ¿Con el responsable de la destrucción del Punto Omega? —dice—. ¡Todos han muerto por su culpa!

—Yo no soy responsable de eso —le corta Warner bruscamente, con el rostro ensombrecido—. Yo no di la orden, ni tampoco tenía ni idea de lo que estaba pasando. Cuando salí del Punto Omega y encontré el camino de regreso a la base, los planes de mi padre ya estaban en marcha. Yo no estaba en la batalla ni asalté el Punto Omega.

—Eso es cierto —dice Lily—. El Supremo es quien ordenó el ataque aéreo contra el Punto Omega.

—Sí y aunque odio a este tío —añade Winston, señalando con el pulgar a Warner—, odio a su padre mucho más. El nos secuestró. No fueron los soldados del Sector 45 quienes nos tenían cautivos, sino sus hombres. Así que, bueno —dice, estirándose de nuevo en el sofá—, me encantaría ver cómo el Supremo muere lenta y miserablemente.

—Tengo que admitir —interviene Brendan— que normalmente no me interesa la venganza, pero ahora mismo me parece algo muy dulce.

—Quiero ver sangrar a ese hijo de puta —dice Ian.

—¡Qué bien que tengamos algo en común! —murmura Warner, irritado. Suspira—. Juliette, ¿algo que decir?

—¡Esto es una mierda! —grita Adam. Mira a su alrededor—. ¿Cómo podéis olvidaros de vosotros mismos tan fácilmente? ¿Cómo podéis olvidaros de lo que ha hecho, de lo que me hizo, de lo que le hizo a Kenji? —Adam pivota en mi dirección—. ¿Cómo puedes siquiera mirarlo —me dice— sabiendo cómo nos trató? Casi me mata. Dejó que fuera sangrando lentamente para tomarse el tiempo de torturarme hasta la muerte.

—Kent, tío, por favor, cálmate, ¿vale? —Kenji da un paso adelante—. Entiendo que estés enfadado. A mí tampoco me gusta esto, pero la guerra es una locura. Se forman alianzas inverosímiles. —Se encoge de hombros—. Si esta es la única forma de acabar con Anderson, quizás deberíamos considerar...

—No me lo puedo creer —lo interrumpe Adam, mirando a su alrededor—. No me puedo creer que esto esté pasando. Os habéis vuelto todos locos.

Estáis mal de la cabeza —dice, sujetándose la parte posterior de la cabeza—. Este tío es un psicópata, es un asesino.

—Adam —trato de decir—. Por favor...

—¿Y a ti qué te ha pasado? —Se gira hacia mí—. Ni siquiera te reconozco. Pensaba que habías muerto, pensaba que él te había matado —dice, señalando a Warner—. ¿Y ahora estás aquí, formando un equipo con el hombre que intentó arruinarte la vida? ¿Hablando de luchar porque no te queda ninguna razón por la que vivir? ¿Y qué pasa conmigo? —pregunta—. ¿Qué pasa con nuestra relación? ¿Cuándo dejó de ser suficiente para ti?

—No se trata de nosotros —intento explicarle—. Por favor, Adam, déjame explicarte...

—Tengo que salir de aquí —dice bruscamente, dirigiéndose hacia la puerta—. Ahora mismo no puedo quedarme aquí, no puedo procesarlo todo en un solo día. Es demasiado. Es demasiado para mí.

—Adam... —Lo cojo del brazo en un último intento, un último esfuerzo para intentar hablar con él, pero él se aparta.

—Todo esto —dice, mirándome a los ojos, bajando la voz hasta un murmullo doloroso y crudo— era por ti. Lo dejé todo porque creí que estábamos juntos en esto. Pensé que iba a ser algo entre tú y yo. —Sus ojos son muy oscuros, profundos, heridos. Mirarlo me da ganas de acurrucarme y morir—. ¿Qué estás haciendo? —me pregunta, desesperado—. ¿En qué estás pensando?

Y me doy cuenta de que realmente quiere una respuesta.

Porque espera.

Se queda ahí y espera. Espera a escuchar mi respuesta mientras todos nos miran, entretenidos seguramente por el espectáculo que estamos montando. No puedo creer que me esté haciendo esto. Aquí. Ahora. Delante de todo el mundo.

Delante de Warner.

Intento mirarlo a los ojos, pero no consigo aguantarle la mirada durante mucho tiempo.

—No quiero vivir con miedo nunca más —le digo, con la esperanza de parecer más fuerte de cómo me siento en realidad—. Tengo que luchar. Pensaba que queríamos lo mismo.

—No. Yo te quería a ti —dice, tratando de mantener la voz firme—. Es lo único que quería. Desde el principio, Juliette, tú eras lo único que quería.

Y no puedo hablar.

No puedo hablar.

No puedo escupir estas palabras porque no puedo romperle el corazón así, pero él sigue esperando, sigue esperando y me mira.

—Necesito más —digo atragantándome—. Yo también te quería, Adam, pero necesito más que eso. Necesito ser libre. Por favor, trata de entenderlo.

—¡PARA! —estalla Adam—. ¡Para de intentar que entienda todas estas sandeces! —grita—. No puedo seguir hablando contigo.

Y entonces coge la chaqueta apoyada en el sofá, abre la puerta y *la cierra de un portazo al salir*.

Se produce un momento de silencio absoluto. Intento correr tras él.

Kenji me agarra de la cintura y me tira hacia atrás, ofreciéndome una mirada cómplice.

—Yo me ocupo de Kent. Tú quédate aquí y arregla todo este lío —dice, señalando a Warner.

Trago saliva. No digas nada.

Y justo cuando Kenji desaparece, me doy la vuelta para enfrentarme a los demás miembros de la audiencia. Cuando aún estoy buscando qué decir, oigo la voz que menos me esperaba.

—Vaya, señorita Ferrars —dice Castle—. ¡Qué bien que haya vuelto! Cuando está por aquí todo es más entretenido.

Ian se echa a llorar.

## VEINTIDÓS

Todos se arremolinan a su alrededor a la vez. James por poco lo derriba. Ian aparta a todo el mundo de su camino en su intento de acercarse. Castle sonríe, riendo ligeramente. Por fin, se vuelve a parecer al hombre que recuerdo.

—Estoy bien —dice. Parece exhausto, como si le estuviera costando mucho que le salieran las palabras—. Muchas gracias por vuestra preocupación, pero estaré bien. Solo necesito un poco más de tiempo, eso es todo.

Lo miro a los ojos. Tengo miedo de acercarme a él.

—Por favor —les dice a Alia y a Winston, que son quienes están más cerca de él a cada lado— ayúdenme a levantarme. Me gustaría saludar a nuestro nuevo visitante.

No se refiere a mí.

Castle se pone en pie con cierta dificultad, aunque todos luchan por ayudarlo. De repente, la sala parece diferente: más clara, más alegre quizás. No me había dado cuenta de que estaban realmente unidos por el dolor que todos sufrían y por el bienestar del Castle.

—Señor Warner —dice Castle, cruzando la mirada con él desde el otro lado de la sala—. ¡Qué bien que se haya unido a nosotros!

—Yo no me he unido a nad...

—Siempre supe que lo haría —le corta Castle. Sonríe ligeramente—. Y me alegro.

Parece que Warner esté intentando no poner los ojos en blanco.

—Ya puede bajar las armas —le señala Castle—. Prometo que las vigilaré bien en su ausencia.

Todos miramos hacia el techo. Oigo que Warner suspira y, de repente, las pistolas flotan hacia el suelo y se depositan suavemente sobre la alfombra.

—Muy bien —dice Castle—. Ahora, si me disculpan, creo que necesito una buena ducha urgentemente. Espero que no entiendan mi pronta ausencia como una falta de educación —añade—. Estoy bastante convencido de que en las próximas semanas nos veremos con frecuencia.

Warner tensa la mandíbula como respuesta y Castle sonríe.

Winston y Brendan ayudan a Castle a dirigirse al cuarto de baño, mientras que Ian grita entusiasmado que le irá a buscar una muda de ropa. Warner, James, Alia, Lily y yo somos los únicos que quedamos en la sala.

—¿Juliette? —dice Warner.

Miro hacia él.

—¿Puedo robarte un momento de tu tiempo, por favor? ¿En privado?

Dudo.

—Podéis ir a mi habitación —interviene James—. No me importa.

Lo miro, sorprendida de que ofrezca su espacio personal tan libremente a gente como Warner y yo, sobre todo después de haber visto el arrebato de su hermano de hace un momento.

—Adam estará bien —me dice James, como si me leyera la mente—. Está muy estresado, preocupado por muchas cosas. Cree que nos vamos a quedar sin comida y esas cosas.

—James...

—No pasa nada, de verdad —dice James—. Yo me quedo con Alia y con Lily.

Miro a las dos chicas, pero sus rostros no dicen nada. Alia se limita a ofrecerme una sonrisa de amabilidad muy leve. Lily está observando a Warner, evaluándolo.

Al final suspiro, cediendo.

Sigo a Warner hacia la pequeña alacena, cerrando la puerta detrás de mí.

Él no pierde el tiempo.

—¿Por qué invitas a tus amigos a que se unan a nosotros? Te dije que no quería trabajar con ellos.

—¿Cómo me has encontrado? —replico—. No he pulsado el botón de ese localizador que me diste.

Warner me examina, clavando su verde e intensa mirada en la mía como si tratara de leerme la mente en busca de pistas. Pero la intensidad de su mirada siempre es demasiado para mí. Rompo la conexión demasiado pronto, sintiéndome liberada no sé por qué.

—Fue un razonamiento deductivo simple —dice finalmente—. Kent era el único miembro del grupo con una vida lucra del Punto Omega. Su antiguo hogar era el único lugar en el que hubiesen podido refugiarse sin causar un gran alboroto. Y, como tal —dice Warner—, fue el primer lugar en el que busqué. —Hace un leve movimiento de cabeza—. Al contrario de lo que parece pensar, querida, no soy idiota.

—Nunca he creído que seas idiota —le digo, sorprendida—. Pensaba que estabas loco, pero no que fueras idiota. —Vacilo—. De hecho, creo que eres brillante. Ojalá pudiera pensar como tú. —Aparto la mirada y vuelvo a él demasiado rápido, sintiendo que tengo que aprender a mantener la boca cerrada.

El rostro de Warner se serena, pero arruga los ojos al sonreír.

—No quiero a tus amigos en mi equipo —dice—. No me gustan.

—Me da igual.

—Solo conseguirán retrasarnos.

—Ellos nos darán ventaja —insisto—. Ya sé que piensas que no hicieron las cosas bien en el Punto Omega, pero sí que saben cómo sobrevivir. Todos tienen virtudes importantes.

—Están totalmente destrozados.

—Están de duelo —le digo, molesta—. No los subestimes. Castle es un líder nato —le digo—. Kenji es un genio y un excelente luchador. A veces se hace el tonto, pero sabes mejor que nadie que solo es teatro. Es más inteligente que todos nosotros. Además, Winston y Alia pueden diseñar cualquier cosa que necesitemos mientras dispongan de los materiales necesarios. Lily tiene una memoria fotográfica increíble. Brendan puede manipular la electricidad y Winston puede estirar todas sus extremidades de la forma que sea. En cuanto a Ian... —Vacilo—. Bueno, Ian es... seguro que es bueno en algo.

Warner se ríe un poco y va suavizando la sonrisa hasta hacerla desaparecer por completo. Su rostro muestra una expresión incierta.

—¿Y Kent? —pregunta finalmente.

Noto que mi rostro palidece.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué se le da bien?

Titubeo antes de contestar.

—Adam es un buen soldado.

—¿Solo eso?

El corazón me late con fuerza. Con demasiada fuerza.

Warner mira hacia otro lado y neutraliza prudentemente su expresión y su tono.

—Te preocupas por él.

No es una pregunta.

—Sí —consigo decir—. Claro que sí.

—¿Y qué implica eso, exactamente?

—No sé a qué te refieres —miento.

Warner está mirando a la pared, muy quieto, con unos ojos que no revelan nada de lo que realmente piensa o siente.

—¿Le quieres?

Me quedo estupefacta.

No puedo ni imaginarme lo que debe costarle hacer una pregunta tan directa. Lo admiro por tener el coraje suficiente para hacerlo.

Pero, por primera vez, no sé muy bien qué decir. Si hubiese sido hace una semana, o dos, hubiese respondido sin vacilar. Sabría con certeza que quiero a Adam y no habría tenido miedo de decirlo. Pero ahora no puedo evitar preguntarme si sé lo que es el amor; si lo que sentía por Adam era amor o solamente una mezcla de gran afecto y atracción física. Porque, si lo quisiera, si lo amase de verdad, ¿tendría dudas en estos momentos? ¿Podría separarme tan fácilmente de su vida? ¿Y de su dolor?

Durante estas últimas semanas, me he preocupado mucho por Adam: por los resultados de su entrenamiento, por las novedades sobre su padre... pero no sé si ha sido por amor o por sentirme culpable. Él lo dejó todo por mí; porque quería estar conmigo. Pero, por mucho que me duela admitirlo, sé que yo no me escapé para estar con él. Adam no fue mi razón principal, ni la fuerza que me impulsaba.

Me escapé por mí. Porque quería ser libre.

—Juliette...

El suave susurro de Warner me hace volver al presente, me guía hacia mí misma y devuelve mi conciencia a la realidad. Tengo miedo de mortificarme por las verdades que acabo de sacar a la luz.

Miro a Warner a los ojos.

—Dime.

—¿Le quieres? —vuelve a preguntar, más tranquilo.

Y de repente tengo que obligarme a pronunciar las tres palabras que jamás pensé que diría.

—No lo sé.

Warner cierra los ojos.

Exhala, con una clara tensión en los hombros y en la línea de la mandíbula, y cuando por fin vuelve a mirarme veo historias, pensamientos, sentimientos y susurros de cosas en sus ojos que no había visto antes. Verdades que quizás nunca iba a atreverse a decir; cosas imposibles e increíbles y una gran cantidad de sentimientos que no pensaba que pudiera sentir. Parece que todo su cuerpo se sienta aliviado.

No conozco al chico que tengo en frente. Es un completo desconocido, un ser totalmente diferente, el tipo de persona que nunca hubiera conocido si mis padres no me hubiesen abandonado.

—Juliette —susurra.

Ahora me doy cuenta de lo cerca que está. Podría apretar mi cara contra su cuello si quisiera. O ponerle las manos sobre el pecho.

Si quisiera.

—Me encantaría que vinieras conmigo —dice.

—No puedo —le digo, con el corazón acelerado repentinamente—. Tengo que quedarme aquí.

—Pero no es práctico —dice—. Tenemos planes que hacer. Tenemos que hablar de estrategias. Puede llevarnos días.

—Yo ya tengo un plan.

Levanta las cejas y yo subo la cabeza, clavándole la mirada con firmeza antes de acercarme a la puerta.



## VEINTITRÉS

Kenji espera al otro lado.

—¿De qué coño vais vosotros dos? —exige—. Moved el culo de ahí ahora mismo.

Voy directa a la sala de estar, deseando poner distancia entre yo y lo que sea que pase por mi cabeza cuando Warner se acerca demasiado. Necesito aire. Necesito un cerebro nuevo. Necesito saltar por una ventana y dar un paseo en un dragón hacia un mundo lejano.

Pero en cuanto intento estabilizarme, veo a Adam mirándome. Pestañea como si estuviera empezando a ver algo que desearía no haber visto y noto que me sonrojo tan rápidamente que parece que vaya a tragármeme la tierra.

—Adam —me oigo decir—. No... No es...

—No me hables. —Mueve la cabeza, con la voz entrecortada—. Ni te me acerques.

—Por favor. Solo estábamos hablando.

—¿Que solo hablabais? ¿Solos? ¿En la habitación de mi hermano? —Lleva la chaqueta en la mano. La tira al sofá y se ríe como si estuviera perdiendo la cabeza. Se pasa una mano por el pelo y mira hacia el techo. Me vuelve a mirar—. ¿Qué coño está pasando aquí, Juliette? —pregunta, con la mandíbula tensa—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿No podemos hablarlo en privado?

—No. —Tiene el pecho agitado—. Quiero hablar de esto ahora. No me importa quién escuche.

Llevo los ojos hacia Warner. Está apoyado contra la pared que hay fuera de la habitación de James, con los brazos cruzados y observa a Adam con un interés relajado.

De pronto se queda inmóvil, como si notara mis ojos fijos en él. Levanta los suyos, me mira dos segundos exactamente y los aparta. Parece que se esté riendo.

—¿Por qué no dejas de mirarlo? —exige Adam, con ojos brillantes—. ¿Y por qué lo miras siquiera? ¿Por qué te parece tan interesante un psicópata

pirado?

Estoy harta.

Estoy harta de todos los secretos y de mi confusión interna, y de la culpa y el desconcierto que siento por estos dos hermanos. Y lo que menos me gusta es este Adam enfadado que tengo aquí delante.

Intento hablarle, pero no me escucha. Intento razonar y me ataca. Intento ser honesta con él y no me cree. No sé qué más hacer.

—En serio, ¿qué hay entre vosotros? —sigue preguntándome Adam—. ¿Qué pasa, Juliette? Necesito que dejes de mentirme.

—Adam —lo interrumpo. Me sorprende lo tranquila que parezco—. Ahora mismo deberíamos hablar de un montón de cosas —le digo— y no de esto. No hace falta que compartamos nuestros problemas personales con todo el mundo.

—¿Así que lo admites? —dice, aún más enfadado—. Que algo va mal.

—Hace tiempo que algo va mal —le contesto, exasperada—. No me dejas ni que te habl...

—Sí, desde que llevamos a este imbécil al Punto Omega —dice Adam. Se gira para mirar a Kenji—. Fue idea tuya.

—Eh, a mí no me metas en tus líos —replica Kenji—. No me culpes de tus problemas.

—Estábamos bien hasta que empezó a pasar tanto tiempo con él —empieza a decir Adam.

—El mismo que pasó cuando estábamos en la base, lumbrera.

—Basta. Por favor, entendedme: Warner está aquí para ayudarnos. Quiere acabar con el Restablecimiento y matar al Supremo, igual que nosotros. Ya no es nuestro enemigo.

—¿Qué va a ayudarnos? —pregunta Adam, con los ojos como platos, fingiendo sorpresa—. Ah, ¿quieres decir que nos ayudará de la misma forma que la última vez que dijo que iba a luchar en nuestro bando? Justo antes de que saliera del Punto Omega y se pirara. —Se ríe a carcajadas, incrédula. No me puedo creer que te tragues todas estas tonterías.

—No es ninguna trampa, Adam, no soy tont...

—¿Estás segura?

—¿Qué? —No me creo que acabe de insultarme.

—Te he preguntado si estabas segura de ello —grita—. Porque actúas tontamente, así que no sé si voy a poder volver a confiar en tus decisiones.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—¿Y a ti? —responde, con los ojos brillantes—. Tú no haces estas cosas. Tú no actúas así —dice—. Eres una persona totalmente diferente.

—¿Yo? —exijo, alzando la voz.

He intentado controlar mi temperamento con todas mis fuerzas, pero creo que ya no puedo más. Dice que quiere tener esta conversación delante de todos, ¿no?

Está bien. Vamos a tener esta conversación delante de todos.

—Si yo he cambiado —le digo—, entonces tú también. Porque el Adam que yo recuerdo es amable y dulce, y nunca me habría insultado así. Sé que últimamente las cosas no han sido fáciles para ti y yo intento entenderlo, tener paciencia, darte tu espacio... pero estas últimas semanas han sido difíciles para todos. Todos estamos pasando por un momento complicado, pero no nos menospreciamos. Ni nos hacemos daño. Y tú ni siquiera puedes ser amable con Kenji —le digo—. Antes erais amigos, ¿recuerdas? Ahora, cada vez que hace una broma, lo miras como si quisieras matarlo y no lo entiendo.

—Tú defenderías a cualquier persona de esta sala excepto a mí, ¿verdad? —dice Adam—. Quieres tanto a Kenji... Te pasas todo el santo día con él.

—¡Es mi amigo!

—¡Y yo soy tu novio!

—No —le digo—. No lo eres.

Adam tiembla, con los puños apretados.

—No me puedo creer lo que estás diciendo.

—Lo dejamos, Adam —digo con voz firme—. Lo dejamos hace un mes.

—Tienes razón —dice Adam—. Lo dejamos porque dijiste que me querías. Porque dijiste que no querías hacerme daño.

—Y no quiero —le digo—. No quiero hacerte daño. Nunca he querido.

—¿Y qué te crees que me estás haciendo ahora mismo? —grita.

—No sé cómo hablar contigo —le digo, sacudiendo la cabeza—. ¡No lo entiendo!

—No... Tú no entiendes nada —grita—. Tú no me entiendes, ni te entiendes a ti misma y no entiendes que estás actuando como una niña tonta que ha dejado que un psicópata le lave el cerebro.

Parece que el tiempo se haya detenido.

Todo lo que quiero decir y lo que había querido decir empieza a tomar forma, cae al suelo y se pone en pie. Párrafos y párrafos empiezan a construir muros alrededor de mí, formando bloques y alineándose para encontrar la forma de encajar, uniéndose y entrelazándose sin dejarme espacio para escapar. Y los huecos que hay entre todas las palabras mudas trepan hacia mi

boca abierta, por mi garganta y por el pecho, llenándome de un vacío tan grande que creo que podríairme flotando.

Respiro con dificultad.

Una garganta se aclara.

—Sí, vale, siento interrumpir —dice Warner, dando un paso adelante—. Pero Juliette, tengo queirme. ¿Seguro que quieres quedarte aquí?

Me quedo paralizada.

—¡VETE! —grita Adam—. ¡Fuera de mi casa!, pedazo de cabrón. Y no vuelvas más.

—Bueno —dice Warner, inclinando la cabeza hacia mí—. Olvídalo. Parece que no tienes otra opción. —Me tiende la mano—. ¿Qué me dices?

—No te la vas a llevar a ninguna parte. —Adam se vuelve contra él—. No se irá contigo, ni va a aliarse contigo. Y ahora, piérdete.

—Adam. BASTA. —Parezco más enfadada de lo que pretendía, pero ya no puedo más—. No necesito tu permiso. No voy a vivir así. No voy a seguir escondiéndome. No hace falta que vengas conmigo... ni que lo entiendas —le digo—. Pero, si me quisieras, no te interpondrías en mi camino.

Warner sonríe y Adam se da cuenta de ello.

—¿Hay algo que quieras decir? —Adam se enfrenta a él.

—No, por Dios —dice Warner—. Juliette no necesita que la ayude. Y puede que aún no te hayas dado cuenta, pero es obvio que has perdido la batalla, Kent.

Adam estalla.

Se mueve hacia delante, con el puño listo para dar un golpe. Todo sucede tan rápido, que solo tengo tiempo de soltar un grito ahogado antes de escuchar un chasquido seco.

Adam tiene el puño inmovilizado a solo unos centímetros de la cara de Warner. Atrapado en la mano de este.

Adam se queda estupefacto, le tiembla todo el cuerpo de la energía que no ha podido usar. Warner apoya la cara contra su hermano y se acerca para susurrarle.

—En realidad no quieres pelearte conmigo, idiota —y le suelta la mano con tanta fuerza que Adam vuela hacia atrás y se recupera justo antes de darse contra el suelo.

Se levanta y corre por la sala todavía más enfadado.

Kenji lo detiene.

Adam le grita que lo suelte, que deje de entrometerse, y Kenji lo arrastra por la sala en contra de su voluntad. Se las arregla de alguna forma para abrir

la puerta principal y empuja a Adam hacia fuera con él.  
La puerta se cierra de golpe tras ellos.

## VEINTICUATRO

James es el primero que me viene a la cabeza.

Me doy la vuelta, buscándolo, con la esperanza de que esté bien y veo que Lily ya ha tenido la precaución de llevarlo a su habitación.

Todos los demás me están mirando.

—¿Qué diantres ha sido eso? —Ian es el primero en romper el silencio.

Él, Brendan y Winston me miran boquiabiertos. Alia está de pie a un lado, con los brazos alrededor del cuerpo. Castle debe de seguir en la ducha.

Me estremezco cuando alguien me toca el hombro. Warner.

Se inclina hacia mi oído y me habla bajito para que solo yo pueda escucharlo.

—Se está haciendo tarde, querida, y de verdad que tengo que volver a la base. —Una pausa—. Y siento seguir preguntando, pero, ¿estás segura de que quieres quedarte aquí?

Alzo la vista para mirarlo a los ojos y asiento.

—Tengo que hablar con Kenji —le digo—. Ya no sé cómo se sienten los demás, pero no quiero hacer esto sin Kenji —vacilo—. Es decir, podría si tuviera que hacerlo, pero no quiero.

Warner asiente. Mira hacia un punto por detrás de mi cabeza.

—Está bien. —Frunce ligeramente el ceño—. Espero que algún día me cuentes qué es lo que encuentras tan interesante en él.

—¿En quién? ¿En Kenji?

Asiente otra vez.

—Bueno —le digo, pestañeando sorprendida—. Es mi mejor amigo.

Warner me mira enarcando una ceja y yo le devuelvo la mirada.

—¿Es un problema?

Se queda observándose las manos y *mueve la cabeza*.

—No, claro que no —dice en voz baja. Se aclara la garganta—. Entonces... ¿vuelvo mañana? A las mil trescientas. —¿Mil trescientas horas? ¿A contar desde ahora? Warner se ríe y Alza la vista.

—A la una del mediodía.

—Vale.

Luego me mira a los ojos. Sonríe durante un momento demasiado largo, se da la vuelta y camina hacia la puerta sin decir palabra a nadie.

Ian me mira boquiabierto. De nuevo.

—Estoy... a ver, estoy muy confuso —dice Brendan, pestañeando—. ¿Qué es lo que acaba de pasar? ¿Te estaba sonriendo? ¿Te sonreía de verdad?

—Parecía como si estuviera enamorado de ti —dice Winston, frunciendo el ceño—. Pero seguramente es debido a que tengo la cabeza mal, ¿no?

Intento mirar hacia la pared con todas mis fuerzas.

Kenji abre la puerta de golpe y entra. Solo.

—Tú —dice, señalándome, con los ojos entrecerrados—. Ven aquí cagando leches. Tú y yo tenemos que hablar.

## VEINTICINCO

Me acerco hacia la puerta arrastrando los pies y Kenji me coge del brazo para llevarme fuera. Se da vuelta y comienza a gritar.

—Vosotros, a preparar la cena —les ordena a todos los demás, justo antes de que nos vayamos.

Estamos en el descansillo que hay justo fuera de la casa de Adam y, por primera vez, me doy cuenta de que hay más escaleras hacia arriba. Hacia alguna parte.

—Vamos, princesa —dice Kenji—. Sígueme.

Y subimos.

Cuatro, cinco tramos de escaleras. Tal vez ocho. O cincuenta. No tengo ni idea. Solo sé que cuando llegamos arriba estoy sin aliento y avergonzada por estarlo.

Cuando por fin vuelvo a ser capaz de respirar como una persona, echo un vistazo a mi alrededor.

Increíble.

Estamos en el tejado, fuera, donde todo es negro como el carbón excepto las estrellas y el trocito de luna que alguien ha colgado del cielo. A veces me pregunto si los planetas siguen ahí arriba, alineados, intentando llevarse bien después de tanto tiempo. Quizás deberíamos aprender algunas cosas de ellos.

El viento nos rodea y me viene un escalofrío mientras mi cuerpo se adapta a la temperatura.

—Ven aquí —me llama Kenji. Señala la cornisa del tejado y se sienta en el borde, balanceando las piernas sobre lo que podría ser su muerte más rápida—. No te preocupes —dice d ver mi cara—. No pasa nada. Me siento aquí a menudo.

Catando por fin estoy sentado junto a él, me atrevo a mirar hacia abajo. Mis pies cuelgan de la parte más alta del mundo.

Kenji me pasa un brazo por los hombros y me frota para mantenerme caliente.

—A ver —empieza—. ¿Cuándo será el gran día? ¿Ya tienes fecha?



—¿Qué dices? —Me sobresalto—. ¿Para qué?

—Para que dejes de ser una tonta del bote —dice, lanzándome una mirada penetrante.

—¡Ah! —Me siento avergonzada. Pego una patada al aire—. Bueno, seguramente eso no vaya a ocurrir nunca.

—Sí, creo que tienes razón.

—Cállate.

—¿Sabes? —dice— no sé dónde está Adam.

Me pongo tensa y me enderezo.

—¿Está bien?

—Seguro que sí —dice Kenji con un suspiro de resignación—. Solo está súper cabreado. Y herido. Y avergonzado. Y todo eso.

Bajo la mirada de nuevo. Su brazo cuelga alrededor de mi cuello y me arrima más a él, pegándose a su lado. Apoyo la cabeza sobre su pecho.

Momentos, minutos y recuerdos pasan y desaparecen delante de nosotros.

—Yo pensaba que ibais en serio —me dice finalmente.

—Sí —le susurro—. Yo también.

Unos cuantos segundos saltan desde el tejado.

—Soy una persona horrible —le digo, en voz muy baja.

—Bueno, sí. —Kenji suspira.

Gimo. Apoyo la cabeza entre las manos. Kenji suspira de nuevo.

—No te preocupes, Kent también ha sido un imbécil. —Respira profundamente—. Pero, joder, princesa. —Kenji me mira, mueve la cabeza un poquito, vuelve a mirar a la no che—. ¿En serio? ¿Warner?

Miro hacia arriba.

—¿Pero qué dices?

Kenji levanta una ceja.

—Sé con certeza que no eres tonta, así que no actúes como si lo fueras, hazme el favor.

Pongo los ojos en blanco.

—No quiero volver a tener esta conversación, en serio.

—Me da igual si no quieres tener esta conversación. Tienes que hablar de esto. No puedes colarte por un tío como Warner sin decirme por qué. Tengo que asegurarme de que no te haya puesto un chip en la cabeza o algo parecido.

Me quedo callada casi un minuto.

—No estoy enamorada de Warner —digo en voz baja.

—Seguro.

—Que no —insisto—. Pero... no sé. —Suspiro—. No sé lo que me está pasando.

—Se les llama hormonas.

Le lanzo una mirada asesina.

—Lo digo en serio.

Yo también. —Inclina la cabeza hacia mí—. Lo dice la biología. Es ciencia. Quizás tus partes femeninas están científicamente confundidas.

—¿Mis partes femeninas?

—Oh, lo siento. —Kenji finge sentirse ofendido—. ¿Pretendes que utilice la terminología anatómica debida? Porque a mí no me asustan tus partes bajas.

—No, gracias. —Consigo reírme un poco, pero mi triste intento se disuelve en un suspiro.

Dios, todo está cambiando.

—Es que él es tan... distinto —me oigo decir—. Warner... no es como vosotros creéis. Es dulce y amable. Y su padre se porta fatal con él. No te lo puedes imaginar —digo bajando la voz paulatinamente, pensando en las cicatrices que vi en su espalda—. Y, por encima de todo... No lo sé —le digo, limando hacia la oscuridad—. Él cree en mí de verdad —miro a Kenji—. ¿Ha sonado estúpido?

Kenji me lanza una mirada incierta.

—Adam también cree en ti.

Si —le digo, mirando hacia la oscuridad—. Supongo.

¿Qué quieres decir con que lo supones? El pobre se dice que tú inventaste el aire.

Casi sonrío.

—No sé qué versión de mí le gusta Adam. No soy la misma persona que cuando íbamos a la escuela. Ya no soy esa chica. Creo que él quiere eso —digo, mirando a Kenji—. Creo que él quiere hacer ver que soy la chica que no dice nada y que se pasa la mayor parte del tiempo asustada. El tipo de chica que tiene que proteger y cuidar todo el tiempo. No sé si le gusta lo que soy ahora. No sé si puede con eso.

—Así que en cuanto abriste la boca le destrozaste todos sus sueños, ¿eh?

—Voy a tirarte del tejado.

—Sí, ya veo lo que a Adam no le gusta de ti.

Pongo los ojos en blanco.

Kenji se ríe. Se inclina hacia atrás y tira de mí hacia él. Ahora tenemos hormigón bajo la cabeza y el cielo nos envuelve. Es como si me hubieran

tirado dentro de un bote de tinta.

—Bueno, en realidad tiene mucho sentido —dice Kenji finalmente.

—¿El qué?

—No sé, o sea... prácticamente llevas toda la vida encerrada, ¿no? No es que te pasaras la vida toqueteando a un montón de tíos.

—A ver. Adam fue el primer chico que fue... amable contigo. Joder, seguramente fue la primera persona del mundo que fue amable contigo. Y puede tocarte. Y además, ya sabes, no es un cardo precisamente —se detiene—. No te culpo, en serio. Es difícil estar solo. A veces todos estamos un poco desesperados.

—Vale —le digo lentamente.

—Solo digo —dice Kenji— que supongo que es lógico que te enamoraras de él. Como por defecto. Porque si no era de él, ¿de quién iba a ser? Tus alternativas eran muy limitadas.

—Ah —le digo, en voz baja—. Vale. Por defecto. —Trato de reírme sin éxito, tragando con fuerza para combatir la emoción que tengo atrapada en la garganta—. A veces ya no estoy segura ni de saber lo que es real.

—¿Qué quieres decir?

Niego con la cabeza.

—No sé —susurro para mis adentros.

Se hace una larga pausa.

—¿Lo quisiste de verdad?

Dudo un momento antes de contestar.

—¿Supongo? No lo sé. —Suspiro—. ¿Es posible querer alguien y después dejar de quererlo? Creo que ya ni siquiera sé lo que es el amor.

Kenji suelta un suspiro al tiempo que se pasa una mano por el pelo.

—Pues una mierda —murmura.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunto, poniéndome de lado para mirarlo.

Se queda mirando al cielo. Pestañea varias veces.

—No.

Pongo los ojos en blanco, decepcionada.

—¡Vaya!

—¡Qué deprimente es todo esto! —dice Kenji.

—Sí.

—Somos la peste.

—Sí.

—A ver, vuélveme a explicar por qué te gusta tanto Warner. ¿Se te despelotó o algo así?

—¿Qué? —digo con la voz entrecortada, alegrándome de que esté todo tan oscuro que no vea cómo me sonrojo—. No —le digo rápidamente—. No, él...

—Vaya, vaya, princesa. —Kenji se ríe, con fuerza—. No tenía ni idea. Le doy un puñetazo en el brazo.

—¡Eh! Tienes que ser buena conmigo —protesta, frotándose la parte dolorida—. ¡Que soy más débil que tú!

—¿Sabes qué? Ahora ya más o menos lo controlo —le digo, mirando al cielo—. Sé moderar mis niveles de fuerza.

—Qué bien. Te compraré un globo cuando el mundo deje de cagarse en sí mismo.

—Gracias —digo, complacida—. Eres un buen maestro.

—Soy bueno en todo —señala.

—Y humilde también.

—Y realmente guapo.

Me ahogo en una carcajada.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —dice Kenji. Se mueve, se pone las manos detrás de la cabeza—. ¿Por qué le gusta tanto el niño rico?

Respiro tensa mientras intento concentrarme en la estrella más brillante del cielo.

—Me gusta cómo me siento conmigo misma cuando estoy con él —le digo en voz baja—. Warner cree que soy fuerte, inteligente y válida, y valora mi opinión. Me hace sentir igual a él... como si pudiera lograr las mismas cosas que él, incluso más. Y aunque haga algo increíble no se sorprende. Se lo espera. No me trata como si fuera una niña frágil que necesita que la protejan todo el tiempo.

Kenji resopla.

—Porque tú no eres frágil —dice Kenji—. En todo caso, todo el mundo necesita protegerse de ti. Eres como una bestia parda —añade—: Quiero decir, bueno, como una bestia adorable. Una pequeña bestia que rompe cosas en mil pedazos y parte la tierra y absorbe la vida de las personas.

—¡Qué bonito!

—Para servirla.

—Ya veo.

—¿Y eso es todo? —dice Kenji—. Solo te gusta por su personalidad, ¿no?

—¿Qué?

—Que todo esto —dice Kenji, agitando una mano en el aire— no tiene nada que ver con que se ponga sexy ni con que pueda tocarte cuando quiera, ¿no?

—¿Crees que Warner es sexy?

—Yo no he dicho eso.

Me río.

—Me gusta cómo es.

—¿Y el toqueteo?

—¿Qué toqueteo?

Kenji me mira con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

—Yo no soy Adam, ¿vale? No puedes mentirme con tu carita inocente. Me dices que este tío puede tocarte, que le gustas, y a ti claramente te gusta, y ayer pasaste la noche en su cama, y luego os interrumpo en una puta alacena... No, espera, no es una alacena... es la habitación de un niño... ¿Y me dices que no ha habido toqueteo? —Me mira fijamente—. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—No —le susurro, con la cara ardiendo.

—Escucha, solo intento decir que estás creciendo muy deprisa. Te estás entusiasmando por poder tocar a un tío por primera vez y solo quiero estar seguro de que tomas precauciones.

—Deja de ser tan repugnante.

—¡Eh! Que solo me preocupo por tu...

—Kenji.

—Dime.

Respiro profundamente. Intento contar las estrellas.

—¿Qué voy a hacer?

—¿Con qué?

Vacilo.

—Con todo.

Kenji hace un sonido extraño.

—Ni puta idea.

—No quiero hacerlo sin ti —le susurro.

Se inclina hacia atrás.

—¿Quién te ha dicho que vayas a hacer nada sin mí?

Mi corazón se salta un par de latidos. Lo miro fijamente.

—¿Qué? —me pregunta. Levanta las cejas—. ¿Te sorprende?

—¿Vas a luchar conmigo? —le pregunto, casi sin respiración—. ¿Resistirás conmigo? ¿Aunque sea con Warner?

Kenji sonríe. Mira al cielo.

—Claro que sí —dice.

—¿De verdad?

—Para eso estoy, niña. Para eso están los amigos.

## VEINTISÉIS

Al regresar a la casa, Castle está en la esquina más alejada, hablando con Winston.

Kenji se queda paralizado en la puerta. Se me había olvidado que Kenji aún no había visto a Castle en pie y noto un verdadero dolor al mirarlo. Soy una amiga terrible. Todo lo que hago es volcar mis problemas en él, sin pensar en preguntarle sobre los suyos. ¡Deben de pasarle tantas cosas por la cabeza...!

Kenji avanza aturdido por la habitación, sin detenerse hasta llegar a Castle. Le pone una mano en el hombro. Castle se gira y todos se detienen a mirar.

Castle sonríe. Inclina la cabeza, una sola vez.

Kenji le da un fuerte a brazo que dura unos segundos antes de volver a separarse. Los dos se miran el uno al otro como si se reconocieran en silencio. Castle apoya una mano en el brazo de Kenji.

Kenji sonríe.

Y luego se da vuelta y me sonríe, y de repente me siento muy feliz, aliviada y emocionada, y muy contenta de que esta noche Kenji pueda dormir con el corazón más aliviado. Siento como si pudiera estallar de felicidad.

La puerta se abre de golpe. Me doy la vuelta.

Adam entra.

Me siento abatida.

Adam ni siquiera me mira al andar.

—James —dice, cruzando la habitación—. Vamos, chico. Es hora de ir a la cama.

James asiente y entra pitando en su habitación. Adam lo sigue. La puerta se cierra tras ellos.

—Ya está en casa —dice Castle. Parece aliviado.

Por un momento, nadie dice nada.

—Bueno, nosotros también deberíamos irnos a la cama dice Kenji, mirando a su alrededor. Se acerca a la esquina, coge un montón de mantas y

las reparte.

—¿Todo el mundo duerme en el suelo? —pregunto.

Kenji asiente.

—Sí —dice—. Warner tenía razón. Realmente es como una fiesta de pijamas.

Trato de reírme, pero no lo consigo.

Todo el mundo se ocupa de disponer mantas por el suelo. Winston, Brendan e Ian se apoderan de un lado de la habitación. Alia y Lily, del otro. Castle duerme en el sofá.

Kenji señala el centro.

—Tú y yo vamos ahí.

—¡Qué romántico!

—Ya te gustaría.

—¿Dónde duerme Adam? —pregunto, bajando la voz.

Kenji se detiene justo antes de tirar una manta. Alza la vista.

—Kent no va a volver a salir —me dice—. Duerme con James. El pobre chaval tiene pesadillas horribles todas las noches.

—Vaya —digo, sorprendida y avergonzada por no acordarme de esto—. Es verdad. Claro. Kenji también debe de iberio de primera mano. Compartían habitación en el Punió Omega.

Winston le da a un interruptor. Las luces se apagan. Se oye un rumor de mantas.

—Si oigo hablar a alguien —dice Winston—, me encarga re de enviar personalmente a Brendan para que os dé una patada en la cara.

—No voy a pegar a nadie en la cara.

—Pégate a ti mismo, Brendan.

—No sé ni por qué somos amigos.

—Por favor, callad —grita Lily desde su rincón.

—Ya habéis oído a la señorita —dice Winston—. Que todo el mundo se calle.

—Eres tú quien habla, gilipollas —dice Ian.

—Brendan, pégale una patada en la cara, por favor.

—Cállate, tío, no voy a pegar a na...

—Buenas noches —dice Castle.

Todo el mundo deja de respirar.

—Buenas noches, señor —susurra Kenji.

Me doy la vuelta para estar cara a cara con Kenji. Él me sonríe en la oscuridad. Yo también le sonrío.



—Buenas noches —artículo.  
Él me guiña un ojo. Los míos se cierran.

## VEINTISIETE

Adam me ignora.

No ha dicho ni una palabra sobre lo de ayer; ni muestra una pizca de enfado o frustración. Habla con todo el mundo, se ríe con James, ayuda a preparar el desayuno. Y también hace ver que no existo.

Intenté darle los buenos días, pero él fingió que no me oía. O tal vez no me oyó de verdad. Quizás haya conseguido entrenar su cerebro para que no me vuelva a escuchar ni a ver.

Siento como si me estuvieran dando puñetazos en el corazón sin parar.

—¿Y entonces qué hacéis durante el día? —pregunto, datando desesperadamente de dar conversación. Estamos todos sentados en el suelo, tomando tazones de muesli. Nos liemos despertado tarde, hemos desayunado tarde. Todavía nadie se ha molestado en guardar las mantas y se supone que Warner llegará en una hora.

—Nada —dice Ian.

—Principalmente intentamos no morir —interviene Winston.

—Es un coñazo —añade Lily.

—¿Por qué? —pregunta Kenji—. ¿Tienes algo en mente?

—Bueno —le digo—. No, yo solo... —Vacilo—. Bueno, Warner llegará en una hora, así que no estaba segura de si...

Algo se rompe en la cocina. Un tazón. En el fregadero. Vuelan cubiertos por todas partes.

Adam entra en la sala de estar.

Sus ojos.

—Él no va a volver. —Estas son las primeras cinco palabras que Adam me dirige.

—Pero yo se lo dije —trato de decir—. Él va a...

—Esta es mi casa —dice, con ojos brillantes—. No voy a dejar que entre.

Miro fijamente a Adam, con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Nunca pensé que podría mirarme como si me odiara. Como si me odiara de verdad.

—Kent, tío —oigo decir a Kenji.

—NO.

—Vamos tío, no tiene porqué ser...

—Si tantas ganas tiene de verlo —me dice Adam—, puede pirarse de mi casa. Pero él no va a volver aquí. Nunca.

Pestañeo. Esto no está pasando.

—¿Y adonde se supone que iría? —le dice Kenji—. ¿Quieres que se quede tirada en la calle? ¿Para que alguien pueda informar de ello y que la maten? ¿Te has vuelto loco?

—Me importa una mierda —grita Adam—. Puede irse adonde le venga en gana. —Se vuelve a girar hacia mí—. ¿Quiere estar con él? —Señala a la puerta—. Vete. Muérete.

El hielo me carcome el cuerpo. Ando a trompicones. Mis piernas son inestables. Asiento y, no sé por qué, pero creo que no puedo parar. Camino hacia la puerta.

—Juliette...

Me doy la vuelta, aunque sea Kenji quien me llame, no Adam.

—Tú no vas a ninguna parte —me dice Kenji—. No te muevas. Esto no tiene sentido.

Esto está fuera de control. Ya no es solo una pelea. Los ojos de Adam muestran un odio puro y absoluto, y yo estoy tan cegada ante este hecho... Me ha pillado tan desprevenida que no sé cómo reaccionar. Nunca habría imaginado algo así. Nunca hubiese pensado que las cosas se pondrían así.

El verdadero Adam no me echaría así de su casa. Ni me hablaría de esta forma. No el Adam que conozco. El que creía que conocía.

—Kent —repite Kenji—, tienes que calmarte. No hay nada entre ella y Warner, ¿vale? Ella solo intenta hacer lo que cree que es correcto.

—¡Y una mierda! — explota Adam—. Eso es mentira y lo sabes, y eres un gilipollas si lo niegas. Ella me ha estado mintiendo todo este tiempo, joder.

—Ni siquiera estáis juntos, tío, no puedes pedirle nada.

—¡Nunca lo dejamos! —grita Adam.

—Claro que sí —replica Kenji—. Toda la gente del Punto Omega oyó tu puto discurso melodramático en los pasillos, todos sabemos que cortasteis. Deja de negarlo.

—Eso no contó como ruptura —dice Adam, con voz áspera—. Todavía nos queríamos.

—Vale, ¿sabes una cosa? Paso. Me da igual. —Kenji agita las manos y pone los ojos en blanco—. Pero ahora estamos en medio de una guerra. Por el

amor de Dios, hace unos días le dispararon en el pecho y por poco se muere. ¿No crees que, quizás, ella realmente intenta hacer algo que implique a alguien más que solo a vosotros dos? Warner está pirado, pero puede ayudarnos.

—Mira a ese psicópata como si estuviera enamorada de el —vocifera Adam—. ¿Crees que no sé lo que significan esas miradas? ¿Crees que no soy capaz de darme cuenta? Ella antes me miraba así. La conozco... la conozco perfectamente.

—Tal vez no.

—¡Deja de defenderla!

—No tienes ni idea de lo que dices —le dice Kenji—. Hablas como si se te hubiera ido la cabeza.

—Yo era más feliz —dice Adam— cuando pensaba que había muerto.

—No sabes lo que dices. No digas esas cosas, tío. Cuando dices cosas así ya no puedes retirarlo.

—Oh, lo digo en serio —confirma Adam—. Muy en serio. —Finalmente me mira. Con los puños apretados. Los ojos le brillan de ira, angustia y sufrimiento—. Cuando creía que estabas muerta me sentía mucho mejor. Me dolía mucho menos que esto.

Las paredes se están moviendo. Veo manchas, pestañeo ante la nada.

Esto no está pasando, sigo diciéndome a mí misma. Solo es una horrible pesadilla y, cuando me despierte, Adam volverá a ser gentil, amable y maravilloso. Porque él no es así de cruel. Conmigo no. Conmigo nunca.

—Tú, de entre todas las personas —me dice Adam. Parece muy disgustado—. Yo confiaba en ti y te conté cosas que no debería haberte contado nunca. Y ahora vas a complicarte la vida para tirármelo todo a la cara. No puedo creer que me hagas esto. Que te hayas enamorado de él. ¿Pero qué cojones te pasa? —exige, alzando el tono de voz—. Tienes que estar muy mal de la cabeza, ¿no?

Tengo miedo de hablar, de mover los labios.

Tengo tanto miedo que, si me muevo un centímetro, mi cuerpo se partirá en dos y todos verán que mis entrañas están hechas de todas las lágrimas que me estoy tragando.

Adam niega con la cabeza. Se ríe tristemente.

—Ni siquiera puedes negarlo —dice—. Es increíble.

—Déjala, Kent —salta Kenji de repente, con una voz letalmente brusca—. Hablo en serio.

—Esto no es asunto tuyo.

—Estás siendo un gilipollas.

—¿Te crees que me importa una mierda lo que pienses? —Adam se enfrenta a él—. Esta no es tu batalla, Kenji. Que ella sea tan cobarde que no se atreva a decir nada no significa que tengas que defenderla.

Me siento como si hubiera salido de mí misma. Como si mi cuerpo se hubiese caído al suelo y yo siguiera mirando, observando cómo Adam se transforma en un ser humano completamente diferente. Cada palabra, cada insulto que me lanza parece que me fracture los huesos. Muy pronto no voy a ser más que sangre y un corazón que late.

—Me voy —dice Adam—. Me voy, y cuando vuelva quiero que ella no esté.

No llores, me repito a mí misma. No llores. Esto no es real.

—Tú y yo —me dice Adam, con una voz muy áspera y enfadada— hemos terminado. Se acabó —grita—. No quiero volver a verte. En ninguna parte del mundo y menos en mi propia casa, joder. —Me mira fijamente, jadeando—. Así que lárgate. Vete antes de que vuelva.

Cruza la habitación ofendido, coge un abrigo y abre la puerta bruscamente. Las paredes tiemblan cuando cierra de un portazo.

## VEINTIOCHO

Estoy parada en medio de la habitación, mirando a la nada.

De repente me muero de frío. Me tiemblan las manos. O quizás sean los huesos. Quizás me tiemblen los huesos por el frío repentino. Me muevo mecánicamente, muy lentamente, aún confusa. Me parece que alguien me está diciendo algo, pero estoy demasiado concentrada en buscar mi abrigo porque tengo un frío terrible. Aquí hace mucho frío. Necesito mi chaqueta. Y quizás los guantes. No puedo parar de temblar.

Me pongo el abrigo y meto las manos en los bolsillos. Noto como si alguien me estuviera hablando, pero no puedo oír nada a través de esta confusión que me nubla los sentidos. Aprieto los puños y mis dedos manosean un trozo de plástico.

El localizador. Casi se me había olvidado.

Lo saco del bolsillo. Es un objeto diminuto: un rectángulo negro y delgado con un botón a lo largo de este. Lo aprieto sin pensar. Le doy sin parar, porque esto me tranquiliza. De alguna forma, me calma. *Clic, clic. Me gusta este movimiento repetitivo. Clic. Clic, clic. No sé qué más hacer.*

*Clic.*

Unas manos se posan sobre mis hombros.

Me doy la vuelta. Castle está justo detrás de mí, mirándome con preocupación.

—No se va a ir a ninguna parte —me dice—. Lo arreglaremos. No se preocupe.

—No. —Mi lengua se ha convertido en polvo. Se me han caído los dientes a pedazos—. Tengo que irme.

No puedo dejar de pulsar el botón del localizador.

*Clic.*

*Clic clic.*

—Venga, siéntese —me dice Castle—. Adam está enfadado, pero se le pasará. Estoy seguro de que no quería decir lo que dijo.

—Yo creo que sí —interrumpe Ian.

Castle le clava una mirada penetrante.

—No puedes irte —interviene Winston—. Pensaba que íbamos a dar por culo juntos. Lo prometiste.

—Sí —manifiesta Lily, tratando de parecer optimista. Pero mira con recelo, con miedo o preocupación, y me doy cuenta de que tiene miedo por mí.

No de mí.

Por mí.

Es una sensación muy rara.

*Clic clic clic.*

*Clic clic.*

—Si te vas —dice, tratando de sonreír— vamos a tener que vivir así para siempre. Y yo no quiero vivir con un grupo de tíos malolientes el resto de mi vida.

*Clic.*

*Clic clic.*

—No te vayas —dice James. Parece muy triste. Muy serio—. Siento que Adam se haya portado mal contigo, pero no quiero que mueras —dice—. Yo no desearía que estuvieras muerta. Te juro que no.

James. El dulce de James. Sus ojos me rompen el corazón.

—No puedo quedarme. —Mi voz me parece extraña. Entrecortada—. Él realmente quería decir lo que dijo.

—Si te vas nos quedaremos muy tristes —me interrumpe Brendan—. Y estoy de acuerdo con Lily. Yo no quiero vivir así durante mucho más tiempo.

—¿Pero cómo...?

La puerta principal se abre de golpe.

—JULIETTE... Juliette...

Me doy la vuelta.

Warner está ahí, con la cara enrojecida, el pecho agitado, mirándome como si fuera un fantasma. Cruza la habitación antes de que pueda responder algo y me coge la cara entre las manos, buscándome con los ojos.

—¿Estás bien? —dice—. Dios mío, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Ha llegado.

Está aquí y yo solo quiero venirme abajo, pero no lo hago. No lo haré.

—Gracias —consigo decirle—. Gracias por venir.

Me envuelve en sus brazos, sin preocuparse por los siete pares de ojos que nos miran. Me coge con un brazo alrededor de la cintura y el otro detrás de mi

cabeza. Escondó la cara en su pecho y su calidez me resulta extrañamente reconfortante. Me acaricia la espalda arriba y abajo e inclina la cabeza hacia la mía.

—¿Qué pasa, querida? —susurra—. ¿Qué ha pasado? explícamelo, por favor...

Pestaño.

—¿Quieres que nos vayamos?

No contesto.

Ya no sé ni lo que quiero ni lo que tengo que hacer. Todos me piden que me quede, pero esta no es su casa. Es la de Adam y está claro que ahora me odia. Pero tampoco quiero dejar a mis amigos. No quiero dejar a Kenji.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta Warner.

—No —le digo demasiado rápido—. No.

Warner se inclina hacia atrás un poquito.

—Dime lo que quieres —dice desesperadamente—. Dime qué quieres que haga y lo haré.

—Esta es, de lejos, la basura más grande que he visto en la vida —dice Kenji—. Nunca me lo hubiese imaginado. Ni con un millón de años.

—Es como una telenovela. —Ian asiente—. Pero con actores malos.

—Yo creo que es adorable —dice Winston.

Me echo hacia atrás, dándome la vuelta. Todos nos están mirando. Winston es el único que sonríe.

—¿Qué pasa aquí? —les pregunta Warner—. ¿Por qué parece como si estuviera a punto de llorar?

Nadie contesta.

—¿Dónde está Kent? —pide Warner, entrecerrando los ojos al leer sus rostros—. ¿Qué le ha hecho?

—Está fuera —dice Lily—. Se acaba de ir.

Los ojos de Warner se oscurecen al procesar la información. Se gira hacia mí.

—Por favor, dime que no quieres quedarte aquí.

Dejo caer la cabeza entre las manos.

—Todos quieren colaborar... en la lucha, excepto Adam. Pero no pueden irse. Y yo no quiero dejarlos aquí.

Warner suspira y cierra los ojos.

—Entonces quédate —dice suavemente—. Si es lo que quieres, quédate. Puedo venir a verte siempre que quieras.

—No puedo —le digo—. Tengo que irme. No me dejan que vuelva.



—¿Qué? —Ira. En sus ojos—. ¿Qué quieres decir con que no te dejan?

—Adam no quiere que me quede aquí. Tengo que irme antes de que vuelva.

Warner aprieta la mandíbula. Me mira fijamente tanto rato que parece que haya pasado un siglo. Casi puedo verlo pensar, con la mente trabajando a un ritmo imparable, para encontrar una solución.

—Está bien —dice finalmente—. Está bien. —Exhala—. Kishimoto —dice de repente, sin perder el contacto visual conmigo.

—Presente, señor.

Warner intenta no poner los ojos en blanco al girarse hacia Kenji.

—Instalaré a vuestro grupo en mis salas de entrenamiento privadas de la base. Necesitaré un día para planificar todos los detalles, pero me aseguraré de que se te concede un fácil acceso y autorización para entrar en el recinto al llegar. Harás que tu equipo se haga invisible y me seguirás. Podréis quedaros ahí hasta que estemos listos para proceder con la primera parte del plan. —Se detiene—. ¿Os resulta conveniente?

Kenji parece disgustado.

—Pues no.

—¿Por qué no?

—¿Vas a encerrarnos en tus «salas de entrenamiento privadas»? —dice Kenji, haciendo comillas en el aire con los dedos—. ¿Por qué no nos dices simplemente que vas a meternos en una jaula y a matarnos lentamente? ¿Crees que soy idiota? ¿Qué razón tendría yo para creerme esa tontería?

—Me aseguraré de que estáis bien alimentados —dice Warner a modo de respuesta—. Vuestro alojamiento será sencillo, pero no más que este —dice, señalando la habitación—. Este plan nos proporcionará muchas oportunidades de vernos y de estructurar nuestros próximos movimientos. Ya debes saber que estás poniendo a todo el mundo en peligro al permanecer en territorio no regulado. Tanto tú como tus amigos estaréis más seguros conmigo.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? —pregunta Ian—. ¿Por qué ibas a ayudarnos, a darnos de comer y a mantenernos con vida? No tiene sentido.

—No tiene por qué tener sentido.

—Por supuesto que sí —replica Lily. Su mirada es dura, furiosa—. No vamos a ir a una base militar para que nos maten —grita—. Podría ser una trampa.

—Bien —dice Warner.

—Bien, ¿qué? —le pregunta Lily.

—No vengáis.

—¡Vaya! —Lily pestañea.

Warner se gira hacia Kenji.

—¿Entonces declináis mi oferta oficialmente?

—Sí, no gracias —dice Kenji.

Warner asiente y me mira.

—Deberíamos ir tirando, ¿no?

—Pero... no... —Me está entrando el pánico, voy pasando mi mirada de Warner a Kenji y viceversa—. *No puedo irme así... No puedo no volver a verlos.*

Me giro hacia Kenji.

—¿Te vas a quedar aquí? —le pregunto—. ¿Y no te volveré a ver?

—Puedes quedarte aquí con nosotros. —Kenji se cruza de brazos—. No tienes por qué irte.

—Ya sabes que no puedo quedarme —le digo, enfadada herida—. Sabes que Adam era perfectamente consciente de lo que decía. Se volverá loco si vuelve y *sigo aquí*.

—¿Entonces te vas a ir? —dice Kenji bruscamente—. ¿Vas a alejarte de todos nosotros —señala a todo el mundo— porque Adam haya decidido ser un gilipollas? ¿Vas a cambiarnos a todos por Warner?

—Kenji... no estoy... ¡No tengo donde vivir! ¿Qué se supone que debo...?

—Quedarte.

—Adam me va a echar.

—No, no lo hará —dice Kenji—. No le dejaremos.

—No voy a obligarle. No voy a suplicarle. Déjame tener un poco de dignidad como mínimo.

Kenji lanza los brazos al aire en señal de frustración.

—¡Esto que dices no son más que tonterías!

—Venid conmigo —le digo—. Por favor... quiero que estemos juntos.

—No podemos —me responde—. No podemos correr ese riesgo, Jul. No sé lo que hay entre vosotros —dice, señalándonos—. Quizás sí que sea diferente contigo, no lo sé, da igual, pero no puedo poner todas nuestras vidas en riesgo basándome en sentimientos y en una suposición. Quizás sí que se preocupa por ti, pero el resto le importamos una mierda. —Mira a Warner—. ¿No es cierto?

—¿El qué? —pregunta Warner.

—¿Te importamos mucho? ¿Te importa nuestra supervivencia, nuestro bienestar?

—No.

Kenji casi se ríe.

—Bueno, al menos eres honesto.

—Pero mi oferta sigue en pie. Y serás un imbécil si la rechazas —dice Warner—. Vais a morir todos aquí y tú lo sabes mejor que yo.

—Probaremos suerte.

—No —digo con la voz entrecortada—. Kenji...

—Todo irá bien —me dice. Tiene la frente arrugada y los ojos serios—. Seguro que encontraremos la forma de vernos algún día. Haz lo que tengas que hacer.

—No —trato de decir.

Intento respirar. Los pulmones se me hinchán, el corazón me va tan deprisa que el latido me llega a los oídos. Siento calor y frío, demasiado calor y demasiado frío, y solo puedo pensar en que no, esto no tenía que ser así, no tenía que derrumbarse todo, otra vez no, otra vez no...

Warner me coge de los brazos.

—Por favor —me dice con voz insistente e histérica—. Por favor, no hagas eso querida, no hagas eso.

—¡Maldita sea, Kenji! —estallo, apartándome de Warner—. Por favor, por el amor de Dios, no seas tonto. Tienes que venir conmigo. Te necesito.

—Necesito algún tipo de garantía, Jul. —Kenji se pasea con las manos sobre la cabeza—. No puedo confiar en que todo irá bien sin más.

Me encaro a Warner, jadeando, con los puños apretados.

—Dales lo que quieren. Me da igual lo que sea —le digo—. Por favor, tienes que negociar. Tienes que hacer que esto funcione. Los necesito. Necesito a mis amigos.

Warner me mira durante mucho rato.

—Por favor —le susurro.

Mira hacia otro lado. Me vuelve a mirar.

Finalmente mira a Kenji a los ojos y suspira.

—¿Qué queréis?

—Yo quiero un baño caliente —oigo decir a Winston.

Y entonces él se ríe. Se ríe de verdad.

—Dos de mis hombres están enfermos y heridos —dice Kenji, cambiando de tono. Tiene la voz entrecortada, penetrante. Impasible—. Necesitan medicamentos y atención sanitaria. No queremos que nos monitoricen, ni toque de queda, y queremos poder comer más comida que la del Automat. Necesitamos proteínas: frutas, verduras. Comida de verdad. Queremos acceso

regular a las duchas. Necesitamos ropa nueva. Y queremos ir siempre armados.

Warner está tan quieto a mi lado que casi ni lo oigo respirar. La cabeza me palpita fuerte y el corazón sigue acelerado en mi pecho, pero me he calmado lo suficiente como para poder respirar un poco mejor.

Warner me observa brevemente. Me aguanta la mirada un momento antes de cerrar los ojos. Suelta un suspiro y alza la vista.

—Está bien —dice.

Kenji lo mira.

—Un momento, ¿cómo dices?

—Volveré mañana a las mil cuatrocientas para llevaros a vuestro nuevo alojamiento.

—¡Joder! —Winston pega saltos en el sofá—. ¡Joder, joder, joder!

—¿Tienes tus cosas? —me pregunta.

Asiento.

—Vale —dice—. Vámonos.

## VEINTINUEVE

Warner me coge de la mano.

Solo tengo energías para centrarme en este extraño hecho, mientras me lleva hacia el garaje. Abre la puerta del tanque y me ayuda a subir antes de cerrarla. Él sube por el otro lado.

Enciende el motor.

Ya estamos en la carretera y solo he pestañado seis veces desde que salimos de la casa de Adam.

Sigo sin creerme lo que acaba de ocurrir. No puedo creerme que vayamos a trabajar todos juntos. No puedo creerme que le dijera a Warner qué hacer y que él me escuchara.

Me giro para mirarlo. Es extraño: nunca me he sentido tan segura ni aliviada de estar a su lado. Nunca pensé que pudiera sentirme así con él.

—Gracias —le susurro, sintiéndome tanto agradecida como culpable por todo lo que ha ocurrido.

Por abandonar a Adam. Ahora me doy cuenta de que he tomado una decisión de esas que no se pueden deshacer. Mi corazón todavía se está rompiendo.

—De verdad —repito—. Muchas gracias. Por venir a buscarme. Agradezco...

—Por favor —dice—. Te ruego que pares.

Me quedo inmóvil.

—No puedo soportar que sufras —explica—. Lo noto muchísimo y me estoy volviendo loco. Por favor —me pide—. No estés triste. Ni dolida. Ni te sientas culpable. No has hecho nada malo.

—Lo siento...

—No lo sientas tampoco. Dios, la única razón por la que no voy a matar a Kent por esto es que sé que estarías peor.

—Tienes razón —le digo al cabo de un momento—. Pero no solo a él.

—¿Cómo? —me pregunta—. ¿Qué quieres decir?

—No quiero que mates a nadie —le digo—. No solo Adam.

Warner se ríe de forma picara. Parece aliviado.

—¿Alguna otra condición?

—Pues... no.

—¿Entonces no quieres arreglarme? ¿No tienes una larga lista de cosas en las que tengo que trabajar?

—No. —Miro por la ventana. La vista es muy deprimente y fría. Todo cubierto de hielo y nieve—. No hay nada malo en ti que no esté mal en mí también —le digo en voz baja—. Y si fuera lista, lo primero que haría sería intentar descubrir cómo arreglarme a mí misma.

Ambos permanecemos un rato en silencio. Este pequeño espacio está lleno de tensión.

—¿Aaron? —le digo, sin dejar de ver correr el paisaje.

Oigo que el aire se le atraganta un poco. La duda. Es la primera vez que digo su nombre tan despreocupadamente.

—¿Sí? —dice.

—Quiero que sepas que yo no creo que estés loco.

—¿Cómo? —Se sobresalta.

—Que no creo que estés loco. —El mundo se va desdibujando mientras miro por la ventana—. Ni creo que seas un psicópata. Tampoco creo que seas un monstruo enfermo y retorcido. No creo que seas un asesino despiadado ni que merezcas morir, y no creo que des pena. Ni que seas tonto. Ni un cobarde. No creo que seas nada de lo que la gente ha dicho sobre ti.

Me giro para mirarlo.

Warner está mirando por encima del parabrisas.

—¿No? —Su voz parece tan suave y tan asustada que apenas puedo oírla.

—No —le digo—. No lo creo. Y pensaba que debías saberlo. No intento arreglarte; no creo que lo necesites. No intentó convertirte en otra persona. Solo quiero que seas quien eres en realidad. Porque creo que yo conozco a tu verdadero yo. Creo que lo he visto.

Warner se queda callado, con el pecho agitado.

—No me importa lo que digan los demás sobre ti —le digo—. Yo creo que eres una buena persona.

Warner pestañea rápido. Oigo su respiración, inhalando y exhalando irregularmente.

No dice nada.

—Me... ¿me crees? —digo al cabo de un rato—. ¿Puedes notar si digo la verdad? ¿Qué lo digo en serio?

Warner aprieta las manos en el volante. Tiene los nudillos blancos.

Asiente. Solo una vez.

## TREINTA

Warner aún no me ha dicho una sola palabra.

Ahora estamos en su cuarto, por cortesía de Delalieu, a quien Warner ha despachado rápidamente. Me resulta extraño y a la vez familiar volver a estar aquí, en esta habitación en la que he sentido tanto miedo como comodidad.

Ahora me siento bien en ella.

Esta es la habitación de Warner. Y Warner, para mí, ya no es alguien a quien deba temer.

Durante estos últimos meses, se ha ido transformando ante mis ojos y estos dos últimos días me han revelado muchas cosas que todavía estoy procesando. No puedo negar que ahora me parece alguien distinto.

Siento como si lo entendiera de una forma que jamás había hecho.

Es como un animal aterrorizado y torturado. Una criatura que se ha pasado la vida siendo maltratada y enjaulada. Se vio obligado a tener una vida que no había pedido y nunca se le dio la oportunidad de elegir otra cosa. Y aunque le hayan dado todas las herramientas para matar a una persona, está tan torturado emocionalmente que no puede usarlas contra su propio padre, el hombre que le enseñó a ser un asesino. Porque de alguna increíble e inexplicable manera, aún sigue necesitando que su padre lo quiera.

Y lo comprendo.

De verdad.

—¿Que ha pasado? —me dice Warner finalmente.

Estoy sentada en su cama; él está de pie junto a la puerta, mirando a la pared.

—¿A qué te refieres?

—Con Kent —dice—. Antes. ¿Qué te ha dicho?

—¡Ah! —Me pongo colorada de la vergüenza—. Me ha echado de su casa.

—Pero ¿por qué?

—Se ha puesto como loco —le explico— porque te estaba defendiendo. Porque te había invitado a que volvieras.



—¡Vaya!

Casi puedo oír el latido de nuestros corazones en el silencio que nos rodea.

—Me estabas defendiendo —dice Warner finalmente.

—Sí.

Se queda callado.

Me quedo callada.

—Y por eso te dijo que te fueras —dice Warner—. Porque me estabas defendiendo.

—Sí.

—¿Y ya está?

Se me acelera el corazón. De repente me he puesto nerviosa.

—No.

—¿Ha habido algo más?

—Sí.

Warner pestañea en dirección a la pared. Inmóvil.

—Bueno.

Asiento con la cabeza. Se queda callado.

—Estaba molesto —susurro— porque yo no estaba de acuerdo en que estuvieras loco. Y me estaba acusando —titubeo— de estar enamorada de ti.

Warner exhala bruscamente y toca el marco de la puerta con una mano.

El corazón me late muy fuerte.

Los ojos de Warner están clavados en la pared.

—Y tú le dijiste que era idiota.

Respiro.

—No.

Warner se gira un poco. Veo su perfil, su pecho agitado. Y mirando directamente hacia la puerta y resulta evidente que le está costando un gran esfuerzo hablar.

—Entonces le dijiste que él era el loco. Le dijiste que tenía que estar loco para decir algo así.

—No.

—No —repite.

Intento no moverme. Warner respira con dificultad. Está temblando.

—Entonces, ¿qué le dijiste?

Siete segundos mueren entre nosotros.

—Nada —le susurro.

Warner se queda inmóvil. Yo no respiro. Nadie habla en lo que parece una eternidad.

—Claro —dice finalmente. Se le ve pálido, inseguro—. No dijiste nada. Claro.

—Aaron... —Me pongo de pie.

—Tengo que hacer un montón de cosas antes de mañana —dice—. Sobre todo si tus amigos van a unirse a nosotros en la base. —Las manos le tiemblan durante el segundo que tarda en llegar a la puerta—. Perdóname, pero tengo que irme.

## TREINTA Y UNO

Decido tomar un baño. Es la primera vez que lo hago.

Curioseó por el baño mientras la bañera se llena de agua caliente y descubro pilas y pilas de jabones perfumados. Tollos de diferentes tipos y tamaños. Todas las pastillas están en vueltas en un grueso trozo de pergamino y atadas con una cuerda. Para distinguir un olor de otro, cada paquete lleva una pequeña etiqueta adherida. Cojo uno.

MADRESELVA

Sujeto el jabón y no puedo evitar pensar en lo diferente que era ducharse en el Punto Omega. No teníamos nada tan elegante como esto. Nuestros jabones eran duros, tenían un Olor extraño y eran bastante ineficaces. Kenji solía llevarlos a las sesiones de entrenamiento y rompía algunos trozos para tirármelos cuando no me concentraba.

Este recuerdo me hace sentir inexplicablemente sensible.

Se me hincha el corazón al recordar que mis amigos llegaran mañana. Pasará de verdad. Todos juntos seremos imparables. Lo estoy deseando.

Miro las etiquetas que tengo más de cerca.

*Toques principales de jazmín y matices de uva.*

*Toques suaves de lila, madreselva, rosa y canela.*

*Toques de azahar y de base en polvo completan la fragancia.*

Maravilloso.

Robó uno de los jabones de Warner.

Estoy recién lavada y llevo un conjunto de ropa limpia.

No paro de olerme la piel, gratamente sorprendida de lo agradable que es oler como una flor. Nunca antes he olido algo parecido. No paro de acariciarme los brazos con los dedos, pensando en cómo una buena pastilla de jabón puede marcar la diferencia. Nunca en la vida me he sentido tan limpia. No sabía que el jabón pudiera hacer tanta espuma ni que le sentara tan bien a mi cuerpo. El único jabón que había usado antes siempre me dejaba la piel seca y me hacía sentir incómoda durante unas cuantas horas. Pero este es raro. Maravilloso. Me siento suave, tersa y muy fresca.

Y no tengo absolutamente nada que hacer.

Me siento en la cama de Warner y coloco los pies debajo del cuerpo. Me quedo mirando la puerta de su despacho.

Tengo tentaciones de ver si la puerta está abierta. Sin embargo, mi conciencia me lo impide. Me hundo entre las almohadas con un suspiro. Levanto las mantas y me acurruco debajo.

Cierro los ojos.

Inmediatamente, imágenes del rostro enfadado de Adam, de sus puños temblorosos y de sus palabras hirientes inundan mi mente. Intento apartar estos recuerdos, pero no puedo.

Mis ojos se abren de golpe. Me pregunto si volveré a ver a James y a Adam algún día.

Quizás esto sea lo que Adam quería. Ahora puede volver a su vida con su hermano pequeño. No tendrá que preocuparse por compartir su comida con otras ocho personas y, de esta forma, podrá sobrevivir mucho más tiempo.

Pero después, ¿qué? No puedo dejar de pensarlo. Estará completamente solo. Sin comida. Sin amigos. Sin ingresos.

Se me rompe el corazón al imaginarlo, al pensar en su lucha por buscarse una forma de vivir para mantener a su hermano. Porque, aunque parece que ahora Adam me odie, no creo que estos sentimientos vayan a ser recíprocos. Ni siquiera sé si entiendo lo que pasó entre nosotros.

Parece imposible que nuestra relación pudiera Asurarse y romperse tan abruptamente. Me importa muchísimo. Él es tuvo ahí cuando nadie más estaba; me dio esperanza cuando más lo necesitaba; me quiso cuando nadie más lo hacía. No quiero borrarlo de mi vida. Quiero que esté cerca. Quiero que vuelva mi amigo.

Pero ahora me voy dando cuenta de que Kenji tenía razón. Adam fue la primera y única persona que se compadeció de mí. La primera y, en esos momentos, única persona que podía tocarme. Me quedé atrapada ante esa imposibilidad, convencida de que el destino nos había unido. Su tatuaje era una imagen perfecta de mis sueños.

Creí que era una imagen de nosotros. De mi huida. De nuestro «fueron felices para siempre». Y así fue. Y no fue.

Me gustaría reírme de mi propia ceguera.

Lo veo, nos unió. Ese tatuaje nos unió a los dos, pero no porque estuviéramos destinados el uno al otro, no porque él fuera mi vuelo hacia la libertad, sino porque algo más importante nos unía: una esperanza que ninguno de los dos era capaz de ver.

Warner.

Un pájaro blanco con manchas doradas con una corona en la cabeza. Un chico de tez blanca con el pelo dorado, el líder del Sector 45. Siempre ha sido él. Todo este tiempo. El nexo.

Warner, el hermano de Adam, mi captor y ahora compañero. Sin darse cuenta nos unió a Adam y a mí. Y estar con Adam me dio una fuerza nueva. Todavía estaba asustada y destrozada, y Adam se preocupó por mí, dándome una razón para defenderme cuando era demasiado débil como para darme cuenta de que yo misma siempre había sido razón suficiente. Fue ese afecto y el deseo desesperado de tener contacto físico. Dos cosas de las que se me había privado y con las que no estaba familiarizada. No podía comparar esas nuevas experiencias con nada.

Evidentemente pensé que era amor.

Pero, aunque no sepa mucho, sé que si Adam me hubiera querido de verdad, no me habría tratado como hizo hoy. No preferiría que estuviera muerta. Lo sé porque he visto la prueba de lo opuesto.

Porque yo me estaba muriendo. Y Warner podría haberme dejado morir. Estaba enfadado y dolido y le sobraban motivos para estar resentido. Le acababa de romper el corazón; le dejé creer que de nuestra relación surgiría algo. Dejé que me confesara sus más profundos sentimientos; dejé que me tocara de formas que ni Adam había hecho. No le pedí que parara.

Todo mi cuerpo le decía que sí. Y después se lo quité todo porque estaba asustada, confundida y hecha un lío.

Por Adam.

Warner me dijo que me amaba y yo, a cambio, lo insulté, le mentí, le grité y lo rechacé. Y cuando tuvo la oportunidad de apartarse y ver como moría, no lo hizo. Encontró una forma de salvarme la vida.

Sin exigencias. Ni expectativas. Convencido de que yo estaba enamorada de otra persona y de que salvarme implicaría recuperarme para entregarme de nuevo a otro.

Y, en estos momentos, no puedo decir que sepa lo que haría Adam si me estuviera muriendo delante de él. No estoy segura de que me salvara la vida. Esta incertidumbre me hace tener la certeza de que algo no iba bien entre nosotros, de que algo no era real.

Quizás los dos nos enamoráramos de la ilusión de algo más.

## TREINTA Y DOS

Abro los ojos de golpe.

Todo está muy oscuro. Silencioso. Me siento rápidamente.

Debo de haberme quedado dormida. No sé qué hora es, pero una rápida ojeada a mi alrededor me dice que Warner no está aquí.

Salgo de la cama. Todavía llevo calcetines y de repente lo agradezco. Tengo que envolverme con los brazos, temblando mientras el frío aire invernal atraviesa la fina tela de la camiseta. Aún tengo el pelo ligeramente húmedo del baño.

La puerta de la oficina de Warner está abierta.

Una rendija de luz se filtra por la abertura y eso me hace pensar en si se olvidó de cerrarla o es que acaba de entrar. Puede que ni siquiera esté allí. Pero, esta vez, la curiosidad vence a mi conciencia.

Quiero saber dónde trabaja y cómo es su escritorio. Quiero saber si es desordenado u organizado, o si tiene objetos personales. Me pregunto si tendrá alguna foto de él cuando era niño.

O de su madre.

Avanzo de puntillas, con mariposas despertándose en mi estómago. No debería estar nerviosa, me digo. No estoy haciendo nada ilegal. Solo voy a ver si está ahí y, si no es así, saldré. Solo voy a entrar un segundo. No voy a rebuscar entre sus cosas.

No lo haré.

Frente a la puerta me entran dudas. Hay tanto silencio, que estoy casi segura de que el corazón me late tan rápido y fuerte que él puede oírlo. No sé por qué estoy tan asustada.

Llamo dos veces a la puerta mientras la abro de un empujoncito.

—Aaron, ¿estás...?

Algo se cae al suelo.

Empujo la puerta, corro hacia dentro y me detengo justo al cruzar el umbral. Asombrada.

Su oficina es enorme.

Es del tamaño del dormitorio y el ropero juntos. Más grande. Hay mucho espacio, suficiente como para albergar una enorme mesa de reuniones y seis sillas dispuestas a cada lado. Hay un sofá y varias mesas auxiliares en una esquina, y una de las paredes se compone solo de estanterías llenas de libros. Rebosantes de libros. Libros viejos, libros nuevos y libros con lomos que se caen.

Todo es de madera oscura, tan marrón que parece negra. Limpio, con líneas rectas, cortes sencillos. No hay nada decorado ni voluminoso. Nada de piel. Ni sillas con respaldo alto ni molduras con demasiados detalles. Minimalista.

La mesa de reuniones está repleta de archivadores, papeles, carpetas y cuadernos. El suelo está cubierto por una gruesa y afelpada alfombra oriental, parecida a la que hay en el ropero. En el otro extremo de la habitación está su escritorio.

Warner me mira sorprendido. Solo lleva pantalones y calcetines, ni camisa ni cinturón. Está de pie frente al escritorio, aferrado a algo que lleva en las manos, algo que no puedo ver.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice.

—La puerta estaba abierta. —Vaya respuesta más esto pida.

Me mira fijamente.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—La una y media de la mañana —dice automáticamente.

—¡Vaya!

—Deberías volver a la cama. —No sé por qué parece tan nervioso. Ni por qué sus ojos siguen mirando de mí hacia la puerta y viceversa.

—Ya no estoy cansada.

—¡Vaya! —Juega torpemente con lo que ahora veo que es un pequeño frasco. Lo deja en la mesa de atrás sin darse la vuelta.

Hoy ha estado muy raro, pienso. Diferente a como es. Normalmente está muy tranquilo y seguro de sí mismo, pero últimamente ha sido muy inestable. Esta contradicción me desconcierta.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

Estamos a unos tres metros de distancia y ninguno de los dos hace ningún esfuerzo por acortar la distancia. Hablamos como si fuéramos desconocidos que acaban de encontrarse en una situación comprometedora, lo cual es ridículo.

Empiezo a cruzar la habitación para acercarme. Él se queda paralizado. Me detengo.

—¿Va todo bien?

—Sí —dice con demasiada rapidez.

—¿Qué es eso? —le pregunto, señalando el frasquito de plástico.

—Deberías volver a la cama, querida. Probablemente estés más cansada de lo que crees.

Camino hasta él, llego y cojo el frasco antes de que pueda hacer algo por detenerme.

—Eso es una violación de la privacidad —dice bruscamente, pareciendo ya más él mismo—. Devuélvemelo.

—¿Es un medicamento? —le pregunto, sorprendida. Voy girando el frasquito, mientras leo la etiqueta. Levanto la vista hacia él. Finalmente lo comprendo—. Es para las cicatrices.

Se pasa una mano por el pelo y mira hacia la pared.

—Sí —dice—. Ahora, por favor, devuélvemelo.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto.

El se queda quieto.

—¿Cómo?

—Esto es para la espalda, ¿no?

Se pasa la mano por la boca, por la barbilla.

—No vas a dejarme salir de esta con un mínimo de amor propio, ¿verdad?

—No sabía que te importaran las cicatrices —le digo.

Doy un paso hacia adelante. Él da un paso atrás.

—No me importan.

—Y entonces, ¿para qué quieres esto? —Sostengo el frasco—. ¿Y dónde lo conseguiste?

—No es nada. Es que... —Niega con la cabeza—. Delalieu me lo consiguió. Es absurdo. Me siento ridículo hablándote de esto.

—No puedes llegarte a la espalda.

Me mira fijamente. Suspira.

—Date la vuelta —le digo.

—No.

—Te estás poniendo raro por nada. Ya te he visto las cicatrices.

—Eso no significa que tengas que volver a verlas.

No puedo evitar sonreír un poco.

—¿Qué? —exige—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Es que no pareces el tipo de persona a quien le acomplejaría algo así.

—No lo soy.

—Claro.



—Por favor —dice—, vete a la cama.  
—Estoy muy despierta.  
—Ese no es mi problema.  
—Date la vuelta —le repito.  
Entrecierra los ojos.  
—¿Por qué usas estas cosas? —le pregunto por segunda vez—. No las necesitas. No las uses si te hacen sentir incómodo.  
Se queda un momento callado.  
—¿No crees que las necesite?  
—Claro que no. ¿Para qué? ¿Sientes dolor? ¿Te duelen las cicatrices?  
—A veces —dice en voz baja—. No tanto como antes. De hecho, ya no tengo mucho tacto en la espalda.  
Algo frío y cortante me golpea en el estómago.  
—¿De verdad?  
Asiente.  
—¿Me dirás cómo te las has hecho? —susurro, incapaz de mirarlo a los ojos.  
Se queda tanto rato callado que tengo que levantar la mirada.  
Sus ojos no reflejan emoción alguna y su rostro es neutro. Se aclara la garganta.  
—Han sido mis regalos de cumpleaños —me cuenta—. De cada año, desde que tenía cinco hasta que cumplí los dieciocho —dice—. No volvió cuando cumplí los diecinueve.  
Estoy paralizada de horror.  
—Vale. —Warner se mira las manos—. Entonces...  
—¿Él te hizo esos cortes? —Mi voz suena muy ronca.  
—Azotes.  
—Dios mío —digo con la voz entrecortada, tapándome la boca. Tengo que mirar hacia la pared para reponerme. Pestañeo varias veces, lucho por tragarme el dolor y la rabia que crecen en mi interior—. Lo siento mucho —digo atragantándome—. Aaron, lo siento mucho.  
—No quiero que me rechaces —dice en voz baja.  
Me doy la vuelta, estupefacta. Ligeramente horrorizada.  
—No hablas en serio.  
Sus ojos dicen que sí lo hace.  
—¿Es que no te has mirado nunca en el espejo? —le pregunto, enfadándome.  
—¿Perdón?

—Eres perfecto —le digo, tan superada que me olvido de mi misma—. Todo tú. Todo tu cuerpo. Proporcionalmente, simétricamente. Eres matemáticamente perfecto, parece imposible. Ni siquiera tiene sentido que una persona sea como ni —le digo, negando con la cabeza—. No me puedo creer que hayas podido decir algo así.

—Juliette, por favor. No me hables así.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque es cruel —dice, perdiendo la compostura—. Es cruel e inhumano y ni siquiera te das cuenta das cuenta...

—Aaron...

—Me retracto —dice—. No quiero que vuelvas a llamarme Aaron.

—Aaron —le vuelvo a decir, con la voz más firme—. Por favor... No puede ser que creas que me repugnas. No puedes pensar verdaderamente que me importaría... que tus cicatrices —fueran a darme asco.

—No lo sé —dice. Camina delante de su escritorio, con los ojos fijos en el suelo.

—Pensé que podías notarlos sentimientos —le digo—. Creí que los míos iban a resultarte obvios.

—No siempre puedo pensar con claridad —dice, frustrado, frotándose la cara, la frente—. Sobre todo cuando intervienen sentimientos, mis sentimientos. No siempre puedo ser objetivo y, a veces, hago suposiciones que no son ciertas... y yo... ¡Es que ya no confío en mi propio juicio! Porque lo he hecho —dice— y me ha salido el tiro por la culata. Terriblemente.

Finalmente alza la vista y me mira a los ojos.

—Tienes razón —le susurro.

Mira hacia otro lado.

—Has cometido muchos errores —le digo—. Lo hiciste todo mal.

Se pasa una mano por el rostro.

—Pero aún no es tarde para arreglar las cosas. Puedes hacer las cosas bien.

—Por favor...

—Aún no es demasiado tarde.

—¡Deja de decirme eso! —explota—. Tú no me conoces. No sabes las cosas que he hecho ni lo que tendría que hacer para arreglarlo.

—¿No lo entiendes? No importa, ahora puedes elegir ser diferente.

—¡Pensaba que no ibas a intentar cambiarme!

—No intento hacerlo —le digo, bajando la voz—. Solo intento que entiendas que tu vida no ha terminado. No tienes por qué ser quien fuiste.

Ahora puedes tomar decisiones distintas. Puedes ser feliz.

—Juliette. —Una palabra penetrante. Sus ojos verdes, muy intensos.

Me detengo. Miro hacia sus manos temblorosas que se aprietan en puños.

—Vete —dice en voz baja—. Ahora mismo no quiero que estés aquí.

—Entonces, ¿por qué me has traído contigo? —le pregunto, enfadada—. Si no quieres ni verme.

—¿Por qué no lo entiendes? —Me mira y sus ojos están tan llenos de un dolor y aflicción que me quitan el aliento.

Me tiemblan las manos.

—¿Entender el qué?

—Te quiero.

Se descompone. Su voz, su espalda, sus rodillas, su rostro... rotos.

Tiene que apoyarse en el escritorio. No puede mirarme a los ojos.

—Te amo —dice, con palabras duras y suaves a la vez—. Te amo y no es suficiente. Creía que lo sería y me equivoqué. Pensé que podía luchar por ti y me equivoqué. Porque no puedo... Ni siquiera puedo mirarte a la cara.

—Aaron...

—Dime que no es verdad —dice—. Dime que estoy equivocado. Dime que estoy ciego. Dime que me amas.

Mi corazón no deja de gritar mientras se parte en dos. No puedo mentirle.

—No... No sé cómo entender lo que siento —trato de explicarle.

—Por favor —susurra—. Por favor, vete.

—Aaron, por favor, entiéndeme. Antes pensaba que sabía lo que era el amor y estaba equivocada. No quiero volver a cometer el mismo error.

—Por favor —me suplica—, por el amor de Dios, Juliette, he perdido la dignidad.

—Está bien —asiento—. Bueno. Lo siento. Está bien.

Retrocedo, me doy la vuelta y no miro atrás.

## TREINTA Y TRES

—Tengo que irme en siete minutos.

Warner y yo estamos completamente vestidos, hablamos como si nos conociéramos de toda la vida, como si lo de anoche nunca hubiese ocurrido. Delalieu nos trajo el desayuno y nos lo comimos en silencio en habitaciones separadas. Ni una palabra suya o mía o nuestra, o lo que sea que hayamos sido o lo que sea que seamos.

No hay un nosotros. Hay ausencia de Adam y una lucha contra el Restablecimiento. Eso es todo. Ahora lo entiendo.

—Te llevaría conmigo —dice—, pero creo que va a ser difícil ocultarte durante este viaje. Si quieres, puedes esperar en las salas de entrenamiento. Llevaré al grupo allí directamente. Puedes saludarles en cuanto lleguen. — Finalmente me mira—. ¿Te parece bien?

Asiento.

—Muy bien —dice—. Te enseñaré cómo llegar hasta allí. Me lleva de nuevo al despacho, a uno de los rincones más alejados, cerca del sofá. Hay una salida que no vi anoche. Warner aprieta un botón de la pared. Las puertas se abren.

Es un ascensor.

Entramos y aprieta el botón de la planta baja. Las puertas se cierran y empezamos a movernos.

Lo miro.

—No sabía que tuvieras un ascensor en tu habitación.

—Necesitaba un acceso privado a mi centro de entrenamiento.

—No paras de decirlo —le digo—. *Centro de entrenamiento. ¿Qué es un centro de entrenamiento?*

El ascensor se detiene y las puertas se abren.

Las deja abiertas para mí.

—Esto.

Nunca había visto tantas máquinas en mi vida. Máquinas para correr, máquinas para las piernas y máquinas que te hacen trabajar los brazos,

hombros, abdominales. Incluso hay máquinas que parecen bicicletas. No sé el nombre de ninguna de ellas, pero sé que una de estas cosas es un banco de pesas. También sé cómo son las mancuernas y hay a montones, de todos los tamaños. Pesas, creo, para peso libre. También hay barras pegadas al techo en algunos sitios, pero no sé para qué pueden servir. De hecho, en esta sala hay un montón de cosas que desconozco.

Y cada pared tiene un uso distinto.

Una de las paredes parece estar hecha de piedra o roca. Tiene pequeñas ranuras acentuadas por algo parecido a piezas de plástico de diferentes colores. Otra pared está cubierta de armas, cientos de armas colgadas en clavijas que las mantienen colocadas, inmaculadas. Relucen como si las acabaran de limpiar. En esa misma pared hay una puerta; me pregunto a dónde llevará. La tercera pared está recubierta del mismo material negro y esponjoso que cubre el suelo. Parece suave y mullido. Y la última pared es la que nos ha servido de entrada. Tiene el ascensor, otra puerta y nada más.

Es un espacio enorme. Este espacio duplica o triplica, como mínimo, el tamaño de la habitación de Warner, el ropero y el despacho juntos. Parece imposible que todo esto sea para una sola persona.

—Es increíble —le digo, girándome hacia él—. ¿Usas todo esto?

Asiente.

—Normalmente vengo por lo menos dos o tres veces al día —dice—. Excepto cuando me lesioné —dice—, pero en general, sí. —Da un paso hacia delante, toca la pared negra y esponjosa—. Así ha sido mi vida desde que tengo uso de razón. Entrenando. Me he pasado la vida entrenando. Y también voy a empezar contigo por aquí.

—¿Conmigo?

Asiente.

—Pero yo no necesito entrenar —le digo—. No de esta forma.

Intenta mirarme a los ojos sin conseguirlo.

—Me tengo que ir —dice—. Si te aburres, vuelve arriba en ascensor. Este ascensor solo lleva a dos plantas, así que no hay pérdida. —Se abrocha la chaqueta—. Volveré tan pronto como pueda.

—Vale.

Espero que se vaya, pero no lo hace.

—Seguirás aquí cuando vuelva —dice finalmente.

No es exactamente un a pregunta. Asiento de todos modos.

—Creo que es imposible que no intentes huir —dice, en voz baja.

Me quedo callada. Respira con dificultad, se gira y se marcha.

## TREINTA Y CUATRO

Estoy sentada en uno de los bancos, jugando con pesas de dos kilos cuando escucho su voz.

—Joder —dice—. Este sitio mola.

Me levanto de un salto y las pesas por poco me caen sobre el pie. Kenji, Winston, Castle, Brendan, Alia y Lily están atravesando la puerta que hay en la pared de las armas.

El rostro de Kenji se ilumina al verme.

Corro hacia delante, saltó sobre él y me abraza fuerte mires de soltarme.

—Bueno, que me condenen —dice Kenji—. No te ha marido. Es una muy buena señal.

Le doy un empujoncito mientras reprimo una sonrisa.

Saludo a todo el mundo rápidamente. Casi doy saltos de la alegría de tenerlos aquí. Todos miran a su alrededor asombrados, como si realmente pensarán que Warner les estaba tendiendo a una trampa.

—Por ahí hay un vestuario —explica Warner. Señala la puerta que hay junto al ascensor—. Hay un montón de duchas y baños y todo lo que sea que necesitéis para no oler como animales. Toallas, jabón, lavadoras. Todo está por ahí.

Estoy tan concentrada en Warner que casi ni veo a Delanie en una esquina.

Reprimo un grito de asombro.

Está de pie en silencio, con las manos cruzadas a la espalda, observando cómo todos escuchan hablar a Warner. Y, de nuevo, me pregunto quién debe ser realmente. Y por qué Warner parece confiar tanto en él.

—Se os dará la comida tres veces al día —prosigue Warner—. Si no coméis o si os saltáis una comida y después tenéis hambre, podéis llorar en la ducha. Y así aprenderéis a seguir un horario. No me hagáis llegar vuestras quejas.

—Ya tenéis vuestras armas —continúa— pero, como podéis ver, esta sala está totalmente equipada y...

—Maravilloso —dice Ian. Parece demasiado emocionado mientras se dirige hacia un juego de rifles.

—Si tocas alguna de mis armas te voy a romper las manos —le dice Warner.

Ian se queda inmóvil.

—Esta pared está prohibida. Para todos —dice, mirando alrededor de la habitación—. Todo lo demás está disponible. No me rompáis el equipamiento, dejad las cosas tal y como las habéis encontrado y si no os ducháis regularmente, no os acerquéis a menos de tres metros de mí.

Kenji se ríe por la nariz.

—Tengo otros asuntos que atender —dice Warner—. Volveré a las mil novecientas horas, momento en el que podemos reagruparnos para comenzar nuestras discusiones. Mientras tanto, aprovechad para situaros. Podéis usar las colchonetas sobrantes que hay en la esquina para dormir. Espero, por vuestro propio bien, que os hayáis traído las mantas.

La bolsa de Alia se le escapa de las manos y cae al suelo. Todo el mundo se gira hacia ella. Se pone rojísima.

—¿Alguna pregunta? —pide Warner.

—Sí —dice Kenji—. ¿Y los medicamentos?

Warner inclina la cabeza hacia Delalieu, que sigue de pie en la esquina.

—Darle a mi lugarteniente un informe detallado de vuestras lesiones y enfermedades. Él os conseguirá los tratamientos necesarios.

Kenji asiente. Se le ve realmente agradecido.

—Gracias —dice.

Warner le aguanta la mirada un momento.

—De nada.

Kenji levanta las cejas. Incluso yo estoy sorprendida.

Warner me mira. Solo durante una fracción de segundo, y después aparta la mirada. Luego, sin decir palabra, pulsa el botón del ascensor.

Entra y observo cómo se cierran las puertas.

## TREINTA Y CINCO

Kenji me mira, preocupado.

—¿Qué cojones ha pasado aquí?

Winston e Ian también me miran, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su confusión. Lily está deshaciendo la bolsa. Castle me observa de cerca. Brendan y Alia están enfrascados en una conversación.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto. Intento parecer indiferente, pero creo que se me han puesto las orejas rojas.

Kenji se coge el cuello con una mano y se encoge de hombros.

—¿Os habéis peleado o algo?

—No —respondo demasiado rápido.

—¡Ajá! —Kenji ladea la cabeza hacia mí.

—¿Cómo está Adam? —le pregunto, esperando cambiar de tema.

Kenji suelta aire, mira hacia otro lado, se frota los ojos y deja caer su bolsa en el suelo. Se apoya contra la pared.

—No voy a mentirte, Jul —dice, bajando la voz—. Toda este asunto de Kent me está poniendo de los nervios. Vuestro drama está complicando las cosas. No nos lo puso fácil para irnos.

—¿Cómo? Pero él di...

—Bueno, sí —Kenji asiente—. Pero al parecer, eso no quiere decir que quiera perder a todos sus amigos de golpe.

Niego con la cabeza.

—No está siendo justo.

—Lo sé —dice Kenji, suspirando de nuevo—. De todos modos, me alegro de verte, princesa, pero estoy agotado. Y tengo hambre. Y estoy de mal humor. Ya me conoces. —Hace un gesto desordenado con la mano y se desploma en el suelo.

Hay algo que no me dice.

—¿Qué pasa? —Me siento frente a él y bajo la voz.

El levanta la cabeza, me mira a los ojos.



—Echo de menos a James, ¿vale? Echo de menos a ese chavalín. — Parece agotado. De hecho, veo el cansancio en sus ojos—. No quería irme sin él.

Se me hunde el corazón de golpe.

Claro. James.

—Lo siento mucho. Ojalá hubiese habido alguna forma de que viniera con nosotros.

Kenji se quita una pelusilla imaginaria de la camisa.

—Seguramente esté más seguro donde está —dice, pero es evidente que no se cree una palabra de lo que dice—. Ojalá Kent dejara de ser tan idiota.

Me encojo.

—Todo esto sería genial si se aclarara la cabeza. Pero no, él tiene que convertirlo todo en algo raro y dramático. —Deja escapar un suspiro—. ¡Está hecho un sensiblón! —dice Kenji—. Para él todo es un gran problema. No puede dejar que las cosas vayan pasando. No puede estar bien y seguir adelante con su vida. Es que... No sé. Da igual. Solo que me gustaría que James estuviera aquí. Lo echo de menos.

—Lo siento —le repito.

Kenji hace una mueca extraña moviendo la mano en el aire.

—No pasa nada. Se me pasará.

Miro hacia arriba y veo que todos se han dispersado. Castle, Ian, Alia y Lily se dirigen hacia los vestuarios, mientras que Winston y Brendan se pasean por el recinto. Están tocando la pared de roca y mantienen una conversación que no puedo oír.

Me pongo más cerca de Kenji y escondo la cabeza entre las manos.

—A ver —dice—. No nos vemos en veinticuatro horas y tú y Warner pasáis de *nos-abrazamos-de-forma-dramática* a *ahora-me-enfado-y-no-respiro*, ¿no? —Kenji traza formas en las colchonetas que tenemos debajo—. Seguro que por aquí se esconde una historia interesante.

—Lo dudo.

—¿De verdad que no me vas a contar lo que ha pasado? —Mira hacia arriba, ofendido—. Yo te lo cuento todo.

—Seguro que no.

—¡No seas descarada!

—¿Qué pasa de verdad, Kenji? —Examino su rostro, su débil intento de hacerse el gracioso—. Pareces diferente. Como ausente.

—Nada —murmura—. Te lo he dicho. Yo no quería irme sin James.

—Pero no es solo eso, ¿verdad?

Se queda callado. Me miro el regazo.

—Ya sabes que puedes contarme lo que quieras. Tú siempre has estado a mi lado y yo también estaré contigo siempre que necesites hablar.

Kenji pone los ojos en blanco.

—¿Por qué tienes que hacerme sentir culpable de no querer participar en tus *es-hora-de-compartir-nuestros-sentimientos*?

—Yo no...

—A ver... solo estoy de mala leche, ¿vale? —Mira a un lado—. Me siento raro, como si hoy solo quisiera estar cabreado, como si quisiera pegar un puñetazo a cualquiera sin razón aparente.

Pongo las rodillas contra el pecho y apoyo la barbilla en ellas. Asiento.

—Has tenido un día muy duro.

Refunfuña, asiente y mira a la pared, apretando el puño contra la colchoneta.

—A veces estoy muy cansado, ¿sabes? —Se queda mirando el puño, las formas que hace cuando aprieta los nudillos sobre el material blando y esponjoso—. Como si me hubiese hartado. —De repente baja tanto la voz, que parece que habla para sí mismo. Veo movimiento en su garganta, emociones atrapadas en el pecho—. No paro de perder gente —dice—. Es como si cada día perdiera gente. Cada puto día. Estoy harto... estoy harto y cansado de esto.

—Kenji... —trato de decir.

—Te he echado de menos, Jul. —Sigue examinando las colchonetas—. Ojalá hubieras estado ayer.

—Yo también te eché de menos.

—No tengo a nadie más con quien hablar.

—Creía que no te gustaba hablar de tus sentimientos —digo para tomarle el pelo, tratando de relajar el ambiente.

El no pica.

—A veces se me hace muy difícil. —Mira hacia otro lado—. Demasiado. Incluso para mí. Y algunos días no tengo ganas de reírme —dice—. No quiero ser gracioso. No quiero preocuparme por nada. Hay días en que solo quiero poner el culo en el suelo y llorar. Todo el día. —Deja de mover las manos por las colchonetas—. ¿Es una locura? —pregunta en voz baja, sin mirarme a los ojos.

Pestañeo con fuerza contra el escozor de mis ojos.

—No —le digo—. No, no lo es en absoluto.

Se queda mirando al suelo.

—Estar contigo me ha vuelto raro, Jul. Últimamente me paso el día sentado pensando en mis sentimientos. Muchas gracias.

Gateo hacia adelante y lo abrazo por la cintura, a lo que responde de inmediato apretándose contra él. Tengo la cara apretada contra su pecho y puedo oír su corazón latiendo con fuerza. Él está sufriendo mucho en estos momentos y a mí siempre se me olvida. Tengo que recordarlo. Me aferro a él, deseando poder aliviar su dolor. Ojalá pudiera llevar sus cargas y quedármelas.

—Es extraño, ¿no? —dice.

—¿El qué?

—Si ahora mismo estuviéramos desnudos, yo estaría muerto.

—Cállate —le digo, riendo contra su pecho. Los dos llevamos manga larga y pantalón largo. Mientras mi cara y *mis manos no le toquen la piel, está a salvo.*

—A ver, es verdad.

—¿En qué universo para lelo iba yo a estar desnuda contigo?

—Solo lo digo —dice—. Todo puede ser. Nunca se sabe.

—Creo que necesitas una novia.

—Qué va —dice—. Solo necesito un abrazo de mi amiga. Echo la espalda hacia atrás para mirarlo e intento leer sus ojos.

—Eres mi mejor amigo, Kenji. Lo sabes, ¿no?

—Sí, niña. —Me sonrío—. Ya lo sé. Y no me puedo creer que me haya quedado pegado a tu culo delgaducho.

Me aparto de él y entrecierro los ojos. Él se ríe.

—A ver, ¿y cómo es el nuevo novio?

Se me borra la sonrisa.

—No es mi novio.

—¿Estás segura? Porque yo lo estoy de que Romeo no nos hubiese dejado venir a vivir con él si no estuviera un poquitín loco de amor por ti.

Me miro las manos.

—Quizás algún día aprendamos a ser amigos.

—¿En serio? —Kenji parece sorprendido—. Yo pensaba que estabas muy coladita.

Me encojo de hombros.

—Me... atrae.

—¿Pero?

—Pero Warner todavía tiene un largo camino que recorrer, ¿sabes?

—Bueno, sí —dice Kenji. Exhala y se inclina hacia atrás—. Sí, sí. Lo sé.

Nos quedamos un rato callados.

—Pero sigue siendo muy raro —dice Kenji de repente.

—¿A qué te refieres? —Miro hacia arriba—. ¿A qué parte?

—Warner —dice Kenji—. Warner me parece súper raro. —Kenji me mira fijamente—. No sé... En todo el tiempo que pasé en la base, nunca vi que tuviera ninguna conversación informal con ningún soldado. Nunca. Era de hielo. De hielo. Frío —dice—. Nunca sonreía. Ni reía. No mostró ningún sentimiento y nunca hablaba a menos que fuera para dar órdenes. Era como una máquina. ¿Y este? —Señala el ascensor—. ¿Este tío que acaba de irse? ¿El tío que se presentó ayer en casa? No sé quién cojones era. No puedo crérmelo. Esto es irreal.

—No lo sabía —le digo, sorprendida—. No tenía ni idea de que fuera así.

—¿No fue así contigo? —pregunta Kenji—. ¿Cuándo llegaste por primera vez?

—No —le digo—. Conmigo siempre ha sido bastante... animado. No es que fuera la alegría de la huerta —aclaro—, pero, a ver... No sé. Hablaba mucho. —Me quedo en silencio mientras revivo los recuerdos—. De hecho no paraba de hablar. Era casi lo único que hacía. Y siempre me sonreía. Creía que lo hacía propósito, para burlarse de mí o para intentar asustarme.

Kenji se apoya sobre las manos.

—Pues no.

—Vaya —digo, con los ojos fijos en un punto alejado. Kenji suspira.

—¿Entonces... contigo... es amable, al menos?

Bajo la cabeza, mirándome fijamente los pies.

—Sí —le susurro—. Mucho.

—¿Entonces no sois pareja o algo así?

Hago una mueca.

—Vale, vale —dice Kenji levantando las manos—. Solo era curiosidad. Estamos en zona libre de juicios, Jul.

Me río por la nariz.

—Sí, seguro.

Kenji se relaja un poco.

—Pues Adam cree que ahora Warner y tú tenéis algo. Pongo los ojos en blanco.

—Adam es tonto.

—Eh, princesa, tendremos que hablar sobre tu vocabulario. —Adam tiene que decirle a Warner que son hermanos.

Kenji mira hacia arriba, alarmado.

—Baja la voz —susurra—. No puedes ir por ahí diciendo eso. Ya sabes cómo se siente Kent al respecto.

—Creo que es injusto. Warner tiene derecho a saberlo.

—¿Por qué? —dice Kenji—. ¿Crees que él y Kent se harían mejores amigos de repente?

Entonces lo miro, con ojos firmes, serios.

—James también es su hermano, Kenji.

Kenji se pone rígido, con cara de póquer. Abre los ojos, un poco más. Yo inclino la cabeza y enarco una ceja.

—No había... ¡hala! —dice. Se aprieta el puño contra la frente—. No había caído en eso.

—No es justo para ninguno de ellos —le digo—. Y real mente creo que a Warner le encantaría saber que tiene las manos en el mundo. Al menos, James y Adam se tienen el uno al otro —prosigo—, pero Warner siempre ha estado solo.

Kenji menea la cabeza. Tiene cara de incredulidad.

—Esto se está poniendo cada vez más feo —dice—. Cuando creo que no podría complicarse más ¡*pam!*

—Merece saberlo, Kenji —insisto—. Sabes que Warner merece saberlo. Está en su derecho. Y son de la misma sangre.

Kenji mira hacia arriba. Suspira.

—Joder.

—Si Adam no se lo dice, lo haré yo.

—No te atreverías.

Me quedo mirándolo con firmeza.

—Eso es pasarse, Jul. —Kenji parece sorprendido—. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no paras de llamarme Jul? —le pregunto—. ¿Cuándo empezaste? Ya me has puesto como cincuenta apodos diferentes.

Se encoge de hombros.

—Deberías sentirte halagada.

—¡Oh! ¿En serio? —digo—. Así que los apodos son un halago.

Asiente.

—¿Qué te parece si te llamo Kenny?

Kenji se cruza de brazos, aguantándome la mirada.

—Eso no tiene ninguna gracia.

Sonrío.

—Un poco sí.

—¿Y qué te parece que llame a tu nuevo novio *Rey-del-palo-en-el-culo*?  
—No es mi novio, Kenny.  
Kenji me lanza una mirada de advertencia y me apunta con el dedo.  
—No tiene gracia, princesa.  
—¡Eh! ¿No quieres ducharte? —le pregunto.  
Estás diciéndome que huelo mal, ¿verdad?  
Pongo los ojos en blanco. Él se pone en pie y olfatea su camisa.  
—Joder, sí que huelo un poco, ¿no?  
—Vete —le digo—. Vete y vuelve deprisa. Tengo la sensación de que esta noche va a ser larga.

## TREINTA Y SEIS

Estamos todos sentados en los bancos que rodean la sala de entrenamiento. Warner está sentado a mi lado y yo estoy haciendo todo lo posible por asegurarme de que nuestros hombros no se toquen accidentalmente.

—Muy bien, vale, lo primero es lo primero —dice Winston, mirándonos a todos—. Tenemos que recuperar a Sonia y a Sara. La pregunta es cómo. —Se detiene—. No tenemos ni idea de cómo llegar hasta el Supremo.

Todos miran a Warner y Warner mira el reloj.

—¿Y bien? —dice Kenji.

—Bien, ¿qué? —dice Warner, aburrido.

—Bueno, ¿no ibas a ayudarnos? —grita Ian—. Este es territorio tuyo.

Warner me mira por primera vez en toda la noche.

—¿Estás totalmente segura de que confías en esta gente? —me pregunta—. ¿En todos ellos?

—Sí —digo en voz baja—. Por supuesto.

—Muy bien. —Warner respira profundamente antes de dirigirse al grupo—. Mi padre —dice con calma— está en un barco en medio del océano.

—¿En un barco? —pregunta Kenji, sorprendido—. ¿La capital es un barco?

—No exactamente —Warner vacila—. Pero el tema es que tenemos que hacer que venga. Llegar hasta él no nos sirve. Tenemos que crear un problema lo suficientemente grande como para que se vea obligado a venir. —Entonces me mira—. Juliette dice que ella ya tiene un plan.

Asiento y respiro profundamente. Examino las caras que tengo ante mí.

—Creo que tenemos que hacernos cargo del Sector 45.

Silencio sepulcral.

—Creo que juntos —les digo— vamos a poder convencer a los soldados de que luchen de nuestro lado. Al fin y al cabo, nadie se está beneficiando del Restablecimiento a excepción de los que mandan. Estos hombres están cansados y hambrientos, y seguramente aceptaron este trabajo porque no tenían otra alternativa. —Me detengo—. Podemos reunir a civiles y soldados.

A todo el sector. Hacer que se unan a nosotros. Y ellos me conocen —les digo—. Los soldados. Ya me han visto. Saben lo que soy capaz de hacer. ¿Pero todos pintos? —Muevo la cabeza—. Sería asombroso. Les mostraríamos que somos diferentes. Más fuertes. Podemos darles esperanza. Una razón para luchar.

»Y entonces —prosigo—, cuando tengamos su apoyo, la noticia se extenderá y Anderson se verá obligado a volver aquí. Tendrá que intentar derrotarnos. No tendrá elección. Y, cuando vuelva, lo eliminamos. Luchamos contra él y su ejercito y ganamos. Y después tomamos el país.

—Dios mío.

Castle es el primero en hablar.

—Señorita Ferrars —dice—, veo que lo ha pensado mucho. Asiento. Kenji me mira como si no estuviera seguro de si reírse o aplaudir.

—¿Qué opináis? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—¿Qué pasa si no sale bien? —dice Lily—. ¿Qué pasa si los soldados tienen miedo de cambiar su lealtad? ¿Qué pasa si en lugar de eso nos matan?

—Claramente, es una posibilidad —respondo—. Pero creo que, si somos lo bastante fuertes... si los ocho permanecemos juntos unidos, con todas nuestras fuerzas combinadas... creo que van a pensar que podemos hacer algo increíble.

—Sí, pero ¿cómo van a saber cuáles son nuestras habilidades? —pide Brendan—. ¿Y si no nos creen?

—Podemos enseñárselas.

—¿Y si nos disparan? —replica Ian.

—Puedo hacerlo yo sola, si eso os preocupa. No me importa. Antes de la guerra, Kenji me estuvo enseñando cómo proyectar mi energía y creo que, si aprendiera a dominarla, podría hacer cosas espeluznantes, cosas que podrían impresionarles tanto como para decidir unirse a nosotros.

—¿Puedes proyectar? —pregunta Winston, con los ojos muy abiertos—. ¿Eso quiere decir que podrías matarnos a todos en masa con eso de absorber la vida?

—Eh... no —le digo—. Bueno, o sea, sí, supongo que también podría hacer algo así, pero no me refería a eso. Que ría decir que puedo proyectar mi fuerza, no eso de absorber ninguna vida.

—Espera, ¿qué fuerza? —pregunta Brendan, confuso—. Pensaba que lo que era letal era tu piel, Justo cuando me dispongo a responder recuerdo que Brendan, Winston e Ian fueron tomados como rehenes antes de que yo



empezara a entrenar en serio. No me consta que supieran nada en absoluto sobre mis progresos. Así que empiezo por el principio.

—Mi poder —explico— está relacionado con algo más que mi piel. —Miro a Kenji. Señalo hacia él—. Llevamos un tiempo trabajando juntos, tratando de averiguar exactamente qué es lo que soy capaz de hacer, y Kenji se dio cuenta de que mi verdadera energía viene de lo más profundo de mí ser, no de la superficie. Está en mis huesos, en mi sangre y en mi piel —trato de explicar—. Mi verdadero poder es una especie de superfuerza descomunal.

—Mi piel es solo un elemento más —les digo—. Es la forma más agudizada de energía que tengo y la forma de protección más disparatada. Es como si mi cuerpo se hubiese puesto un escudo, un alambre de púas metafórico que afija a los intrusos. —Por poco me río, preguntándome desde cuándo me resulta tan fácil hablar de estas cosas, sentirme cómoda—. Pero también soy lo bastante fuerte como para romperlo prácticamente todo sin siquiera lesionarme el hormigón, ladrillos, cristal...

—El suelo —añade Kenji.

—Sí —digo, sonriéndole—. Incluso el suelo.

—Ella provocó un terremoto —dice Alia entusiasmada y me sorprende escuchar su voz—. Durante la primera batalla —les cuenta a Brendan, Winston e Ian—, cuando intentábamos salvarlos, golpeó el suelo y lo partió en dos. Y así pudimos escapar.

Los chicos me miran boquiabiertos.

—Así que lo que trato de deciros —prosigo— es que si puedo proyectar mi fuerza y aprender a controlarla de verdad... No sé —me encojo de hombros—. Seguramente pueda mover montañas.

—Eso es un poco ambicioso —Kenji sonríe, haciendo de padre orgulloso.

—Ambicioso, pero seguramente no sería imposible. —Yo también le sonrío.

—¡Vaya! —dice Lily—. ¿Entonces puedes... destruir cosas? ¿Lo que sea? Asiento y miro a Warner.

—¿Te importa?

—En absoluto —dice. Sus ojos son inescrutables.

Me pongo en pie y camino hacia las pilas de pesas, preparándome mentalmente durante todo el recorrido para aprovechar mi energía. Para mí, esta sigue siendo la parte más difícil: aprender a moderar mi fuerza con delicadeza.

Cojo un peso libre de veinte kilos y lo llevo hacia el grupo. Por un momento, me pregunto si debería resultarme pesado, sobre todo teniendo en

cuenta que pesa la mitad que yo, pero realmente ni lo noto.

Me vuelvo a sentar en el banco y apoyo el peso en el suelo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunta Ian, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres que haga? —le respondo.

—¿Estás diciendo que podrías destrozarlo sin más? —dice Winston.

Asiento.

—Hazlo —interviene Kenji. Está prácticamente dando boles en su asiento—. ¡Hazlo, hazlo!

Y eso hago. Lo cojo y aplasto el peso literalmente con las manos. Se convierte en una pieza metálica retorcida, una masa de veinte kilos. Lo parto por la mitad y dejo caer las dos piezas al suelo.

Los bancos tiemblan.

—Lo siento —digo rápidamente, mirando a mi alrededor—. No quería lanzarlo así...

—Joder —dice Ian—. Esto mola mucho.

—Vuélvelo a hacer —pide Winston, con los ojos brillantes.

—Preferiría que no me destrozara todas mis posesiones —interviene Warner.

—Eh, un momento... —dice Winston, dándose cuenta de algo mientras mira fijamente a Warner—. Tú también puedes hacerlo, ¿no? Puedes coger su poder y usarlo de la misma forma, ¿no?

—Puedo coger todos vuestros poderes —lo corrige Warner—. Y hacer lo que quiera con ellos.

El terror en la sala puede palparse.

Yo frunzo el ceño.

—Por favor, no los asustes.

Se queda callado y mira a lo lejos.

—Así que vosotros dos —Ian intenta recuperar la voz—, o sea, juntos, básicamente podríais...

—¿Apoderarnos del mundo? —Ahora Warner mira a la pared.

—Iba a decir que podríais reventar a alguien, pero sí, eso también, supongo —Ian meneaba la cabeza.

—¿Está segura de que confías en él? —me pregunta Lily, señalando a Warner con el pulgar y mirándose como si es tuviera realmente preocupada—. ¿Y si solo te está utilizando por tu poder?

—Le confiaría mi vida —digo en voz baja—. Ya lo he hecho y volvería a hacerlo.

Warner me mira un momento antes de apartar la mirada y, durante un breve segundo, percibo la emoción en sus ojos.

—Bueno, a ver si lo entiendo —dice Winston—. ¿El plan consiste, básicamente, en seducir a los soldados y a los civiles del Sector 45 para que luchen con nosotros?

Kenji se cruza de brazos.

—Sí, suena como que si tuviéramos que ir a pavonearnos con la esperanza de que nos encuentren lo bastante atrae ti vos como para aparearse con nosotros.

—¡Qué asco! —Brendan frunce el ceño.

—A pesar de lo raro que suena en boca de Kenji —digo, lanzándole una mirada severa—, la respuesta es, básicamente, sí. Podemos proporcionarles un grupo de apoyo. Nosotros nos encargamos del ejército y luego de las personas.

—¿Y si ganan ustedes? —pide Castle. Lleva todo el rato callado—. ¿Qué tienen pensado hacer?

—¿A qué se refiere? —le pregunto.

—Supongamos que ganan —dice—. Derrotan al Supremo. Lo matan tanto a él como a sus hombres. ¿Después qué? ¿Quién asumirá el cargo de comandante supremo?

—Yo lo haré.

La sala ahoga un grito. Noto cómo Warner se pone rígido a mi lado.

—Joder, princesa —dice Kenji en voz baja.

—¿Y luego? —pregunta Castle, ignorándolos a todos menos a mí—. ¿Después de eso? —Sus ojos denotan preocupación. Casi miedo—. ¿Matará usted a quienquiera que se interponga en su camino? ¿A todos los líderes de los otros sectores, de toda la nación? Eso significan 554 guerras más...

—Algunos se rendirán —le digo.

—¿Y los demás? —pregunta—. ¿Cómo se puede dirigir mía nación en la dirección correcta si acabas de sacrificar a todos tus oponentes? ¿Qué la diferenciará de los que ha derrotado?

—Confío en mí misma —le digo—, en ser lo bastante fuerte como para hacer lo correcto. Ahora mismo nuestro mundo se está muriendo. Usted mismo dijo que tenemos medios para reclamar nuestra tierra, para que las cosas vuelvan a ser como antes. Cuando el poder esté en las manos correctas en las nuestras, usted puede reconstruir lo que empezó en el Punto Omega. Tendrá la libertad de poner en práctica esos cambios en nuestra tierra, en el agua, en los animales y en la atmósfera, para así salvar millones de vidas

durante el proceso, dando a las nuevas generaciones esperanzas de un futuro diferente. Tenemos que intentarlo —le digo—. No podemos quedarnos sentados viendo morir a todo el mundo cuando tenemos el poder de cambiarlo.

La sala se queda en silencio, inmóvil.

—¡Qué cojones! —exclama Winston—. Yo voy contigo a la batalla.

—Yo también —secunda Alia.

—Y yo.

—Brendan.

—Ya sabes que yo también —añade Kenji.

—Yo también —dicen Lily e Ian a la vez.

Castle respira profundamente.

—Puede —interviene. Se inclina hacia atrás en su silla y junta las manos—. Puede que usted sea capaz de hacer bien lo que yo hice mal. —Niega con la cabeza—. Soy veintisiete años mayor y nunca he tenido su confianza, pero comprendo a su corazón, *y confío en que dice lo que cree que es verdad. —Se detiene. Mira prudentemente—. La apoyaremos, pero tiene que saber que está asumiendo una gran y terrible responsabilidad. Y puede que acabe resultando contraproducente e irreversible.*

—Lo sé —digo en voz baja.

—Muy bien entonces, señorita Ferrars. Buena suerte y que Dios esté de su lado. Nuestro mundo está en sus manos.

## TREINTA Y SIETE

No me dijiste qué te parecía mi plan.

Warner y yo acabamos volver a su habitación y él todavía no me ha dirigido la palabra. Está junto a la puerta de su despacho, mirando al suelo.

—No sabía que quisieras saber mi opinión.

—Claro que quiero saberla.

—En realidad, debería ponerme a trabajar otra vez —dice, y se gira dispuesto a irse.

Le toco el brazo.

Warner se pone rígido. Está de pie, inmóvil, con los ojos fijos en la mano que le he colocado en el antebrazo.

—Por favor —le susurro—. No quiero que estemos así quiero que seamos capaces de hablar, que volvamos a conocernos bien... para ser amigos.

De lo más profundo de su garganta sale un extraño sonido. Se aleja un poco.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, querida. Pero no sé cómo ser solo tu amigo.

—No tiene que ser todo o nada —trato de decirle—. Puede haber pasos intermedios. Necesito un tiempo para verte de esta manera, como alguien diferente.

—De eso se trata. —Su voz parece cansada—. Necesitas tiempo para verme como alguien diferente. Necesitas tiempo para cambiar tu percepción de mí.

—¿Por qué es tan difícil eso?

—Porque yo no soy alguien diferente —dice con firmeza—. Soy el mismo hombre que siempre he sido y nunca he intentado ser distinto. No me has entendido bien, Juliette. Me has juzgado, me has visto como algo que no soy, pero no es culpa mía. Yo no he cambiado y no voy a cambiar.

Ya lo has hecho.

Aprieta la mandíbula.

—Eres muy descarada al hablar con tanta convicción de cosas de las que no sabes nada.

Trago saliva con dificultad. Warner se acerca tanto a mí que me da miedo moverme.

—Una vez, me acusaste de no saber lo que es el amor —dice—, pero estabas equivocada. Me culpaste, quizás, por quererte demasiado. —Su mirada es muy intensa. Y verde. Y fría—. Pero por lo menos yo no le doy la espalda a mi corazón.

—Y crees que yo sí —le susurro.

Warner baja los ojos. Se queda callado.

—Lo que no entiendes —le digo, casi sin voz— es que yo ya no entiendo ni a mi propio corazón. No sé cómo llamar a lo que siento y necesito tiempo para averiguarlo. Tú ahora me pides más, pero lo que yo necesito en estos momentos es que seas mi amigo.

Warner se estremece.

—Yo no tengo amigos —afirma.

—¿Por qué no lo intentas?

Niega con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres darme una oportunidad?

—Porque tengo miedo —dice finalmente, con voz temblorosa— de que tu amistad acabe conmigo.

Sigo inmóvil cuando la puerta del despacho se cierra de un portazo.

## TREINTA Y OCHO

Nunca pensé que vería a Warner en pantalones de chándal.

O zapatillas de deporte.

Y, en este instante, viste así. Además de con una camiseta.

Ahora que nuestro grupo se encuentra en el centro de entrenamiento de Warner, tengo una razón para estar pegada a él desde primera hora. Ya sabía que se pasaba mucho tiempo trabajando, pero no sabía cuánto tiempo pasaba entrenando. ¡Es tan disciplinado y preciso en todo! Me tiene asombrada.

Por la mañana empieza en una bicicleta estática, por la tarde termina corriendo en la cinta y cada día de la semana ejercita una parte diferente del cuerpo.

—Los lunes son para las piernas —oí que le explicaba a Castle—; los martes trabajo el pecho; los miércoles los hombros y la espalda; los jueves son para tríceps y deltoides y los viernes para bíceps y antebrazos. Y cada día hago abdominales y cardio, además de pasar casi todos los fines de semana haciendo prácticas de tiro.

Hoy es martes, lo cual significa que, en estos momentos lo estoy viendo ejercitarse en el banco de pesas, levantando ciento cuarenta kilos. Tres discos de veinte kilos a cada lado de lo que Kenji me dijo que se llama barra olímpica, que pesa veinte kilos adicionales. No puedo dejar de mirar. Creo que nunca me había sentido tan atraída por él.

Kenji se detiene a mi lado. Señala a Warner con la cabeza.

—Así es cómo se te conquista, ¿no?

Me muero de la vergüenza. Kenji suelta una carcajada.

—Nunca lo había visto en pantalón de chándal —intento mirar normal—. Nunca lo había visto en pantalón corto.

Kenji levanta una ceja.

—Seguro que lo has visto con menos ropa.

Quiero morirme.

Se supone que Kenji y yo nos pasaremos este próximo mes entrenando. Ese es el plan. Tengo que entrenar lo suficiente como para luchar y usar mi

fuerza sin que me vuelvan a vencer. No es el tipo de situación a la que puedas enfrentarte sin una confianza absoluta y, como se supone que seré yo quien esté al mando, todavía tengo mucho trabajo que hacer. Tengo que ser capaz de acceder a mi energía en un segundo y moderar la cantidad de poder que empleo en cada momento. En otras palabras: necesito lograr el dominio absoluto de mi don.

Kenji también está entrenando a su manera: él quiere perfeccionar su habilidad en la proyección, quiere ser capaz de hacerlo sin tener contacto directo con otra persona. Pero nosotros somos los únicos que tenemos algún trabajo real que hacer. Castle lleva décadas teniendo control sobre sí mismo y todos los demás tienen habilidades bastante sencillas a las que se han adaptado de forma muy natural. En mi caso, tengo que deshacerme de diecisiete años de trauma psicológico. Tengo que romper estos muros que he creado en torno a mí misma.

Hoy, Kenji empieza poco a poco. Quiere que mueva una pesa por la habitación con simple fuerza de voluntad, pero, por ahora, solo he conseguido darle un tirón y ni siquiera estoy segura de haber sido yo.

—No estás centrada —me dice Kenji—. Tienes que conectar, encontrar tu centro y tirar desde ahí. Tienes que sacarlo de dentro, literalmente, y luego extenderlo a tu alrededor, Jul. Solo es difícil al principio, porque tu cuerpo está demasiado acostumbrado a contener la energía. En tu caso todavía va a ser más difícil, porque te has pasado la vida reprimiéndolo. Tienes que darte permiso a ti misma para liberarlo. Baja la guardia, encuéntralo, úsalo, libéralo.

Me da el mismo discurso una y otra vez. Y yo sigo intentándolo, una y otra vez.

Cuento hasta tres.

Cierro los ojos y, esta vez, trato de concentrarme de verdad. Siento la repentina necesidad de levantar los brazos, plantando los pies en el suelo firmemente. Dejo escapar un suspiro. Aprieto los ojos con más fuerza y siento que la energía aumenta por mis huesos, mi sangre, que se propaga y aumenta hasta culminar en una masa tan potente que ya no puedo contenerla. Sé que necesita liberarse y lo necesita ahora. Pero, ¿cómo?

Antes, siempre pensaba que necesitaba tocar algo para liberar el poder. Nunca se me ocurrió lanzar la energía a un objeto inmóvil. Creía que mis manos eran el destino final. Nunca consideré usarlas como transmisor, como medio para que pasara la energía. Pero ahora, me voy dando cuenta de que puedo intentar liberarla a través de mis manos, a través de mi piel. Y quizás,



si soy lo bastante fuerte, podría ser capaz de aprender a manipular el poder en el aire, obligándole a que se mueva como yo quiera.

Caer en la cuenta, renueva mi confianza. Me siento emocionada, deseosa de ver si mi teoría es correcta. Me preparo, vuelvo a sentir el fluir de una avalancha de energía. Tenso los hombros mientras la energía me cubre las manos, muñecas y antebrazos. Siento tanto calor, tanta intensidad, que parece que sea algo tangible; una energía que podría enredarse en mis dedos.

Aprieto los puños y tiro los brazos hacia atrás. Luego los llevo hacia delante al tiempo que abro las manos.

Silencio.

Abro a medias un ojo, echando un vistazo a la mancuerna que sigue en el mismo lugar.

Suspiro.

—¡ABAJO! —grita Kenji, tirándome hacia atrás y empujándome de cara contra el suelo.

Oigo que todo el mundo grita y se echa al suelo a nuestro alrededor. Estiro el cuello y veo que todos tienen las manos sobre las cabezas, con los rostros cubiertos, y trato de mirar a mi alrededor.

El pánico se apodera de mí desde la garganta.

La pared de roca se está agrietando en un centenar de trozos chirría y cruje al desmoronarse. Observo, horroriza cómo un trozo enorme y dentado tiembla y se separa de la pared.

Warner está de pie debajo.

Justo cuando estoy a punto de gritar lo veo mirar hacia arriba, con las manos extendidas hacia el caos. La pared deja de temblar de inmediato. Las piezas se quedan en suspenso, temblando ligeramente, a medio camino entre caer o recolocarse en su lugar.

Sigo boquiabierta.

Warner mira a su derecha. Asiente. Sigo su línea de visión y veo a Castle al otro lado, usando su energía para sostener el otro extremo. Juntos controlan las piezas que caen al sur lo, dejan que floten y colocan suavemente cada uno de los bloques rotos y pedazos dentados en lo que queda de pared.

Todos empiezan a levantar las cabezas, dándose cuenta de que algo ha cambiado. Nos ponemos de pie poco a poco y vemos, estupefactos, cómo Castle y Warner contienen el desastre y lo restringen a una sola zona. No se rompe nada más. Nadie está herido. Yo sigo mirando, con los ojos abiertos como platos.

Cuando el trabajo ha terminado finalmente, Warner y Castle hablan brevemente antes de irse en direcciones opuestas. Warner viene a buscarme. Castle va hacia los demás.

—¿Estás bien? —pregunta Warner. Su tono es formal, pero sus ojos lo delatan—. ¿No te has hecho daño?

Niego con la cabeza.

—Ha sido increíble.

—Yo no puedo atribuirme ningún mérito —dice—. Aproveché la energía de Castle.

—Pero eso se te da muy bien —le digo, olvidando por un momento que se supone que debemos estar enfadados. Acabas de darte cuenta de que tienes esta capacidad y ya puedes controlarla de forma natural. En cambio, cuando yo intento hacer algo, casi mato a todo el mundo. —Dejo caer la cabeza—. Soy la peor en todo —murmuro—. La peor.

—No te sientas mal —dice en voz baja—. Ya lo solucionarás.

—¿A ti te costó? —Miro hacia arriba, esperanzada. Encontrar la manera de controlar la energía.

—Bueno —dice él, sorprendido—. No, aunque yo siempre he sido muy bueno en todo lo que hago.

Bajo la cabeza de nuevo. Suspiro. Warner se ríe y alzo la vista. Está sonriendo.

—Nada —susurra.

Oigo un silbido agudo. Me giro.

—¡Eh, chica de las manos asesinas! —grita Kenji—. Vuelve aquí cagando leches. —Se empeña en parecer lo más molesto posible—. A trabajar. Y esta vez, concéntrate. No eres un mono. ¡No tires tu mierda por todas partes y te quedes tan ancha!

Warner se ríe en voz alta.

Lo miro y él está mirando hacia la pared, tratando de reprimir la risa mientras se pasa una mano por el pelo y por la parte posterior del cuello.

—Por lo menos alguien aprecia mi sentido del humor —dice Kenji, antes de tirarme del brazo—. Vamos, princesa. Intentémoslo otra vez, pero, por favor, intenta no matar a toda la gente de la sala.

## TREINTA Y NUEVE

Llevamos toda la semana practicando.

Estoy tan cansada que ni me mantengo en pie, pero he progresado más de lo que hubiese imaginado. Kenji sigue trabajando directamente conmigo y Castle supervisa mis progresos, pero todos los demás se pasan el rato entrenando con las diferentes máquinas.

Winston y Brendan parecen estar cada día más animados. Parecen estar más sanos y alegres, y el corte en la cara de Brendan está empezando a desaparecer. Estoy contentísima de su progreso y doblemente emocionada porque Delalieu pudo conseguir los medicamentos adecuados.

Ambos se pasan casi todos los días comiendo, dormitando y saltando de las bicicletas a la cinta de correr. Lily ha estado jugando un poco con todo y hoy hace ejercicios en una esquina con las pelotas terapéuticas. Ian ha estado levantando pesas y cuidando a Castle, y Alia se ha pasado toda la semana sentada en un rincón, dibujando cosas en una libreta. Parece más contenta, más adaptada. No puedo evitar preguntarme si Adam y James también estarán bien. Espero que estén a salvo.

Warner siempre se va durante el día.

De vez en cuando, echo un vistazo hacia las puertas del ascensor con la esperanza secreta de que se abran y lo de vuelvan a la sala. A veces pasa por aquí, se sube a la bici hace una breve carrera, pero normalmente no está.

Realmente, solo lo veo por las mañanas durante su entrena miento matutino y por las tardes cuando hace otra ronda de cardio. El final de la tarde es mi parte favorita del día Entonces los ocho nos sen tamos y hablamos sobre nuestro progresos. Winston y B rendan se están curando, yo estoy cada vez más fuerte y Warner nos cuenta si ha habido algún novedad sobre los civiles, los soldado o El Restablecimiento; por el momento, todo sigue tranquilo.

Y luego Warner y yo volvemos a su habitación, donde nos duchamos y nos vamos a habitaciones separadas. Yo duermo en su cama. Él duerme en el sofá de su oficina.

Todas las noches me digo a mí misma que seré lo suficientemente valiente como para llamar a su puerta, pero nunca lo he hecho.

Sigo sin saber qué decir.

Kenji me tira del pelo.

—¡Ay! —Tiro hacia atrás, con el ceño fruncido—. ¿Pero qué haces?

—Hoy te has dado un golpe muy fuerte con el dichoso palo.

—¿Cómo? Creía que habías dicho que lo estaba haciendo bien.

—Y es cierto, pero estás distraída. No dejas de mirar al ascensor como si estuviera a punto de concederte tres deseos.

—Bueno —refunfuño. Aparto la mirada—. Vale. Lo siento.

—No te disculpes —susurra. Frunce un poco el ceño—. Pero a ver, ¿qué demonios pasa entre vosotros? ¿O es mejor que no lo sepa?

Suspiro y me desplomo sobre las colchonetas.

—No tengo ni idea, Kenji. Es un indeciso. —Me encojo de hombros—. Supongo que no pasa nada, pero yo ahora necesito un poco de espacio.

—¿Pero te gusta? —Kenji levanta una ceja.

Me quedo callada. Siento que se me calienta la cara. Kenji pone los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? Realmente nunca me hubiese imaginado que Warner pudiera hacerte feliz.

—¿Parezco feliz? —replico.

—Buena pregunta. —Suspira—. Me refiero a que siempre parecías muy feliz con Kent. Me resulta un poco difícil de procesar. —Vacila. Se frota la frente—. Bueno, en realidad eras mucho más rarita cuando estabas con Kent. Súper quejica. Y dramática. Y llorabas. Todo. El. Santo. Día. —Tuerce la cara—. Dios. No sé cuál de las dos es peor.

—¿Crees que soy dramática? —le pregunto, con los ojos muy abiertos—. ¿Tú te has visto?

—¡Eh! Que yo no soy dramático. Es solo que mi presencia requiere un cierto tipo de atención.

Me río.

—¡Eh! —dice, señalándome—. Solo digo que yo ya no sé qué creer. Ya me he subido a este tiovivo. Primero Adam. Ahora Warner. La semana que viene vas a intentar liarte con migo.

—Ya te gustaría.

—Sí, sí —dice, mirando a otro lado—. No me gustas ni un poquito.

—Crees que soy guapa.

—Creo que deliras.

—Yo ni siquiera sé lo que es esto, Kenji. —Lo miro a los ojos—. Ese es el problema. No sé cómo explicarlo y no estoy segura de entenderlo por completo. Solo sé que, sea lo que sea, nunca lo sentí por Adam.

Los ojos de Kenji se juntan mostrando un gesto de sorpresa y miedo. Se queda un momento callado y, después, deja escapar un suspiro.

—¿En serio?

Asiento.

—¿De verdad de la buena?

—Sí —le digo—. Me siento muy... ligera. Como si pudiera... No sé. —Voy bajando la voz—. Es como si sintiera, por primera vez en la vida, que todo me va a ir bien, que voy a ser fuerte.

—Pero dicho así parece que sea solo cosa tuya —señala—, que no tenga nada que ver con Warner.

—Eso es cierto —le concedo—. Pero a veces las persona también pueden asfixiarnos. Y sé que Adam no tenía esa atención, pero lo hacía. Éramos dos personas tristes unidas.

—¿Cómo? —Kenji se apoya sobre las manos.

—Estar con Adam siempre se veía eclipsado por algún tipo de dolor o dificultad —explico—, y Adam siempre era muy serio. Era apasionado de una forma que a veces me resultaba agotadora. Siempre estábamos escondidos o escapando o huyendo, y nunca encontramos suficientes momentos ininterrumpidos para estar juntos.

Era casi como si el universo estuviera tratando de decirme que estaba poniendo demasiado empeño en que las cosas funcionaran con él.

—Kent no era tan malo, Jul. —Kenji frunce el ceño—. No lo estás valorando como se merece. Últimamente se ha comportado como un idiota, pero es un buen tío. Y lo sabes, pero está pasando por un momento realmente jodido.

—Lo sé —murmuro, sintiéndome triste por alguna razón—. Pero el mundo sigue desmoronándose y, aunque ganemos la guerra, todo empeorará aún más antes de empezar a mejorar. —Hago una pausa. Me miro las manos fijamente y creo que las personas nos volvemos quienes realmente somos cuando las cosas se ponen difíciles. Lo he vivido en primera persona. Conmigo misma, mis padres e incluso la sociedad. Y sí, Adam es un buen chico, de verdad, pero el hecho de ser un buen chico no lo convierte en el chico adecuado para mí.

Levanto la mirada.

—Ahora soy muy diferente. Yo ya no soy la persona adecuada para él y él no lo es para mí.

—Pero él todavía te quiere.

—No —le digo—. Él no me quiere.

—Esa es una acusación bastante dura.

—No es una acusación —le digo—. Un día Adam se dará cuenta de que lo que sentía por mí solo era una loca desesperación. Éramos dos personas que realmente necesitaban a alguien en quien apoyarse y teníamos un pasado que nos hizo creer que éramos compatibles. Pero no fue suficiente, porque, si lo fuera, yo no habría sido capaz de alejarme tan fácilmente. —Bajo la mirada, la voz—. Warner no me sedujo, Kenji No me raptó. Pero... yo llegué a un punto en que todo cambió para mí.

Todo lo que yo creía saber sobre Warner era erróneo. Todo lo que creía saber sobre mí era erróneo. Y yo sabía que estaba cambiando —le explico—. Quería seguir adelante, quería estar enfadada y quería gritar por primera vez en la vida y no podía. No quería que la gente me tuviera miedo, así que intenté callarme y desaparecer, con la esperanza de hacerlos sentir más cómodos. Pero odio haber sido tan pasiva toda mi vida y ahora veo que las cosas hubiesen sido muy distintas si hubiese confiado en mí misma cuando debía. No quiero volver a eso —le digo—. No lo haré. Jamás.

—No tienes por qué hacerlo —señala Kenji—. ¿Por qué tendrías que hacerlo? No creo que Kent quisiera que fueras pasiva.

Me encojo de hombros.

—Todavía me pregunto si lo que quiere es que sea la chica de la que se enamoró por primera vez, la persona que era cuando nos conocimos.

—¿Y eso es malo?

—Yo ya no soy esa, Kenji. ¿A ti todavía te parezco esa chica?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—No lo sabes —le digo, exasperada—. Y por eso no lo entiendes. Tú no sabes cómo era antes. No sabes cómo funcionaba mi cabeza. Vivía en un lugar muy sombrío —le cuento—. No me sentía segura ni en mi propia cabeza. Me despertaba cada mañana con la esperanza de haber muerto y luego me pasaba el resto del día preguntándome si lo estaba, porque no notaba la diferencia —le suelto más duramente de lo quería—. Tuve un pequeño halo de esperanza y me aferré a él, pero me pasé la mayor parte de la vida esperando a ver si alguien se apiadaba de mí.

Kenji me mira fijamente, con la mirada tensa.

—¿Crees que no me he dado cuenta —le digo, ya más acalorada— de que si me hubiese permitido a mí misma estar enfadada hace mucho tiempo, habría descubierto que te nía la fuerza para destrozar ese manicomio con las manos?

Kenji se estremece.

—¿Sabes que no puedo dejar de pensar en eso todo el tiempo? —le pregunto, con voz temblorosa—. ¿Sabes que me mata saber que fue mi propia falta de voluntad para conocerme a mí misma como ser humano lo que me mantuvo atrapada durante tanto tiempo? Durante doscientos sesenta y cuatro días, Kenji —digo, tragando saliva—. Estuve ahí doscientos sesenta y cuatro días y, durante todo ese tiempo, tuve el poder de liberarme y no lo hice, porque no tenía ni idea de que pudiera. Porque ni siquiera lo intenté. Porque dejé que el mundo me enseñara a odiarme a mí misma. Fui una cobarde que necesitó que alguien le dijera que valía algo antes de dar algún paso para salvarse.

»No se trata de Adam o de Warner —intento aclararle—. Se trata de mí y de lo que quiero, de que por fin sepa dónde quiero verme en diez años. Porque estaré viva, Kenji. En diez años estaré viva y seré feliz, seré fuerte. Y ya no necesito que nadie me lo diga. Me basto por mí misma y siempre será así.

Respiro con dificultad, tratando de aliviar a mi corazón. Kenji me mira fijamente, ligeramente aterrorizado.

—Quiero que Adam sea feliz, Kenji, de verdad, pero él y yo terminaríamos como el agua que no va a ninguna parte.

—¿A qué te refieres?

—Como agua estancada —explico—. Está bien durante un tiempo. Puedes beberla y te sustentará, pero si se asienta demasiado tiempo se pone mala, se vicia, se vuelve tóxica. —Niego con la cabeza—. Yo necesito olas. Necesito cascadas. Quiero corrientes.

—Joder —dice Kenji. Deja escapar una risa nerviosa y se rasca la parte posterior de la cabeza—. Creo que deberías anotarte este discurso, princesa, porque vas a tener que contarle todo eso tú misma.

—¿Cómo? —Mi cuerpo se pone rígido.

—Sí —tose—. Adam y James van a venir mañana.

—¿Qué? —digo con la voz entrecortada.

—Sí. Qué incómodo, ¿no? —Trata de reírse—. Muy incómodo.

—¿Por qué? ¿Y por qué iba a venir aquí? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno... eh... es que he ido volviendo, digamos... —Se aclara la garganta—. Para, pues eso, irles controlando. Sobre todo a James, pero ya

sabes. —Aparta la mirada y observa a su alrededor.

—¿Para controlarlos?

—Sí, solo para asegurarme de que están bien. —Asiente con la mirada ausente—. Bueno, le dije que teníamos un plan impresionante —dice Kenji, señalándome—. Gracias a ti, por supuesto. Un plan impresionante y eso. Y le dije que la comida era buena —añade Kenji—. Y las duchas calientes.

Para que viera que Warner no racaneó ni nada parecido. Y bueno, pues eso, cosas así.

—¿Qué otras cosas? —le pregunto, sospechosa—. ¿Qué le dijiste?

—Mmm... —Kenji observa con atención el dobladillo de su camisa y va tirando de ella.

—Kenji.

—Bueno, a ver —dice Kenji, levantando ambas manos—. Pero no te enfades, ¿vale?

—Ya me estoy enfadando.

—Ahí iban a morir. No podía dejar que se quedaran en esa casita de mierda solos, sobre todo James, y menos ahora que tenemos un plan sólido.

—¿Qué le dijiste, Kenji? —Se me está agotando la paciencia.

—Puede... —dice, retrocediendo— puede que le dijera que eres una persona calmada, racional y *muy simpática a quien no le gusta hacer daño a la gente, especialmente a su atractivo amigo Kenji*.

—Maldita sea Kenji, dime lo que le dijiste.

—Necesito dos metros —dice.

—¿Cómo?

—Dos metros. De separación —dice—. Entre nosotros.

—Te daré dos centímetros.

Kenji traga saliva con dificultad.

—Bueno, a ver, puede... —dice— puede que le dijera que... eh... lo echas de menos. Mucho.

Casi salgo despedida hacia atrás, aturdida por el impacto de sus palabras.

—¿Que hiciste qué? Mi voz se convierte en un susurro.

—Era la única forma que tenía de que viniera, ¿vale? Yo pensaba que estabas enamorada de Warner y es tan orgulloso.

—¿Pero a ti qué te pasa? —grito—. ¡Se van a matar uno al otro!

—Podría ser su oportunidad de reconciliarse —dice Kenji—. Y entonces podemos ser todos amigos, como tú querías.

—Oh, Dios mío —digo, tapándome los ojos con la mano—. ¿Estás mal de la cabeza? ¿Por qué lo has hecho? ¡Tendré que volver a romperle el corazón!



—Bueno, a ver... yo había pensado que quizás podrías hacer ver que no estás interesada en Warner. ¿Solo hasta que termine la guerra? Porque eso haría que todo fuera un poco menos estresante y así todos nos llevaríamos bien, y Adam y lames no morirían por ahí solos. Eso. Un final feliz.

Estoy tan enfadada en estos momentos que no dejo de temblar.

—Le dijiste algo más, ¿no? —le pregunto, achinando los ojos—. Le dijiste algo más sobre mí. ¿No es cierto?

—¿Cómo? —Kenji va moviéndose hacia atrás—. Yo no...

—¿Eso es todo lo que le dijiste? —le exijo—. ¿Que lo echaba de menos? ¿O también le dijiste algo más?

—Oh, bueno, ahora que lo dices, sí, bueno, puede que le dijera... ¿que sigues enamorada de él?

Mi cerebro grita.

—Y que ¿no parabas de hablar de él? Y quizás le dijera que lloras a todas horas de lo mucho que lo echas de menos. Quizás. No sé, hablamos de muchas cosas, así que...

—Te voy a ASESINAR.

—No —dice, señalándome mientras vuelve a retroceder—. Eso está mal, Juliette. A ti no te gusta matar a nadie, ¿recuerdas? Estás en contra de eso, ¿recuerdas? A ti te gusta hablar de sentimientos y arcoíris...

—¿Por qué, Kenji? —Apoyo la cabeza entre las manos—. ¿Por qué? ¿Por qué le mentiste?

—¡Porque esto es una mierda! —grita, frustrado—. Ya se está muriendo todo la gente en este mundo. Todos han perdido sus hogares, sus familias... todo lo que querían. Y tú y Kent deberíais ser capaces de resolver vuestro estúpido drama de colegio como adultos. No deberíamos tener que perdernos los unos a los otros de esta forma. Ya hemos perdido a todos los demás. Ellos están vivos, Jul. Aún están vivos. —Me mira, con los ojos brillantes sin apenas contener la emoción—. Para un es una razón suficiente para tratar de mantenerlos en mi vida. —Aparta la mirada y baja la voz—. Por favor —dice — todo este asunto es una mierda. Me siento como un niño atrapado en medio de un divorcio y no era mi intención mentirle, ¿vale? De verdad. Pero por lo menos lo convencí de que viniera y, tal vez, cuando venga, quiera quedarse.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Cuándo van a llegar?

Kenji tarda un poco en respirar.

—Los iré a buscar por la mañana.

—Sabes que se lo voy a contar a Warner, ¿verdad? Sabes que no puedes tenerlos aquí haciéndolos invisibles.

—Ya lo sé —dice.

—Está bien. —Estoy tan furiosa que ya no sé qué más decir. Ni siquiera puedo mirarle.

—Entonces... —dice Kenji—. Bonita conversación, ¿no?

Me doy la vuelta. Mi voz suena mortalmente suave y tengo la cara a unos pocos centímetros de la suya.

—Si se matan —le digo— te voy a romper el cuello.

—Vaya, vaya, princesa. ¿Cuándo empezaste a ser tan vio lenta?

—No estoy bromeando, Kenji. Ya intentaron matarse y casi lo consiguieron. Espero que no olvidaras ese detalle cuando estabas montando tus planes del arcoíris feliz —le agunto la mirada—. Esta no es la historia de dos chicos que no se caen bien. Quieren ver muerto al otro.

Kenji suspira. Mira hacia la pared.

—Todo irá bien —dice—. Ya lo arreglaremos.

—No —le digo—. Tú lo arreglarás.

—¿Por qué no puedes intentar comprender mi punto de vista? —pregunta—. ¿No ves que es mucho mejor que estemos todos juntos? No queda nadie, Jul, solo nosotros. No tenemos por qué sufrir solo porque tú y Kent ya no estéis liados. No deberíamos vivir así.

Cierro los ojos. Suspiro profundamente y trato de calmarme.

—Ya lo sé —le digo en voz baja—. Se lo que intentas, de verdad, y te quiero por querer que todos estemos bien, y te quiero porque estás pendiente de mí y porque te gustaría que Adam y yo volviéramos a estar juntos. Sé lo mal que lo estás pasando en estos momentos. Y lo siento mucho, Kenji, de verdad. Sé que no es fácil para ti, pero también es exactamente por eso por lo que no entiendo por qué fuerzas que estén los dos juntos. Quieres meterlos en la misma sala, en un espacio cerrado. Creía que no querías que murieran.

—Creo que estás siendo un poco pesimista.

—¡Maldita sea, Kenji! —Agito el brazo, exasperada, y no me doy cuenta de lo que he hecho hasta que oigo un estruendo. Miro hacia el sonido. He derribado un estante lleno de pesas desde el otro lado de la sala.

Soy una catástrofe andante.

—Necesito tranquilizarme —le digo, tratando de moderar la voz—. Volveré para raparte la cabeza cuando estés dormido.

Kenji parece verdaderamente aterrorizado por primera vez.

—No te atreverías.

Me dirijo hacia la pared opuesta y pulso el botón del ascensor.  
—Tienes el sueño profundo, ¿verdad?  
—No me hace gracia, Jul. No me hace ninguna gracia.  
El ascensor se abre con un sonido metálico. Doy un paso hacia dentro.  
—Buenas noches, Kenji.  
Sigo escuchándole gritar mientras las puertas se cierran.

## CUARENTA

Al volver a la habitación, Warner está en la ducha.

Echo un vistazo al reloj. Sobre esta hora él iría hacia la sala de entrenamiento; normalmente lo veo allí por la noche.

En lugar de eso, caigo de bruces sobre la cama. No sé que voy a hacer.

Adam aparecerá por aquí mañana pensando que todavía quiero estar con él. Yo no quiero tener que alejarme otra vez y ver el dolor en sus ojos. No quiero hacerle daño, de verdad, nunca he querido.

Voy a matar a Kenji.

Metó la cabeza debajo de las almohadas, las apilo sobre mí y las aprieto contra mis oídos hasta sentir que he me aisló del mundo. Ahora mismo no quiero pensar en esto. De todo el tiempo que tengo para pensar, ahora no. ¿Por qué todo tiene que ser siempre tan complicado? *¿Por qué?*

Noto una mano sobre la espalda.

Me levanto de golpe. Las almohadas vuelan por todas partes y me sobresalto tan tontamente que me caigo de la cama. Una almohada cae y me golpea en la cara. Refunfuño, agarrando la almohada contra el pecho. Aprieto la frente contra el suave cojín y cierro los ojos con fuerza. Nunca había tenido tanto dolor de cabeza.

—¿Juliette? —Una voz tímida—. ¿Estás bien?

Bajo la almohada. Pestaño. Warner lleva una toalla.

Una toalla.

Quiero meterme debajo de la cama rodando.

—Adam y James van a venir mañana —le digo repentinamente.

Se lo suelto así, tal cual.

Warner levanta las cejas.

—No sabía que habían recibido una invitación.

—Kenji los va a traer aquí. Ha estado saliendo a escondidas para controlarlos y ahora los va a traer aquí. Mañana por la mañana.

El rostro de Warner es neutro; su voz sincera. Podría estar hablando sobre el color de las paredes.

—Pensaba que ya no estaba interesado en unirse a vuestra resistencia.

Por un momento, me parece imposible seguir tirada en el suelo, agarrando una almohada contra el pecho, mirando a Warner, que solo lleva una toalla. No puede tomarme en serio.

—Kenji le dijo a Adam que sigo enamorada de él.

Toma.

Un destello de ira. Aparece y se va. Los ojos de Warner incitan chispas y se disipan. Mira hacia la pared, quedándose un momento en silencio.

—Entiendo. —Su voz parece tranquila y controlada.

—El sabía que era la única manera de conseguir que Adam viniera.

Warner se queda callado.

—Pero ya sabes que no, que no estoy enamorada de él. —Me sorprende la facilidad con que las palabras salen de mis labios y aún más la necesidad que siento de decirlas en voz alta, de tranquilizar a Warner—. Me preocupo por Adam de la misma manera en que siempre voy a preocuparme por las demás personas que me han demostrado ser buenas conmigo en la vida, pero todo lo demás se ha acabado.

—Comprendo —dice.

No le creo.

—¿Y entonces, qué quieres hacer? —le pregunto—. ¿Con lo de mañana? ¿Y con Adam? ¿Qué crees que debería hacer?

Suspiro.

—Voy a tener que hablar con él. Voy a tener que romperle por tercera vez —le digo, refunfuñando de nuevo—. ¡Es una tontería tan grande...! —le digo, abrazando la almohada contra mi cara—. ¡Tan grande...!

Dejo caer la almohada y suelto los brazos a los lados, para cuando vuelvo a mirar hacia arriba, Warner se ha ido.

Me incorporo, atenta, y echo un vistazo a mi alrededor.

Está en la esquina, poniéndose un pantalón. Trato de no mirarlo al volver a subir a la cama.

Me quito los zapatos y me hundo bajo las mantas, hurgando entre las almohadas hasta que mi cabeza queda enterrada debajo. Noto un cambio de peso en la cama y eso me hace pensar que Warner debe de estar sentado a mi lado. Me quita una de las almohadas de la cabeza y se recuesta. Nuestras narices están a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Ya no lo quieres de verdad? —me pregunta.

Mi corazón vuelve a detenerse. Mi voz parece estúpida.

—¿Románticamente?

Asiente.

—No.

—¿No sientes atracción por él?

—Siento atracción por ti.

—Hablo en serio —dice.

—Yo también.

Warner sigue mirándome. Pestañea una vez.

—¿No me crees? —le pregunto.

Mira hacia otro lado.

—¿No lo sabes? —le pregunto—. ¿No lo notas?

O estoy perdiendo la cabeza, o Warner se ha sonrojado.

—Te fías demasiado de mí, querida. —Fija los ojos en la manta y habla con palabras suaves—. Te voy a decepcionar. Soy, todo yo, el humano defectuoso que tú no crees que soy.

Me incorporo. Lo miro de cerca.

—Eres tan diferente... —le susurro—. Tan diferente y exactamente el mismo...

—¿A qué te refieres?

—Ahora eres muy dulce. Muy... calmado —le digo Mucho más que antes.

Se queda callado mucho rato y luego se levanta. Dice con tono seco:

—Sí, bueno, estoy seguro de que tú y Kishimoto encontraréis una manera de arreglar la situación. Discúlpame dice con tono seco.

Y se va. Otra vez.

Ya no sé qué pensar de él.

## CUARENTA Y UNO

Adam ya ha llegado.

Warner no mostró interés alguno en ocuparse de los nuevos visitantes. Conseguí hablar con él y que me dijera que, en cualquier caso, no tiene ninguna opinión sobre Adam. Así que se ha dedicado a sus tareas y se ha saltado el entrenamiento matutino.

Y ahora yo estoy aquí.

Acabo de salir del ascensor y el sonido que señala la apertura de las puertas ha alertado a todo el mundo de mi presencia. Adam estaba de pie en una esquina, hablando con James. Me está mirando.

Es extraño lo que siento al mirarle ahora. No siento ninguna emoción extrema. Ni un exceso de felicidad o de tristeza. Me siento totalmente normal. Ni molesta ni contentísima. Su rostro me resulta familiar; su cuerpo, también. Su mirada vacilante cuando me mira, también. Es muy extraño que pueda pasarse de la amistad a ser inseparables, para pasar al odio y después a la naturalidad, todo en una misma vida.

—Hola —le digo.

—Hola —aparta la mirada.

—Hola, James —sonrío.

—¡Hola! —Me saluda con la mano, animado. Está junto a Adam, con los ojos iluminados, claramente encantado de volver a estar con nosotros—. Este sitio mola.

—Sí —coincido—. ¿Ya te has duchado? Aquí hay agua caliente.

—Bueno, vale —dice, con timidez—. Kenji ya me lo dijo.

—¿Por qué no os laváis? Delalieu nos traerá la comida pronto. Seguro que Brendan puede enseñarte el vestuario y donde dejar tus cosas. Aquí vas a tener tu propia taquilla —le digo, mirando a Brendan al mismo tiempo. Él asiente con la cabeza al captar la indirecta y se levanta de inmediato.

—¿De verdad? —dice James—. ¡Qué guay! ¿Entonces nos traen la comida? ¿Y puedes ducharte cuando quieras? ¿Hay toque de queda?

—Sí, sí y no —le responde Brendan. Coge a James de la mano y agarra su bolsita—. Podemos quedarnos despiertos hasta la hora que queramos —le dice—. Quizás después de la cena te enseñe cómo utilizar las bicicletas de aquí.

Su voz se va convirtiendo en un eco a medida que James y él se alejan hacia el vestuario.

Cuando James se ha ido, todo el mundo parece dar un respiro.

Reúno todas mis fuerzas. Doy un paso adelante.

—Lo siento mucho —dice Adam primero, cruzando la sala a mi encuentro—. No tienes ni idea...

—Adam —lo interrumpo, ansiosa, nerviosa. Tengo que decirlo y tiene que ser ahora—. Kenji te mintió.

Adam se detiene. Se queda inmóvil.

—No he estado llorando por ti —le digo, preguntándome si es posible darle este tipo de información sin humillarlo ni romperle el corazón. Me siento como un monstruo—. Y estoy contentísima de que es tés aquí, pero no creo que debamos volver a estar juntos.

—Oh —dice. Se balancea sobre los talones. Baja la mirada y se pasa las dos manos por el pelo—. Vale.

Por el rabillo del ojo, veo que Kenji me está mirando. Está agitando la mano, tratando de llamar mi atención, pero sigo demasiado enfadada con él. No quiero hablar con él hasta que haya arreglado todo esto.

—Adam —le digo—, lo siento...

—No —dice él, levantando una mano para detenerme. Parece como aturdido. Raro—. No pasa nada. De verdad. Ya sabía que ibas a decirme eso. —Se ríe un poco, pero torpemente—. Supongo que pensaba que saberlo de antemano haría que me doliera mucho menos que un puñetazo en el estómago. —Se encoge—. Pero no, sigue doliendo un montón. —Se apoya contra la pared y se desliza hacia el suelo.

No me mira.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunto—. ¿Cómo sabías lo que iba a decirte?

—Se lo conté antes de que llegaras —dice Kenji, dando un paso adelante. Me lanza una mirada penetrante—. Me he sincerado. Le he explicado lo que hablamos ayer. Todo lo que dijiste.

—¿Y cómo es que sigue aquí? —pregunto, estupefacta. Me giro hacia Adam—. Creía que habías dicho que no querías volver a verme.

—Nunca debí haber dicho eso —Adam sigue mirando al suelo.

—Y entonces... ¿todo bien? —le pregunto—. ¿Con Warner?



Adam me mira con asco, cambiando radicalmente en un segundo.

—¿Te has vuelto loca? Ojalá pudiera atravesar una pared ion su cabeza.

—¿Entonces por qué sigues aquí? —le vuelvo a preguntar—. No lo entiendo.

—Porque no quiero morir —me dice—. Porque me he estado devanando los sesos tratando de averiguar cómo alimentar a mi hermano y he llegado a una conclusión nula. Porque fuera hace un frío de cojones y él tiene hambre, y porque pronto nos van a cortar la electricidad —Adam respira con dificultad—. No sabía qué más hacer. Así que ahora estoy aquí, con el orgullo tirado a la basura, con la esperanza de poder quedarme en la casa de soltero del nuevo novio de mi ex novia, y tengo ganas de suicidarme —traga saliva—. Pero puedo soportarlo si eso significa que James estará a salvo. Pero en estos momentos sigo esperando a que el capullo de tu novio venga e intente matarme.

—Él no es mi novio —le digo en voz baja—. Y no va a matarte. Le da lo mismo que estés aquí.

Adam se ríe a carcajadas.

—No seas mentirosa —dice.

—Hablo en serio.

Adam se pone de pie. Estudia mis ojos.

—¿Me estás diciendo que puedo quedarme aquí, en su habitación, y comer su comida, y que él me va a dejar sin más? —Adam tiene los ojos como platos, incrédulo—. Sigues sin entender a este tío. No funciona de la forma que crees, Juliette. No piensa como un ser humano normal. Es un puto sociópata y estás loca de remate si crees que está bien estar con alguien así.

Me estremezco, herida.

—Ten mucho cuidado con cómo me hablas, Adam. No voy a tolerar que me vuelvas a insultar.

—No puedo creerlo —dice—. No puedo creer que puedas estar aquí tratándome de esta manera. —Su rostro se retuerce en una mueca para nada atractiva.

Ira.

—No intento hacerte daño.

—¡Quizás deberías haberlo pensado antes de correr a los brazos de un psicópata!

—Tranquilito, Kent. —Oigo la advertencia de Kenji des de una esquina de la sala—. Creía que habías dicho que ibas a estar calmadito.

—Lo estoy —dice, alzando la voz, con ojos airados—. Soy un santo bendito. No conozco a nadie que pudiera ser más generoso de lo que estoy siendo —me vuelve a mirar—. Me estuviste mintiendo todo el tiempo que estuvimos juntos. Me estabas engañando.

—No, no es verdad.

—Estas cosas no pasan de la noche a la mañana —grita—. No te enamoras de alguien así.

—Ya está bien, Adam. No voy a volver con estas. Eres bienvenido aquí —le digo—, sobre todo por el bien de James, pero no puedes venir aquí e insultarme. No tienes ningún derecho a hacerlo.

Adam tensa la mandíbula. Coge sus cosas e irrumpe en el vestuario.

## CUARENTA Y DOS

—Te voy a matar.

—Cuando fui a visitarlo no estaba así —me dice Kenji—. Te lo juro. Estaba bien; estaba triste.

—Sí, bueno, está claro que verme no le trae buenos recuerdos.

Kenji suspira. Mira hacia otro lado.

—Lo siento mucho —dice—, lo juro, pero no estaba mintiendo, Jul. La última vez que fui allí casi no les quedaba nada. Kent me dijo que la mitad de sus provisiones estaban en mal estado porque no se dio cuenta de que la explosión había roto algunos de los estantes de su trastero. Algunos de los frascos se habían agrietado y había roedores comiéndose las cosas. Y estaban ahí solos. Hace un frío del copón y no tienes ni idea de lo deprimente que era verlos así. Y James...

—Ya lo he entendido, Kenji. —Dejo escapar un suspiro. Me siento en el suelo—. De verdad.

Miro hacia arriba y a mí alrededor. Todos están ocupados con algún tipo de tarea: correr, hacer bocetos, entrenar o levantar pesas. Creo que todos estamos cansados de este drama. Nadie quiere volver a lidiar con él.

Kenji se sienta frente a mí.

—No puede seguir tratándome así —digo finalmente—. Y no voy a tener la misma conversación con él una y otra vez. —Levanto la mirada—. Tú lo trajiste aquí. Es tu responsabilidad. Nos quedan tres semanas para iniciar el plan y ya estamos muy cerca. Tengo que poder venir aquí y entrenar todos los días, y no quiero tener que preocuparme de que pierda los papeles conmigo.

—Ya lo sé —dice—. Lo sé.

—Bien.

—Y... ¿hablabas en serio? —pregunta Kenji—. ¿Cuándo dijiste que a Warner no le importa que esté aquí?

—Sí. ¿Por qué?

Kenji levanta las cejas.

—Es... raro.

—Algún día —le digo— te darás cuenta de que Warner no está tan loco como te crees.

—Sí —dice Kenji—. O quizás algún día seamos capaces de reprogramar ese chip en tu cabeza.

—Cállate —me río y lo empujo un poco.

—Está bien. Arriba. Vamos Es hora de trabajar.

## CUARENTA Y TRES

Alia me ha diseñado un nuevo traje.

Estamos sentados en las colchonetas como hacemos todas las noches y, en este momento, Alia nos está mostrando sus diseños. Nunca la había visto tan animada.

Se siente más segura hablando sobre el contenido de su cuaderno de bocetos que sobre el tiempo. Habla rápido y fluidamente, describiendo los detalles y las dimensiones, e incluso hace esbozos de los materiales que necesitaremos para poder hacerlos.

Está hecho de carbono. Fibras de carbono, para ser precisos. Nos explicó que las fibras de carbono son tan rígidas abrasivas que van a tener que pegarse con algo muy flexible para poder usarse como traje, así que está pensando en experimentar con diferentes materiales. Algo sobre polímeros y no sé qué sintético, y un montón de otras palabras que no he entendido. Los dibujos muestran que las fibras de carbono se tejen literalmente, creando un material resistente y ligero que servirá como una base más sólida para lo que necesito.

Se inspiró en los refuerzos para los nudillos que me hizo.

Dijo que originalmente quiso que el traje estuviera hecho de miles de piezas de bronce de cañón, pero que luego se dio cuenta de que nunca tendría las herramientas necesarias para hacer que las piezas fueran tan delgadas como le hubiera gustado y, por lo tanto, el traje sería demasiado pesado. Pero lo que dice suena igualmente increíble.

—Va a complementar y mejorar tu fuerza —me está contando—. Las fibras de carbono te proporcionarán un nivel de protección más alto; no se dañan con facilidad, así que podrás moverte más libremente por diferentes terrenos. Y cuando estés en un ambiente peligroso, debes acordarte de mantener un estado de *electricum* permanente; de esa manera, tu cuerpo será prácticamente indestructible —prosigue.

—¿Qué quieres decir con eso? —La miro a ella y después a Castle en busca de aclaración—. ¿Cómo puede ser eso posible?

—Porque —explica Alia—, de la misma manera en que puedes atravesar hormigón sin hacerte daño, también deberías ser capaz de aguantar un ataque de bala, por ejemplo, sin hacerte daño. —Sonríe—. Tus poderes te hacen invencible.

¡Vaya!

—Este traje es, más que nada, una precaución —prosigue—. Ya hemos visto en el pasado que, en realidad, puedes dañarte la piel si no tienes un control absoluto de tu poder. Cuando rompiste el suelo en las salas de investigación —dice—, pensamos que lo que te lesionó fue la magnitud del acto, pero, después de examinar la situación y tus habilidades más a fondo, Castle y yo vimos que esta deducción era inexacta.

—Nuestras energías nunca son incoherentes —interviene Castle, aprobando lo que dice Alia—. Siguen un patrón de una precisión casi matemática. Si no se hace daño al atravesar una pared de hormigón, no tiene sentido que pueda hacérselo al romper el suelo, y que, al romper el suelo por segunda vez, salga ilesa —me mira—. Sus heridas están relacionadas con el dominio de su habilidad. Si alguna vez sale del estado de *electricum*, aunque desconecte por un momento, será vulnerable. Recuerde que debe estar conectada en todo momento. Si lo hace, no podrán derrotarla.

—¡Te odio tanto ahora mismo! —murmura Kenji por bajo—. Para invencibles, mis cojones.

—¿Celoso? —Le sonrío.

—No puedo ni mirarte.

—No deberías estar sorprendida. —Warner acaba de entrar.

Me giro y veo que se dirige hacia el grupo, sonriendo transitoriamente a nadie en particular. Se sienta frente a mí y me mira a los ojos.

—Yo siempre he sabido que tus poderes, una vez dominados, serían inigualables.

Trato de respirar.

Warner finalmente rompe el contacto visual conmigo y echa un vistazo alrededor de la habitación.

—Buenas noches a todos —dice. Saluda a Castle con la cabeza, una forma especial de reconocimiento.

Adam tiene su propia forma especial de reconocimiento. Está mirando a Warner con un intenso odio desenmascarado, como si realmente quisiera asesinarlo y, de repente, me siento más nerviosa de lo que estado en todo el día. Miro a Adam y a Warner una y otra vez y no sé qué hacer. No sé si está a

punto de pasar algo y tengo tantas ganas de que todo pase de forma civilizada que...

—Hola —dice James, tan fuerte que nos sobresalta a todos. Está mirando a Warner—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Warner levanta una ceja.

—Vivo aquí.

—¿Esta es tu casa? —pregunta James.

Extraño. Me pregunto qué le contaron Adam y Kenji sobre adonde iban a ir.

Warner asiente.

—En cierto modo, sí —dice—. Es como mi casa. Yo vivo arriba.

—¡Qué guay! —dice James, sonriendo—. Este lugar es muy guay —frunce el ceño—. Eh, pero yo pensaba que teníamos que odiarte.

—James —dice Adam, lanzándole a su hermano una mirada de advertencia.

—¿Qué? —pregunta James.

—Eres libre de odiarme —dice Warner—. Si quieres. No mi importa.

—Pues debería importarte —dice James, sorprendido—. A mi me molestaría mucho que alguien me odiara.

—Eres joven.

—Casi tengo doce años —le dice James.

Me dijeron que tenías diez.

Le he dicho que *casi* tengo doce —James pone los ojos en blanco—. ¿Cuántos años tienes tú?

Todo el mundo está mirando, escuchando. Están demasiado fascinados como para apartar la mirada.

Warner examina a James. Se toma su tiempo para responder.

—Tengo diecinueve años.

James tiene los ojos como platos.

—Solo eres un año mayor que Adam —dice—. ¿Cómo es que tienes tantas cosas bonitas si solo eres un año mayor que Adam? No conozco a nadie de tu edad que tenga cosas bonitas.

Warner me mira, mira a James y sus ojos vuelven a mí.

—¿Hay algo que quieras añadir a esta conversación, querida?

Muevo la cabeza. Sonriendo.

—¿Por qué la llamas «querida»? —pregunta James—. Ya te lo había oído decir antes. Mucho. ¿Estás enamorado de ella? Creo que Adam sí lo está. Pero Kenji no está enamorado de ella. Ya se lo he preguntado.

Warner pestañea.

—¿Y? —pregunta James.

—Y, ¿qué?

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Y tú estás enamorado de ella?

—¿Qué? —James se sonroja—. No. Ella es como un millón de años mayor que yo.

—¿Alguien quiere hacerse cargo de esta conversación? —pide Warner, mirando al grupo.

—No has respondido a mi pregunta —dice James—. Sobre por qué tienes tantas cosas. No intento ser grosero, de verdad, solo tengo curiosidad. Nunca me había dado una ducha con agua caliente y tienes muchísima comida. Tiene que ser una pasada tener tanta comida siempre.

Warner se estremece, inesperadamente. Mira a James con más atención.

—No —dice lentamente—. Tener comida y agua caliente siempre no es algo espantoso.

—¿Entonces vas a responder a mi pregunta? ¿Sobre di dónde has sacado todo esto?

Warner suspira.

—Soy el comandante y regente del Sector 45 —responde—. Estamos en una base militar y mi trabajo consiste en supervisar a nuestros soldados y a todos los civiles que viven en las instalaciones adjuntas. Me pagan por vivir aquí.

—¡Vaya! —James se pone pálido un momento. De repente, parece inhumanamente aterrorizado—. ¿Trabajas para el Restablecimiento?

—Eh, tranquilo, chico —le dice Kenji a James—. Aquí estás a salvo, ¿vale? Nadie va a hacerte daño.

—Este es el tipo de persona que te gusta, ¿no? —me grita Adam—. ¿El perfil de tío que aterroriza a los niños?

—Me alegro de volver a verte, Kent —Warner está mirando a Adam—. ¿Estás disfrutando de tu estancia?

Adam parece estar luchando contra el impulso de decir un sinfín de cosas desagradables.

—¿Así que realmente trabajas para ellos? —vuelve a preguntar James a Warner, con un hilo de voz y los ojos fijos en el rostro de Warner. Tiembla tanto que se me parte el corazón—. ¿Trabajas para el Restablecimiento?

Warner vacila. Mira hacia otro lado y lo vuelve a mirar.

—Teóricamente sí.



—¿Qué quieres decir? —pregunta James.

Warner se mira las manos.

—¿Qué quieres decir con teóricamente? —pide James.

—¿Lo preguntas porque necesitas una aclaración? —asumirá Warner—. ¿O porque no sabes qué significa la palabra «teóricamente»?

James vacila, pasando del pánico a la frustración por un momento. Arruga la cara, molesto.

—Vale. ¿Qué significa teóricamente?

—Teóricamente —dice Warner— se supone que trabajo para el Restablecimiento, pero, obviamente, ya que acojo a un grupo de rebeldes en esta base militar que es propiedad del gobierno, nada menos que en mis aposentos privados, y mantengo a dichos rebeldes para que puedan derrocar a nuestro actual régimen, yo diría que no. No trabajo exactamente para el Restablecimiento. He cometido traición —le dice a James—, un delito que se castiga con la muerte.

James se le queda mirando un largo rato.

—¿Eso es lo que significa teóricamente?

Warner mira a la pared. Suspira de nuevo. Contengo la risa.

—A ver, espera, entonces tú no eres el malo de la película —dice James de repente—. Estás de nuestro lado, ¿no?

Warner se gira lentamente para encontrarse con los ojos de James. Se queda callado.

—¿Eh? —pregunta James, impaciente—. ¿No estás de nuestro lado?

Warner pestañea dos veces.

—Eso parece —dice, como si apenas pudiera creer lo que está diciendo.

—Tal vez deberíamos volver a los trajes —interviene Castle. Está mirando a Warner, con una sonrisa triunfal. Alia ha pasado mucho tiempo diseñándolo y sé que tiene más información que compartir.

—Sí —dice Kenji, emocionado—. Es una pasada, Ali. Quiero uno. ¿Puedes hacerme uno?

Me pregunto si seré la única persona que se da cuenta que a Warner le tiemblan las manos.

## CUARENTA Y CUATRO

—Golpéame.

Warner está justo frente a mí, con la cabeza inclinada hacia un lado. Todos nos están mirando.

Niego con la cabeza, rápidamente.

—No tengas miedo, querida —me dice—. Solo quiero que lo intentes.

Tiene los brazos colgando a los costados. Su postura es relajada. Hoy es sábado por la mañana, lo que significa que nene libres las horas de su rutina de entrenamiento diario. Y ha decidido emplearlas trabajando conmigo.

Niego con la cabeza de nuevo.

Se ríe.

—Tu entrenamiento con Kenji está bien —dice—, pero esto es igual de importante. Tienes que aprender a pelear, tienes que ser capaz de defenderte.

—Pero puedo hacerlo —le digo—. Soy fuerte.

—Tener fuerza es excelente —dice—, pero no vale para nada sin técnica. Si pueden vencerte, no eres lo bastante fuerte.

—No creo que pudieran vencerme —le digo—. En serio.

—Admiro tu confianza.

—A ver, es verdad.

—Cuando conociste a mi padre por primera vez —dice— ¿no te derrotaron al principio?

Se me hiela la sangre.

—Y cuando te dispusiste a luchar cuando me fui del Punto Omega —sigue—, ¿no te volvieron a derrotar?

Aprieto los puños.

E incluso después de haber sido capturada —añade en voz baja—, ¿no fue mi padre capaz de dominarte una vez más?

Dejo caer la cabeza.

—Quiero que seas capaz de defenderte —dice Warner, con voz suave—. Que aprendas a luchar. Kenji tenía razón el otro día al decir que no puedes ir por ahí lanzando tu energía por todas partes. Tienes que ser capaz de

proyectar con precisión. Tus movimientos siempre deben ser deliberados. Tienes que ser capaz de anticiparte a tu oponente de todas las formas posibles, tanto mental como físicamente. La fuerza es solo el primer paso.

Levanto la vista, lo miró a los ojos.

—Y ahora, golpéame —dice.

—No sé cómo —admito por fin, avergonzada.

Intenta contener la risa con todas sus fuerzas.

—¿Estás buscando voluntarios? —oigo preguntar a Ken ji. Se acerca un poco más—. Porque yo te pegaría una paliza con mucho gusto si Juliette no está interesada.

—¡Kenji! —grito, dándome la vuelta.

—¿Qué?

—Vamos, querida —me dice Warner. Ha ignorado el comentario de Kenji y me mira como si no hubiese nadie más en la sala—. Quiero que lo intentes. Usa tu fuerza, aprovecha toda la potencia que tienes y, luego, golpéame.

—Me temo que voy a hacerte daño.

Warner se ríe de nuevo. Aparta la mirada y se muerde el labio al contener la risa otra vez.

—No vas a hacerme daño —dice—. Confía en mí.

—¿Porque absorberás el poder?

—No —dice—. Porque no serás capaz de hacerme daño. No sabes cómo hacerlo.

Frunzo el ceño, molesta.

—Está bien.

Balanceo el puño imitando el gesto de lo que imagino que tiene que ser un buen golpe, pero mi movimiento es débil, tambaleante y tan humillante que casi me doy por vencida a medio intento.

Warner me coge del brazo. Me mira a los ojos.

—Concéntrate. Imagínate que estás aterrorizada, acorra lada. Te estás jugando la vida. Defiéndete —me exige.

Tiro el brazo hacia atrás con más intensidad, dispuesta a esforzarme más en esta ocasión, pero Warner me detiene. Me coge del codo y lo mueve un poco.

—No estás jugando a béisbol —dice—. No vas a terminar con un golpe y no es necesario que levantes el codo hasta la oreja. No le des pistas a tu oponente de lo que estás a punto de hacer. El impacto debe ser inesperado.

Lo intento de nuevo.

—Mi cara está en el centro, querida, aquí —dice, golpeándose la barbilla con un dedo—. ¿Por qué quieres golpearme en el hombro?

Lo intento de nuevo.

—Mejor controla tu brazo. Mantén el puño izquierdo arriba, protégete la cara.

Le doy un golpe fuerte, un golpe bajo, un golpe inesperado, aunque sepa que no está preparado.

Sus reflejos son demasiado rápidos.

En un segundo me tiene agarrada del antebrazo. Tira de mi brazo con fuerza hasta que me quedo sin equilibrio y me caigo hacia él. Nuestros rostros están a un centímetro.

Levanto la mirada, avergonzada.

—¡Qué mona eres! —dice con desaprobación—. Inténtalo de nuevo.

Eso hago.

Me bloquea el puño con el dorso de la mano, golpeándome en la parte interior de la muñeca y echándome la mano hacia un lado.

Lo intento de nuevo.

Usa la misma mano para agarrarme el brazo y me vuelve acercar a él. Se inclina.

—No permitas que nadie te coja los brazos así —dice—, porque si lo hacen, van a poder dominarte.

Y, para demostrarlo, aprovecha que me tiene cogida del brazo para tirar de mí y empujarme hacia atrás con fuerza.

No demasiado fuerte, pero lo suficiente. Empiezo a sentirme molesta y él lo nota.

Sonríe.

—¿De verdad quieres que te haga daño? —le pregunto.

—No creo que puedas —dice.

—Circo que eres un poco arrogante.

—Demuéstrame que estoy equivocado, querida. —Levanta una ceja—.

Por favor.

Me balanceo.

Me bloquea.

Golpeo de nuevo.

Me bloquea.

Sus antebrazos son de acero.

—Pensaba que esto iba de darse puñetazos —le digo, mas ajándome los brazos—. ¿Por qué no paras de pegarme en los antebrazos?

—Tu puño no guarda tu fuerza —dice—. Solo es una herramienta.

Me vuelvo a balancear, vacilando en el último minino, perdiendo la confianza.

Me coge del brazo. Lo suelta.

—Si vas a dudar —dice—, hazlo a propósito. Si vas a hacerle daño a alguien, hazlo a propósito. Si vas a perder una pelea, hazlo a propósito.

—Es que no puedo hacerlo —me excuso—. Me tiemblan las manos y me están empezando a doler los brazos.

—Mira lo que hago —dice—. Mira mi posición.

Tiene los pies separados a la misma distancia que sus hombros, con las piernas ligeramente flexionadas. Tiene el puño izquierdo elevado y retenido, protegiendo ese lado de la caía, y el puño derecho es el que manda, está más elevado y colindando ligeramente en diagonal desde la izquierda. Los dos codos están metidos hacia dentro, situados cerca del pecho.

Se balancea, poco a poco, para que pueda fijarme en el movimiento.

Su cuerpo está tenso; el objetivo, enfocado; todo moví miento, controlado. La fuerza proviene de algún lugar muy profundo de su ser; es un tipo de fuerza que surge como consecuencia de años de entrenamiento meticuloso. Sus músculos saben cómo moverse, saben cómo luchar. Su fuerza no es producto de una coincidencia sobrenatural.

Sus nudillos rozan suavemente el borde de mi barbilla. Así parece que sea muy fácil pegar a alguien. No sabía que fuese tan difícil.

—¿Quieres cambiar? —pregunta.

—¿Qué?

—Si intento pegarte —dice—. ¿Puedes defenderte?

—No.

—Inténtalo —me pide—. Solo intenta bloquearme.

—Vale —le digo, aunque en realidad no quiero. Me siento estúpida y malhumorada.

Se vuelve a balancear, poco a poco, a por mí.

Le doy una bofetada en el brazo para apartarlo. Suelta las manos e intenta no reírse.

—Eres mucho peor de lo que creía.

Refunfuño.

—Usa los antebrazos —dice—. Bloquéame el movimiento. Elimínalo y cambia de posición. Recuerda que debes mover la cabeza cuando me bloques. Lo que quieres es apartarte del peligro. No te quedes ahí parada dando bofetadas.

Asiento.

Empieza a balancearse.

Lo bloqueo demasiado rápido, mi antebrazo le golpea el puño. Fuerte. Me estremezco.

—Es bueno anticiparse —me dice, con ojos penetrantes—, pero no te impacientes.

Otro balanceo.

Lo cojo del antebrazo, lo miro fijamente y trato de tirarlo hacia abajo como él hizo con el mío pero, literalmente, no se mueve. En absoluto. Ni un centímetro. Es como tirar de una anilla metálica hundida en hormigón.

—Eso ha estado... bien —dice, sonriendo—. Vuelve a intentarlo. Concéntrate. —Me mira a los ojos detenidamente—. Concéntrate, querida.

—Estoy concentrada —insisto, irritada.

—Mírate los pies —me regaña—. Estás poniendo el peso en la parte delantera de los pies y parece como si estuvieras a punto de caer. Ponte firme en tu sitio. Pero debes estar parada para moverte. Tienes que poner el peso sobre los talones —dice, golpeándose la parte posterior del pie.

—Vale —grito, ya enfadada—. Tengo el peso en los talones. Ya no me voy a caer.

Warner me mira. Se apodera de mis ojos.

—Nunca luches si estás enfadada —susurra—. La ira te hará débil y torpe, te desviará la atención y hará que fallen tus instintos.

Me muerdo el interior de la mejilla, frustrada y avergonzada.

—Vuelve a intentarlo —dice lentamente—. Mantén la calma. Ten fe en ti misma. Si no te crees capaz de hacerlo —dice—, no podrás.

Asiento, un poco más tranquila. Trato de concentra mu Le digo que estoy lista.

Se balancea.

Doblo el brazo izquierdo formando un perfecto ángulo de noventa grados con el codo y le doy un golpe en el ante brazo con tanta fuerza que deja de balancearse. Mi cabeza cambia de dirección, giro los pies en dirección a su golpe sigo de pie, estable.

Warner se lo está pasando bien.

Se balancea con el otro puño. Le cojo el antebrazo en el aire, cerrando la mano por encima de su muñeca y aprovecho su sorpresa para hacerle perder el equilibrio, tirando de su brazo hacia abajo y de él hacia delante. Casi se cae sobo mí. Su rostro está justo en frente del mío. Y estoy tan sor prendida que por un momento no sé qué hacer. Sus ojos se han apoderado de mí.

—Empújame —susurra.

Lo cojo más fuerte del brazo y luego lo empujó hacia la sala. Vuela hacia atrás y se detiene justo antes de caer al sillón.

Me he quedado paralizada. Estupefacta.

Alguien silba. Me doy la vuelta. Kenji está aplaudiendo.

—Bien hecho, princesa —dice, tratando de no reírse Sabía que lo guardabas dentro.

Sonrío, medio avergonzada y ridículamente orgullosa de mí misma.

Cruzo la sala con la mirada para encontrarme con los ojos de Warner. El asiente con la cabeza, sonriendo amplia mente.

—Bien —dice—. Muy bien. Aprendes rápido, pero todavía tenemos mucho trabajo que hacer.

Finalmente aparto la mirada, pero veo a Adam en el proceso. Parece enfadado.

## CUARENTA Y CINCO

Los días han pasado volando y cada vez se van más lejos.

Warner lleva días trabajando conmigo cada mañana. Y después de su entrenamiento y del mío con Kenji, se las ha reglado para pasar dos horas al día conmigo. Siete días a la semana.

Es un maestro extraordinario. Es paciente y muy agradable. Nunca se frustra, nunca se enfada por lo que tardo en aprender algo. Se toma el tiempo necesario para explicarme la lógica que hay detrás de cada detalle, movimiento y posición. Quiere que entienda lo que estoy haciendo a un nivel elemental. Se asegura de que interiorizo la información y de que la reproduzco de manera propia, no solo imitando sus movimientos.

Por fin estoy aprendiendo a ser fuerte en más de un sentido.

Es extraño. Nunca había pensado en la importancia de saber pegar un puñetazo, pero el simple hecho de saber cómo debo defenderme me ha hecho sentirme mucho más segura.

Ahora soy más consciente de mí misma.

Me paseo sintiendo la fuerza de mis extremidades. Puedo nombrar todos los músculos de mi cuerpo y sé exactamente cuando usarlos y cómo los maltrato si lo hago mal. Cada vez tengo mejores reflejos y mis sentidos se han agudizado. Estoy empezando a entender lo que me rodea para anticipar el peligro y reconocer los sutiles cambios en el lenguaje corporal que indican ira y agresión. Y proyectar me resulta cada vez más fácil.

Warner ha traído todo tipo de cosas para que las destruya y hacer prácticas de tiro al blanco: recortes de madera y metal, sillas y mesas antiguas, bloques de hormigón... Cualquier cosa que ponga a prueba mi fuerza. Castle utiliza su energía para lanzar los objetos al aire y yo me encargo de destruirlos desde el otro lado de la sala. Al principio me resultaba casi imposible, es un ejercicio muy intenso que me obliga a tener un control absoluto sobre mí misma, pero ahora es uno de mis juegos favoritos.

Puedo detener y aplastar cualquier cosa en el aire, desde cualquier lugar de la sala. Solo necesito que mis manos controlen la energía. Puedo mover mi



energía en cualquier dirección, centrándola en objetos pequeños y luego ampliando el alcance a una masa más grande. Puedo mover cualquier cosa de la sala de entrenamiento. Ya nada me resulta difícil.

Kenji cree que necesito nuevos retos.

—Quiero llevarla fuera —dice Kenji. Se dirige directa mente a Warner, de forma muy natural, lo cual sigue pareciéndome extraño—. Creo que necesita empezar a experimentar con materiales naturales. Aquí estamos muy limitados.

Warner me mira.

—¿Qué te parece?

—¿Es seguro? —le pregunto.

—Bueno —titubea—, en realidad da lo mismo, ¿no? En cualquier caso, todos saldremos en una semana.

—Tienes razón. —Trato de sonreír.

Adam ha estado sorprendentemente tranquilo estas últimas dos semanas.

No sé si es porque Kenji habló con él y le dijo que tuviera cuidado o porque realmente se ha resignado a la situación. Quizás se haya dado cuenta de que no hay romanticismo entre Warner y yo. Lo cual me gusta tanto como me decepciona Warner y yo parecemos haber llegado a algún tipo de acuerdo. Una relación civilizada y extrañamente formal que se mantiene precariamente estable entre una amistad y algo más que no está definido.

No puedo decir que me guste.

Sin embargo, Adam no interfiere cuando James habla con Warner, y Kenji me dijo que es porque no quiere traumatizarlo dándole una razón para tener miedo de vivir aquí, lo cual se traduce en que James no para de hablar con Warner.

Es un chico curioso y Warner es tan reservado por naturaleza, que es el blanco más atractivo para las preguntas de James. Sus conversaciones siempre resultan entretenidas, James habla sin tapujos y es más atrevido que nadie al hablar con Warner. Es muy mono, en realidad.

Aparte de eso, todo el mundo ha ido progresando bien. Brendan y Winston ya vuelven a estar perfectos, Castle está cada día más animado y Lily es una chica autosuficiente que no necesita mucho para entretenerse, aunque ella e Ian parecen haber encontrado una especie de consuelo en la compañía del otro.

Supongo que tiene sentido que este tipo de aislamiento una a la gente. Como a Adam y Alia.

Últimamente pasan mucho tiempo juntos y no sé lo que eso significa; quizás solo sean amigos. Casi siempre que estoy en la sala de entrenamientos, lo veo sentado junto a ella, observando sus bocetos y haciéndole preguntas.

Ella siempre se sonroja. En cierto modo, me recuerda mucho a cómo era yo antes.

Adoro a Alia, pero a veces cuando los veo juntos me hace pensar en si es esto lo que Adam siempre ha querido. Una chica dulce, tranquila y discreta. Alguien que compensara toda la violencia que ha sufrido en su vida. Me lo dijo una vez lo recuerdo. Dijo que le encantaba eso de mí, que fuera uní buena y dulce. Que fuera lo único bueno que quedaba en el mundo.

Creo que siempre supe que eso no era cierto.

Quizás él también esté empezando a verlo.

## CUARENTA Y SEIS

—Hoy tengo que visitar a mi madre.

Estas son las siete palabras con las que empezamos la mañana.

Warner acaba de salir del despacho con el pelo dorado enmarañado y unos ojos tan verdes y a la vez transparentes que describirlos resulta un verdadero desafío. No se ha molestado en abrocharse la camisa arrugada y lleva los pantalones sin abrochar por debajo de la cintura. Parece completamente desorientado. No creo que haya dormido en toda la noche y me muero por preguntarle cómo le va la vida, pero sé que no es oportuno que lo haga. Peor aún, sé que si se la preguntara no me lo contaría.

Ya no tenemos intimidad.

Todo iba muy rápido entre nosotros y después se detuvo por completo. Todos esos pensamientos, sentimientos y emociones se quedaron congelados. Y ahora tengo mucho miedo de hacer un movimiento en falso y que todo se rompa.

Pero lo echo de menos.

Se pone frente a mí todos los días y entrenamos juntos como compañeros, pero para mí eso ya no es suficiente. Echo de menos nuestras relajadas conversaciones, sus sonrisas cristalinas, la forma en que me miraba a los ojos.

Lo echo de menos. Tengo que hablar con él, pero no sé cómo, ni cuándo, ni qué decir.

Cobarde.

—¿Por qué hoy? —le pregunto con indecisión—. ¿Ha pasado algo?

Warner se queda un buen rato callado, mirando fijamente a la pared.

—Hoy es su cumpleaños.

—¡Vaya! —susurro, con el corazón roto.

—Querías practicar al aire libre —dice, sin dejar de mirar hacia delante—. Con Kenji. Puedes venir conmigo cuando me vaya, siempre y cuando él prometa mantenerte invisible o dejaré en algún lugar en territorio no regulado y os recogeré cuando regrese. ¿Te parece bien?

—Sí.

No dice nada más, pero su mirada es violenta y descentrada. Mira a la pared como si fuese una ventana.

—¿Aaron?

—¿Sí, querida?

—¿Tienes miedo?

Respira con dificultad. Exhala lentamente.

—Nunca sé qué esperar cuando la visito —dice en voz baja—. Cada vez está diferente. A veces está tan drogada que ni se mueve; otras, tiene los ojos abiertos y solo mira fijamente al techo. En ocasiones, está completamente histérica.

El corazón me da un vuelco.

—Es bueno que sigas visitándola —le digo—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Sí? —Se ríe de forma extraña y nerviosa—. A veces no estoy tan seguro de ello.

—Sí. Estoy segura —afirmo, remarcando cada una de las tres palabras.

—¿Cómo lo sabes? —Me mira, casi como si tuviera miedo de oír la respuesta.

—Porque si se da cuenta, aunque sea durante un segundo, de que estás en la habitación con ella, le estás haciendo un regalo extraordinario —le digo—. Ella no se ha ido del todo. Está ahí, aunque no sea todo el tiempo ni pueda demostrarlo. Sabe que has ido y sé que eso debe significar mucho para ella.

Respira temblorosamente. Está mirando hacia el techo.

—Eso que dices es muy bonito.

—Lo digo de verdad.

—Ya lo sé —dice—. Lo sé.

Me quedo mirándolo un poco más, preguntándome si existe el momento adecuado para hacerle preguntas sobre su madre.

—Hay algo que siempre he querido saber. Y ahí voy.

—Ella te dio este anillo, ¿verdad?

Warner se queda quieto. Creo que desde aquí puedo oír su corazón acelerado.

—¿Cómo?

Me acerco a él y le cojo la mano izquierda.

—Este —digo, señalando el anillo de jade que siempre lleva en el dedo meñique izquierdo. Nunca se lo quita. Ni para ducharse, ni para dormir. Jamás.

Asiente, muy lentamente.

—Pero no te gusta hablar de eso —le digo, recordando la última vez que le pregunté por el anillo.

Cuento exactamente diez segundos antes de que vuelva a hablar.

—Nunca se me permitió —dice en voz bajísima— recibir regalos. De nadie. Mi padre odiaba el concepto de regalo. Odiaba las fiestas de cumpleaños y las vacaciones. Nunca dejó que nadie me diera nada, especialmente mi madre. Dijo que aceptar regalos me haría débil. Pensaba que me haría depender de la caridad de los demás.

»Pero un día estábamos escondidos —continúa contándome—. Mi madre y yo. —Mira hacia arriba, con ojos apagados, perdidos en otra parte. Puede que no me este ni hablando a mí—. Fue en mi sexto cumpleaños y ella estaba intentando esconderme por que sabía lo que él quería hacer me. —Pestañea. Su voz es un susurro, medio apagado por la emoción—. Recuerdo que le temblaban las manos. Lo recuerdo porque no dejaba de mirárselas. Porque tenía las mías contra su pecho y llevaba este anillo. —Se queda callado, recordándolo—. No había visto muchas joyas. No sabía lo que era exactamente, pero vio que lo miraba y ella quería distraerme —dice—. Quería tenerme entretenido.

Mi estómago amenaza con vomitar.

—Así que me contó una historia. Una historia de un niño que nació con los ojos muy verdes y del hombre que estaba tan cautivado por su color que buscó una piedra del mismo tono por todo el mundo. —Su voz se va desvaneciendo, se va convirtiendo en susurros tan suaves que casi no puedo oírlos—. Ella dijo que el niño era yo, que habían hecho el anillo con esa misma piedra y que el hombre se lo había dado a ella con la esperanza de que algún día ella me lo pudiera dar a mí, mi regalo, me dijo, para mi cumpleaños. —Se detiene. Respira—. Y entonces se lo quitó, me lo puso en el dedo índice y dijo: «Si ocultas el corazón, nunca podrá quitártelo».

Mira hacia la pared.

—Es el único regalo que me han hecho.

Me caen lágrimas hacia dentro y me queman al pasar por la garganta.

## CUARENTA Y SIETE

Llevo todo el día sintiéndome rara. Como ausente.

Kenji está encantado de salir de la base, emocionado por probar mi fuerza en nuevos lugares y los demás están celosos de que podamos salir. Yo debería estar contenta. Debería estar ansiosa, pero me noto rara.

Tengo la cabeza en un lugar extraño y creo que es porque no he podido quitarme la historia de Warner de la cabeza. No puedo dejar de intentar imaginármelo en su infancia: un niño pequeño y aterrorizado.

Nadie sabe adónde va hoy. Nadie sabe lo importante que es este día para él. Y él no hace nada por revelar sus verdaderos sentimientos. Ha estado tan tranquilo como siempre, controlado y prudente al hablar y actuar.

En un momento, Kenji y yo nos reuniremos con él.

Pasamos por la puerta de la pared de armas y al fin veo cómo los coló Warner. Atravesamos un campo de tiro.

Hay puestos de armas y pequeños cubículos con blancos a cientos de metros de distancia y, en estos momentos, está totalmente desierto. Esta debe ser otra de las salas de entrenamiento de Warner.

Hay una puerta al final del pasillo y Kenji la empuja. Ya no tiene que tocarme para hacerme invisible, lo cual resulta mucho más práctico. Podemos movernos libremente, siempre y cuando esté a menos de quince metros de él, lo que nos proporciona la flexibilidad que necesitamos para poder trabajar hoy en el exterior.

Ahora estamos al otro lado de la puerta, en un almacén enorme. La sala tiene por lo menos ciento cincuenta metros de largo y puede que el doble de alto. Nunca en la vida había visto tantas cajas. No tengo ni idea de lo que contienen y mi hay tiempo para hacerse preguntas.

Kenji me empuja hacia el laberinto.

Esquivamos cajas de todos los tamaños, teniendo cuidado de no tropezar con cables eléctricos ni con la maquinaria utilizada para mover los objetos más pesados. Hay filas y filas y más filas divididas incluso en más filas que lo clasifican todo en secciones muy organizadas. Observo que hay etiquetas en

cada estante y en todos los pasillos, pero no puedo acercarme lo suficiente para leerlas.

Cuando finalmente hemos cruzado el almacén, nos encontramos con dos puertas de salida enormes, de unos quince metros. Se trata claramente de una zona de carga de camiones y tanques. Kenji me agarra del brazo y me mantiene pegada a él mientras pasamos por delante de varios guardias apostados junto a la salida. Pasamos a toda velocidad por delante de los camiones estacionados en la zona de carga, hasta que finalmente llegamos al punto de encuentro, donde se supone que debemos encontrarnos con Warner.

Ojalá Kenji hubiese estado conmigo la primera vez que intenté entrar y salir de la base. Hubiese sido agradable salir de pie como una persona, en lugar de ir por los pasillos dentro de un carrito, sufriendo impactos y balanceos agarrada a las palas de una mesilla con ruedas.

Warner está apoyado en un tanque.

Ambas puertas están abiertas y él va mirando a su alrededor como si estuviera supervisando el trabajo de las unidades de carga. Saluda a varios soldados cuando pasan.

Subimos por el lado del copiloto pasando desapercibidos.

Y justo cuando voy a avisar a Warner con un susurro, pasa por mi lado.

—Cuidado con las piernas, querida.

Y cierra la puerta. A continuación, sube por el otro lado y empieza a conducir.

Seguimos siendo invisibles.

—¿Como supiste que estábamos aquí? —le pregunta Kenji de inmediato—. ¿También puedes ver a gente invisible?

—No —le dice Warner, con los ojos entrecerrados—. Puedo sentir vuestra presencia. La suya más.

—¿De verdad? —dice Kenji—. Eso es un poco chungo. ¿A qué huelo yo? ¿A crema de chocolate?

A Warner no le hace gracia.

Kenji se aclara la garganta.

—Jul, creo que deberíamos cambiarnos de sitio.

—¿Por qué?

—Creo que tu novio me está tocando la pierna.

—No te hagas ilusiones —dice Warner.

—Cámbiame el sitio, Jul. Me está poniendo la carne de gallina, como si estuviera a punto de apuñalarme.

—Está bien —suspiro. Trato de pasar por encima de él, pero me resulta difícil teniendo en cuenta que no veo ni mi cuerpo ni el suyo.

—¡Ah! ¡Joder! ¡Por poco me das una patada en la cara!

—¡Lo siento! —le digo, intentando pasar por encima de sus rodillas.

—Muévete —dice—. Dios, ¿cuánto pesas?

Se mueve de golpe, sale de debajo de mí y me da un empujoncito para apartarme.

Me caigo de bruces sobre el regazo de Warner.

Oigo una breve y brusca respiración de Warner y me incorporo rápidamente, sonrojándome tanto que me alegro infinitamente de que nadie pueda verme en estos momentos. Tengo ganas de pegarle un puñetazo a Kenji en la nariz.

Después de eso, nadie habla demasiado.

A medida que nos acercamos a territorio no regulado, el paisaje empieza a cambiar. Las sen cillas carreteras sin señalizar y medio pavimentadas dan paso a las calles de nuestro antiguo mundo. Las casas están pintadas de tonos que parecen haber sido coloridos alguna vez y las calles tienen aceras que permitían que los niños llegaran de casa a la escuela sin peligro. Ahora las casas se caen a pedazos. Todo se rompe se desmorona. Las ventanas están selladas, los jardines, mal cuidados y helados. La llegada del invierno genera una melancolía sobre la escena que hace pensar que todo esto puede ser diferente en otra estación del año. Quién sabe.

Warner detiene el tanque.

Baja y se acerca hacia nuestra puerta, por si todavía hubiese alguien por aquí, y hace ver que la abre por alguna razón específica. Para revisar el interior. Para evaluar un problema.

No importa.

Kenji salta primero y Warner nota que se ha ido.

Le cojo de la mano, porque sé que no puede verme. Sus dedos se contraen alrededor de mi mano de inmediato. Mira fijamente al suelo.

—Todo irá bien —le digo—. ¿Vale?

—Sí —dice—. Seguro que tienes razón.

Vacilo.

—¿Vas a volver pronto?

—Sí —susurra—. Volveré en dos horas exactamente. ¿Es suficiente?

—Sí.

—Bien. Entonces nos encontraremos aquí. Exactamente en este lugar.

—Vale.



Se queda un momento callado.

—Vale —añade.

Le aprieto la mano. Él sonríe mirando al suelo.

Me levanto y él se mueve hacia un lado, para dejarme sitio para pasar. Lo toco al pasar, brevemente, como recordatorio de que estoy con él.

Se estremece sobresaltado y da un paso atrás. Luego se sube en el tanque y se va.

## CUARENTA Y OCHO

Warner llega tarde.

Kenji y yo tuvimos una sesión más o menos exitosa que consistió principalmente en discutir sobre dónde estábamos y sobre qué estábamos buscando. Vamos a tener que inventarnos señales mucho mejor es la próxima vez, porque intentar coordinar una sesión de entrenamiento entre dos personas invisibles es mucho más difícil de lo que pensábamos. Que ya es decir mucho.

Así que estamos cansados y un poco decepcionados des pues de haber logrado pocos progresos y estamos justo donde Warner nos dejó.

Y llega tarde.

Esto es raro por muchas razones. La primera de ellas, es que Warner nunca llega tarde. En ninguna circunstancia. Y la segunda, es que si tuviera que llegar tarde, sin duda no sería en un caso como este. Esta situación es demasiado peligroso como para distraerse. No se lo tomaría tan a la ligera. Se que no.

Así que estoy andando.

—Estoy seguro de que está bien —me dice Kenji—. Probablemente se haya liado haciendo lo que sea que esté haciendo. Ya sabes, comandeando y esas cosas.

—«Comandeando» no es una palabra.

—Tiene letras, ¿o no? A mí me suena como una palabra.

Ahora mismo no estoy para bromas. Kenji suspira. Escucho sus pisadas en el frío.

—Vendrá.

—No estoy bien, Kenji.

—Yo tampoco lo estoy —dice—. Tengo un hambre de mí demonios.

—Warner no llega tarde. No es propio de él hacerlo.

—¿Cómo lo sabes? —replica Kenji—. ¿Desde cuándo lo conoces, exactamente? ¿Cinco meses? ¿Y crees que lo conoces perfectamente? Puede que esté en un club secreto de jazz en el que canta a capela, lleva chalecos brillantes y piensa que bailar cancán mola.

—Warner nunca llevaría chalecos brillantes —grito.

—Así que crees que lo del cancán sería posible.

—Kenji, te quiero, de verdad, pero ahora mismo estoy muy ansiosa y me encuentro mal, y cuanto más hablas, más ganas tengo de matarte.

—No hables de forma tan sexy, Jul.

Resoplo, irritada. Dios, estoy muy preocupada.

—¿Qué hora es?

—Las dos y cuarenta y cinco.

—Esto no es normal. Tenemos que ir a buscarlo.

—Ni siquiera sabemos dónde está.

—Yo sí —le digo—. Sé dónde está.

—¿Qué? ¿Cómo?

—¿Recuerdas el lugar donde estuvimos con Anderson por primera vez?

—le pregunto—. ¿Sabes cómo llegar a Sycamore Street?

—Sí... —dice Kenji lentamente—. ¿Por qué?

—Está a dos calles de allí.

—Eh... ¡Qué cojones! ¿Por qué está ahí?

—¿Irías conmigo? —le pregunto, nerviosa—. Por favor... ¿Ahora?

—Está bien —dice, poco convencido—. Pero solo porque tengo curiosidad. Y porque aquí hace un frío del copón y necesito mover las piernas antes de morir congelado.

—Gracias —le digo—. ¿Dónde estás?

Seguimos los sonidos de las voces del otro hasta que chocamos. Kenji desliza su brazo por el mío. Nos abrazamos para ahuyentar el frío.

Él me guía.

## CUARENTA Y NUEVE

Es esta.

La casa de color turquesa, en la que me desperté, donde vivía Warner. En la que está encerrada su madre. Estamos frente a ella y está exactamente igual que las dos últimas veces que estuve aquí: bonita y aterradora. Las campanillas de viento se mueven hacia delante y hacia atrás.

—¿Y por qué diantres iba a estar aquí Warner? —pregunta Kenji—. ¿Qué es este sitio?

—No puedo decírtelo —le digo.

—¿Por qué no?

—Porque no es mi secreto.

Kenji se queda un momento en silencio.

—Y entonces, ¿qué quieres hacer?

—¿Puedes esperar aquí? —le pregunto—. ¿Podré permanecer invisible si entro? ¿O se cortará la conexión?

Kenji suspira.

—No lo sé. Puedes probarlo. Nunca lo he intentado desde fuera de una casa —vacila—. Pero si vas a ir sin mí, ¿podrías, por favor, darte prisa? Me estoy quedando tieso.

—Sí, te lo prometo. Seré rápida. Solo quiero asegurarme de que esté bien. O de que sigue aquí. Porque si no está dentro, puede que nos esté esperando en el punto de encuentro. —Y todo esto habrá sido una gran pérdida de tiempo.

—Lo siento —le digo—. Lo siento mucho, pero tengo que asegurarme.

—Vete —dice—. Vete y vuelve rápido.

—Vale —le susurro—. Gracias.

Me alejo y subo las escaleras hasta el pequeño porche Compruebo el pomo. Está abierto. Lo giro y abro la puerta Doy un paso hacia dentro.

Aquí es donde me dispararon.

Ya han limpiado la mancha de sangre que dejé estando tirada en el suelo. O quizás hayan cambiado la alfombra. No estoy segura. En cualquier caso, los

recuerdos me invaden. No puedo volver a entrar en esta casa sin que me duela el estómago. Aquí todo va mal. Muy mal. Distinto.

Ha pasado algo. Lo noto.

Procuro cerrar la puerta suavemente detrás de mí. Subo las escaleras sigilosamente y recuerdo que las tablas del suelo chirriaban la primera vez que me capturaron y me trajeron aquí, y logro esquivar las zonas más ruidosas. El resto, por suerte, podría ser un simple ruido del viento.

Cuando llego arriba, cuento tres puertas. Tres habitaciones. A la izquierda, la antigua habitación de Warner, aquella en la que me desperté. En el medio, el cuarto de baño en el que me bañé. En el otro extremo del corredor, a la derecha, la habitación de su madre, la que estoy buscando.

El corazón se me acelera en el pecho.

Me acerco de puntillas sin apenas poder respirar. No sé lo que voy encontrar. No sé lo que espero. Ni siquiera sé si Warner sigue estando aquí. Y no tengo ni idea de lo que representará ver a su madre.

Pero algo me empuja hacia adelante, me insta a abrir la puerta e inspeccionar. Necesito saber. Tengo que saber. De lo contrario, mi mente no descansará.

Avanzo lentamente. Respiro profundamente varias veces. Agarro el pomo de la puerta y lo giro, muy lentamente, sin darme cuenta de que he perdido la invisibilidad hasta que veo que mis pies cruzan el umbral.

Me entra el pánico al momento, mi cerebro calcula planes de emergencia y, aunque considero brevemente dar la vuelta Y cerrar la puerta, mis ojos ya han examinado la habitación.

Y sé que no puedo dar marcha atrás.

## CINCUENTA

Hay una cama.

Una cama individual rodeada de máquinas, goteros, botellas y cuñas nuevas. Hay montones de sábanas y montones de mantas, librerías preciosas, almohadas bordadas y animales de peluche adorables apilados por toda la habitación. Hay flores frescas en cinco jarrones diferentes y las cuatro paredes están pintadas de vivos colores. Hay un pequeño escritorio en una esquina con una sillita a juego, una planta en una maceta, un juego de pinceles viejos y marcos de foto grafías por todas partes: en las paredes, sobre la mesa, en la mesilla que hay junto a la cama...

Una mujer rubia. Un niño rubio. Juntos.

Me doy cuenta de que nunca crecen. Las imágenes nunca pasan de un determinado año. No muestran la evolución de la vida de este niño. El niño de las fotos siempre es pequeño, siempre está asustado y siempre se aferra a la mano de la mujer que está de pie junto a él.

Pero esa señora no está aquí. Y su enfermera también se ha ido.

Las máquinas están apagadas. Las luces están apagadas. La cama está vacía.

Warner está desplomado en una esquina.

Está hecho un ovillo, con las rodillas encogidas hasta el pecho, rodeándose las piernas con los brazos y la cabeza hundida en ellas. Está temblando.

Los temblores le sacuden todo el cuerpo.

Nunca antes lo había visto como un niño. Nunca, ni una sola vez, en todo el tiempo que lo conozco. Pero en estos momentos parece un niño pequeño. Asustado, vulnerable, solo.

No hace falta ser muy listo para entender por qué.

Me dejo caer de rodillas ante él. Sé que puede sentir mi presencia, pero no sé si en estos momentos quiere verme. No sé cómo va a reaccionar si lo toco, pero tengo que intentarlo.

Le toco los brazos, suavemente. Le paso la mano por la espalda, los hombros y, entonces, me atrevo a abrazarlo hasta que poco a poco él se aparta y se incorpora.

Levanta la cabeza.

Tiene los ojos enrojecidos y de un tono verde sorprendente y llamativo, y brillantes por una emoción apenas contenida. Su rostro es la imagen del dolor.

Casi no puedo respirar.

Un terremoto me golpea el corazón y lo parte en dos. Y creo que en su interior hay más sentimientos guardados de los que cualquier persona debería tener que contener.

Trato de acercarlo más a mí, pero él envuelve los brazos alrededor de mis caderas y deja caer la cabeza sobre mi regazo. Me inclino sobre él instintivamente, protegiendo su cuerpo con el mío.

Aprieto mi mejilla contra su frente. Le doy un beso en la sien. Él se viene abajo. Tiembla violentamente, cae destrozado a mis brazos, jadea un millón de veces y se rompe en pedazos que yo me esfuerzo en mantener unidos. Justo entonces, me prometo a mí misma que lo abrazaré para siempre, así, hasta que todo el dolor, el tormento y el sufrimiento hayan desaparecido. Hasta que tenga la oportunidad de vivir una vida en la que nadie pueda volver a hacerle tanto daño.

Somos como comillas, invertidas y del revés, que se aferran la una a la otra al final de esta cadena perpetua, atrapados en una vida que no elegimos.

Creo que ahora ha llegado el momento de liberarse.

## CINCUENTA Y UNO

Al volver, Kenji nos está esperando en el tanque. Ha conseguido encontrarlo.

Está sentado en el lado del pasajero, visible, y cuando Warner y yo subimos no dice una sola palabra.

Intento mirarlo a los ojos, preparada para inventarme alguna historia alocada de por qué he tardado una hora en sacar a Warner de la casa, pero luego Kenji me mira. Me mira fijamente.

Y yo cierro la boca para siempre.

Warner no dice nada, ni siquiera respira fuerte, y, cuando regresamos a la base, deja que Kenji y yo bajemos del tanque invisibles y sigue sin decir nada, ni siquiera a mí. En cuanto salimos del tanque, cierra la puerta y vuelve a subir.

Lo veo alejarse de nuevo y Kenji desliza su brazo por el mío.

Deshacemos el camino andado hacia el almacén sin ningún problema. Cruzamos el campo de tiro. Pero justo antes de llegar a la puerta del recinto de entrenamiento de Warner, Kenji me tira a un lado.

—Te seguí —dice, sin más preámbulos—. Estabas tardando demasiado y me preocupé, así que te seguí hasta allí. —Se detiene. Se hace una larga pausa—. Os vi —dice, con una voz apenas perceptible—. En esa habitación.

No es la primera vez del día en que me alegro de que no pueda verme la cara.

—Bueno —susurro, sin saber qué más decir. Sin saber que va a hacer Kenji con la información.

—Pero es que... —Kenji respiración profundamente Estoy confundido, ¿vale? No necesito saber los detalles. Soy consciente de que lo que estaba pasando allí no era de mi incumbencia, pero ¿estáis bien? ¿Ha pasado algo?

Suspiro y cierro los ojos.

—Hoy ha muerto su madre.

—¿Qué? —pregunta Kenji, aturdido—. ¿Qué... cómo? ¿Su madre estaba allí?



—Llevaba mucho tiempo enferma —le digo, y las palabras me salen a borbotones—. Anderson la tenía encerrada en esa casa y la abandonó. La dejó morir. Warner había estado intentando ayudarla, pero no sabía cómo. No podían tocarla, del mismo modo en que yo no puedo tocar a nadie, y ese dolor la estaba matando día a día. —Estoy perdiendo el control, soy incapaz de seguir ocultando lo que siento—. Warner nunca quiso usarme como arma —le digo—. Se inventó todo eso para tener una historia que contarle a su padre. Me encontró por accidente, porque estaba intentando encontrar una solución. Para ayudarla. Todo este tiempo.

Kenji respira con dificultad.

—No tenía ni idea —dice—. Ni siquiera sabía que tenía una relación tan estrecha con su madre.

—Tú no lo conoces —le digo, sin importarme lo desesperada que parezca—. Crees que sí, pero en realidad no es así.

Me siento como si estuviera en carne viva, como si me hubieran lijado hasta los hueso.

Se queda callado.

—Vamos —le digo—. Necesito un poco de tiempo para respirar, para pensar.

—Sí —dice. A continuación exhala—. Sí, sí. Claro.

Me giro dispuesta a irme.

—Jul —me llama, deteniéndome, con la mano todavía sobre mi brazo.

Espero.

—Lo siento... Lo siento mucho. No lo sabía.

Pestañeo rápido para combatir el ardor de mis ojos y me trago la emoción que se me forma en la garganta.

—No pasa nada, Kenji. No tenías porqué saberlo.

## CINCUENTA Y DOS

Finalmente, consigo reponerme lo suficiente como para regresar a las salas de entrenamiento. Se está haciendo tarde, pero no espero ver a Warner aquí esta noche. Supongo que querrá estar solo.

Me esfumo a propósito. Ya he tenido suficiente.

Estuve a punto de matar a Anderson una vez y me aseguraré de volver a tener esa oportunidad, pero esta vez seguiré hasta el final.

La última vez no estaba preparada. No habría sabido qué hacer, aunque lo hubiese matado. Hubiese dejado que Castle tomara el control y hubiese visto en silencio cómo otra persona intenta volver a poner el mundo en orden. Pero ahora veo que Castle no es el adecuado para este trabajo, es demasiado tierno. Tiene demasiadas ansias por complacer a todo el mundo. Yo, por el contrario, ya no tengo ninguna preocupación en absoluto.

No voy a tener remordimientos. Viviré sin arrepentimientos. Me introduciré en la tierra, arrancaré la injusticia y la aplastaré con mis propias manos. Quiero que Anderson me tema y que me pida clemencia para decirle que no, que con él no. Nunca.

Y me da igual si eso no es demasiado agradable.

## CINCUENTA Y TRES

Me pongo de pie.

Adam está al otro lado de la sala, hablando con Winston e Ian. Todo el mundo se queda en silencio cuando me acerco y si Adam piensa o siente algo por mí, no lo demuestra.

—Tienes que decírselo —digo.

—¿Cómo? —dice Adam sobresaltado.

—Tienes que decirle la verdad —le digo—. Y si no lo haces tú, lo haré yo.

De pronto, los ojos de Adam se convierten en un océano congelado, frío y cerrado.

—No me presiones, Juliette. No digas tonterías de las que ir vas a arrepentir.

—No tienes derecho a ocultárselo. Él no tiene a nadie en este mundo y merece saberlo.

—Esto no es asunto tuyo —responde Adam. Se levanta por encima de mí, con los puños apretados—. Apártate. No me obligues a hacer algo que no quiero hacer.

—¿Me estás amenazando? —le pregunto—. ¿Estás mal de la cabeza?

—Quizás se te haya olvidado —dice— que soy el único de esta sala que puede apagarte. Pero no lo he hecho. No nenes poderes contra mí.

—Claro que los tengo —le digo—. Cuando estábamos pintos tocarme te estaba matando.

—Sí, bueno, las cosas han cambiado mucho desde entonces. —Me coge de la mano y tira tan fuerte que casi me caigo hacia delante. Trato de apartarme, pero no puedo. Es demasiado fuerte.

—Adán, suéltame.

—¿Lo notas? —me pregunta, con los ojos de un tono azul tormenta.

—¿El qué? —le pregunto—. ¿Si noto el qué?

—Exactamente —dice—. No hay nada. Estás vacía. Sin energía, ni fuego, ni fuerza extraordinaria. Solo eres una chica que no puede dar un puñetazo

para salvar su vida. Y yo estoy perfectamente bien. Ileso.

Trago saliva y encuentro su mirada fría.

—¿Así que lo has logrado? —le pregunto—. ¿Has logrado controlarlo?

—Por supuesto que sí —dice con rabia—. Y tú no pudiste esperar, aunque yo te dijera que podría hacerlo. No pudiste esperar aunque te dije que estaba entrenando para que pu diéramos estar juntos.

—Eso ya no importa. —Miro mi mano en la suya, en su negativa de soltarme—. Habríamos terminado donde estamos tarde o temprano.

—Eso no es verdad ¡Esto lo demuestra! —dice, sosteniéndome la mano—. Podríamos haber conseguido que funcionara.

—Ahora somos demasiado diferentes. Queremos cosas diferentes. ¿Y esto? —digo, señalando nuestras manos—. Esto ha conseguido demostrar que se te da muy bien apagarme.

Adam tensa la mandíbula.

—Ahora, suéltame la mano.

—¡Eh! ¿Podríais absteneros de montar un espectáculo ridículo esta noche? —La voz de Kenji resuena por toda la habitación. Se dirige hacia nosotros, enfadado.

—No te metas en esto —le grita Adam.

—Se llama consideración. En esta sala vive más gente, capullo —dice Kenji una vez se ha acercado lo suficiente. Agarra a Adam del brazo—. Así que ya basta.

Adam se aparta enfadado.

—¡No me toques!

Kenji le lanza una mirada penetrante.

—Suéltala.

—¿Sabes qué? —dice Adam, controlando la ira—. Estás obsesionado con ella. Siempre corres a defenderla, siempre te metes en nuestras conversaciones... ¿tanto te gusta? Pues muy bien. Te la puedes quedar.

El tiempo se detiene a nuestro alrededor. El escenario está listo: Adam con sus ojos salvajes, su rabia y su cara enrojecida; Kenji, a su lado, molesto, un poco confundido. Y yo, con la mano aun fuertemente sujeta a la de Adam, que me ha cogido rápidamente y me ha reducido con facilidad a lo que era cuando nos conocimos.

Estoy totalmente indefensa, pero entonces, con un solo movimiento, todo cambia: Adam agarra la mano desnuda de Kenji y la presiona sobre la que me queda libre.

El tiempo justo.

## CINCUENTA Y CUATRO

Tardamos un par de segundos en darnos cuenta de lo que acaba de pasar antes de que Kenji aparte la mano y, sin pensarlo, la utilice para darle un puñetazo a Adam en la cara.

Los demás están ya de pie y atentos. Castle viene corriendo de inmediato e Ian y Winston, que ya estaban cerca, se apresuran a unirse a él. Brendan sale corriendo del vestuario con una toalla, buscando la fuente del escándalo con la mirada; Lily y Alia saltan de las bicicletas y nos rodean.

Tenemos suerte de que sea tan tarde; James ya está durmiendo tranquilamente en un rincón.

Kenji ha tirado hacia atrás a Adam del golpe, pero ha recuperado el equilibrio rápidamente. Está respirando con dificultad y se pasa el dorso de la mano por el labio ensangrentado. No se disculpa.

Creo que debería gritar, pero no sale ningún sonido de mi boca abierta y horrorizada.

—¿Pero qué cojones te pasa? —La voz de Kenji es suave, pero letalmente aguda y sigue con el puño derecho apretado—. ¿Querías matarme?

Adam pone los ojos en blanco.

—Sabía que eso no te iba a matar. Tan rápido, no. Ya he pasado por esto —dice—. Simplemente, quema un poco.

—Contrólate, imbécil —grita Kenji—. Estás actuando como si estuvieras mal de la cabeza.

Adam se queda callado. De hecho, se ríe, le hace la peineta y se dirige hacia el vestuario.

—Eh... ¿estás bien? —le pregunto a Kenji, intentando echarle un vistazo a la mano.

—Estoy bien —suspira, viendo como Adam se retira antes de mirarme—, pero tiene la mandíbula dura como una piedra. Flexiona un poco el puño.

—¿No te he hecho daño al tocarte?

Kenji niega con la cabeza.

—No, no he sentido nada —dice—. De lo contrario me hubiese enterado.

Por poco se ríe, pero en lugar de eso frunce el ceño. Me estremezco al recordar la última vez que esto sucedió.

—Creo que Kent ha desviado tu energía de alguna manera —dice Kenji.

—No, no lo ha hecho —le susurro—. Me soltó la otra mano. Sentí que la energía volvía a mí.

Ambos miramos cómo se aleja la figura de Adam. Kenji se encoge de hombros.

—Pero entonces, ¿cómo...?

—No lo sé —dice Kenji. Suspira—. Supongo que he tenido suerte. Escuchad —nos mira a todos—, ahora no tengo más de hablar del tema, ¿vale? Voy a ir a sentarme. Necesito tranquilizarme.

Lentamente el grupo se va disolviendo y cada uno vuelve a su rincón, pero yo no puedo irme. Me he quedado clavada.

Sentí cómo mi piel tocaba a Kenji, y eso no es algo que pueda ignorar. Momentos así son tan raros para mí, que no puedo olvidarlos fácilmente; nunca llego a estar tan cerca de alguien sin graves consecuencias. Y noté la energía dentro de mi cuerpo. Kenji debería de haber notado algo.

Mi cabeza funciona a toda velocidad, tratando de resolver una ecuación imposible y una teoría se afianza dentro de mí y se concreta en algo que nunca me hubiese imaginado.

Llevo todo este tiempo intentando controlar la energía, concentrarla... pero nunca pensé que podría ser capaz de desactivarla. Y no entiendo por qué.

Adam tuvo un problema parecido: llevaba toda la vida en estado de *electricum*, pero ahora ha aprendido a controlarlo, a desactivarlo cuando es necesario. ¿No debería poder ser incapaz de hacer yo lo mismo?

Kenji puede hacerse visible e invisible cuando quiere. Fue algo que tuvo que aprender por sí mismo después de entrenar durante mucho tiempo, después de comprender cómo cambiar de un estado al otro. Recuerdo la historia que me contó de cuando era pequeño: se volvió invisible durante un par de días sin saber cómo volver a la normalidad, pero finalmente lo consiguió.

Castle, Brendan, Winston, Lily... todos ellos pueden activar y desactivar sus habilidades cuando es necesario. Castle no mueve cosas mentalmente de forma accidental. Brendan no electrocuta todo lo que toca. Winston puede estirar y encoger sus extremidades a voluntad y Lily puede mirar a su alrededor con normalidad, sin tomar instantáneas de todo lo que ve. ¿Por qué soy la única que no tiene un botón de apagado?

Me abruma procesar esa posibilidad. Empiezo a darme cuenta de que ni siquiera he intentado desactivar mi energía, porque siempre había creído que sería imposible. Había asumido estar destinada a esta vida, a una existencia en la que mis manos, mi piel, siempre me mantendrían alejada de los demás. Pero, ¿y ahora?

—¡Kenji! —grito mientras corro hacia él.

Kenji me mira por encima del hombro, pero no tiene tiempo de girarse del todo porque choco contra él, le agarro las manos y las aprieto.

—No me sueltes —le digo, con los ojos empañados en lágrimas—. No me sueltes. No hace falta.

Kenji se queda paralizado, con un gesto de conmoción y asombro. Mira nuestras manos y me mira.

—¿Has aprendido a controlarlo? —pregunta.

Casi no puedo hablar. Consigo asentir y las lágrimas me caen por las mejillas.

—Creo que todo este tiempo me he estado conteniendo, pero no lo sabía. Nunca me hubiese arriesgado a practicar con alguien.

—Maldita sea, princesa —dice en voz baja, con ojos brillantes—. Estoy muy orgulloso de ti.

Todo el mundo viene hacia nosotros.

Castle me da un fuerte abrazo y Brendan, Winston, Lily, Ian y Alia saltan encima de mí y me aplastan. Me aclaman, me aplauden y me dan la mano, y nunca antes me había sentido tan apoyada ni había visto tanta fuerza en el grupo. Es el momento más extraordinario de mi vida. Pero cuando las felicitaciones decaen y empiezan las buenas noches, aparto a Kenji para darle un último abrazo.

—Pues... —le digo, meciéndome sobre los talones—. Ahora ya puedo tocar a quien quiera.

—Sí. —Se ríe, levantando una ceja.

—¿Sabes qué significa eso?

—¿Me estás pidiendo que salga contigo?

—Ya sabes lo que significa, ¿no?

—Porque me siento halagado, de verdad, pero sigo pensando que es mejor que sigamos siendo solo amigos.

—Kenji.

Sonríe. Me revuelve el cabello.

—No —dice—. No lo sé. ¿Qué significa?

—Pues significa un millón de cosas —le digo, poniéndome de puntillas para mirarlo a los ojos—. Pero también significa que nunca más voy a matar a alguien sin querer. Ahora puedo hacer lo que quiera, puedo estar con quien quiera y será mi elección.

Kenji se queda mirándome un buen rato. Sonríe. Por último, baja la cabeza y asiente.

—Ve a hacer lo que tienes que hacer, Jul.



## CINCUENTA Y CINCO

Al salir del ascensor y entrar en el despacho de Warner, toda las luces están apagadas. Todo flota en una especie de tinta negra y tardo un rato en acostumbrar los ojos a la oscuridad. Me abro camino por el despacho con cuidado, en busca de alguna señal de su dueño, pero no encuentro ninguna.

Me dirijo hacia la habitación.

Warner está sentado en el borde del colchón. El abrigo está tirado en el suelo y las botas a un lado. Está sentado en silencio, con las palmas de las manos hacia arriba sobre el regazo, mirándose las manos como si buscara algo que no puede encontrar.

—¿Aaron? —susurro, moviéndome hacia adelante. Levanta la cabeza. Me mira y algo dentro de mí se rompí. Todas mis vértebras y nudillos, ambas rótulas y caderas. Soy un montón de huesos en el suelo y nadie más que yo lo sabe. Soy un esqueleto roto con el corazón palpitante.

Respira, me digo a mí misma.

Respira.

—Lo siento mucho —es lo primero que susurro. Asiente. Se pone de pie.

—Gracias —le dice a nadie en concreto al cruzar la puerta.

Lo sigo por la habitación hacia el despacho. Digo su nombre. Se detiene frente a la mesa de reuniones, de espaldas a mí y agarra el borde con las manos.

—Por favor, Juliette, esta noche no, no puedo...

—Tienes razón —digo finalmente—. Siempre has estado en lo cierto.

Se gira, poco a poco.

Lo estoy mirando a los ojos y de pronto me quedo paralizada. De repente me siento nerviosa, preocupada y segurísima de que esto va a salir mal, pero quizás hacerlo mal es la única forma de hacerlo, porque ya no puedo guardármelo más. ¡Tengo tantas cosas que decirle!

Cosas que no he podido admitir ni siquiera a mí misma, por ser demasiado cobarde.

—¿Razón sobre qué? —Tiene los ojos verdes muy abiertos. Asustados.

Tengo los dedos en la boca y sigo teniendo miedo de hablar. Hago muchas cosas con los labios, pienso.

Pruebo, toco, beso y los he apretado contra zonas delicadas de su piel. He hecho promesas, he dicho mentiras y he transformado vidas con estos labios y las palabras que generan, las formas y sonidos que crean. Pero ahora mismo, mis labios querrían que él me leyera la mente, porque la verdad es que me gustaría no tener que decir estos pensamientos en voz alta.

—Te quiero —le digo, con voz temblorosa—. Te quiero tanto que me asusta.

Percibo el movimiento en su garganta, el esfuerzo que esta haciendo para mantenerse quieto. Sus ojos desprenden terror.

—Te mentí —le digo, y las palabras me salen a trompicones—. Esa noche, cuando te dije que no quería estar contigo, le mentí. Porque tenías razón, era una cobarde. No quería admitir la verdad ni a mí misma y me sentía culpable por preferirte, por querer pasar todo mi tiempo contigo, incluso cuando todo se desmoronaba. Fui una estúpida —le digo—. Fui una estúpida y una desconsiderada. Traté de culparte y te hice mucho daño. —Trato de respirar—. Y lo siento muchísimo.

—¿Qué...? —Warner pestañea rápido. Tiene la voz frágil e irregular—. ¿Qué estás diciendo?

—Te amo —le susurro—. Te amo tal y como eres.

Warner me mira como si se hubiera quedando sordo y ciego a la vez.

—No —dice con la voz entrecortada. Una palabra muy frágil, poco más que un sonido. Mueve la cabeza y no me mira y se le ha quedado la mano atrapada en el pelo, y el cuerpo en dirección a la mesa—. No. No, no...

—Aaron...

—No —dice, retrocediendo—. No, no sabes lo que dices.

—Te amo —le repito—. Te amo, te quiero y te quería entonces —le digo—. Te quería muchísimo y sigo queriéndote. Te quiero ahora mismo.

Todo se para. Se para el tiempo. Se para el mundo.

Todo se para en el momento en que cruza la habitación, me abraza y me pone contra la pared. La cabeza me da vueltas. Sigo en pie, pero no respiro. Sin embargo, estoy viva, increíblemente viva, más viva que nunca Y me besa. Profunda y desesperadamente.

Me rodea la cintura con las manos, respira muy fuerte y me levanta en brazos. Mis piernas le rodean las caderas y él me besa el cuello, la garganta y me deja en el borde de la mesa de reuniones.

Tiene una mano en mi cuello, la otra debajo de mi camisa y recorre mi espalda. Su muslo está entre mis piernas y su mano se desliza detrás de mi rodilla, hacia arriba, más arriba. Se arrima más a mí y, cuando deja de besarme, respiro muy fuerte y la cabeza me da vueltas mientras trato de aferrarme a él.

—Arriba —dice él, respirando con dificultad—. Levanta los brazos.

Eso hago.

Me sube la camisa. La saca y la arroja al suelo.

—Estírate —me dice, a un respirando con dificultad. Me lleva hacia la mesa mientras desliza sus manos por mi espalda, debajo de mi trasero. Me desabrocha el pantalón y baja la cremallera—. Levanta las caderas para mí, querida y engancha los dedos en la cinturilla de mi pantalón y mi ropa interior, al mismo tiempo. Los baja.

Yo jadeo. Estoy recostada sobre su mesa y solo llevo el sujetador.

Después, ni eso.

Sus manos se deslizan sobre mis piernas y por la partí interna de mis muslos, y sus labios se abren camino hacia mi pecho y anula lo poco que me queda de compostura. Siento deseo en todas partes, pruebo colores y sonidos que ni sabía que existieran. Mi cabeza se apoya contra la mesa y le agarro los hombros. Todo él está caliente, es suave y, de alguna man era, insistente. Trato de no gritar, pero él ya se desliza hacia abajo, ya ha elegido dónde besarme. Cómo besarme.

Y no va a parar.

Estoy al límite de la cordura, al límite de las palabras, de las ideas comprensibles. Los segundos se están juntando con los minutos, los corazones están a punto de estallar, las manos agarran. Me he tropezado con un mundo nuevo y ya no sé nada, no sé nada porque nada podrá compararse con esto jamás. Nada va a reflejar la forma en que me siento en estos momentos.

Ya nada importa.

Nada más que este momento y su boca sobre mi cuerpo, sus manos sobre mi piel, sus besos en nuevos lugares que me vuelven absolutamente loca. Grito y me aferro a él, muriendo y volviendo a la vida en un instante.

Él está de rodillas.

Contengo el gemido atrapado en mi garganta justo antes de que me levante en brazos y me lleve a la cama. Un segundo más tarde ya está sobre mí, besándome con una intensidad que hace que me pregunte por qué todavía no he muerto, o me he quemado, o he despertado de este maravilloso sueño.

Desliza las manos por mi cuerpo, las vuelve al subir hacia mi rostro y me besa una vez, dos, tres. Me muerde el labio inferior un segundo y yo me sujeto a él, envolviendo los brazos alrededor de su cuello, pasándole las manos por el pelo y pegándome más a él. Tiene un sabor muy dulce, muy caliente y dulce, y sigo intentando decir su nombre, pero no encuentro el momento de respirar y mu cho menos de decir algo.

Lo empujo hacia arriba, lo alejo de mí.

Le desabrocho la camisa, con manos temblorosas y torpes con los botones, y me frustro tanto que acabo por rompérsela y los botones vuelan por todas partes. No tengo tiempo de quitársela antes de que me coloque sobre su regazo, envuelve sus caderas con mis piernas y me echa hacia atrás hasta que apoyo la cabeza sobre el colchón. Él se inclina sobre mí y me coge la cara entre las manos. Sus pulgares son como dos paréntesis alrededor de mi boca. Se acerca y me besa, me besa hasta que el tiempo se precipita y mi cabeza se pierde en el olvido.

Me da un beso intenso e increíble.

Es un beso de esos que incitan a las estrellas a subir hacia el cielo e iluminar el mundo. De esos que duran una eternidad y un instante. Me coge la cara, se echa hacia atrás para mirarme a los ojos y veo que tiene el pecho agitado.

—Creo que me va a explotar el corazón —me dice, y de seo más que nunca saber cómo capturar momentos como ese para revivirlos siempre.

Porque esto... Esto lo es todo.

## CINCUENTA Y SEIS

Warner lleva durmiendo toda la mañana.

No se despertó para entrenar. Ni para ducharse. Ni para hacer nada. Está ahí estirado, boca abajo, abrazando una almohada.

Yo me he despertado a las ocho de la mañana y llevo dos horas mirándolo fijamente.

Normalmente se levanta a las cinco y media. A veces antes.

Me preocupa que haya podido perderse muchas cosas importantes. No tengo ni idea de si hoy tiene reuniones o tenía que ir a algún lugar específico. No sé si ha echado a perder el día por quedarse dormido hasta tan tarde. No sé si va a venir alguien a buscarlo. No tengo ni idea.

Lo que sí sé es que no quiero despertarlo. Anoche nos humos a dormir muy tarde.

Paso los dedos por su espalda y la palabra «ENCIÉNDEME» que lleva tatuada en la piel sigue confundiéndome. Preparo a mis ojos para que vean esas cicatrices como algo más que el abuso terrorífico que lleva sufriendo toda la vida. No puedo soportar su verdadero origen. Me acurruco junto a él, apoyo la cara en su espalda y me aferro a sus costados. Le doy un beso en la columna vertebral. Noto su respiración, inhala y exhala de forma regular. Constante.

Warner cambia de posición ligeramente.

Me incorporo. Él se da la vuelta lentamente, todavía medio dormido. Se frota los ojos con la parte delantera de la mano cerrada. Pestañea varias veces y entonces me ve.

Sonríe.

Una sonrisa soñolienta.

No puedo evitar devolverle la sonrisa. Me siento como si me hubieran partido en dos y me hubieran rellenado de rayos de sol.

Nunca había visto a Warner adormilado. Nunca me había despertado en sus brazos. Nunca lo había visto de otra forma que no fuera despierto, atento y perspicaz.

Ahora casi parece perezoso. Es adorable.

—Ven aquí —me dice, alargando la mano.

Me arrastro hacia sus brazos y me abrazo a él, que me aprieta contra sí. Me besa en la parte superior de la cabeza.

—Buenos días, cariño —me susurra.

—Me gusta —le digo en voz baja, sonriendo aunque él no pueda verlo—. Me gusta que me llames cariño.

Entonces se ríe y le tiemblan los hombros. Se gira boca arriba, con los brazos extendidos a los lados.

Dios mío, me encanta verlo sin ropa.

—Nunca había dormido tan bien —dice en voz baja. Sonríe, con los ojos todavía cerrados. Se le forman hoyuelo, en las mejillas—. Me noto muy raro.

—Has dormido mucho —le digo, entrelazando sus dedos con los míos.

Me mira solo con un ojo.

—¿Sí?

Asiento.

—Es tarde. Ya son las diez y media.

Se pone rígido.

—¿De verdad?

Asiento de nuevo.

—No quería despertarte.

Suspira.

—Entonces me temo que debo irme. Delalieu debe de haber sufrido un aneurisma.

Una pausa.

—Aaron —le digo tentativamente—. ¿Quién es exacta mente Delalieu? ¿Por qué te fías tanto de él con todo esto?

Respira profundamente.

—Lo conozco desde hace muchísimos años.

—¿Y ya está? —le pregunto, echándome hacia atrás para mirarlo a los ojos—. Él sabe muchas cosas sobre nosotros y sobre lo que estamos haciendo, y eso a veces me preocupa. Creía que habías dicho que todos tus soldados te odiaban. ¿No deberías sospechar de él? ¿Y confiar menos en él?

—Claro —dice en voz baja—, crees que debería.

—Pero no es así.

Warner me mira a los ojos. Suaviza la voz.

—Es el padre de mi madre, querida.

Me pongo tensa de golpe y tiro hacia atrás.

—¿Qué?

Warner mira hacia el techo.

—¿Que es tu abuelo? —Me he incorporado en la cama. Warner asiente.

—¿Desde cuándo lo sabes? —No sé cómo mantener la calma.

—Desde siempre. —Warner se encoge de hombros—. Siempre ha estado cerca. Lo conozco desde niño. Solía verlo cerca de nuestra casa, sentado en las reuniones del Restablecimiento, todas ellas organizadas por mi padre.

Estoy tan aturdida que apenas sé qué decir.

—Pero... tú lo tratas como si fuera...

—¿Mi teniente? —Warner estira el cuello—. Bueno, también lo es.

—Pero es de tu familia...

—Mi padre lo asignó en este sector y yo no tenía ninguna razón para creer que era distinto al hombre que me dio la mitad de mi ADN. Nunca ha ido a ver a mi madre, nunca pregunta por ella, ni ha mostrado ningún interés. Le ha costado diecinueve años ganarse mi confianza *y solo me he permitido* esta debilidad porque he sentido su sinceridad regularmente durante todos estos años. —Warner se detiene—. Pero aunque hayamos llegado a un grado de cierta familiaridad, él nunca ha reconocido nuestro parentesco y nunca lo hará.

—Pero, ¿por qué no?

—Porque es tan abuelo mío como yo hijo de mi padre.

Me quedo mirando a Warner bastante rato hasta darme cuenta de que no tiene sentido seguir con esta conversación, porque creo que lo entiendo. El y Delalieu solo se tienen un extraño y formal respeto mutuo. Compartir la misma sangre no te convierte en familia.

Lo sé.

—¿Así que te tienes que ir ya? —susurro, sintiendo haber sacarlo el tema de Delalieu.

—Todavía no. —Sonríe. Me toca la mejilla.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

Se inclina, me besa muy suavemente y mueve la cabeza.

Le toco los labios con la punta de los dedos.

—Aquí guardas secretos —le digo—. Quiero que salgan Intenta morderme el dedo, pero yo lo esquivo.

—¿Por qué hueles tan bien? —pregunta, sin dejar de son reír mientras evita mi pregunta. Se vuelve a inclinar, me besa suavemente por la mandíbula y debajo de la barbilla—. Mi vuelves loco.

—Te he estado robando tus jabones —le digo.  
 Levanta las cejas.  
 —Lo siento. —Noto que me sonrojo.  
 —No te sientas mal —dice, muy serio de repente—. Pin des coger todo lo que te apetezca. Puedes quedártelo todo.  
 Esto me pillá por sorpresa y me conmueve la sinceridad de su voz.  
 —¿De verdad? —le pregunto—. Porque me encanta el jabón.  
 Entonces me sonrío con ojos picaros.  
 —¿Qué?  
 Niega con la cabeza. Se aparta y sale de la cama.  
 —Aaron...  
 —Ya vuelvo —dice.  
 Lo veo entrar en el baño. Escucho el sonido de un guio, de un torrente de agua que llena la bañera.  
 El corazón se me dispara.  
 Regresa a la habitación y yo me aferro a las sábanas empiezo a protestar por lo que creo que está va a hacer.  
 Él tira de la manta. Inclina la cabeza.  
 —Suéltala, por favor.  
 —No.  
 —¿Por qué no?  
 —¿Qué vas a hacer? —le pregunto.  
 —Nada.  
 —Mentiroso.  
 —No pasa nada, querida. —Me mira con ojos burlones—. No tengas vergüenza.  
 —Aquí hay demasiada luz. Apaga las luces.  
 Se ríe a carcajadas. Quitá las sábanas de la cama. Contengo un grito.  
 —Aaron...  
 —Eres perfecta —dice—. Toda tú. Perfecta —repite—. No te escondas de mí.  
 —Lo retiro —digo histérica, tapándome con una almohada—. No quiero tu jabón. Lo retiro...  
 Y entonces me arranca la almohada de los brazos, me alza en brazos y me lleva.



## CINCUENTA Y SIETE

Mi traje está listo.

Warner se aseguró de que Alia y Winston tuvieran todo lo que necesitaban para confeccionarlo y, aunque los hubiese visto avanzar con el proyecto cada día, nunca hubiera pensado que todos esos materiales podrían convertirse en esto. Parece piel de serpiente.

La tela es de color negro y gris plomizo, pero según cómo le dé la luz, parece casi dorado. El estampado se mueve cuando yo me muevo y marea ver cómo parece que los hilos si juntan y se separan, como si nadaran juntos y se separaran. Se ajusta a mi cuerpo de una forma que resulta incómoda y reconfortante a la vez. Es ceñido y un poco duro al principio, pero cuando empiezo a mover brazos y piernas, empieza a ver lo flexible que es, aunque no lo parezca. Todo parece extrañamente contradictorio. Este traje es aún más ligero que el que tenía antes. Es como si no llevara nada, pero aun así parece mucho más duradero y más fuerte. Me siento como si con este traje pudiera parar un cuchillo, como si pudieran llevarme a rastras más de un kilómetro por la calzada con él.

También tengo un par de botas nuevas. Son muy parecidas a las antiguas, pero estas llegan a la pantorrilla, no al tobillo. Son planas, elásticas y silenciosas al andar.

No pedí guantes.

Voy flexionando las manos, andando a lo largo de la habitación y familiarizándome con esta sensación de llevar otro tipo de ropa. Tiene un objetivo diferente. Ya no intento esconder mi piel del mundo, solo trato de aumentar la energía que tengo.

Se adapta muy bien a mí.

—Esto también es para ti —dice Alia, sonrojándose al sonreír—. Pensé que te gustaría tener unos nuevos.

Me da una réplica exacta de los refuerzos para los nudillos que tenía. Los que perdí. En una batalla que perdimos.

Representan mucho para mí, más que cualquier otra cosa. Son una segunda oportunidad para hacer bien las cosas.

—Gracias —le digo, esperando que sepa lo agradecida que estoy.

Me pongo los refuerzos en los nudillos a la vez que muevo los dedos.

Levanto la mirada. Miro alrededor de mí. Todos me están mirando.

—¿Qué opináis? —pregunto.

—Tu traje se parece al mío. —Kenji frunce el ceño—. Se supone que yo soy el del traje negro. ¿Por qué no puedes tener uno de color rosa? ¿O amarillo?

—Porque no somos los putos Power Rangers —dice Winston, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué cojones es un Power Ranger? —replica Kenji.

—Creo que es impresionante —interviene James, con una amplia sonrisa—. Molas mucho más que antes.

—Sí, es una pasada —dice Lily—. Me encanta.

—Es vuestro mejor trabajo, tíos —les felicita Brendan a Winston y a Alia—. De verdad. Y eso de los nudillos —dice señalándome las manos—. Son... son perfectos. Geniales.

—Está muy elegante, señorita Ferrars —dice Castle—. Creo que este traje genera energías positivas, si me permite la ironía.

Sonrío.

Warner tiene la mano sobre mi espalda. Se inclina.

—¿Es fácil de quitar este traje? —Me obligo a no mirarlo, la sonrisa que seguro que ha esbozado a mi costa. Odio que siga haciéndome sonrojar.

Intento concentrarme en algún otro punto de la sala.

Adam.

Me está mirando con un gesto inesperadamente relajado, calmado. Por un momento, solo un instante, reconozco al chico que conocí. El primero del que me enamoré.

Mira hacia otro lado.

Solamente espero que esté bien cuando esto comience. Y solo tiene doce horas para conseguirlo, porque esta noche vamos a revisar el plan. Por última vez.

Y mañana empieza todo.

## CINCUENTA Y OCHO

—¿Aaron? —susurro.

Las luces están apagadas. Estamos en la cama. Estoy estirada sobre él, con la cabeza apoyada en su pecho. Tengo los ojos fijos en el techo. Él me va pasando la mano por el pelo y, a veces, me peina algún mechón con los dedos.

—Tu pelo es como agua. Es muy suave. Como la seda.

—Aaron.

Me da un besito en la parte superior de la cabeza. Frota las manos por mis brazos.

—¿Tienes frío? —me pregunta.

—No puedes evitar el tema indefinidamente.

—No tenemos que evitarlo en absoluto —dice—. No había nada de qué hablar.

—Solo quiero saber que estás bien —le digo—. Estoy preocupada por ti. —Todavía no me ha dicho nada sobre su madre. En todo el tiempo que estuvimos en esa habitación, no dijo ni una sola palabra y no ha hablado de ello desde entonces. Ni siquiera la ha mencionado. Ni una sola vez.

Ahora tampoco dice nada.

—¿Aaron?

—Dime, querida.

—¿No vamos a hablar de ello?

Se queda callado tanto rato que estoy a punto de darme la vuelta para mirarlo, pero entonces...

—Ella ya no sufre —dice en voz baja—. Para mí eso es un gran consuelo.

Después de eso no le incito a seguir hablando.

—Juliette —dice.

—¿Sí?

Oigo su respiración.

—Gracias —susurra—. Por ser mi amiga.

Entonces me doy la vuelta. Me acerco a él y mi nariz roza su cuello.

—Yo siempre estaré aquí si me necesitas —le digo—. Recuérdalo, por favor. Recuérdalo siempre.

Más segundos se ahogan en la oscuridad. Noto que me estoy quedando dormida.

—¿Esto qué está pasando es real? —le oigo susurrar.

—¿El qué? —Pestañeo, trato de mantenerme despierta.

—¡Pareces tan real! —dice—. ¡Suenas tan real! Lo daría todo para que esto fuese real.

—Claro que es real —le digo—. Y las cosas irán a mejor. Irán mucho mejor. Te lo prometo.

Respira con dificultad.

—Lo que más miedo me da —dice, en voz muy baja— es que, por primera vez en la vida, lo creo de verdad.

—Bien —le digo suavemente, girando mi cara en su pecho. Cierro los ojos.

Warner me abraza, acercándose más a él.

—¿Por qué llevas tanta ropa? —susurra.

—Eh...

—No me gusta —dice.

Tira de mis pantalones.

Le rozo el cuello con los labios y le doy un beso ligero como una pluma.

—Entonces quítemela.

Aparta las mantas.

Reprimo un escalofrío. Él ya está de rodillas entre mis piernas. Encuentra la cinturilla de mi pantalón y la baja por mis caderas, hacia mis muslos. Muy lentamente.

El corazón me hace todo tipo de preguntas.

Coge el pantalón y lo tira por la habitación. Luego desliza los brazos por mi espalda y me aprieta contra su pecho. Sus manos se mueven por debajo de mi camiseta, por mi columna vertebral. En un momento ya no llevo nada.

Me estremezco ligeramente y él me pone con cuidado sobre las almohadas, para no aplastarme con su peso. Su calor corporal es muy agradable. Inclino la cabeza hacia atrás. Sigo con los ojos cerrados. Abro un poco la boca sin razón aparente.

—Quiero poder sentirte —susurra—. Quiero que nuestras pieles se toquen. —Mueve sus suaves manos por mi cuerpo—. Dios, eres tan suave... —dice, con voz ronca.

Me besa el cuello.

La cabeza me da vueltas. Todo se calienta y se enfría, y algo revuelve mi interior. Mis manos se acercan a su pecho buscando un lugar al que aferrarse e intento mantener los ojos abiertos, pero no lo consigo y solo soy capaz de susurrar su nombre.

—¿Sí, querida?

Intento decir algo más, pero mi boca no me escucha.

—¿Estás dormida? —pregunta.

Sí, creo. No sé. Sí.

Asiento.

—Está bien —dice en voz baja. Me levanta la cabeza y me aparta el pelo del cuello para que mi cara repose más fácilmente sobre la almohada. Cambia de posición y se pone a mi lado en la cama—. Necesitas dormir más.

Asiento otra vez, me acurruco de lado. El me tapa hasta los brazos con las mantas.

Besa la curva de mi hombro. Mi omóplato. Cinco besos por la espalda, cada vez más suaves.

—Estaré aquí todas las noches —susurra, con palabra suaves y distorsionadas— para darte calor. Te besaré hasta que se me cierren los ojos.

Mi cabeza se queda atrapada en una nube.

¿Oyes mi corazón? Quiero preguntarle.

*Quiero que hagas una lista de tus cosas favoritas y quiero aparecer en ella.*

Pero me estoy quedando dormida tan rápidamente que he perdido el contacto con la realidad y no sé cómo mover la boca. El sueño me ha invadido y me ha envuelto en este instante. Y Warner sigue hablando en voz muy baja y suave. Se cree que estoy dormida. Piensa que no puedo oírle.

—¿Sabías —me susurra— que me levanto cada mañana convencido de que habrás desaparecido?

*Despierta, me repito a mí misma. Presta atención.*

—Que todo esto —dice—, que todos estos momentos solo serán un sueño extraordinario. Pero entonces oigo que me hablas. Veo la forma en que me miras y siento que es real. Noto tus sentimientos y la forma en que me tocas —susurra, rozándome la mejilla con el dorso de la mano.

Abro los ojos. Pestañeo una vez, dos. Sus labios forman una dulce sonrisa.

—Aaron —susurro.

—Te amo —dice.

El corazón ya no me cabe en el pecho.

—Ahora todo me parece muy distinto —dice—. Lo noto diferente. Tiene un sabor diferente. Me has devuelto a la vida. Nunca había experimentado esta paz ni esta comodidad y, a veces, tengo miedo —confiesa, bajando la mirada— de que mi amor te asuste.

Levanta la vista y sus pestañas doradas se alzan, revelando más tristeza y belleza a la vez de la que jamás he visto. No sabía que una persona pudiera transmitir tanto con una sola mirada. Hay un gran dolor en él. Y una gran pasión.

Se me corta el aliento. Cojo su cara con las manos y lo beso, muy lentamente.

Cierra los ojos. Su boca responde a la mía. Extiende las manos para acercarme más a él y yo lo detengo.

—No —le susurro—. No te muevas.

Suelta las manos.

—Estírate —le susurro.

Eso hace.

Lo beso en todas partes: en las mejillas, en la barbilla, en la punta de la nariz y en el espacio entre las cejas. Por toda la frente y la mandíbula. Su rostro entero, centímetro a centímetro. Besos pequeños y suaves que dicen mucho más de lo que jamás habían hecho. Quiero que sepa cómo me siento. Quiero que lo sepa de la única forma en que soy capaz, para que pueda sentir la profundidad de los sentimientos que esconden mis movimientos. Quiero que lo sepa y nunca dude.

Y quiero tomarme mi tiempo.

Muevo la boca hacia su cuello y jadea. Aspiro el aroma de su piel, noto el sabor de su cuerpo y recorro su pecho con las manos, y lo beso a lo largo de todo su torso. No deja de intentar tocarme y tengo que decirle que pare.

—Por favor —dice—, quiero sentirte.

Le bajo los brazos.

—Aún no. Ahora no.

Mis manos se deslizan hacia su pantalón. Abre los ojos de golpe.

—Cierra los ojos —tengo que decirle.

—No. —Casi no puede hablar.

—Ciérralos.

Sacude la cabeza.

—Está bien.

Le desabrocho el pantalón. Bajo la cremallera.

—Juliette —susurra—. ¿Qué...?

Le estoy quitando el pantalón.

Se sienta.

—Tumbate. Por favor...

Me mira con los ojos muy abiertos.

Finalmente se tumba. Le quito el pantalón del todo y lo tiro al suelo. Solo lleva la ropa interior.

Trazo la costura del suave algodón, siguiendo las líneas de las piezas superpuestas de sus bóxers, que se cruzan en el centro. Respira tan rápido que lo oigo, puedo ver el movimiento de su pecho. Tiene los ojos apretados, la cabeza inclinada hacia atrás y los labios separados.

Le vuelvo a tocar, muy suavemente.

Él ahoga un gemido y gira la cara hacia las almohadas. Le tiembla todo el cuerpo, se aferra a las sábanas con las manos. Deslizo mis manos por sus piernas, le agarro justo por encima de las rodillas y las separo un poco para dejar espacio para los besos que se abren camino por el interior de sus muslos. Mi nariz roza su piel.

Parece sentir dolor. Mucho dolor.

Encuentro la cinturilla elástica de sus calzoncillos y tiro de ella hacia abajo. Despacio.

Despacio.

El tatuaje está justo debajo de su hueso de la cadera.

*El infierno está vacío.*

*Y todos los demonios están aquí.*

Trazo el recorrido de las palabras con besos. Alejando a los demonios con besos.

Alejando el dolor con besos.

## CINCUENTA Y NUEVE

Estoy sentada en el borde de la cama con los codos apoyados sobre las rodillas y la cara entre las manos.

—¿Estás lista? —me pregunta.

Alzo la vista. Me levanto. Niego con la cabeza.

—Respira, cariño. —Está de pie frente a mí y desliza las manos alrededor de mi cara. Tiene los ojos brillantes, vivos, firmes y llenos de confianza en mí —. Eres magnífica. Extraordinaria.

Trato de reír y me sale mal. Warner inclina su frente contra la mía.

—No hay nada que temer. Nada de qué preocuparse. No te aflijas por nada en este mundo —dice en voz baja.

Me inclino hacia atrás, preguntándole con los ojos.

—Es mi única manera de vivir —dice—. En un mundo donde hay tantas cosas por las que afligirse y tan pocas que quedarse... Yo no me aflijo por nada. Me lo quedo todo.

Me quedo mirándolo fijamente lo que me parece una eternidad. Se inclina a mi oído. Baja la voz.

—Enciéndete, mi amor. Enciéndete.

Warner ha convocado una asamblea. Dice que es un procedimiento bastante habitual en el que los soldados están obligados a llevar un uniforme negro convencional.

—Y van a ir desarmados —dice.

Kenji, Castle y todos los demás irán a verlo gracias a la invisibilidad de Kenji, pero yo seré la única que hable hoy. Les dije que quería dirigirlo. Que estaba dispuesta a correr el riesgo primero yo. Y aquí estoy.

Warner me saca de su dormitorio.

Los pasillos están desiertos. Los soldados que patrullan sus aposentos se han ido, ya están reunidos esperando a que llegue. La realidad de lo que estoy a punto de hacer está empezando a calar en mí porque, sin importar el resultado de hoy, me estoy exponiendo. Es un mensaje de mi parte a Anderson; un mensaje que sé que va a recibir.



Estoy viva.

Voy a utilizar tus propios ejércitos para acabar contigo.

Y te voy a matar.

Hay algo en ese pensamiento que me hace absurdamente feliz.

Entramos en el ascensor y Warner me coge de la mano. Le aprieto los dedos. Sonríe con la mirada al frente y, de repente, salimos del ascensor y pasamos por otra puerta hacia el patio abierto en el que solo he estado una vez.

Es muy raro, pienso, que vuelva a este lugar y no como cautiva. Sin tener miedo y aferrándome a la mano del mismo chico rubio que me trajo la otra vez.

El mundo es muy extraño.

Warner vacila antes de salir a la vista de todos. Me mira en busca de confirmación. Asiento y me suelta la mano.

Damos un paso adelante, juntos.

## SESENTA

Se oye un grito ahogado entre los soldados situados justo debajo. Sin duda se acuerdan de mí.

Warner se saca una pieza cuadrada de malla del bolsillo y la presiona contra los labios, solo una vez, y después se la guarda en la mano. Al hablar, su voz se amplifica entre la multitud.

—Sector 45.

Se mueven. Levantan el puño derecho, lo colocan en el pecho y sueltan el puño izquierdo a un lado.

—Se os dijo hace poco más de un mes, que habíamos ganado la batalla contra un grupo de la resistencia llamado Punto Omega. Se os dijo que su base fue diezmada y que los hombres y mujeres que quedaban fueron masacrados en el campo de batalla. Se os dijo —continúa— que nunca dudarais del poder del Restablecimiento. Somos invencibles. Insuperables en cuanto al poder militar y el control de la tierra. Se os dijo que somos el futuro, la única esperanza para sobrevivir.

Su voz resuena entre la multitud y sus ojos examinan los rostros de sus hombres.

—Y yo espero —dice— que no os lo creyerais.

Los soldados miran atónitos como habla Warner. Parecen tener miedo de desmarcarse por si esto resulta ser una especie de broma o quizás una prueba del Restablecimiento. Se limitan a mirar, sin preocupar se ya de que sus rostros parezcan lo más estoicos posible.

—Juliette Ferrars —dice— no está muerta. Está aquí, a mi lado, a pesar de las declaraciones de nuestro comandante supremo. De hecho, él la disparó en el pecho y la dejó morir. No obstante, logró sobrevivir a ese ataque contra su vida y hoy está aquí para haceros una oferta.

Cojo la malla de la mano de Warner y la coloco sobre mis labios como ha hecho él. Me la guardo en la mano. Respiro profundamente y digo cinco palabras.

—Quiero acabar con el Restablecimiento.

Mi voz suena tan fuerte, se proyecta de forma tan potente sobre la multitud, que me quedo atónita por un momento. Los soldados me miran con horror, conmoción, incredulidad y asombro. Empiezan a murmurar.

—Quiero llevaros a la guerra —les digo—. Quiero contraatacar.

Ya nadie me escucha. Sus perfectas y organizadas filas han desaparecido. Ahora están aglomerados y hablan, gritan y entra tan de deliberar entre ellos. Intentando entender qué está pasando.

No puedo creer que hayan dejado de prestarme atención tan rápidamente.

—No dudes —dice Warner—. Tienes que reaccionar. Ya.

Esperaba guardarme esto para más adelante. Ahora mismo solo estamos a unos cinco metros del sucio, pero Warner me dijo que, si quiero subir hasta arriba, hay cuatro pisos más. En el piso más alto solo hay los altavoces destinados a esta área en concreto. Tiene una pequeña plataforma de mantenimiento a la que se solo tienen acceso los técnicos. Ya estoy subiendo.

Los soldados vuelven a mirarme, me van señalando mientras subo las escaleras y siguen hablando en voz alta los unos con los otros. No tengo ni idea de si es posible que las novedades de la situación ya hayan llegado a los civiles o a los espías que informan al supremo. Ahora no tengo tiempo para preocuparme de eso, pues todavía no he terminado de hablar y ya voy perdiendo. Esto no puede ser bueno.

Cuando al fin llego al piso de arriba, estoy a unos tres metros del suelo. Llego a la plataforma con cuidado, procuro no mirar hacia abajo durante mucho rato. Y cuando me planto ahí, miro hacia la multitud.

Vuelven a prestarme atención.

Aprieto el micrófono de malla con la mano.

—Solo tengo una pregunta —digo con palabras potentes y claras que se proyectan en la distancia—. ¿Qué ha hecho por vosotros el Restablecimiento?

Ahora me miran. Me escuchan.

—Solo os han dado bajos salarios y promesas de un futuro que nunca llegará. Han dividido a vuestras familias y las han obligado a vivir en lo que queda de nuestra tierra. Han matado de hambre a vuestros hijos y han destruido vuestros hogares. Os han mentido una y otra vez y os han obligado a aceptar puestos de trabajo en su ejército para poder controlarlos. Y no tenéis elección. No hay alternativas. Y por eso lucháis en sus guerras y matáis a vuestros amigos, para poder alimentar a vuestras familias.

Sí, ahora me prestan atención.

—El hombre a quien permitís liderar esta nación es un cobarde —prosigo—. Es un hombre débil que tiene demasiado miedo de mostrarse en público.

Vive en la clandestinidad, se esconde de las personas que dependen de él y aun así os ha enseñado a que le temáis. Os ha enseñado a encogeros cuando se dice su nombre.

»Puede que todavía no lo hayáis conocido. Pero yo sí. Y no me impresionó.

No puedo creer que todavía nadie me haya disparado. Da igual que se suponga que deben ir desarmados. Probablemente alguien tenga un arma y todavía no me han disparado.

—Uníos a una nueva resistencia —digo, llamando a la multitud—. Somos mayoría y podemos permanecer unidos. ¿Vais a seguir viviendo así? —les pregunto, señalando las lejanas instalaciones—. ¿Vais a seguir muriendo de hambre? ¡Porque ellos os van a seguir mintiendo! —exclamo—. Nuestro mundo no es irreparable, no está agotado. Podemos ser nuestro propio ejército. Podemos hacerlo juntos. Uníos a mí —les animo— y prometo que las cosas van a cambiar.

—¿Cómo? —oigo a alguien gritar—. ¿Cómo puedes prometer algo así?

—El Restablecimiento no me intimida —respondo—. Y tengo más fuerza de lo que creéis. Tengo una fuerza a la que el comandante supremo no puede hacer frente.

—¡Ya sabemos lo que puedes hacer! —grita otro—. ¡Y eso no te salvó la otra vez!

—No —les digo—, no sabéis lo que puedo hacer. No tenéis ni idea de lo que soy capaz de hacer.

Extiendo las manos delante de mí, señalando hacia la multitud. Trato de encontrar un buen punto medio. Y entonces me concentro.

*Siente tu energía, me dijo Kenji una vez. Forma parte de ti. Es parte de tu cuerpo y de tu mente. Te escuchará si logras aprender a controlarla.*

Piso con firmeza, reúno todas mis fuerzas y, entonces, divido en dos a la multitud.

Despacio.

Concentro mi energía en reconocer cada uno de los cuerpos y dejo que fluya y se desplace suavemente entre los soldados en lugar de abalanzarse sobre ellos y hacerles daño accidentalmente. Mi energía se aferra a sus siluetas como lo harían mis dedos y finalmente encuentro el lugar exacto que divide al grupo en dos mitades. Ellos se van mirando los unos a los otros desde el otro lado del patio, tratando de entender por qué no pueden moverse en dirección contraria a los muros invisibles que los empujan.

Y una vez la energía está en su lugar, abro los brazos a lo ancho y empujo.

Los soldados salen despedidos: una mitad hacia la izquierda; la otra hacia la derecha. No lo suficiente como para hacerse daño, pero sí para sobresaltarse. Quiero que sientan el poder que tengo. Quiero que sepan que me estoy conteniendo.

—Puedo protegeros —les digo, con una fuerte voz, que sigue resonando—. Y tengo amigos que pueden hacer mas cosas, que estarán a vuestro lado y lucharán.

Y entonces, en el momento perfecto, un grupo de ellos, aparecen de la nada, justo en el centro del patio, en el espacio que acabo de vaciar.

Los soldados saltan hacia atrás, asombrados, alejándola hacia las esquinas.

Castle levanta un brazo y convence a un arbolito situado a lo lejos de arrancarse de raíz. Lo saca de la tierra usando ambas manos y, una vez lo consigue, el árbol se inclina descontrolado y vuela mientras sus ramas tintinean al viento Castle lo echa hacia atrás y lo empuja solo con la mente, Lo lanza más arriba, justo sobre sus cabezas, y Brendan levanta los brazos y aplaude fuertemente.

Un rayo de luz golpea la base del árbol y sube por el tronco tan rápidamente y con tanta energía, que prácticamente lo desintegra; los pocos pedazos que quedan caen al suelo en forma de lluvia.

No me lo esperaba; en principio hoy no tenían que ayudarme. Pero acaban de organizar la presentación perfecta.

Ahora mismo.

Todos los soldados lo están viendo. El patio ha sido despejado. Encuentro los ojos de Kenji ahí abajo y espero su confirmación.

El asiente.

Doy un salto. A treinta metros, con los ojos cerrados, las piernas rectas y *los brazos hacia delante. Y siento más energía fluyendo en mí que nunca. La aprovecho. La proyecto. Y caigo al suelo con tanta fuerza que se parte bajo mis pies.*

Estoy agachada, con las rodillas dobladas y una mano extendida delante de mí. El patio tiembla tanto que por un momento dudo de si habré causado otro terremoto.

Cuando por fin me levanto y miro a mi alrededor, veo a los soldados con mucha más claridad. Sus rostros, sus preocupaciones. Me miran impresionados, con los ojos muy abiertos por el asombro y un poco de miedo.

—No vais a estar solos —les digo, girándome para verles la cara—. Ya no tenéis que tener miedo. Queremos recuperar nuestro mundo, salvar las vidas

de nuestras familias, de nuestros amigos. Queremos que vuestros hijos tengan la oportunidad de tener un futuro mejor. Y queremos luchar. Queremos ganar. —Los miro fijamente—. Y os pedimos que nos ayudéis.

Se hace un silencio absoluto y, a continuación, aparece un caos absoluto: hurras, gritos y chillidos y fuertes pisadas.

Noto un tirón en la pieza de malla que tengo en la mano. Vuela en el aire y llega a la mano de Warner, que dirige a sus hombres.

—Felicidades, caballeros —dice—. Avisad a vuestras familias, a vuestros amigos. Mañana todo cambiará. El Supremo llegará en cuestión de días —dice—. Hay que prepararse para la guerra.

Y a continuación Kenji nos hace desaparecer.

## SESENTA Y UNO

Corremos por el patio hacia la base y, en cuanto estamos fuera de su campo de visión, Kenji desactiva la invisibilidad, Corre delante de nosotros como un rayo y nos conduce hacia la sala de entrenamiento, serpenteando y zigzagueando a toda velocidad hacia el almacén y el campo de tiro hasta que todos entramos a trompicones en la sala.

James nos está esperando. Se pone de pie, con los ojos como platos.

—¿Cómo ha ido?

Kenji corre hacia adelante y lo coge en brazos.

—¿Cómo crees que ha ido?

—Eh... ¿Bien? —James se está riendo.

Castle me da una palmadita en la espalda. Me doy la vuelta. Me sonrío con ojos brillantes, más orgulloso de lo que jamás haya visto.

—Muy bien, señorita Ferrars —susurra—. Muy bien.

Brendan y Winston se acercan rápidamente con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ha sido una pasada! —dice Winston—. Como si fue ramos famosos o algo así.

Lily, Ian, y Alia se unen al grupo. Les doy las gracias por su ayuda, por sus muestras de apoyo en el último minuto.

—¿Estáis seguros de que va a funcionar? —les pregunto—. ¿Creéis que es suficiente?

—Está claro que es un comienzo. Ahora tendremos que actuar rápidamente. Me imagino que la noticia ya se ha extendido, pero estoy seguro de que los demás sectores no hay nada hasta que llegue el Supremo —Castle me mira—. Espero que entiendas que esta será una lucha contra todo el país.

—No si los demás sectores también se unen a nosotros —le digo.

—¡Qué confianza! —responde Castle. Me mira como si fuese un extraño ser extraterrestre a quien no sabe cómo entender o identificar—. Me sorprende, señorita Ferrars.

El ascensor se abre con un sonido metálico.

Warner. Se dirige hacia mí.

—La base está segura —dice—. Estaremos confinados aquí hasta que llegue mi padre. Nadie entrará ni saldrá de las instalaciones.

—Y... ¿qué hacemos ahora? —pregunta Ian.

—Esperar —dice Warner. Nos mira—. Si todavía no lo sabe, se enterará en los próximos cinco minutos. El Supremo sabrá que algunos miembros de vuestro grupo siguen vivos, que Juliette sigue viva. Sabrá que yo lo he desafiado, que me he posicionado contra él públicamente y se enfadará muchísimo. Eso os lo puedo garantizar.

—Así que iremos a la guerra —dice Brendan.

—Sí. —Warner está tranquilo, tranquilísimo—. Lucharemos. Pronto.

—¿Y los soldados? —le pregunto—. ¿Están totalmente de acuerdo?

Me sostiene la mira durante un momento demasiado largo.

—Sí —dice—. Siento toda su pasión, su respeto repentino hacia ti. Muchos de ellos siguen teniendo miedo y otros se mantienen firmes en su escepticismo, pero tenías razón, querida. Puede que tengan miedo, pero no quieren ser soldados, no de esta forma. Ni para el Restablecimiento. Ya están preparados para unirse a nosotros.

—¿Y los civiles? —pregunto, sorprendida.

—Nos seguirán.

—¿Estás seguro?

—No puedo estar seguro de nada —dice en voz baja—, pero, en todo el tiempo que llevo en este sector, jamás había sentido en mis hombres la esperanza que he sentido hoy. Ha sido tan poderosa y absorbente que sigo notándola desde aquí. Prácticamente me hierva en la sangre.

Casi no puedo respirar.

—Juliette, querida —me dice, con la mirada aún fija en mí—. Acabas de empezar una guerra.



## SESENTA Y DOS

Warner me lleva lejos de los demás.

Estamos en un rincón de la sala de entrenamiento y me coge de los hombros. Me mira como si yo acabara de sacar la luna del bolsillo.

—Me tengo que ir —dice con urgencia—. Hay muchas cosas que deben ponerse en marcha ahora mismo y tengo que reunirme con Delalieu. Me encargaré de todo lo que concierne a los detalles mi litares, querida. Me ocuparé de que tengas todo lo que necesitas y de que mis hombres estén totalmente equipados.

Asiento, tratando de darle las gracias.

Pero sigue mirándome, busca mis ojos como si hubiera encontrado algo de lo que no puede alejarse. Mueve las manos hacia mi rostro y me roza la mejilla con el pulgar. Me habla con voz muy tierna.

—Vas a hacer algo grande —susurra—. Nunca te he merecido.

Mi corazón...

Se inclina, me besa en la frente muy suavemente y se va.

Sigo mirando cómo se cierran las puertas del ascensor cuando veo a Adam por el rabillo del ojo. Se acerca hacia mi. —Hola— dice. Parece nervioso, incómodo.

—Hola.

Asiente, mirando a sus pies.

—Bueno. —Deja escapar un suspiro. Sigue sin mirarme Bonito espectáculo.

No estoy muy segura de qué decir. Así que no digo nada Adam suspira.

—Has cambiado de verdad —susurra—. ¿No?

—Pues... sí.

Asiente una sola vez. Se ríe de forma extraña y se aleja.

## SESENTA Y TRES

Volvemos a estar aquí sentados. Hablando, discutiendo, pensando y planificando. James duerme a pierna suelta en un rincón.

Todos nos sentimos medio emocionados y medio aterrorizados, pero por alguna razón, sobre todo emocionados. Después de todo, esto es lo que la gente del Punto Omega ha querido siempre. Se unieron a Castle esperando a que llegara un día como este: una oportunidad para derrotar al Restablecimiento.

Todos han estado entrenando para esto, incluso Adam, que de alguna manera se ha convencido a sí mismo de apoyarnos, ha sido soldado. Kenji, soldado. Todos tienen unas condiciones físicas inmejorables. Todos son luchadores, incluso Alia, que se esconde tanto en su tímido caparazón. No podría haber pedido un grupo más sólido.

—¿Y cuándo creéis que llegará? —pregunta Ian—. ¿Mañana?

—Puede —responde Kenji—. No creo que tarde más de dos días.

—¿Pero no estaba en un barco en medio del océano? —interviene Lily—. ¿Cómo se supone que va a llegar en dos días?

—No creo que sea el tipo de barco que imaginas —le dice Castle—. Supongo que debe de estar en un buque del ejército, equipado con pista de aterrizaje. Si pide un reactor, lo traerán hasta aquí.

—¡Vaya! —Brendan se inclina hacia atrás y se apoya en las manos—. ¿Entonces esto va en serio? El comandante supremo del Restablecimiento... Winston y yo nunca lo hemos visto, ni una sola vez, aunque sus hombres nos tuvieran retenidos. —Niega con la cabeza. Me mira—. ¿Qué aspecto tiene?

—Es muy guapo —le digo.

Lily se ríe a carcajadas.

—Lo digo en serio —reitero—. Parece imposible que pueda serlo tanto.

—¿De verdad? —Winston me mira con los ojos como platos.

Kenji asiente.

—Es un tío muy guapo.

Lily nos mira boquiabierta.

—Dijiste que se llamaba Anderson, ¿no? —pregunta Alia Asiento.

—¡Qué raro! —dice Lily—. Siempre creí que Warner se apellidaba así, no Anderson. —Se queda pensativa un segundo—. ¿Entonces se llama Warner Anderson?

—No —le digo—. Tienes razón. Se apellida Warner, pero no por su padre. Se puso el apellido de su madre. No quería que lo relacionaran con su padre.

Adam resopla. Todos lo miramos.

—¿Entonces cómo se llama Warner? —pregunta Ian. ¿Lo sabes?

Asiento.

—¿Y? —pregunta Winston—. ¿No nos lo vas a decir?

—Pregúntaselo tú mismo —le digo—. Si quiere decírtelo que lo haga él.

—Sí, eso no va a pasar —dice Winston—. No le voy a hacer preguntas personales a ese tío.

Intento contener la risa.

—¿Y sabes el nombre de Anderson? —pregunta Ian. ¿O también es secreto? Bueno, es que todo esto es muy raí o ¿no? Esto de ser tan reservados con sus nombres.

—Bueno —titubeo, pillada por sorpresa—. No lo sé. Su pongo que los nombres tienen mucho poder. Y no —digo, sacudiendo la cabeza—, no sé cómo se llama Anderson. Nunca lo he preguntado.

—No os perdéis nada —interviene Adam, irritado—. Tiene un nombre estúpido. —Se mira los zapatos—. Se llama Paris. —¿Cómo lo sabes?

Me doy la vuelta y veo a Warner fuera del ascensor. Todavía suena suavemente e indica su llegada. Las puertas cierran tras él. Observa a Adam alarmado.

Adam mira a Warner rápidamente y después a nosotros, sin saber qué hacer.

—¿Cómo lo sabes? —repite Warner. Camina decidido hacia nosotros y agarra a Adam de la camiseta, con un movimiento tan rápido que no tiene tiempo de reaccionar. Lo empuja contra la pared.

Nunca había visto a Warner alzar la voz de esta forma. Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿A quién sirves, soldado? —grita—. ¿Quién es tu comandante?

—¡No sé de qué me hablas! —responde Adam. Intenta apartarse y Warner lo agarra con ambas manos, empujándolo más fuerte contra la pared.

Estoy empezando a entrar en pánico.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —grita Warner de nuevo—. ¿Cuánto tiempo llevas infiltrado en mi base?

Me pongo en pie de un salto. Kenji está cerca.

—Warner —le digo—, por favor, no es ningún espía.

—No es posible que sepa algo así —dice Warner, sin dejar de mirar a Adam—. A menos que sea miembro de la Guardia Suprema e incluso así sería cuestionable. Un soldado de a pie nunca tendría acceso a ese tipo de información.

—No soy Soldado del Supremo —trata de decir Adam—. Te lo prometo...

—Mentiroso —grita Warner, empujándolo más fuerte contra la pared. La camisa de Adam está empezando a romperse—. ¿Por qué te han enviado? ¿Cuál es tu misión? ¿Te ha enviado para matarme?

—Warner —repito suplicante, corriendo hacia adelante hasta entrar en su campo de visión—. Por favor... él no trabaja para el supremo, te lo juro.

—¿Cómo lo sabes? —Warner me mira por fin, solo un instante—. Hablo en serio. Es imposible que sepa algo así.

—Es tu hermano —digo atragantándome—. Por favor... Es tu hermano. Tenéis el mismo padre.

Warner se pone rígido. Se gira hacia mí.

—¿Cómo? —susurra.

—Es verdad —afirmo, sintiéndome afligida—. Y sé que te das cuenta de que no estoy mintiendo. —Muevo la cabeza—. Es tu hermano. Tu padre tenía una doble vida. Abandono a Adam y a James hace mucho tiempo, cuando murió su madre.

Warner suelta a Adam.

—No —dice Warner. Ni siquiera pestañea. Solo mira con los ojos muy abiertos. Y las manos temblorosas.

Me giro para mirar a Adam, conteniendo la emoción de mis ojos.

—Díselo —suplico, desesperada—. Dile la verdad.

Adam se queda callado.

—¡Maldita sea, Adam! ¡Díselo!

—¿Lo has sabido todo este tiempo? —pregunta Warner, volviéndose hacia mí—. ¿Lo sabías y no me dijiste nada?

—Yo quería decírtelo, de verdad, pero pensé que no debía entrometerme.

—No —dice, cortándome. Niega con la cabeza—. No. Esto no tiene ningún sentido. ¿Cómo... cómo puede ser posible? —Levanta la cabeza, mira a su alrededor—. Esto no...

Se detiene. Mira a Adam.

—Dime la verdad —exige. Se vuelve a acercar a Adam como si fuera a sacudirle—. ¡Dímelo! ¡Tengo derecho a saberlo!

Y en ese momento todos los instantes del mundo se caen muertos, porque se despertaron y se dieron cuenta de que nunca serían tan importantes como este.

—Es verdad —dice Adam.

Dos palabras para que cambie el mundo.

Warner da un paso atrás, con la mano en el pelo. Se frota los ojos y la frente, y se pasa la mano por la boca y el cuello. Respira muy fuerte.

—¿Cómo? —pregunta finalmente.

Y después... La verdad.

Poco a poco sale de Adam. Palabra a palabra. Los demás observamos. James sigue durmiendo y yo me quedo en silencio mientras los dos hermanos tienen la conversación mas dura que jamás he visto.

## SESENTA Y CUATRO

Warner está sentado en un rincón. Adam, en otro. Nos han pedido que los dejemos solos. Ambos miran a James.

James, que sigue siendo un saco de ronquidos.

Adam parece agotado, aunque no vencido. Cansado, pero no molesto. Parece liberado. Tiene las cejas relajadas y los puños abiertos. Creo que hace una eternidad que no lo veo con un gesto tan calmado.

Parece aliviado, como si hubiera estado llevando una gran carga que pensaba que podría matarlo; como si hubiera creído que compartir la verdad con Warner pudiera generar una especie de guerra permanente entre él y su nuevo hermano.

Pero Warner no estaba enfadado en absoluto. Ni siquiera molesto. Parecía no poder creérselo.

Un padre. Tres hermanos. Dos que casi se matan entre ellos y todo por culpa del mundo en el que crecieron, por culpa de las múltiples palabras, de las múltiples mentiras con las que fueron criados.

Creo que las palabras son como semillas plantadas en nuestros corazones a una tierna edad. Echan raíces a medida que crecemos y se afianzan en lo más profundo de nuestras almas. Las palabras buenas crecen sanas. Florecen y encuentran un hogar en nuestros corazones. Hacen crecer troncos alrededor de nuestras columnas vertebrales, nos estabilizan cuando nos sentimos débiles, afianzan nuestros pies en el suelo firmemente cuando nos sentimos inseguros. Pero las palabras malas crecen poco. Los troncos quedan infestados y se echan a perder hasta que nos quedamos huecos y solo albergamos los intereses de los demás y no los nuestros. Nos vemos obligados a comer los frutos que han dado esas palabras y nos convertimos en rehenes de las ramas que crecen alrededor de nuestros cuellos, que nos van asfixiando poco a poco, palabra a palabra.

No sé cómo van a darle la noticia a James. Puede que no le digan nada hasta que sea mayor *y tenga la capacidad par a enfrentarse a las consecuencias de conocer su herencia. No sé cómo va a afectarle a James*

*enterarse de que su padre es un genocida y un ser despreciable que ha destruido todas las vidas que ha tocado.*

No. Quizás que sea mejor que James no lo sepa, por el momento. Puede que ahora mismo sea suficiente con que Warner lo sepa.

No puedo evitar que me parezca doloroso y a la vez hermoso que Warner haya perdido una madre y ganado dos hermanos en una misma semana. Y, aunque entiendo que haya pedido que lo dejen solo, no consigo evitar acercarme hacia él. No diré nada, me prometo a mí misma. Ahora solo quiero estar cerca de él. Así que me siento a su lado y apoyo la cabeza contra la pared. Solo respiro.

—Deberías habérmelo dicho —susurra.

Titubeo antes de contestar.

—No tienes ni idea de cuántas veces quise hacerlo.

—Deberías haberlo hecho.

—Lo siento mucho —le digo, dejando caer la cabeza, la voz—. Lo siento mucho.

Silencio.

Más silencio.

Entonces... un susurro.

—Tengo dos hermanos.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—Tengo dos hermanos —repito, en voz muy baja— y por poco mato a uno de ellos.

Sus ojos se concentran en un punto distante, lejos de aquí, con el ceño fruncido por el dolor, la confusión y algo parecido al arrepentimiento.

—Supongo que debería habérmelo imaginado —me dice—. Te puede tocar, vive en el mismo sector y sus ojos siempre me han resultado extrañamente familiares. Ahora veo que tienen la misma forma que los de mi padre.

Suspira.

—Esto es muy inoportuno —dice—. Estaba dispuesto a odiarlo el resto de mi vida.

Me sobresalto, sorprendida.

—¿Quieres decir... que ya no lo odias?

Warner baja la cabeza. Habla tan bajo que apenas puedo oírlo.

—¿Cómo puedo odiar su ira cuando sé perfectamente de dónde le viene?

Lo miro fijamente, asombrada.

—Puedo imaginarme la relación que tenía con mi padre —dice Warner, sacudiendo la cabeza—. Y ha conseguido sobrevivir a todo eso de una forma más humana que yo, ¿sabes? —Hace una pausa—. No. No puedo odiarlo. Y te mentiría si dijera que no lo admiro.

Creo que voy a echarme a llorar.

Los minutos van pasando a nuestro lado, con calma y en silencio, deteniéndose únicamente para oírnos respirar.

—Vamos —le susurro finalmente, buscando su mano—. Vamos a la cama.

Warner asiente y se levanta, pero luego se detiene, confundido y angustiado. Mira a Adam. Adam lo mira a él.

Se observan el uno al otro durante mucho rato.

—Por favor, perdóname —dice Warner.

Y observo, estupefacta, cómo cruza la sala. Adam se pone en pie en un segundo, a la defensiva, indeciso. Sin embargo, parece relajarse a medida que se le acerca.

Están uno en frente del otro y Warner está hablando. Adam contrae la mandíbula. Mira hacia el suelo y asiente.

Warner sigue hablando, Adam traga con dificultad y vuelve a asentir. Luego levanta la mirada.

Los dos hacen un gesto en señal de reconocimiento durante un largo segundo y luego Warner le coloca una mano en el hombro.

Debo de estar soñando.

Intercambian algunas palabras más y después Warner pivota sobre una pierna y se aleja.



## SESENTA Y CINCO

—¿Qué le dijiste? —le pregunto en cuanto se cierran las puertas del ascensor.

Warner respira profundamente. Se queda callado.

—¿No vas a decírmelo?

—Prefiero no hacerlo —dice en voz baja.

Lo cojo de la mano. La aprieto. Las puertas del ascensor se abren.

—¿Va a resultarte incómodo todo esto? —me preguntó.

Parece sorprenderse ante su propia pregunta, como si no pudiera creerse que la esté haciendo.

—¿El qué?

—Que Kent y yo seamos... hermanos.

—No —le digo—. Lo sé desde hace un tiempo y para mí esto no cambia nada.

—Me alegro —dice en voz baja.

Asiento, confundida. Estamos en la habitación. Nos sentamos en la cama.

—¿Entonces no te importa? —pregunta Warner.

Sigo confundida.

—¿Si él y yo —dice Warner— pasamos algún rato juntos?

—¿Cómo? —pregunto, sin poder ocultar mi incredulidad—. No —añado rápidamente—. No, claro que no. Eso sería maravilloso.

Warner mira hacia la pared.

—Así que... quieres pasar tiempo con él.

Estoy intentando respetar su espacio con todas mis intenciones y no quiero entrometerme, pero no puedo evitarlo.

—Me gustaría conocer a mi hermano, sí.

—¿Y a James? —le pregunto.

Warner se ríe un poco.

—Sí, a James también.

—Entonces... ¿te alegras de ello?

No responde de inmediato.

—No me entristece.

Me siento sobre su regazo, le cojo la cara y levanto su barbilla para poder mirarlo a los ojos. Sonríó estúpidamente.

—Creo que es maravilloso —le digo.

—¿En serio? —Sonríe—. Interesante.

Asiento una y otra vez y le doy un beso muy tierno. Warner cierra los ojos. Sonríe ligeramente y se le hace un hoyuelo en una mejilla. Ahora parece pensativo.

—Todo esto es muy raro.

Siento como si pudiera morir de felicidad.

Warner me coge y me devuelve a la cama. Se arrastra y *se coloca sobre mí*.

—¿Y por qué estás tan contenta? —pregunta, tratando de contener la risa—. Pareces entusiasmada.

—Quiero que seas feliz —respondo, buscando sus ojos—. Quiero que tengas una familia, que estés rodeado de personas que se preocupan por ti. Te lo mereces.

—Te tengo a ti —dice, apoyando su frente contra la mía, con los ojos cerrados.

—Te mereces tener algo más que a mí.

—No —susurra. Niega con la cabeza. Su nariz roza la mía.

—Sí.

—¿Y tú qué? ¿Y tus padres? —pregunta—. ¿No te gustaría encontrarlos?

—No —le digo en voz baja—. Nunca hicieron de padres. Además, ya tengo a mis amigos.

—Y a mí —dice.

—Tú también eres mi amigo.

—Pero no tu mejor amigo, porque ese es Kenji.

Trato de contener la risa ante su voz celosa.

—Sí, pero tú eres mi amigo favorito.

Warner se inclina, evita mis labios.

—Bueno —susurra, besándome el cuello—. Vale, gírate. De espaldas.

Me quedo mirándolo.

—Por favor —me pide. Sonríe.

Eso hago. Muy lentamente.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, dándome la vuelta para mirarlo.

Me vuelve a poner boca abajo.

—Quiero que sepas —dice, tirando de la cremallera que cierra mi traje— lo mucho que valoro tu amistad.

La costura va cediendo y mi piel queda al descubierto Reprimo un escalofrío.

La cremallera se detiene al final de mi columna vertebral.

—Pero me gustaría que reconsideraras mi título —dice Warner.

Me da un tierno beso en medio de la espalda. Me acaricia la piel y me baja las mangas de los hombros, besándome los omóplatos y la nuca.

—Porque mi amistad —continúa diciendo— tiene muchos beneficios que Kenji nunca podrá ofrecerte.

No puedo respirar. Imposible.

—¿No crees? —pregunta Warner.

—Sí —respondo con demasiada rapidez—. Sí.

Y entonces mi cabeza da vueltas perdida entre tantas sensaciones y pienso en lo poco que nos queda para disfrutar de momentos como este y en cuánto tardaremos en recuperarlos.

No sé a dónde vamos, ni él ni yo, pero sé que quieren llegar hasta allí. Somos como horas y minutos que intentan llegar al mismo segundo y se dan la mano al adentrarse en nuevos días y en la promesa de algo mejor.

Pero aunque sabremos lo que viene y sepamos lo que ya ha pasado, nunca conoceremos el presente. Este momento y el próximo, e incluso el que ha pasado ahora mismo, ya se han ido, ya han pasado y lo único que nos queda son estos cuerpos cansados, la única prueba de que hemos resistido al tiempo y hemos sobrevivido.

Pero al final, valdrá la pena luchar por una vida así.

## SESENTA Y SEIS

Tardó un día.

—Quiero una. —Tengo la mirada clavada en la pared de armas de la sala de entrenamiento—. ¿Cuál es la mejor?

Delalieu ha venido esta mañana a darnos la noticia. El Supremo ha llegado. Lo han traído en un reactor desde el océano y ahora se encuentra en uno de los barcos del ejército del Sector 45 estacionado en el muelle.

Su guardia está cerca y su ejército llegará pronto.

Hay momentos en los que no estoy convencida de que no vayamos a morir.

—Tú no necesitas un arma —dice Warner, sorprendido—. Obviamente puedes coger una, pero no creo que la necesites.

—Quiero dos.

—Está bien —responde riendo. Pero es el único que lo hace. Todo el mundo está paralizado esperando a que el miedo se apodere de ellos. Somos moderadamente optimistas, pero aun así estamos preocupados. Warner ya ha reunido a sus tropas y los civiles han sido notificados: si quieren unirse a nosotros, tienen un puesto de guardia que les proporcionará armas y munición. Lo único que tienen que hacer es presentar sus tarjetas RR para demostrar que son residentes del Sector 45 y se concederá la amnistía. Se han creado refugios y centros de asistencia en los cuarteles de los soldados para esconder a los demás hombres, mujeres y niños que no puedan o no quieran luchar. Allí podrán refugiarse y esperar a que acabe el derramamiento de sangre.

Warner coordinó todo este trabajo adicional.

—¿Y si lo bombardea todo? —pregunta Ian, rompiendo el silencio—. Como hizo con el Punto Omega.

—No lo liara —le dice Warner—. Es demasiado arrogante y esta guerra se ha convertido en algo personal. Querrá jugar con nosotros y prolongarlo el mayor tiempo posible. Es un hombre a quien siempre le ha fascinado la idea de la tortura. Para él va a ser divertido.

—Vaya, así me siento mucho mejor —dice Kenji—. Gracias por la arenga.

—Para servirte —dice Warner.

Kenji casi se ríe. Casi.

—¿Entonces está en un barco? —pregunta Winston—. ¿Aquí?

—Eso he entendido, sí —dice Warner—. Normalmente se quedaría en la base, pero el que nos hayamos convertido en el enemigo es un pequeño inconveniente para eso. Al parecer, también ha garantizado protección a los soldados del resto del país que se unan a él. Él tiene su propia guardia exclusiva y a los soldados de la capital, pero parece que también está reclutando a hombres de todo el país. Pero todo forma parte del espectáculo. No somos suficientes para necesitar a tantos hombres. Solo quiere asustarnos.

—Bueno, pues le está funcionando —dice Ian.

—¿Y estás seguro —le pregunto a Warner— de que él no va a estar en el campo de batalla? ¿Estás convencido? —Esta es la parte más importante del plan. La más fundamental.

Warner asiente.

Anderson nunca lucha en sus propias guerras. Nunca se deja ver. Su cobardía puede ser nuestra mayor ventaja, porque aunque sea capaz de prever un atentado contra su vida, espera ramos que no sea capaz de imaginar unos atacantes invisible.

Warner tiene que supervisar las tropas. Castle, Brendan. Winston, Lily, Alia y Adam lo ayudarán. James se quedaría en la base.

Pero Kenji y yo vamos a la fuente. Y en estos momentos ya estamos listos para irnos. Tenemos puestos los trajes vamos armados *y llevamos una gran dosis de cafeína en el cuerpo*.

Oigo el sonido de una pistola cargándose. Me doy la vuelta. Warner me está mirando.

Es hora de irse.

## SESENTA Y SIETE

Kenji me coge del brazo.

Todos van hacia arriba y salen de la habitación de Warner, pero Kenji y yo vamos a salir por la puerta trasera, sin que nadie se percate de nuestra presencia. Queremos que todo el mundo, incluso los soldados, crea que estamos en la batalla. No queremos ir para desaparecer al momento; no queremos que nadie se dé cuenta de que no estamos.

Así que esperamos y vemos cómo nuestros amigos suben en ascensor hacia la planta principal. Cuando se cierran las puertas, James sigue diciéndoles adiós con la mano.

Mi corazón se detiene un segundo.

Kenji se despide de James con un beso, un beso asqueroso y ruidoso en la cabeza.

—Ándate con cuidado, ¿eh? —le dice a James—. Si viene alguien aquí, quiero que le pegues una paliza.

—Vale —dice James. Se ríe para fingir que no está llorando.

—Lo digo en serio —dice Kenji—. Atácalos como si fueras una fiera, como loco. —Hace un extraño movimiento de lucha con las manos—. Vuélvete majara. Sé el más animal.

—No va a venir nadie, James —le digo, lanzando una mirada penetrante a Kenji—. No tienes que preocuparte por defenderte. Aquí estarás totalmente seguro. Luego volveremos.

—¿De verdad? —pregunta, mirándome—. ¿Todos?

Es un chico inteligente.

—Sí —miento—. Volveremos todos.

—Vale —susurra. Se muerde el labio tembloroso—. Buena suerte.

—No hace falta que llores —le dice Kenji, con un fuerte abrazo—. Volveremos pronto.

James asiente y Kenji se aparta. Luego salimos por la puerta que hay en la pared de las armas.

La primera parte, creo, va a ser la más difícil. Nuestra expedición hasta el puerto va a ser andando, porque no podemos arriesgarnos a robar un vehículo. Aunque Kenji pudiera hacer que el tanque se hiciera invisible, tendríamos que abandonarlo de forma visible y un tanque desconocido en el puerto sería una pista demasiado obvia.

Anderson debe tener el lugar completamente vigilado.

Kenji y yo no hablamos mientras avanzamos. Cuando Delalieu nos dijo que el supremo estaría en el puerto, Kenji supo inmediatamente dónde estaba. Igual que Warner, Adam, Castle y casi todos menos yo.

—Pasé un tiempo en una de esas naves —explicó Kenji—. Poco. Por mal comportamiento. Conozco el camino.

Así que estoy agarrada a su brazo y él me guía.

Creo que nunca había hecho tanto frío. El aire nunca había estado tan helado.

Esta nave parece una pequeña ciudad. Es tan grande que no veo dónde acaba. Exploramos el perímetro, intentando calibrar exactamente lo difícil que nos resultará infiltrarnos en las instalaciones.

Extremadamente difícil. Casi imposible. Estas son las palabras exactas de Kenji. Algo así.

—Mierda —dice—. No tiene sentido. Nunca había visto un nivel de seguridad así. Esto está totalmente protegido.

Y tiene razón. Hay soldados por todas partes: en tierra, en la entrada, en cubierta... y todos van tan armados que me siento estúpida con mis dos pistolas y una simple cartuchera sobre los hombros.

—¿Pues qué hacemos?

Se queda un momento callado.

—¿Sabes nadar?

—¿Cómo? No.

—Mierda.

—No podemos saltar al mar, Kenji.

—Bueno, tampoco es que podamos volar.

—¿No podemos luchar contra ellos?

—¿Te has vuelto loca? ¿Crees que podemos con doscientos soldados? Sé que soy un hombre muy atractivo, Jul, pero no soy Bruce Lee.

—¿Quién es Bruce Lee?

—¿Que quién es Bruce Lee? —pregunta Kenji, horrorizado—. Madre mía. Ya no podemos seguir siendo amigos.

—¿Por qué? ¿Era amigo tuyo?

—Bueno —dice—, mejor déjalo. Ya no puedo ni hablar contigo.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a entrar?

—Ni puta idea. ¿Cómo se supone que vamos a conseguir sacar a todos esos tíos del barco?

—No sé... Madre mía, Kenji.

Lo agarro del brazo invisible.

—Sí, esa es mi pierna y estás un poco demasiado cerca de *ahí, princesa*.

—Kenji, puedo apartarlos —digo, ignorándolo—. Puedo echarlos al agua. ¿Eso serviría?

Silencio.

—¿Qué dices? —pregunto.

—Sigues con la mano en mi pierna.

—¡Vaya! —Me aparto—. Pues... ¿Qué opinas? ¿Funcionará?

—Obviamente —responde Kenji, exasperado—. Hazlo ya, por favor. Y date prisa.

Eso hago.

Me aparto y concentro toda mi energía hacia mis brazos. Fuerza: contenida.

Brazos: en posición.

Energía: proyectada.

Muevo el brazo por el aire como si estuviera limpiando una mesa y todos los soldados caen al agua.

Desde aquí parece casi cómico, como si fueran un montón de juguetes que tiro del escritorio. Y ahora se mueven en el agua, tratando de averiguar qué acaba de pasar.

—Vamos. No son tontos. Alguien dará la voz de alarma y pronto sellarán las puertas. Probablemente tengamos un minuto antes de que todo se bloquee.

Echamos a correr.

Corremos por el muelle *y trepamos hacia arriba, hacia la cubierta, Kenji me tira del brazo para indicarme dónde ir. Cada vez somos más conscientes del cuerpo del otro. Aunque no pueda verle, puedo notar su presencia a mi lado.*

—Aquí abajo —grita. Miro hacia abajo, y veo algo que parece una estrecha abertura circular con una escalera colocada en el interior—. Voy a entrar. ¡Empieza a bajar en cinco segundos!

Ya oigo que las alarmas se empiezan a disparar y escucho sirenas a lo lejos. El barco parece inalterable en el muelle, pero el agua que hay a lo lejos se mueve sin parar y se extiende hasta donde alcanza la vista.



Mis cinco segundos han acabado.  
Bajo tras él.

## SESENTA Y OCHO

No tengo ni idea de dónde está Kenji.

Aquí abajo todo es estrecho y claustrofóbico, y oigo pasos que vienen hacia mí, gritos y chillidos que hacen eco por el pasillo. Seguro que saben que ha pasado algo en cubierta. Intento con todas mis fuerzas no entrar en pánico, pero ya no estoy segura de cuál debería ser el siguiente paso.

No contaba con hacer esto sola.

Sigo susurrando el nombre de Kenji y esperando una respuesta, pero nada. Parece imposible que ya lo haya perdido. Por lo menos sigo siendo invisible, lo cual significa que tiene que estar a menos de quince metros de distancia, pero los soldados están demasiado cerca como para que correr riesgos por el momento. No puedo hacer nada que pueda llamar la atención hacia donde estoy... o hacia donde está Kenji. Así que tengo que esforzarme por mantener la calma.

El problema es que no tengo idea de dónde estoy. Ni idea de lo que busco. Nunca había estado en un barco y aún menos en un barco del ejército de estas magnitudes. Aun así, tengo que intentar situarme.

Estoy en medio de algo que parece un pasillo muy largo; el suelo, las paredes e incluso el techo están recubiertos por paneles de madera. Hay pequeños recovecos a cada pocos metros en los que parece que la pared haya sido vaciada. Me doy cuenta de que son para las puertas.

Me pregunto adonde conducirán. Adónde voy a tener que ir.

Las botas resuenan cada vez más cerca.

El corazón se me empieza a agitar y trato de ponerme contra la pared, pero los pasillos son demasiado estrechos. Aunque no puedan verme, es imposible que pueda pasar desapercibida. Veo que un grupo se acerca, oigo que se gritan órdenes los unos a los otros. Van a chocar contra mí en cualquier momento.

Me echo hacia atrás lo más rápido que puedo y corro, poniendo el peso sobre los dedos de los pies para minimizar el ruido todo lo posible. Derrapo para detenerme y me doy un golpe contra la pared. Ahora hay más soldados

por los pasillos, claramente han notado algo y, por un segundo, se me para el corazón. Estoy muy preocupada por Kenji, pero mientras siga siendo invisible, Kenji tiene que estar cerca. Tiene que estar vivo.

Me aferro a esta esperanza mientras se acercan los soldados.

Miro a izquierda y derecha. Se van acercando a mí sin tu siquiera darse cuenta. No sé hacia dónde se dirigen. Puede que vuelvan a subir, que vayan fuera, pero tengo que cambiar de sitio rápido y no quiero alertarlos de mi presencia. Todavía no. Es demasiado pronto para acabar con ellos. Se que Alia me prometió que las balas no me harían nada si mantenía la energía activada, pero mi última experiencia recibiendo un disparo en el pecho me ha dejado lo bastante traumatizada como para querer evitar esa situación a toda costa. Así que hago lo único que se me ocurre.

Doy un salto hacia una de las puertas y me agarro al mateo para mantenerme firme, con la espalda contra la puerta *Por favor, por favor, por favor, pienso, por favor, que no haya nadie en esta sala. Si alguien abre la puerta, estoy muerta.*

Los soldados están cada vez más cerca.

Dejo de respirar cuando pasan. Uno de sus codos me roza el brazo. El corazón me late muy fuerte.

En cuanto se han ido, me separo a toda prisa de la puerta y echo a correr por pasillos que solo conducen a otros pasillos. Este sitio es como un laberinto. No tengo la menor idea de dónde estoy ni de lo que está pasando. Ni una pista sobre dónde voy a encontrar a Anderson.

Y los soldados no van a dejar de venir. Están por todas partes, aparecen todos de golpe y después no hay ninguno, y voy doblando esquinas, siguiendo diferentes direcciones, haciendo un gran esfuerzo por huir de ellos. Pero entonces me veo las manos.

Ya no soy invisible. Contengo un grito.

Me meto en otra puerta con la esperanza de que no me vean, pero ahora estoy nerviosa y horrorizada. No solo no sé qué le ha pasado a Kenji, sino que tampoco sé qué me va a pasar a mí. Ha sido una idea estúpida. Soy estúpida. No sé en qué estaría pensando. ¿Cómo pude pensar que podría hacerlo?

Botas.

Se acercan ruidosamente hacia mí. Me armo de valor, me trago el miedo y trato de estar lo más preparada posible. Ahora es imposible que no me vean. Dirijo la energía hacia arriba y hacia mí misma, noto que mis huesos vibran ante tal avalancha y la excitación corre por mis venas. Si consigo mantener este estado mientras esté aquí, debería ser capaz de protegerme a mí misma.

Ahora sé cómo luchar. Puedo desarmar a un hombre, robarle el arma. He aprendido muchísimo.

Pero sigo estando bastante aterrorizada y nunca había tenido tanta necesidad de ir al baño.

Piensa, me repito a mí misma. Piensa. *¿Qué puedes hacer? ¿Dónde puedes ir? ¿Dónde crees que se escondería Anderson? ¿Más adentro? ¿Más abajo? ¿Dónde debe de estar la sala más grande del barco? Desde luego, no en el primer piso. Tengo que bajar, pero, ¿cómo?*

Los soldados están cada vez más cerca.

Me pregunto qué contienen estas salas, adonde llevará esta puerta. Si es solo una habitación, entonces es un callejón sin salida. Pero si es una entrada a un lugar más grande, entonces podría tener alguna esperanza. Sin embargo, si hay alguien ahí dentro, me habré metido en un problema. No sé si debo arriesgarme.

Un grito. Un llanto. Un arma de fuego.

Me han visto.

## SESENTA Y NUEVE

Me golpeo el codo contra la puerta que hay detrás de mí y la madera se rompe en astillas que vuelan por todas partes. Me doy la vuelta y le doy un puñetazo, derribándola en un repentino estallido de adrenalina, pero, en cuanto me doy cuenta de que esta habitación no es más que un pequeño refugio y un callejón sin salida, hago lo único que se me ocurre: doy un salto, caigo al suelo y lo atravieso.

Caigo, pero consigo mantener el equilibrio a tiempo. Los soldados también saltan detrás de mí, gritando y chillando. Me persiguen muchas botas mientras abro la puerta y salgo disparada por el pasillo. Se disparan alarmas por todas partes, sonidos tan fuertes y desagradables que apenas puedo oír mis pensamientos. Siento como si corriera a través de la neblina. Las sirenas proyectan luces rojas por los pasillos, chillan, retumban y señalan que hay un intruso.

Ahora estoy sola.

Doblo más esquinas a toda velocidad, doy vueltas por los pasillos y trato de averiguar qué diferencia hay entre este piso y el que está justo encima. No parece haber ninguna. Parecen exactamente iguales y los soldados son igual de agresivos.

Disparan libremente y el sonido ensordecedor choca contra el estruendo de las sirenas. Puede que ya me haya quedado sorda.

No entiendo que sigan fallando. Parece imposible, estadísticamente, que tantos soldados y a tan corta distancia no sean capaces de dar en el blanco de mi cuerpo. No puede ser.

Vuelvo a dar un golpe en el suelo.

Esta vez caigo de pie.

Estoy agachada, mirando a mí alrededor y, por primera vez, veo que esta planta es diferente. Los pasillos son más anchos, las puertas están más separadas. Ojalá Kenji estuviera aquí. Ojalá supiera qué significa esto, qué diferencia hay entre la distintas plantas. Ojalá supiera adonde ir, por dónde empezar a buscar.

Abro una puerta de una patada. Nada.

Corro hacia adelante, derribo otra. Nada.

Sigo corriendo. Empiezo a ver los mecanismos internos de la nave. Máquinas, tubos, vigas de acero, depósitos enormes, nubes de vapor. Debo de estar yendo en la dirección equivocada. Pero no sé cuántas plantas tiene esta nave y tampoco sé si puedo seguir bajando.

Siguen disparándome y voy apenas un paso por delante. Derrapo en curvas estrechas y me pongo contra la pared, giro hacia esquinas oscuras con la esperanza de que no me vean.

*¿Dónde está Kenji? Me pregunto una y otra vez. ¿Dónde está?*

Tengo que ir al otro lado de la nave. No quiero salas de calderas ni depósitos de agua. Esto no va bien. A este lado de la nave todo es diferente. Incluso las puertas son diferentes. Están hechas de acero, no de madera.

Abro unas cuantas, solo para asegurarme.

Una sala de radiocontrol. Abandonada.

Una sala de reuniones. Abandonada.

No, quiero salas de verdad: oficinas grandes y camarotes. Anderson no vendría por aquí. No voy a encontrarlo entre tuberías de gas y motores que rechinan.

Salgo de mi nuevo escondite de puntillas y asomo un poco la cabeza.

Gritos. Llantos. Más disparos.

Retrocedo. Respiro profundamente. Concentro toda mi energía de golpe y decido que no tengo más remedio que poner a prueba la teoría de Alia.

Salgo de un salto y corro por el pasillo. Corro más que en toda mi vida. Las balas pasan cerca de mi cabeza y me bombardean el cuerpo, me golpean la cara, la espalda, los brazos, y yo me obligo a seguir corriendo, me obligo a seguir respirando, sin sentir el dolor, ni el miedo, aferrándome a mi energía como si fuera un chaleco salvavidas y sin dejar que nada me detenga. Pisoteo a los soldados, los golpeo con los codos y me limito a apartarlos de mi camino.

Tres de ellos vienen volando hacia mí. Intentan derribar me, pero les doy un empujón. Uno vuelve a correr hacia mí y le propino un puñetazo en la cara, y noto cómo se le rompe la nariz contra mis nudillos metálicos. Otro intenta agarrarme del brazo desde atrás, pero le cojo la mano y le rompo los dedos para después cogerlo del antebrazo, acercarlo a mí y hacerle atravesar la pared. Me giro para enfrentarme al resto y todos me miran con pánico y terror en los ojos.

—Luchad contra mí —digo, notando cómo la sangre, la urgencia y una especie de adrenalina irreflexiva recorren mi cuerpo—. Os reto.

Cinco de ellos levantan sus armas y me apuntan a la cara. Disparan.

Una y otra y otra vez, descargando sin parar. El instinto me dice que me proteja de las balas, pero en lugar de eso me concentro en los hombres, en sus cuerpos y sus rostros enojados y retorcidos. Tengo que cerrar los ojos un segundo, porque no veo nada a través de la cortina metálica que queda aplastada contra mi cuerpo. Y, cuando estoy lista, acerco el puño al pecho, notando cómo la energía crece en mí y lo muevo hacia delante, de golpe, derribando a setenta y cinco soldados como si fueran cerillas.

Me detengo un momento para tomar aire.

Tengo el pecho agitado, el corazón me late con fuerza y miro a mí alrededor para percibir el silencio entre la locura, pestañeando repetidamente a causa de las luces rojas de las alarmas. Veo que los soldados no se mueven. Siguen vivos, lo sé, pero están inconscientes. Me permito un segundo para mirar hacia abajo.

Estoy rodeada.

Balas. Cientos de balas. Un charco de balas alrededor de mis pies. Van cayendo de mi traje.

Mi cara... Noto algo frío y duro en la boca y *lo escupo en la mano. Parece una pieza rota y aplastada de metal, como si fuera demasiado débil para luchar contra mí.*

*Balita inteligente, pienso.*

Y echo a correr.

## SETENTA

Ahora los pasillos están tranquilos: se oyen menos pasos.

He tirado a doscientos soldados al mar y he derribado a un centenar más. No tengo la menor idea de cuántos soldados tiene Anderson escoltando la nave, pero voy a averiguarlo.

Respiro con dificultad mientras recorro este laberinto. Es triste pero, aunque haya aprendido a luchar y a proyectar, todavía no sé cómo correr. Para alguien con tanta fuerza como yo, estoy en muy mala forma.

Derribo la primera puerta que veo.

Otra.

Y otra más.

Voy a destrozar este barco centímetro a centímetro hasta que encuentre a Anderson. Si es necesario, lo demoleré con mis propias manos. Porque tiene a Sonia y a Sara, y puede que tenga a Kenji.

En primer lugar, tengo que garantizar su seguridad; en segundo lugar, tengo que verlo muerto.

Otra puerta se hace astillas. Derribo la siguiente con el pie. Todas están vacías.

Veo unas puertas de vaivén al final del pasillo y las abro, con la esperanza de encontrar algo, lo que sea, cualquier señal de vida. Es una cocina.

Cuchillos, fogones, comida y mesas. Filas y filas y *más filas de productos enlatados. Tomo nota mental para volver a por ellos. Es una pena dejar que toda esta comida se desperdicie.*

Salgo corriendo de la cocina y salto. Atravieso esa planta fuertemente con la esperanza que haya otro piso en el barco.

Esperanzada.

Aterrizo mal sobre los dedos de los pies, pierdo un poco el equilibrio y caigo hacia atrás. Me estabilizo justo a tiempo. Miro a mí alrededor.

Esto está bien. Es totalmente diferente. Aquí abajo los pasillos son enormes y hay ventanas exteriores en las paredes. El suelo vuelve a estar hecho de madera, de paneles largos y finos perfectamente abrillantados y



pulidos. Es bonito, lujoso, limpio. En esta planta las sirenas suenan débiles, como una amenaza distante que ya no tiene mucho sentido y me doy cuenta de que debo de estar cerca.

Oigo pasos que se acercan. Me doy la vuelta.

Un soldado viene hacia mí y esta vez no me oculto. Corro hacia él encogiéndole la cabeza y mi hombro derecho choca contra su pecho con tanta fuerza que sale volando por el pasillo.

Alguien intenta dispararme desde atrás.

Me doy la vuelta y camino hacia él mientras aparto las balas de mi rostro como si fueran moscas. Llego a él y lo agarro de los hombros, lo acerco a mí y le doy un rodillazo en la ingle. Se dobla, jadea, gime y se acurruca sobre sí mismo en el suelo. Me agacho, le quito el arma de las manos y le agarro de la camisa. Lo levanto con una mano. Lo estampo contra la pared y le pongo la pistola en la frente.

Estoy harta de esperar.

—¿Dónde está? —le exijo.

No va a contestarme.

—¿Dónde? —grito.

—No... no lo sé —dice finalmente, con voz temblorosa, retorciéndose y estremeciéndose.

Y por alguna razón, le creo. Trato de encontrar alguna respuesta en sus ojos, pero solo veo terror. Lo dejo caer al suelo. Destrozo su pistola con la mano y se la tiro en el regazo.

Abro otra puerta de una patada.

Estoy empezando a sentirme muy frustrada y furiosa, y me aterra tan ciegamente pensar cómo estará Kenji que tiemblo de rabia. Ni siquiera sé a quién debo buscar primero.

Sonia.

Sara.

Kenji.

Anderson.

Me paro frente a otra puerta, derrotada. Los soldados han dejado de venir. Las sirenas siguen sonando, pero a cierta distancia. Y entonces me pregunto si todo esto habrá sido una pérdida de tiempo; si es posible que Anderson ni siquiera esté en este barco; si es posible que ni siquiera estemos en el barco correcto.

Y por alguna razón, en esta ocasión, no abro la puerta de una patada. Por alguna razón, decido probar el pomo en primer lugar.

Está abierta.

## SETENTA Y UNO

Hay una enorme cama con un gran ventanal y unas hermosas vistas del océano. Me parece precioso por su amplitud y extensión, pero sus ocupantes son más hermosas todavía.

Sonia y Sara me están mirando fijamente. Están perfectamente bien. Vivas. Tan guapas como siempre.

Corro hacia ellas, tan aliviada que casi me echo a llorar.

—¿Estáis bien? —les pregunto, jadeando, incapaz de controlarme—. ¿Estáis las dos bien?

Se lanzan a mis brazos, me miran como si hubieran regresado del infierno, profundamente atormentadas, y lo único que quiero es sacarlas de este barco y llevarlas a casa. Pero en cuanto dejamos de hiperventilar, Sonia me dice algo que me detiene el corazón.

—Kenji te estaba buscando. Ha estado aquí hace poco rato y nos ha preguntado si te habíamos visto.

—Nos ha dicho que os habíais separado —interviene Sara.

—Y que no sabía lo que te había pasado —continúa Sonia.

—Nos preocupaba que hubieras muerto —dicen a la vez.

—No —les digo, ansiosa—. No, no, no estoy muerta, pero tengo que irme. Quedaos aquí. No os mováis. No vayáis a ninguna parte. Volveré pronto, os lo prometo. Pero tengo que encontrar a Kenji. Tengo que encontrar a Anderson.

—Está a dos puertas de aquí —dice Sara, con los ojos muy abiertos.

—La que está al final del pasillo —aclara Sonia.

—La azul —dicen a dúo.

—¡Espera! —Sonia me detiene cuando me dispongo a salir.

—Ten cuidado —dice Sara—. Hemos oído cosas...

—Sobre un arma que se ha traído —termina Sonia.

—¿Qué tipo de arma? —pregunto, con el corazón desacelerado.

—No lo sabemos —responden a la vez.

—Pero se puso muy contento —susurra Sara.

—Sí, mucho —añade Sonia.

Aprieto los puños.

—Gracias —les digo—. Gracias. Os veo pronto. Muy pronto.

Y retrocedo, salgo, corro por el pasillo mientras oigo por detrás que vaya con cuidado y que mucha suerte.

Pero ya no necesito suerte. Necesito mis dos puños y mi columna de acero. No tardo nada en llegar a la habitación azul. Ya no tengo miedo.

No vacilo. No vacilaré. Nunca más.

La derribo.

—JULIETTE... NO...

## SETENTA Y DOS

La voz de Kenji me golpea como un puñetazo en la garganta.

No tengo tiempo ni de pestañear antes de que me estampen contra la pared.

La espalda, creo. Algo le ha pasado a mi espalda. Siento un dolor tan insoportable que no puedo evitar pensar si se me habrá roto. Estoy mareada y noto que voy lenta. Me da vueltas la cabeza y oigo un extraño zumbido en los oídos.

Me pongo en pie.

Me golpean otra vez, muy fuerte. Y ni siquiera sé de donde viene el dolor. No puedo pestañear lo bastante rápido, ni estabilizar mi mente para eliminar tanta confusión. Todo se está inclinando hacia los lados.

Intento acabar con ello con todas mis fuerzas. Soy más fuerte que esto. Mejor que esto. Se supone que soy indestructible.

Arriba, de nuevo.

Despacio.

Algo me golpea tan fuerte que vuelo por la habitación y choco contra la pared. Me deslizo hasta el suelo. Estoy doblada, con las manos en la cabeza y trato de pestañear y entender lo que está pasando.

No entiendo qué es lo que me está golpeando así de fuerte. Nada debería poder golpearme con tanta fuerza. Tantas veces no.

Parece que alguien dice mi nombre, pero no lo oigo bien. Todo parece apagado, resbaladizo y desestabilizado, como si estuviera ahí, fuera de mi alcance y yo no pudiera encontrarlo. Ni notarlo.

Necesito un nuevo plan.

No me vuelvo a poner de pie. Me quedo de rodillas, me arrastro hacia adelante y, esta vez, cuando llega el golpe, trato de devolverlo. Intento sacar la fuerza lo mejor que sé, pero los golpes en la cabeza me han desestabilizado. Me aferro a mi energía con una desesperación frenética y, aunque no consigo avanzar, tampoco me hacen retroceder.

Trato de levantar la cabeza. Despacio.

En frente de mí no hay nada. Ninguna máquina. Ningún objeto extraño capaz de dar estos impactos. Pestañeo con fuerza para aliviar el zumbido de mis oídos y trato desesperadamente de aclarar mi visión.

Algo me golpea de nuevo.

Su intensidad amenaza con hacerme retroceder, pero clavo los dedos en el suelo hasta que atraviesan la madera, aferrándome a él.

Si pudiera, gritaría. Si me quedaran fuerzas.

Levanto la cabeza de nuevo. Vuelvo a intentar ver algo. Esta vez, aparecen dos figuras. Una de ellas es Anderson; la otra es alguien a quien no reconozco.

Es un rubio fornido con el pelo muy corto y los ojos duros. Me resulta extrañamente familiar. Está al lado de Anderson con una sonrisa arrogante en el rostro y las manos extendidas.

Da una palmada. Solo una.

Me arrancan del suelo y me empotran contra la pared.

Ondas sonoras.

Me doy cuenta de que son ondas de presión.

Anderson ha encontrado un juguete.

Agito la cabeza para intentar volver a aclararla, pero ahora los golpes son más seguidos, más fuertes, más intensos. Tengo que cerrar los ojos frente a la presión de los golpes y trato de gatear desesperada, rompiendo los tablones del suelo para tener el control de algo.

Otro golpe fuerte en la cabeza.

Es como si generara una explosión cada vez que aplaude, pero lo que me está matando no es la explosión, no es el impacto directo, sino la presión liberada por una bomba. Una y otra vez.

Sé que la única razón por la que puedo sobrevivir a esto es que soy demasiado fuerte, pero Kenji...

Kenji debe estar en algún lugar de esta sala. Él ha sido quien ha dicho mi nombre, quien ha intentado avisarme.

Tiene que estar aquí, en alguna parte y si yo apenas puedo sobrevivir a esto, no creo que él esté mucho mejor.

Tiene que estar peor. Mucho peor.

Ese miedo me basta. Una nueva energía me fortalece, una intensidad desesperada y animal que me abruma y me obliga a levantarme. Consigo enfrentarme de pie a cada impacto, a cada ráfaga que me agita la cabeza y me resuena en los oídos.

Y camino. Paso a paso, camino.

Oigo un disparo. Tres. Cinco más. Y me doy cuenta de que todos se dirigen hacia mí. Las balas impactan contra mi cuerpo.

El rubio se mueve, retrocede e intenta escapar de mí. Me dispara con más frecuencia, con la esperanza de derrotarme, pero he llegado demasiado lejos como para perder esta batalla. Ahora ni siquiera pienso, apenas estoy lúcida, solo me concentro en llegar a él y silenciarlo para siempre. No sé si ya ha conseguido matar a Kenji. No sé si estoy a punto de morir. No sé cuánto tiempo voy a poder soportar esto.

Pero tengo que intentarlo.

Un paso más, me digo a mí misma. Mueve la pierna. Ahora el pie. Dobla la rodilla. Ya casi has llegado, me digo a mí misma.

Piensa en Kenji. Piensa en James. Piensa en la promesa que le hiciste a ese niño de diez años, me digo. Lleva a Kenji a casa. Regresa a casa.

Ahí está. Justo en frente de ti.

Avanzo como si estuviera en medio de una nube y lo agarro del cuello con fuerza.

Aprieto. Aprieto hasta que se detienen las ondas sonoras.

He oído que algo se ha roto.

El rubio cae al suelo y yo me desplomo.

## SETENTA Y TRES

Ahora Anderson está de pie sobre mí y me apunta con una pistola a la cara.

Dispara.

Otra vez.

Una vez más.

Cierro los ojos y saco mis últimas gotas de fuerza de lo más profundo de mí misma, porque hay algo, algún instinto primitivo, que sigue gritándome que viva. Recuerdo que una vez Sonia y Sara me dijeron que nuestra energía podía agotarse, que podíamos hacer un esfuerzo excesivo y agotarnos, estaban intentando hacer medicamentos que nos ayudaran en cosas así. Ojalá ahora tuviese esos medicamentos.

Pestañeo en dirección a Anderson y su figura se difumina. Está de pie justo detrás de mi cabeza y me toca la parte superior del cráneo con sus botas brillantes. No oigo mucho más que los ecos que resuenan en mis huesos y no veo nada más que las balas que llueven a mí alrededor. Continúa disparándome. Sigue descargando su pistola en mi cuerpo y espera a que llegue el momento en que no aguante más.

Me estoy muriendo, pienso. Debo de estar a punto de morir. Pensé que sabía lo que se sentía, pero debía de estar equivocada, porque esta forma de morir es completamente diferente. Es un tipo de dolor completamente diferente.

Pero supongo que, si tengo que morir, puedo hacer una última cosa antes de irme.

Me incorporo un poco. Agarro a Anderson de los tobillos, aprieto las manos y le aplasto los huesos.

Sus chillidos penetran lo suficiente en mi mente nublada como para devolverme a la realidad. Pestañeo rápido, miro a mi alrededor y puedo ver por primera vez con claridad esta habitación. Kenji está desplomado en una esquina. El chico rubio está en el suelo. Los pies de Anderson ya no están pegados a su cuerpo.



De repente, pienso con mayor nitidez, como si hubiera recuperado el control. No sé si la esperanza puede hacer esto en una persona, si realmente tiene el poder de devolver a alguien a la vida, pero ver a Anderson retorciéndose en el suelo me provoca algo. Me hace pensar que todavía tengo una oportunidad.

Anderson berrea, gatea hacia atrás y se arrastra por el suelo con los brazos. Ha soltado la pistola y claramente siente demasiado dolor y está demasiado asustado como para alcanzarla. Veo agonía en sus ojos, debilidad, terror. Está empezando a comprender lo que está a punto de ocurrirle. ¿Por qué tenía que pasarle a él? Iba a morir a manos de una niña tonta que, según dijo, era demasiado cobarde para defenderse.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que está intentando decirme algo. Intenta hablar. Puede que esté suplicando. Puede que esté llorando o que me esté pidiendo clemencia. Pero yo ya no lo escucho. No tengo nada que decir.

Tiro de él hacia atrás, desenfundo la pistola y le disparo en la frente.

## **SETENTA Y CUATRO**

Dos veces.

Una por Adam y la otra por Warner.

## SETENTA Y CINCO

Guardo la pistola en la funda. Me dirijo hacia la débil figura de Kenji, que sigue respirando, y me lo echo a los hombros.

Tiro la puerta abajo y regreso por el pasillo.

Entro rápidamente en la habitación de Sonia y de Sara y dejo a Kenji en la cama.

—Curadlo —les digo, sin apenas respirar—. Por favor, curadlo.

Me caigo de rodillas.

Sonia y Sara se activan en un segundo. No hablan. Ni lloran. Ni gritan. Ni se desmoronan. Se ponen a trabajar de inmediato y creo que nunca las había querido tanto como ahora. Lo colocan bien en la cama, Sara se pone en un lado y Sonia en el otro y, para empezar, juntan las manos sobre su cabeza. Después las colocan sobre el corazón. Luego van alternándose y hacen turnos para recuperar las diferentes partes de su cuerpo hasta que él se mueve, pestañea sin abrir los ojos y agita la cabeza de un lado a otro.

Estoy empezando a preocuparme, pero tengo miedo y estoy demasiado cansada como para moverme ni un centímetro. Por fin, dan un paso hacia atrás.

Kenji sigue con los ojos cerrados.

—¿Ha ido bien? —pregunto, asustada ante la posible respuesta.

Sonia y Sara asienten.

—Está dormido —dicen.

—¿Se recuperará? ¿Del todo? —les pregunto desesperada.

—Esperemos —dice Sonia.

—Pero pasará unos días dormido —dice Sara.

—El daño era muy profundo —dicen a la vez—. ¿Qué ha pasado?

—Ondas de presión —les digo, con un hilo de voz—. No sé cómo ha podido sobrevivir.

Sonia y Sara me miran fijamente, expectantes.

Me levanto.

—Anderson está muerto.

—Lo has matado tú —susurran. No es una pregunta.

Asiento. Me miran fijamente, boquiabiertas y *asombradas*.

—Vamos —les digo—. Esta guerra ha terminado. Tenemos que avisar a los demás.

—Pero ¿cómo vamos a salir? —pregunta Sara.

—Hay soldados por todas partes —dice Sonia.

—Ya no —respondo, demasiado cansada para dar más explicaciones, pero muy agradecida por su ayuda, por su existencia, por que sigan vivas. Les ofrezco una pequeña sonrisa, me dirijo hacia la cama, levanto el cuerpo de Kenji y me lo echo sobre los hombros. Su pecho se curva sobre mi espalda, con un brazo sobre mi hombro izquierdo y el otro colgando en frente de mí. Lo cojo de las piernas con el brazo derecho y lo recoloco sobre mis hombros.

—¿Listas? —digo, mirándolas.

Ellas asienten.

Las llevo hacia fuera por los pasillos y, por un momento, me olvido de que en realidad no sé cómo salir de este barco. Pero los pasillos están desiertos. Todo el mundo está herido, inconsciente o desaparecido. Esquivamos cuerpos, apartamos brazos y piernas de nuestro camino. Solo quedamos nosotros.

Yo con Kenji a cuestas. Sonia y Sara a mi lado.

Finalmente, encuentro una escalera. Subo. Sonia y Sara sostienen a Kenji entre las dos y yo vuelvo a bajar para cargarlo. Tenemos que hacer el mismo movimiento tres veces hasta llegar por fin a la cubierta superior y entonces lo cargo sobre mis hombros por última vez.

Salimos del barco abandonado y abandonamos el muelle, en silencio, hasta llegar a tierra firme. Esta vez no me importa robar un tanque. No me importa que me vean. No me importa nada más que encontrar a mis amigos y poner fin a esta guerra.

A un lado de la carretera hay un tanque abandonado. Pruebo la puerta. Abierta.

Las chicas suben y me ayudan a poner a Kenji sobre sus regazos. Cierro la puerta y subo por el lado del conductor. Presiono el escáner con el pulgar para arrancar el motor, sintiéndome inmensamente agradecida de que Warner configurara nuestro acceso al sistema. Es entonces cuando recuerdo que no sé conducir.

Al menos es un tanque lo que tengo que conducir. No presto atención a las señales de stop ni a las calles. Me alejo de la carretera y me dirijo hacia el centro del sector, siguiendo aproximadamente la dirección de la que sé que

venimos. Soy demasiado brusca dando gas y con los frenos, pero tengo la cabeza fija en un lugar y no me importa nada.

Tenía un objetivo. El primer paso se ha cumplido y ahora voy a ir hasta el final.

Dejo a Sonia y a Sara en la base y las ayudo a transportar a Kenji. Aquí estarán seguros. Aquí podrán descansar, pero yo todavía no me puedo detener.

Cruzo la base militar hasta el ascensor del que recuerdo que salimos para la asamblea. Abro una puerta tras otra de golpe y me dirijo al exterior, hacia el patio *y subo hasta llegar a lo más alto. A treinta metros del suelo.*

Donde empezó todo.

Aquí está el soporte técnico, un sistema de mantenimiento de los altavoces dispuestos por todo el sector. Me acuerdo de esto. Ahora me acuerdo de todo a pesar de tener el cerebro paralizado, las manos temblorosas y aunque me gotee sangre ajena por la cara y el cuello.

Pero este era el plan. Tengo que terminarlo.

Introduzco el código de acceso en el teclado y espero a oír el clic. Se abre la caja. Examino los diferentes fusibles y botones, enciendo el interruptor que conecta todos los alta voces y respiro profundamente. Introduzco la clave del intercomunicador.

—Atención, Sector 45 —digo, con palabras que suenan secas, fuertes y desordenadas en mi oído—. El comandante supremo del Restablecimiento está muerto. La capital se ha rendido. La guerra ha terminado. —Estoy temblando violentamente y el dedo se me escurre del botón aunque trato de mantenerlo apretado—. Repito, el comandante supremo del Restablecimiento está muerto. La capital se ha rendido. La guerra ha terminado.

Acaba, me digo a mí misma.

Acaba ya.

—Soy Juliette Ferrars y voy a dirigir esta nación. Desafío a quienquiera que esté en mi contra.

Doy un paso hacia adelante y me tiemblan las piernas, que amenazan con doblarse y romperse, pero me obligo a seguir moviéndome. Me obligo a atravesar la puerta, a bajar en el ascensor y a salir al campo de batalla.

No tardo demasiado en llegar.

Hay cientos de cuerpos amontonados, masas sanguinolentas en el suelo, pero todavía hay más en pie, más vivos de lo que esperaba. La noticia se ha extendido con mayor rapidez de lo que pensaba, como si supieran desde hace un rato que la batalla había terminado. Los soldados de la nave de Anderson

que han sobrevivido están junto a los nuestros. Algunos siguen empapados, calados hasta los huesos en este crudo invierno. Deben de haber encontrado la forma de llegar a la orilla y han explicado nuestro asalto y la inminente destrucción de Anderson. Todo el mundo mira conmocionado a su alrededor y a los demás, con la mirada fija en sus manos o hacia el cielo. Otros examinan los montones de cuerpos en busca de amigos y *familiares, con rostros de alivio y temor evidentes. Sus cuerpos cansados no quieren seguir así.*

Las puertas de los cuarteles están abiertas y *los civiles restantes inundan la zona y corren a reunirse con sus seres queridos. Por un momento, la escena parece tan triste y hermosa a la vez que no sé si llorar de dolor o de alegría.*

No lloro.

*Avanzo y obligo a mis extremidades a moverse, y les pido a mis huesos que me mantengan firme y me lleven hasta el final de este día y hacia el resto de mi vida.*

Quiero ver a mis amigos. Necesito saber que están bien. Necesito una confirmación visual de que están bien. Sin embargo, en cuanto avanzo entre la multitud, los soldados del Sector 45 pierden el control.

Los soldados ensangrentados y heridos de nuestro campo de batalla gritan y vitorean a pesar de encontrarse en medio de tanta muerte y me saludan al pasar. Al mirarlos, me doy cuenta de que ahora son mis soldados. Confiaron en mí, lucharon conmigo, a mi lado, y ahora yo voy a confiar en ellos. Voy a luchar por ellos. Esta es la primera batalla de las muchas que vendrán. Habrá muchos más días como este.

Estoy cubierta de sangre, tengo el traje rasgado y lleno de astillas de madera y trozos de metal rotos. Las manos me tiemblan tanto que no las reconozco.

Y, sin embargo, me siento tranquila. Increíblemente tranquila. Como si lo que acaba de pasar todavía no me hubiera golpeado.

Es imposible no rozar las manos extendidas y los brazos mientras cruzo el campo de batalla y me resulta extraño no estremecerme. Me extraña ver que no escondo las manos ni me preocupo por si les haré daño. Pueden tocarme si quieren y puede que les duela un poco, pero mi piel ya no volverá a ser letal para nadie nunca más.

Porque nunca dejaré que llegue tan lejos.

Porque ahora sé cómo controlarlo.

Mientras paso por las instalaciones, pienso que son lugares deprimentes y estériles. Deberían ser el primer cambio. Debemos reconstruir nuestros hogares, recuperarlos. Tenemos que empezar de nuevo.

Trepo por una de las casas. Llego a la cima, me aferro al tejado y me detengo. Arranco los paneles solares, los tiro al suelo y me planto en la parte superior, justo en el medio, para observar entre la multitud.

Busco caras conocidas con la esperanza de que me vean y vengán hacia mí.

Esperanzada.

Me quedo ahí parada durante lo que parecen ser días, meses y años, y no veo más que rostros de soldados y de sus familias. Ninguno de mis amigos.

Noto que me tambaleo y que el mareo amenaza con apoderarse de mí. El pulso se me acelera. Estoy a punto de darme por vencida. Llevo aquí el tiempo suficiente como para que la gente me señale, me reconozca y *difunda que estoy aquí, esperando algo. A alguien. Quien sea.*

Cuando ya estoy a punto de sumergirme entre la multitud para buscar sus cadáveres, la esperanza se apodera de mi corazón.

Uno a uno van apareciendo, desde todos los rincones del campo, de dentro de los cuarteles, de la otra punta de las instalaciones. Están ensangrentados y magullados. Adam, Alia, Lily, Castle, Ian, Brendan y Winston vienen hacia mí y se giran a esperar a que lleguen los demás. Winston está sollozando.

Sonia y Sara arrastran a Kenji desde los cuarteles y van avanzando poco a poco. Veo que ha abierto un poco los ojos. Kenji, el tozudo, tozudísimo, está despierto cuando debería estar durmiendo, como no.

James viene corriendo hacia ellos.

Choca contra Adam, se aferra a sus piernas y este levanta en brazos a su hermano pequeño, sonriendo como nunca antes había hecho. Castle me saluda con la cabeza, sonriendo también. Lily me da un beso. Ian hace un extraño movimiento con la mano en forma de pistola y Brendan me saluda con la mano. Alia nunca había estado tan entusiasmada.

Miro por encima de ellos, con una sonrisa constante, resistiendo por pura fuerza de voluntad. Sigo mirando, esperando a que mi último amigo aparezca, esperando a que nos encuentre.

Pero no está aquí.

Examino las miles de personas dispersas por este campo helado y *no lo veo por ninguna parte. El terror me golpea en el estómago hasta que me quedo sin respiración y sin esperanzas, y pestañeo sin parar tratando de mantener la compostura.*

El tejado de metal tiembla bajo mis pies.

Me giro en dirección al sonido, con el corazón acelerado y veo una mano que llega a la parte superior.

Se sube al tejado y camina hacia mí, sin detenerse. Tranquilo, como si no tuviésemos nada más que hacer hoy que quedarnos aquí, juntos, con vistas a un campo de cadáveres y de niños felices.

—Aaron —susurro.

Me acerca a sus brazos y yo me desplomo en ellos. Todos los huesos, músculos y nervios de mi cuerpo se relajan cuando me toca y me aferro a él como si me fuera la vida en ello.

—Bueno —susurra, con los labios en mi oído—, ahora el mundo entero va a venir a por nosotros.

Echo la espalda hacia atrás. Lo miro a los ojos.

—Que lo intenten.





TAHEREH MAFI nacida en 1988 en Connecticut es la menor de cuatro hermanos y actualmente reside en el condado de Orange. Estudió en la Universidad de Soka. Habla ocho idiomas y pasó un semestre en Barcelona, donde estudió literatura española.

Ha viajado mucho y vivido en ambos extremos de Estados Unidos. Tras graduarse, comenzó a escribir por «diversión». Ahora es una de las autoras de género *Young Adult* más importantes. Su saga *Destrózame*, de la que *Libérame* es la segunda entrega, ha cautivado a cientos de miles de jóvenes en todo el mundo. *Destrózame*, es el primer volumen de la saga que se ha vendido a veinticinco países y la 20th Century Fox ha comprado los derechos para llevarla al cine.